Zülfü Livaneli

A lomos del tigre

Traducción del turco de Rafael Carpintero

Galaxia Gutenberg

Zülfü Livaneli

A lomos del tigre

Traducción del turco de Rafael Carpintero

Galaxia Gutenberg

ZÜLFÜ LIVANELI

A lomos del tigre

Tiranía y libertad

Traducción de Rafael Carpintero

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,

Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros).

Título de la edición original: *Kaplanin sirtinda* Traducción del turco: Rafael Carpintero Ortega
Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2024

© Zülfü Livaneli, 2024
© de la traducción: Rafael Carpintero, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024
Imagen de portada: *División regular del plano IV*, M.C. Escher's © The M.C. Escher Company-Países Bajos, 2024
Reservados todos los derechos www.mcescher.com Conversión a formato digital: Gama SL
ISBN: 978-84-1010775-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Aunque, como es natural, me disguste la expresión «paranoia imperial», por desgracia me veo obligado a aceptarla porque no espero que los historiadores escriban odas elogiosas sobre mi padre.

PRÍNCIPE ABID EFENDI, HIJO DE ABDÜLHAMID II

Índice

Primera parte

28 de abril de 1909. Primera noche en el destierro de Salónica – Helado a medianoche – La paranoia imperial – *La traviata*

La noche es la madre de la aprensión – La mente confusa del antiguo sultán – El jeque Zafir – La reina Victoria – Sherlock Efendi – Pendientes de diamantes – El cordón de seda que rodea tu garganta

Salónica la brava – El Casino Olimpo – El doctor Hüseyin Bey – El fin de la tiranía – Carta a la amada

Princesas con dolor de cuello – Quinqués de petróleo – Tarimas – Arroz con yogur – Olor a tabaco

Las jóvenes sultanas resuelven un gran problema del califa – En la conversación surge Mahoma

Los aciagos ojos del hermano desdichado – El baño matutino – La nariz imperial – La maldición de los forúnculos

Mientras tanto, en el palacio de Yıldız – El secreto de los agás – Joyas como guijarros en la playa – ¡Viva el sultán!

Peticiones desquiciadas – La cría de la serpiente – Un oficial compasivo – Nombres prohibidos – Pasta para sopa en forma de estrella

El espíritu de la princesa muerta – El loro – Pasteur Efendi

Los peligros de Salónica – El caso de la muchacha – Los cónsules linchados – Lamento por los ahorcados

Las marcas del hierro – El miedo de un niño pequeño – Cataplasma de lechuga

El doctor tiene palpitaciones – La prueba de Dios – Llegada al palacete

Primer encuentro entre el sultán y el doctor – Los nuevos otomanos – Armenios – Atentado con bomba – Namık Kemal, poeta patriótico

Oficiales jóvenes poseídos por la curiosidad – ¿Qué tipo de hombre es el «infiel rojo»? – Armenios circuncidados después de muertos

Notas secretas de un médico repentinamente famoso

Damas aburridas – Una ópera en palacio – Cecilia la hermosa, tan a menudo embarazada – Sarah Bernhardt

Las manos de la serpiente – Sherlock Efendi – La oficina de traducciones

Melancolía – El desafortunado príncipe de una esposa circasiana – Vacas en el jardín de la mansión

La ira unionista del doctor – El milagro de la heroína – Bombas en el vapor – El ingreso del doctor en la sociedad secreta

Campos de pescado en el Bósforo congelado – Agua helada que entra en el oído

El sosiego que desprenden las vacas – Caballeros europeos que huelen a colonia – La fortuna perdida

El tío Zarifi aparece en sueños – Campanas de Navidad silenciadas – No se celebrará la conquista de Estambul

La venganza del sultán – La desdicha de la recién casada

Comandante bueno – Médico malo

El apocalipsis que llega con la cola del Halley

Firmamento oscuro – Las manos de un muerto

Los nervios de las damas de palacio

La buena noticia del regreso a Estambul – La sombra que cae sobre la alegría – El príncipe socialista

Atentado

Müşfika Hanım – El Estado judío

Epidemia de cólera en Salónica – Monsieur Pasteur – El Instituto Imperial de Bacteriología

La curiosidad del doctor supera a las cartas de amor

El monarca interrogado

Segunda parte

Un joven príncipe

Los otomanos en Europa

El vals de Strauss

Inglaterra – La reina Victoria

La orden de la jarretera – El doloroso final de madame Müzürüs

Müşfika Hanım – Heroína

El mayor secreto del sultán: Flora Cordier

Aumenta la preocupación del doctor

El festival de las manos cortadas – Aprender de Occidente sobre el islam

Una noche de amor en Estambul – Mujer, ¿no tienes marido?

Una orden sorprendente en plena noche

Preparativos para la retirada de Salónica

Y el milagro de Estambul

Salida de la mansión – Adiós, Salónica

Personajes de *A lomos del tigre*

En cuanto nací me montaron a lomos del tigre –piensa–, *es el destino de los príncipes, crecer a lomos del tigre; la sensación de plenitud, de privilegio, de superioridad, de ser un dios que da esa demostración de fuerza y poder que deslumbra a todo el mundo al dominar una criatura tan extraordinaria como el tigre, al sentir entre las piernas el inquieto agitarse de los músculos de acero del depredador, de ser el dueño de esa máquina asesina de mirada cruel a la que todos temen; pero por otro lado, el miedo. Sí, el miedo. Un escalofrío helado que a veces te hace temblar de arriba abajo como si por tu espalda se deslizara una húmeda serpiente.*

La mayoría de los príncipes nacen condenados a morir –piensa–. *¿No han sido estrangulados en nuestra familia dieciocho niños recién nacidos junto a sus hermanos mayores mientras aún tenían la leche de su madre en los labios? ¿No rodeó el cordón de seda el cuello de cientos de príncipes que pudieron llegar a ser sultanes? Y a los que se les permitía vivir, ¿no los encerraron en una jaula dorada y se pasaron años pronunciando la profesión de fe en cuanto oían los pasos de quienquiera que se acercara pensando que era el verdugo? ¿No se volvieron locos la mayoría por eso?* –piensa, mientras trata de no recordar a sus hermanos, a quienes él mismo encarceló durante años.

Este es el mundo de «O jefe de Estado o pasto de gusanos». Mientras estás a lomos del tigre dominas ese enorme poder ante el que todos se doblegan, eres poderoso, te sientes satisfecho; sin embargo, en el instante en que desmontas, ese mismo tigre te destroza como a una pobre gacela que hubiera caído en sus garras, sin dudarlo un instante. La única condición para vivir con el tigre es la de dominarlo; o eres su señor o eres su presa.

No es algo que yo haya elegido –piensa–, *todos venimos al mundo en una familia que no hemos escogido, con un destino que no hemos escogido; y en la nuestra nos toca nacer a lomos del tigre. No puedes cambiar tu destino.*

PRIMERA PARTE

28 de abril de 1909
Primera noche en el destierro de Salónica – Helado a medianoche – La paranoia imperial – *La traviata*

Abdülhamid II, trigésimo cuarto sultán otomano y califa de la comunidad musulmana, se incorporó esa noche oscura apoyando en el suelo la mano derecha y, mientras buscaba con la izquierda cualquier cosa a la que agarrarse, tocó algo blando. Trató de levantarse apoyándose en eso. Le dolían los brazos, las piernas y la cadera. Cuando se incorporó lo suficiente sacó el mechero del bolsillo de su chaqueta y lo encendió; la llama alumbró parte de la lóbrega habitación, pero lo que iluminó no hizo sino aumentar el temblor de su corazón. Primero miró a lo que se estaba agarrando. Era un enorme sillón de un color oscuro que no se distinguía bien en la negrura, parecía tapizado de terciopelo y frente a él habían colocado otro, la pareja. Los habían juntado no por el respaldo, sino por el asiento. En ese momento el sultán lo recordó todo, como si le hubiera caído encima un rayo repentino que lo hubiera recorrido de la cabeza a los pies haciendo temblar su anciano cuerpo. No estaba en su palacio de Estambul, la ciudad en la que se despertaba cada mañana desde hacía treinta y tres años, sino muy lejos de allí. Estaba en Salónica, encerrado en una habitación de un palacete. Levantó el mechero y miró a su alrededor; según movía el brazo la débil luz iba lamiendo los adornos del alto techo, los cristales de las ventanas con los postigos cerrados, la tarima marrón y los dos sillones.

Un malestar indescriptible se apoderó del sultán. Se encontraba solo y desamparado en aquel cuarto extraño. Sus hijas, sus hijos, sus esposas, sus criados debían de haberse acostado sobre la tarima en otras habitaciones de aquel palacete completamente vacío. Unos soldados los habían llevado hasta allí y, después de marcharse cerrando tras ellos la enorme puerta de dos hojas, los habían dejado en un inmenso salón vacío en el que solo había una mesa de comedor. Se sentaron en el suelo con la cabeza inclinada, avergonzados incluso de mirarse. Poco después su hija mayor vio los dos sillones olvidados en un rincón. Eran inmensos y estaban tapizados con terciopelo verde oscuro. Los criados, con la ayuda de sus hijas, los llevaron a la habitación de la izquierda, los juntaron y le dijeron: «Majestad, descanse aquí esta noche y mañana será otro día. Sus soldados no le dejarían así, probablemente no hayan tenido tiempo de preparar nada». Justo en ese momento oyeron que se abría la puerta del

gigantesco palacete de tres pisos y, a la luz del farol que portaban unos soldados, vieron que entraba un oficial. Fue una entrada de severidad militar, y el anciano sultán, que toda su vida había temido que lo asesinaran, sintió los nervios de punta. El sonido de las botas levantaba ecos en el vacío del palacete, el farol reflejaba sus sombras en las paredes alargándolas y las miradas hoscas que les dirigían los soldados, a él y a su familia sentada en el suelo, a pesar de la expresión relativamente civilizada del oficial, anunciaban que había llegado su última hora. Puede que los fusilaran a todos allí mismo; puede que, como todo lo demás, la costumbre de no verter la sangre de los miembros de la dinastía fuera cosa del pasado. Se dio cuenta de que sus hijos se ponían al frente, como queriendo protegerle. Las esposas, las tres hijas y el hijo mayor hacían de escudo de su padre. El oficial debió de entender lo que pasaba porque dijo:

–Señor, les hemos traído agua y comida.

Los soldados que iban tras él dejaron la enorme bandeja sobre la mesa de comedor, que en medio del salón parecía una escultura a la soledad.

–Disculpen –continuó el oficial–, ha sido una llegada muy repentina y no hemos podido preparar el pabellón. Aquí vivía Robillon Bajá, le ordenaron que lo dejara y se marchó llevándoselo todo. Dios mediante, mañana podremos proveerles de camas de los hoteles y de todo lo demás.

El oficial parecía lamentar la situación en la que había caído la familia imperial, pero los soldados continuaban con sus miradas hostiles.

–¡Muchas gracias, señor oficial! –contestó el sultán–. Que Dios se lo pague. ¿Cómo se llamaba?

–Ali Fethi, señor. Vengo de Estambul. Están ustedes a mi cargo. Me dicen que la comida la han mandado preparar en Pastaciyan, el mejor restaurante de Salónica –dijo el oficial.

Y ojalá no lo hubiera dicho, porque en cuanto oyó mencionar la comida y su preparación el sultán recayó en sus temores, en aquella famosa «paranoia imperial». Se le vino una idea a la mente: «Así que piensan envenenarnos». No podía comer aquello, pero le era imposible rechazarlo. Tenía que encontrar una solución enseguida.

–Señor oficial, por desgracia tengo mal de estómago –dijo–. No puedo comer esto. Si es posible, me gustaría tomar algo de yogur y agua mineral.

El rostro moreno del oficial mostró su sorpresa, pero accedió a la petición del sultán y ordenó que le trajeran lo que deseaba.

Fue todo uno que los soldados salieran en tropel y regresaran. El sultán miró con suspicacia el cuenco de yogur y la botella de agua mineral todavía sin abrir, pero lo más probable es que no les hubiera

dado tiempo a envenenarlos tan rápido. Además, el oficial inspiraba confianza. Les dio las gracias. Al salir, el oficial acarició la cabeza del más pequeño de sus hijos y susurró algo. Más tarde, el ama Zülfet, que era quien estaba más cerca de ellos, le contaría que había dicho: «Pobre criatura», lo que aumentó la cercanía y la confianza que el sultán había sentido por el oficial en el rato que había estado con su familia.

Cuando los soldados cerraron la puerta tras ellos, los hambrientos niños echaron a correr hacia la bandeja y empezaron a levantar una por una las tapas de los platos. Por desgracia, sufrieron una gran decepción. La mayor parte de los platos estaban vacíos; en los otros solo encontraron un poco de yogur, algunas rebanadas de pan y –oh, sorpresa– abundancia de helado de nata. ¿De qué cabeza habría salido la insensatez de ofrecer helado a esas horas a la familia del sultán, a la que habían sacado de palacio y montado en un tren desde Estambul el día anterior y que llevaba horas famélica? Estaba claro que el oficial de rostro honesto no tenía la menor noticia de aquello porque había respondido al agradecimiento del sultán inclinándose en un saludo sumamente amable, sin demostrar la menor falta de respeto. Pero no todos en el ejército eran amigos suyos. Los mandos revolucionarios, unionistas, afrancesados, odiaban al sultán, en quien veían la causa de todos los males. En su propio ejército quizá tenía más enemigos que amigos. En caso contrario, ¿cómo era posible que los mismos que habían entrado en la ciudad con la intención de sofocar una revuelta lo despojaran del trono y lo enviaran a Salónica de tan malos modos cuando él estaba tan tranquilo en su palacio?

Los niños habían mojado algo de pan en el yogur y se dirigían hacia el helado cuando el sultán les gritó:

–¡Quietos! ¡Que no se os ocurra comer ese helado!

Evidentemente, el veneno estaba en ese helado de nata que habían traído en abundancia. Si no, ¿qué sentido tenía que les sirvieran algo tan absurdo? Los miembros de la familia, reunidos alrededor de la mesa, se detuvieron desconcertados y apartaron las manos, pero de repente el sultán se dio cuenta de que su hijo mayor le estaba mirando con restos de helado blanco en la boca. «Ay, Dios –se dijo–, me he quedado sin hijo, me he quedado sin heredero.» El niño se había asustado, pero a nadie se le había pasado por la cabeza que pudiera estar envenenado. Había algo extraño: habían traído la bandeja, pero no tenedores, cucharas ni cuchillos. No tenían nada que pudieran usar para comer. Por eso el príncipe había metido los dedos en el helado. Como los demás, creía que su padre se había enfadado y les había gritado que se estuvieran quietos por ese motivo. Al fin y al cabo, eran niños bien educados, que se habían criado en palacio, que habían aprendido todo tipo de normas de buena educación y etiqueta,

que habían recibido de profesores particulares lecciones de piano, canto, francés e italiano. ¿De dónde había salido esa costumbre de comerse el helado a puñados?

El sultán los observó uno por uno y decidió quedarse en silencio. De cualquier forma, su hijo ya se había comido el helado y pasaría lo que tuviera que pasar. No tenía sentido asustarlo, era evidente que se estaba angustiando sin motivo. En silencio se retiró al cuarto que le habían preparado llevándose el cuenco de yogur y la botella verde de agua mineral sin abrir. Se detuvo al llegar a la puerta y dijo a su familia y criados:

–Que descanséis. El Señor es quien todo lo sabe. Él vela por nosotros y nos protege. Hasta mañana, si Dios quiere.

Aquella treintena de hombres, mujeres y niños le desearon las buenas noches muy educadamente a su majestad y, tan pronto como cerró la puerta, empezaron a comer el helado con los dedos, primero los miembros de la familia y luego, cuando ellos terminaron, los criados.

El sultán sacó del bolsillo el cortaplumas del que nunca se separaba y con él comió un poco de yogur y luego, de nuevo con ayuda de la navaja, abrió la botella de agua mineral y sació la sed; luego se acurrucó en aquellos dos sillones que habían juntado. De hecho, también en palacio se echaba en sofás de distintas habitaciones después de comer, sobre todo de día; se sentía incómodo en la cama y a veces hasta se acostaba en el suelo. Le había sobrecogido ver que los niños, por muy buena educación que hubieran recibido, metían las manos en el helado. Ni el gato de Angora, blanco como la nieve, que no se apartaba de sus piernas en palacio, comía nada que no le ofrecieran con un tenedor. Así de noble y bien educada era aquella criatura. De todas maneras, había visto tanto en la vida que sabía que el hambre podría obligarte a hacer cualquier cosa. En las interminables guerras los hombres llegaban a comerse las abarcas. Pero él había cuidado bien de sus tropas y había tenido especial empeño en que no se quedaran sin sus raciones.

–Que el Todopoderoso no castigue a nadie con el hambre –murmuró.

Odiaba la guerra y, a pesar de ello, se encontró con una devastadora contienda con los rusos tan pronto como ascendió al trono. Aunque no se lo confesara a nadie, después de la destrucción que les había dejado aquella guerra con los rusos que, si el término es el correcto, había arrasado tanto al ejército otomano como al país, el sultán a veces pensaba que el imperio se desmoronaría para no recuperarse nunca más y que estaba a punto de dar su último aliento. Él había conseguido retrasar ese momento con sus maniobras políticas. «Soy un político –pensó–, no un militar. ¿Qué necesidad

había de guerras? Ojalá no nos hubiéramos metido en ella. Me convencieron de que el ejército estaba en muy buena forma, pero no era así. Ojalá hubiera podido entrevistarme con el zar, no habríamos entrado en guerra, todo se resuelve con la política.»

Tenía muchas facetas de las que se enorgullecía, pero aquella era de la que más. Siempre había seguido el principio de la paz con los rusos, los ingleses, los franceses, los austríacos, y había resuelto los problemas. En el interior del país habían estallado algunos disturbios, pero ¿acaso era fácil gobernar tantos pueblos distintos? De nuevo le vino a la mente su noble gato, que se negaba a comer si no se lo daban con tenedor aunque estuviera hambriento. También a él lo echaba de menos, y a aquel loro tan inteligente como ningún otro, y al perro que se hacía querer a pesar de todo. Se enorgullecía de que aquellos tres seres, bajo su supervisión, vivieran juntos, y siempre los mostraba como ejemplo. «Miren –decía–, si pueden vivir juntos hasta estos animales, que por naturaleza tendrían que descuartizarse entre ellos, ¿por qué no lo van a hacer los seres humanos?» Si, contradiciendo su instinto, el gato no atacaba al loro y el perro no atacaba al gato, de aquello se podían extraer muchas lecciones. Para conseguirlo el soberano debía establecer un orden. Al fin y al cabo, el monarca era un padre y aquel pueblo tan diverso, sus hijos. De la misma manera que un buen padre asegura el equilibrio y la justicia entre sus hijos, también él había conseguido que durante treinta años vivieran en equilibrio musulmanes, ortodoxos, judíos y católicos.

El sultán reflexionaba de aquella manera a menudo, le gustaba repasar sus virtudes –quizá porque no quedaba nadie que las recordara bien– y complacerse con ellas. No obstante, en ese momento una idea imprecisa le daba vueltas en el fondo de la mente zumbando como un mosquito, lo ponía nervioso y proyectaba una sombra sobre esa sensación de estar sumamente satisfecho consigo mismo en la que estaba a punto de sumirse. ¿Qué era? Mientras retrocedía en sus pensamientos uno por uno llegó a la expresión «padre e hijos» y de repente se acordó: «¿Cómo estarán los que se han comido el helado?». Teniendo en cuenta que no le habían llegado gritos ni lamentos, eso significaba que no había ningún problema. Dio las gracias a Dios: «Alabado sea». Volvió a recostarse en los dos sillones juntos. Las contraventanas, cerradas por fuera, extendían una sensación de seguridad en su interior. De hecho, si le trajeran de palacio sus herramientas, él mismo las cerraría también por dentro ya que era muy mañoso: cuántos muebles, armarios y librerías había confeccionado con sus hábiles manos colocando en ellos compartimentos secretos, cuántos baúles había construido con trampas y claves que nadie era capaz de vencer. Cierto, los que lo habían destronado le habían asegurado que su vida no corría peligro,

pero ¿cómo se podía confiar en aquellos mentirosos? Quizá el motivo de que lo hubieran traído tan lejos, a Salónica, era porque temían que el pueblo reaccionara si lo asesinaban en Estambul. Sin embargo, si mataban al sultán en un rincón apartado de Salónica –especialmente si lo mantenían en secreto– nadie se alzaría e incluso quienes oyeran la noticia la descartarían creyendo que se trataba de un rumor. A medida que lo pensaba, más razonable le parecía aquella lógica funesta. Sí, los habían traído hasta aquí a él y a su familia para matarlos. ¿No habría sido más fácil instalarlos en el palacio de Çırağan, tan cerca de la corte y tan reluciente con las aguas del Bósforo? ¿No había retenido él tantos años en ese palacio a su hermano Murad, a quien había depuesto? Murad tenía prohibido salir, pero no le importaba. Y él mismo llevaba años sin salir del palacio. ¿Qué podía haber más inteligente que construirse una magnífica y cómoda prisión en aquellos tiempos de tumultos y atentados? Igual habría podido pasarse la vida en el palacio de Çırağan. Y, no obstante, tanto a él como a su familia los habían subido a empellones a un tren especial y los habían mandado a Salónica. La ciudad era propiedad suya, pertenecía a su dinastía. Pero, de todas formas, no era Estambul, por supuesto.

Según iba reflexionando en todo aquello, la paranoia imperial de Abdülhamid reaparecía. Ya no le quedaba la menor duda de que lo habían traído aquí para asesinarlo. No faltaría mucho para que entraran y le echaran al cuello una cuerda. El miedo hacía que le temblaran las manos y le secaba la boca. Se levantó, encontró a tientas la botella, que había dejado junto a los sillones, bebió un trago de agua mineral y luego encendió el mechero y paseó la mirada por la habitación. Fue hasta la puerta para escuchar, pero no llegaba ningún sonido de fuera. ¿Habrían matado a su familia antes que a él? Iba hasta una ventana para prestar atención al exterior y luego volvía a la puerta. Escuchando tras los postigos le pareció oír voces y ruido de pasos provenientes del jardín. Debían de ser los soldados que montaban guardia y que lo recorrían de lado a lado, pero ¿y si no lo eran? «La puerta –pensó con el palpitar del corazón zumbándole en los oídos–, la puerta es el lugar más peligroso.» Arrastró uno de los sillones hasta ella. Como tenía que usar las dos manos para hacerlo, se vio obligado a apagar el mechero. Tratando de no hacer ruido, a oscuras, llevó lentamente el sillón hasta la puerta y consiguió atrancarla con él. Luego, tirando del segundo sillón con dificultad, lo juntó a tientas al otro.

Se había quedado sin aliento; de haber tenido consigo su bolsa de medicamentos le habría venido bien aspirar unas sales, pero no tenía nada, ni siquiera la colonia Atkinson de la que nunca se separaba. Solo disponía de la bolsa amarilla que su hija había conseguido traer de palacio y que, en el último instante, cuando subía al coche, le había

puesto en las manos mientras le decía «Papá, es tu bolsa del agua» sin que la pobre supiera lo que contenía. En realidad, en la bolsa había cosas incomparablemente más valiosas que el agua, pero ahora mismo ninguna le era de utilidad. Oro, rubíes, joyas, cada una de las cuales era un tesoro en sí misma, brillantes traídos de la India y de África que deslumbraban y dejaban sin habla... Nada de aquello podía ayudarle. Había sido un milagro que la pobre niña hubiera podido salvar en el último instante aquella bolsa de las manos de la pandilla de bandidos que había invadido el palacio.

Cuando su hija le alargó la bolsa amarilla le habría gustado besarla en la frente, pero no habría estado bien semejante demostración de afecto en medio de tanta gente porque entonces tratarían de investigar qué contenía la bolsa –«Dios nos libre»–. De hecho, por muy bruscamente que lo sacaran de palacio, él no era hombre que se marchara sin llevar consigo una pequeña fortuna que permitiera a la familia subsistir. Por eso había cogido de su habitación otra bolsa que contenía todo tipo de joyas, oro y dinero, pero cuando subía al coche uno de sus hombres, con el pretexto de ayudarle, se la arrebató de las manos y luego desapareció. El sultán lamentaba aquel hecho que tanto le había dolido y que, al mismo tiempo, demostraba cuánta razón tenía en sus sospechas de que se hallaba rodeado de traidores en su propio palacio por mucho que la tacharan de paranoia imperial. A nadie le había extrañado que la bolsa del agua estuviera cerrada porque todos sabían que el monarca solo bebía agua de botellas selladas que guardaba en una bolsa cerrada con candado para prevenir cualquier intento de envenenamiento; que, de hecho, no tomaba nada, ni siquiera medicamentos, de botellas y frascos abiertos. En la prensa extranjera se había topado a menudo con la expresión «paranoia imperial», e incluso en varias ocasiones había sido testigo de cómo aquella expresión se susurraba en palacio, pero nunca se había enfadado porque si hubieran dicho simplemente paranoia habría sido un error, pero paranoia imperial era correcto. En esa época ¿qué podía ser más natural que un emperador sintiera preocupación por su vida? Era la prensa francesa la que lo había llamado «*paranoïa impériale*». «*Paranoïa impériale*, menuda forma de decirlo –pensó. En realidad, le habría gustado hacerles una serie de preguntas–: ¿Tienen ustedes abuelos que hayan sido asesinados mientras detentaban el trono? ¿Sus hermanos han perdido la cabeza? ¿Han sufrido atentados con bombas de los que se han salvado porque se retrasaron un minuto en subir al coche? ¿Reciben cada día decenas de amenazas de muerte? ¿Han asesinado a su tío cortándole las venas para que pareciera un suicidio? Esas son las realidades de mi vida. Miren lo que les ocurre a reyes y sahs. Al zar Alejandro de Rusia lo fusilaron. ¿Qué *paranoïa impériale* es esa que siempre tiene razón? En estos días no hay cabeza

de monarca que esté segura sobre sus hombros.»

Por ese motivo se había mandado construir una especie de prisión de altos muros en una colina y había abandonado aquellos mágicos palacios que las aguas del Bósforo cambiaban de color a cada rato, del azul al verde y por la tarde del púrpura al morado, por los que pasaban como flechas las pardelas y en cuyos capiteles de pórfido se posaban las gaviotas. En el interior de su nuevo palacio ordenó que hubiera estanques, todo tipo de animales, plantas raras, pabellones e incluso una sala de ópera que convirtió en funcionarios de palacio a artistas italianos y durante largos años vivió allí sin salir excepto para la oración de los viernes; reinó nombrando a sus hombres de más confianza incluso para puestos como el de jefe de cafeteros, que le llevaba el café –aunque, por si acaso, lo tomaba en dos tazas distintas–, bebiendo agua de botellas selladas, extrayéndose él mismo la muela que le dolía para que nadie le tocara la boca, y trajo a médicos de Europa para contrastar las conclusiones de sus propios médicos, estudiando fotografías de las ciudades del imperio en cambio permanente, empezando por Estambul, montando en hidropedales en los estanques del palacio, pasando el rato entre pavos reales, papagayos, jilgueros de hermoso canto, con las gacelas del bosque y con sus hijos y esposas, la mayoría de ellas procedentes del Cáucaso; pero sin dejar de jugar a la política internacional como si fuera un tablero de ajedrez. Gracias a eso había podido superar intentos de golpe de Estado contra su sultanato, atentados y sangrientos alzamientos. Y también gracias a la red de delatores que continuamente enviaban informes desde todos los rincones del imperio, desde el Adriático al golfo de Basora, desde el Cáucaso a África.

Sí, sí, les habían traído a él y a su familia a Salónica para poder matarlos en un lugar apartado de todas las miradas. Ahora estaba seguro. Salónica era una ciudad en la que abundaban los opositores, que hervía de oficiales revolucionarios, en la que se propagaban las ideas anarquistas que se habían apoderado de Europa después de la Gran Revolución Francesa. A los de allí no les importaría demasiado que asesinaran al sultán, incluso se alegrarían. En efecto, ¿no había llegado a Estambul desde Salónica el «Ejército de Intervención» que lo había destronado? ¡Qué curiosos los designios de la fortuna! Los revolucionarios habían partido de esta ciudad y se habían instalado en Estambul y a él lo habían despachado al lugar de donde venían, a esa ciudad que apestaba a revolución. ¡Qué extraño sino! Ni siquiera el nombre era auspicioso. ¿Qué relación podía tener con los otomanos el nombre de la hermana de Alejandro Magno? Ojalá le hubieran cambiado el nombre cuando la conquistaron hacía cientos de años, pero tampoco a él se le había ocurrido hacerlo mientras gobernaba. La

princesa que le daba nombre a la ciudad, o sea, la hija de Filipo, primero llegó a ser reina y luego la mataron, como a sus dos hermanas. Como ella, también él había sido un niño desdichado que perdió demasiado pronto a su madre y quedó en manos de una madrastra. Según iba pensando se le venían a la cabeza los raros libros de historia que había leído en la biblioteca de palacio y creía con más fuerza que la pobre Tesalónica y él compartían el mismo destino. Su padre, Filipo de Macedonia, le puso un nombre compuesto por las palabras «Tesalia» y «victoria» porque nació el mismo día en que venció a los tesalios. ¿No había sido suya Tesalia hasta hacía poco? Todo eran parecidos y Salónica era una ciudad que apestaba a sangre, a cuya historia ahora se añadiría que allí habían matado al emperador otomano.

Prestaba atención al exterior temiendo hasta respirar. Más allá de la puerta no había nadie. Todos se habrían retirado a distintas habitaciones, probablemente. ¡Pobres sultanas y príncipes, debían de haberse acostado en el duro suelo! No se oía un ruido.

De repente se produjo un milagro. Primero llegó a sus oídos una tímida melodía del teclado de un piano no muy afinado; luego una voz joven y brillante como el cristal de roca comenzó a cantar un aria. Era la voz de Ayşe Sultana, su hija menor, que cantaba, para que su padre la oyera, su aria preferida de *La traviata*, como si fuera un chal de seda que ondeara en la desolación de aquel oscuro palacete.

Sí, descúbrelo, descúbrelo en el nuevo día...

Al día siguiente sabría que, tocando aquel piano que de momento habían dejado en el piso superior posiblemente porque era difícil de transportar, había querido decirle: «Papá, estoy a tu lado, no tienes nada de qué preocuparte».

Sin poder impedir que las lágrimas le cayeran de los ojos, el soberano escuchó aquella aria de *La traviata* cantada en el entorno más extraño del mundo y, por un breve momento, la paranoia imperial se aligeró como la niebla cuando se dispersa lentamente al levantarse el sol en el Bósforo. Su cuerpo, añoso y agotado, vencido por tan grandes emociones y por el viaje, se fue sumergiendo en un sueño inquieto con esa nana que la hija le cantaba a su padre.

La noche es la madre de la aprensión – La mente confusa del antiguo sultán – El jeque Zafir – La reina Victoria – Sherlock Efendi – Pendientes de diamantes – El cordón de seda que rodea tu garganta

No sabía cuántas horas había dormido. Se despertó desconcertado en un extraño vacío y casi al instante oyó una serie de fuertes ruidos. Sintiendo que su cabeza golpeaba la madera, pensó: «¿Me habré muerto?». Le vino a la mente cómo el patriarca griego, de suave barba blanca, a quien de vez en cuando llamaba a palacio para disfrutar de su conversación, le había contado que uno no se daba cuenta de que se moría y que sólo lo comprendía después de que lo enterraban, cuando quería incorporarse y su cabeza golpeaba la madera del ataúd: «Vaya, así que me he muerto». De tener razón aquel sacerdote, él también se había chocado con la madera, aunque era musulmán –alabado sea Dios–; de hecho, califa del islam, sucesor del Profeta de Dios, y no podía ser que lo hubieran enterrado en un ataúd, sino que lo habrían entregado a la tierra solo con la mortaja, y esta la abrirían un poco para que su piel la tocara.

Mientras se levantaba poco a poco en la oscura habitación recordó a su jeque. El jeque Zafir, bendito fuera, quien le había iniciado de joven en la cofradía Şazeli, le dijo un día:

–Mira, Hamid, hijo mío, el destino de todos está escrito por la pluma de Dios, nacemos con él. Todo está escrito aquí. –Y mientras lo decía pasó la mano por la amplia frente del joven novicio–. No obstante, tú no has nacido con un solo destino como todo el mundo, sino con tres. Tienes tres destinos escritos en la frente y no sé cuál será el bueno. O te pudrirás en la cárcel, o gobernarás como emperador del mundo, o te asesinarán. Me da la impresión de que vas a vivir los tres, hijo mío, algo que les pasa a muy pocos en este mundo.

–Jeque –dijo Hamid mirando su blanca barba–; por supuesto, voy a aceptar mi destino. De hecho, los siervos de Dios somos impotentes ante sus designios y no hay nada que podamos hacer, pero, con todo, una de esas posibilidades me parece muy lejana.

–¿Cuál, hijo? –le preguntó el jeque.

–El sultanato –contestó él–. Las otras dos, o sea, la prisión y el asesinato, son muy probables y en nuestra dinastía muchos las han sufrido, pero, por desgracia, el sultanato lo tengo muy lejos, soy noveno en la línea de sucesión. En mi destino no está el trono y por eso me he dedicado a los negocios, compro ovejas, las crío, vendo la lana y la leche, planto trigo y me ocupo de acciones y bonos. Gasto muy poco de la asignación trimestral que me llega de palacio, ahorro

la mayor parte y la invierto en el comercio.

–Lo sé, hijo mío –dijo el jeque–, pero sucede lo que manda Dios y tú no puedes saber si llegarás o no al trono.

Y al final pasó lo que creía imposible, ascendió al magnífico trono de los otomanos y gobernó en tres continentes durante treinta y tres años.

Eso quería decir que había llegado el momento de la última profecía. Había llegado por fin el instante que no había podido quitarse de la mente en los treinta y tres años de su reinado, que le provocaba continuos escalofríos en su fina y blanca piel y en su delicado cuello, que, quién sabía cuántas miles de veces, le había hecho saltar de la cama con un sudor frío que empapaba las sábanas. El trance cruel que cada mortal lleva escrito en la frente pero que todos niegan en distintos grados y que a él le había hecho sufrir a lo largo de toda su vida, había clavado aquellos postigos, trabado las ventanas y lo había agarrado por el cuello en esa habitación extraña de altos techos y oscura como la pez. Ya no le servirían de nada ni los baños de alcanfor, ni las compresas calientes, ni las infusiones de sen, ni los elixires que les hacía preparar a sus médicos personales judíos, ni sangrías, ni las cauterizaciones con hierros candentes, ni las sanguijuelas que cada primavera se llevaban con la sangre sucia otros humores, y que él comparaba a sus opositores. La muerte, que a todos nos angustia, había llegado con el fajín de seda que llevaban los verdugos en sus bastas manos peludas. El único privilegio que se concedía a los miembros de la familia otomana, que a lo largo de sus seis siglos de reinado había entregado al verdugo a muchos monarcas y príncipes, consistía en que no se los ejecutara como al pueblo ahorcándolos con una soga vulgar o decapitándolos con una afilada hacha –porque no se podía verter la sangre de la dinastía–, sino que, idea que alguien debió considerar brillante, se les estrangulase con un valioso fajín de seda. No obstante, lo mismo apretaban las sogas que la seda, el hilo y el cordón de fieltro de las cortinas, la tela de raso que una tira cortada de una piel de marta. En realidad, esos verdugos inmorales podrían incluso haber utilizado sus propias manos. Se había pasado la vida pensando en aquellos ancestros que habían muerto estrangulados con un fajín de seda, y sentía curiosidad por saber qué habrían sentido en el último momento. Su antepasado Osmán *el Joven*, que había sido depuesto de repente sin que le diera tiempo a comprender que el trono es el lugar que más cerca está de la tumba y a quien habían estrangulado en las profundidades de las mazmorras de la fortaleza de Yedikule donde nadie fue capaz de oír sus gritos... ¿Cómo era posible que en un solo día se hubiera podido entregar a esas manos peludas y salvajes al califa del mundo, a la sombra de Dios, al representante del Profeta, al señor de tres continentes, a quien

nadie osaba mirar a la cara y a quien solo los más nobles se atrevían a acercarse arrastrándose para besarle los faldones? Se decía que antes de ser ejecutado habían sometido a aquel desdichado a maldades inconfesables que mancharían para siempre a la dinastía otomana, pero, Dios nos libre, eso tenía que ser imposible. No podía ser. De ser cierto, el mundo se había desquiciado.

–«Mirad –se dirigió a los verdugos, cuyos rostros no podía distinguir en la oscuridad–, ¿no soy vuestro sultán y el califa de los dos mundos? ¿Por qué queréis hacerle daño a un hijo de la casa de Osmán? ¿Es que no tenéis temor de Dios? Si me decís que cumplís órdenes, no me lo creo; Reşad Efendi, que ahora ocupa mi trono, nunca consentiría que se asesinara a nadie de la familia... Creo que no... No, no... Seguro que no, de ninguna manera.»

Le estaba ocurriendo algo extraño, podía hablar con el cordón de seda al cuello, podía hacer oír su voz. ¿Era uno de los milagros del Todopoderoso? Si no era una intercesión del propio Mahoma, de hermoso nombre y hermoso él mismo, y que allá por donde pasara dejaba un aroma a rosas que hacía perder el sentido, por su califa, por el señor de los dos mundos que tenía el honor de ser su sucesor, ¿qué era?

–«¡Mirad! –repitió retorciéndose y gimiendo–. Por muy verdugos que seáis seguís siendo hijos míos, súbditos míos, habéis jurado servir a la casa de Osmán, allá arriba Dios Todopoderoso está viendo lo que hacéis y dice: "Estos infieles están matando a mi califa y se merecen el infierno". Hijos míos, escuchad, me han traicionado, me han calumniado, no os dejéis engañar. Os voy a contar la verdad: al káiser Guillermo, que vino a Estambul a visitarme dos veces y que incluso mandó construir una preciosa fuente delante del palacio de Topkapı, simplemente porque era amigo mío, lo acusaron de haber robado las joyas de la reina Victoria, yo me negué a aceptarlo y apoyé a mi amigo de bigotes rizados. Dije que aquel delito, como mucho, lo habrían cometido el zar Alejandro o el emperador Napoleón, que tanta amistad le había demostrado a mi tío en Francia. Dios es testigo de que no cedí ni un milímetro a pesar de que sabía que iba a irritar a aquellos grandes países. Incluso, para que desvelara el misterio, le prometí diez bolsas de monedas de oro a Sherlock Efendi, que eclipsaba a los miles de investigadores que yo tenía repartidos por el mundo y que con su inteligencia habría podido llevárselos a todos donde quisiera como un rebaño de ovejas.

»Ahora pensaréis que el intermediario que contactó con el famoso detective tuvo que haber sido su ayudante el doctor Watson. No, no, no, por Dios. Se lo pedí directamente al infiel inglés llamado Conan Doyle, creador de Holmes. Invité a Estambul al escritor y le expliqué personalmente lo que deseaba y cuando me prometió que me ayudaría

le concedí la Orden de Mecidiye, y a su esposa, que andaba por ahí con todo al aire, la orden de la Caridad. Estos ingleses son muy listos, la nación más inteligente del mundo, y nunca en mi vida me he fiado de ellos. Cuando era joven mi tío el sultán Aziz, que Dios tenga en su gloria y que por entonces ocupaba el trono, me llevó a Londres. Allí pude ver el talento de la nación inglesa. Recibieron a mi tío con una pompa como no se ha visto a lo largo de la historia, la reina Victoria le demostró un respeto incomparable y le concedió la orden de la Jarretera, pero luego derrocaron a mi tío para poner en el trono a mi hermano Murat porque lo habían convertido en masón. Mi tío no accedía a sus intereses y querían librarse de él y mi hermano, al ser masón, era más próximo a ellos. En su ceremonia de ascensión al trono tocaron el himno inglés, ¿os lo imagináis?, como si esto fuera Inglaterra. Pero luego mi hermano perdió la cabeza, les hablaba a las paredes con frases absurdas y se reía, y no le servía para nada ser sultán, ni a él ni a los ingleses. Tal y como había previsto mi jeque, ese trono que nadie quería recayó en mí y desde ese mismo día no han dejado de inmiscuirse en todo lo que hago sin parar de urdir tramas tanto dentro como fuera a lo largo de treinta y tres años para ver cómo sacarme de en medio. Escuchadme, os estoy contando la historia tal cual es. Pues bien, Sherlock Efendi, el detective más inteligente de esa inteligente nación inglesa, encontró el rastro del diamante robado. ¿Qué era lo que había pasado? Mi difunto padre, el sultán Abdülmecid, que en paz descanse, le envió a la reina Victoria un valioso broche decorado con piedras preciosas. La reina extrajo las piedras y se hizo unos pendientes de diamantes. El joyero de palacio encargado del asunto, un tipo de naturaleza maliciosa y poca ética, cambió las piedras auténticas por unas falsas. Luego intentó venderlas en Prusia, pero lo descubrieron. Así fue como se mezcló en el asunto el nombre del káiser Guillermo, sin tener ninguna culpa, el pobre. De hecho, los alemanes son muy honestos. Si Victoria hubiera tenido los ojos bien abiertos y hubiera ordenado que sus investigadores vigilaran al personal de palacio, nada de esto habría ocurrido, nadie se habría llevado un disgusto. Yo no era tan ingenuo y me informaba de cada rumor, de quién respiraba en mi palacio, pero al final también caí en la trampa. ¡Ay, jeque mío, así que no hay nada más que el destino! Todo lo que me había dicho resultó ser verdad, fui sultán, me cogieron preso y ahora voy a perder la vida a manos de estos desalmados. ¡Ven a mí, paraíso prometido!»

Entre tanta turbación se dio cuenta desconcertado de que no había nadie en la habitación y de que nadie le apretaba el cuello. Rodó al suelo, a la madera del suelo, pero no acababa de entender dónde estaba.

«¿Dónde estoy? No estoy en mis estancias del palacio de Yıldız, ni

en ninguno de los otros palacios. Entonces, ¿dónde estoy? ¿Qué es esta habitación negra como la pez? ¿Qué hago aquí? ¿Qué hace un emperador en este cuarto?»

En el momento de mayor angustia sintió que la bendita y sedante mano del jeque Zafir le tocaba la frente y, mientras lo serenaba y apaciguaba los miedos que lo habían atormentado durante toda su vida y le ayudaba a superar la congoja, oyó que le decía:

–No te preocupes, hijo mío, cuando brille la luz de la aurora no quedará nada de esto. Dicen que la noche es la madre de todas las aprensiones. La oscuridad de la noche te arrastra al delirio. Mañana será otro día.

Y al tiempo que se deslizaba en las oscuras aguas del sueño, el jeque le recitaba la sura «La abertura»:

> ¿No te hemos infundido ánimo, librado de la carga, que agobiaba tu espalda y alzado tu reputación? ¡La felicidad y la infelicidad van a una! ¡La felicidad y la infelicidad van a una! Cuando estés libre, ¡mantente diligente! Y a tu Señor, ¡deséalo con ardor![1]

1. Traducción de Julio Cortés. (N. del T.)

Salónica la brava – El Casino Olimpo – El doctor Hüseyin Bey – El fin de la tiranía – Carta a la amada

Esa templada tarde de primavera de 1909 Salónica vivía con plenitud su animado estado habitual de alegría y diversión, la misma ciudad que, apenas tres años y medio más tarde, se rendiría al ejército griego sin disparar un solo tiro, medio somnolienta, aletargada y entumecida, sin que los generales, especialmente, hicieran nada para impedirlo, como si a todo el mundo le hubiera picado la mosca tsé-tsé y hasta los almuédanos llamaran a la oración bostezando. Pero por entonces a nadie se le habría ocurrido ni de lejos aquella posibilidad y ni siquiera se habrían preguntado sobre el futuro del sistema centenario que reinaba en la ciudad porque hacerlo les hubiera parecido absurdo. La urbe más europea del imperio olía a sal, a brisa marina, a pescado, a raki, a *ouzo* y, a veces, a revolución y a pólvora. Era una ciudad que daba miedo y que había dado lugar a que la llamaran Salónica *la Brava* porque los militares de alta graduación y los funcionarios que enviaban de Estambul sufrían atentados uno tras otro.

Los nativos de la ciudad, judíos, turcos, búlgaros, sabateos, pomacos, griegos, rumíes, macedonios, franceses, italianos y otras mil y una naciones completamente distintas se habían refugiado en una atmósfera de solaz en la que se mezclaba el ambiente político de la población más libre y cosmopolita del imperio con el aroma de anís de la brisa que soplaba desde el mar, y se les identificaba por el *«keyf»*, por el placer de la vida, palabra que se había hecho un hueco en todas las lenguas. Por lo menos así era en el Cordón, la zona del paseo marítimo. En los barrios musulmanes reinaba un silencio formal y piadoso en el que no se oía nada aparte de las eventuales llamadas a la oración y, por las noches, la voz del sereno que golpeaba el suelo con el chuzo y pregonaba: «Todo está en calma, buenas noches».

Para distraerse, los oficiales destinados al Tercer Ejército del

imperio acudían de vez en cuando al Cordón, a un café que había detrás de la Torre Blanca, o a los cabarets donde muchachas alegres cantaban aires rumíes. Sin preocuparse demasiado por la inquietud creciente en los Balcanes, esparcían rumores sobre lo que ocurría en Estambul, en palacio y en Salónica. Uno de aquellos oficiales era el capitán médico Atıf Hüseyin Bey, destinado al hospital del Tercer Ejército. De vez en cuando se unía a otros oficiales solteros como él e iba al Casino Olimpo, donde se sumergía en los ensueños que le provocaban las voces ardientes de las cantantes rumíes, que le gustaban especialmente y le tocaban el corazón. Sus obligaciones en el hospital lo superaban; trabajaba mucho, hasta el agotamiento. Era como si esas veladas que pasaba con sus compañeros fueran la única recompensa que se le concedía. Pero como era un oficial serio, equilibrado y que prestaba cuidado a cada aspecto de su vida, se limitaba a beber un vaso de cerveza; ni tocaba bebidas más fuertes como el raki, el *ouzo* o el vino que algunos compañeros bebían hasta altas horas de la noche. Solo muy de tarde en tarde, cuando le poseía la amargura, no podía resistirse y echaba mano a la botella de *tsipouro*, que tanto le gustaba. Otros días iban al café Tumba, propiedad de Dimitris Sarayotis, en el barrio de Sindrivani, y saboreaban un café bien espumoso. El Partenón era un salón en la avenida Hamidiye donde satisfacían su afición al billar. Corría de boca en boca que el mejor jugador de billar era el capitán Mustafa Kemal Bey. Había coincidido con aquel rubio capitán en la inauguración de la Asociación Cultural Griega de Baile, que empezó sus actividades en la época de libertad y alivio que se extendieron por todos lados tras la proclamación del Segundo Periodo Constitucional en 1908. Entre los oficiales jóvenes había prendido el fervor revolucionario, y ardían en deseos de respirar la libertad derrocando a Abdülhamid con una acción como la Revolución francesa, «ese tirano, déspota, sanguinario, que no dejaba respirar y que hacía vomitar sangre a todos». Los jóvenes oficiales habían hecho suyo aquel apodo de «Sultán Rojo» que el francés Albert Vandal había usado para Abdülhamid; sus mayores enemigos, que le odiaban con ardor y que rezaban cada día para que se muriera, le recordaban con ese nombre –a veces en francés, *«Le Sultan Rouge»*–. Cada día repetían a escondidas poesías de famosos autores que lo comparaban con una lechuza y lamentaban que se hubiera salvado de milagro de la bomba que los armenios le habían puesto en el coche; memorizaban y se susurraban al oído unos versos del poema «Un instante de retraso» de Tevfik Fikret, en los que se lamentaba del fracaso del atentado contra el sultán y en los que se calificaba a Edward Joris, uno de los terroristas, de «glorioso cazador»: Oh, glorioso cazador, tu trampa en vano no plantaste.

Disparaste, pero por desgracia, por desgracia, fallaste.

Incluso un poeta como Mehmet Âkıf, que tenía tan presente la fe en su corazón y estaba tan consagrado a la comunidad musulmana y a la nación, iba más lejos que el francés y calificaba al sultán de «Infiel Rojo», escribía duros versos contra Abdülhamid como los de «La lechuza de Yıldız»: «Ah, si no muere de inmediato esa lechuza de Yıldız, / el fin será terrible», y decía que el sultán, de quien anhelaba una muerte inmediata, era «el alma del Maligno».

Según ellos, aquel hombre jorobado, de barba negra y gran nariz era la causa de todos los males del país; había cubierto la nación con una manta negra que asfixiaba a todo el mundo. Parecía que, si él no existiera, el sol brillaría más, las estrellas parpadearían con más embrujo, de noche olerían mejor los jazmines y la brisa soplaría más fresca. Esa obsesión de los oficiales jóvenes les impedía conversar de cualquier otro tema que no fuera Abdülhamid. Y aquel asesino sanguinario, aquel monstruo, no solo hacía sufrir a los musulmanes, convirtiendo en ponzoña hasta lo más dulce, sino también a armenios, rumíes y judíos, era una criatura que se pasaba las noches en su palacio de altos muros de Yıldız urdiendo planes malignos que ponía en práctica al día siguiente. Había abolido la Constitución sin dudar lo más mínimo. A pesar de que la promesa más importante que había hecho a quienes lo alzaron al trono había sido la de ponerla en práctica. También a ellos los había engañado. Los periódicos, sometidos a censura, tergiversaban todas y cada una de las noticias, hasta el punto de que podían informar de que gobernantes extranjeros que morían víctimas de atentados lo hacían como consecuencia de alguna enfermedad como la gripe o la tosferina. Al pueblo no debían llegarle otras ideas. En la prensa extranjera que se colaba en Salónica se dibujaba a Abdülhamid como un carnicero arremangándose y apretando entre los dientes un cuchillo que chorreaba sangre, o bien como la encarnación terrenal de Azrael, el ángel de la muerte. Las revistas europeas se habían dejado llevar de tal forma por aquella propaganda que en algunas ilustraciones se representaba al *Sultan Rouge* como a un rijoso enloquecido que violaba niñas. Historias como que el «monstruo de Yıldız» había mandado ejecutar a opositores haciéndoles atar piedras en el cuello y arrojándolos al mar, se contaban como si fueran indiscutibles realidades del día a día. Los europeos escribían que el sultán era aficionado a comer sesos de pollo y que en la cocina de palacio se decapitaban trescientos pollos a diario y sus sesos se servían en ensalada a su majestad.

Aquellos oficiales jóvenes, clientes habituales del Olimpo hasta el punto de que el camarero les daba un trato especial, se enzarzaban cada noche en fogosas discusiones, pero parecía que en esa ocasión

estaban más excitados que nunca. No acompañaban con sonrisas en los labios y gestos de las manos, como acostumbraban, las canciones medio en griego medio en turco y más embriagadoras que el raki que les llegaban desde el escenario, sino que hablaban en susurros con expresión seria. En realidad, estaba prohibido acompañar las canciones o interrumpirlas, como constaba en un letrero colgado detrás de los músicos escrito en turco, francés, ladino y búlgaro, aunque los oficiales a aquella norma no le hacían demasiado caso. Eran todos jóvenes y formales y llevaban el bigote con las puntas retorcidas hacia arriba, según la moda del káiser Guillermo, por quien sentían admiración a pesar de sus visitas al despreciable Abdülhamid en Estambul. Yorgo, el camarero, que les llevaba a la mesa raki, cerveza, anchoas y crujientes salmonetes fritos mientras los escuchaba con curiosidad, retuvo esa noche algunos fragmentos de la conversación: –Se han quitado de en medio a ese demonio...

–¡No me digas!

–¿Quién?

–No os pongáis en pie, que llamáis la atención. ¡Sentaos!

–¿Quién lo ha hecho? Nos morimos de curiosidad.

–Nuestro ejército de Salónica.

–¿Cómo es posible?

–Por Dios, dinos la verdad.

–Han obtenido una fetua del jeque del islam.

–¿A santo de qué?

–Eso es lo más asombroso. Que estaba dañando al islam, que hacía que los musulmanes se masacraran entre ellos, que prohibía libros religiosos, cosas así...

–Ay, Dios, ¿Abdülhamid hacía eso?

–Así se lo he oído yo a compañeros que vienen de Estambul.

–Ojalá sea verdad, hermano, pero... Ay, mi madre, no me lo creo ni en sueños.

–Adiós, Hamid, ¿eh? Adiós, muy buenas...

Los oficiales no pudieron aguantarse más y se pusieron en pie de un salto entusiasmados, pero Yorgo tuvo que alejarse porque su gordo patrón no dejaba de llamarle por señas *«Ela vre!»*.

Cuando volvió, los oficiales se habían sentado de nuevo, aunque parecía que no les cabía el corazón en el pecho.

–No sé –decía el doctor–, yo no he oído nada.

–Supongo que habrán estrangulado a ese demonio.

–¡Ojalá!

–Yo creo que lo habrán mandado al infierno como a su tío. Murió vomitando sangre.

–Todos los hogares del país lo maldicen.

–Yo sigo diciendo que ojalá lo destierren en vez de matarlo.

–Pues sí que ha salido valiente nuestra gente, caramba.

Por fin Yorgo comprendió que estaban hablando del sultán y la excitación lo poseyó. Porque «la lechuza de Yıldız» no solo era problema para los militares sino para todos. Entonces no se pudo aguantar más y preguntó: –Bajá, disculpe, ¿están hablando del sultán?

Los oficiales, que veían a Yorgo como a un hermano en parte por los efectos de la bebida, le contestaron: –Sí, ese demonio está acabado.

Contento como unas castañuelas, Yorgo se alejó de la mesa y corrió junto a su patrón. Poco después el gordo y bigotudo propietario del Casino Olimpo salió al pequeño escenario, hizo callar a instrumentistas y cantantes, que, sentados en sillas, interpretaban ardientes canciones, y le oyeron gritar: –Esta noche las bebidas corren por cuenta de la casa. Que aproveche, damas y caballeros.

Esa noche el doctor regresó a su casa por las estrechas calles adoquinadas sintiendo en los oídos el palpitar de su corazón, que todavía no había logrado calmarse, respondió al saludo del sereno que rondaba el barrio musulmán golpeando el suelo con el chuzo y anunciando que todo estaba en calma y que le saludaba por respeto al uniforme, y entró en el estrecho edificio por la puerta principal. Llegó a su apartamento, vacío y silencioso como cada noche, encendió la lámpara, se quitó la guerrera, se dirigió a la mesa que había ante la ventana tapada por cortinas de percal con bordados de punto de cruz, se sentó en la silla de cruda madera, tomó la estilográfica y una hoja de papel de la pila que tenía siempre a mano y, con letra muy cuidada, escribió lentamente la siguiente carta: No creas que descansa el enamorado lejos de su amor ¡Qué lamento sería si te dijera lo que sufre mi corazón!

> Nurul, ojos míos, querida mía, ángel mío: No pienses mal de mí por haber empezado la carta de esta noche, como todas, con olor a nostalgia, con un pareado del jeque del islam Yahya. La añoranza ya ha herido bastante mi alma. ¿Podré verte en esta vida pasajera aunque solo sea una vez? Hasta hoy he llevado una triste existencia creyendo que eso nunca podría hacerse realidad. Sin embargo, es como si esta noche hubiera nacido el sol de la oscuridad, se hubiera iluminado la negrura y, por primera vez, fuera cierta la posibilidad de encontrarme contigo, razón de mi vida. Porque ese demonio motivo de nuestra desgracia, que puso montañas insalvables y mares turbulentos entre nosotros al enviar al destierro a Chipre a tu honorable padre, por fin ha perdido el trono. Aún no se sabe si vive o no, se ignora su fin. Doy mil veces gracias a Dios por haberme permitido ser testigo de este día y haber dejado disfrutar de esta dicha a la nación y espero que esta

feliz noticia ponga término a mi nostalgia y pueda este desdichado encontrarse por fin contigo.

Luego dobló cuidadosamente el papel de márgenes adornados con diseños de flores rosas y azules, lo puso en un sobre también decorado, lo cerró, abrió un cajón de la mesa y dejó la carta con los otros cientos que, en distintos cajones, aguardaban ser enviadas. En todos los sobres estaba escrito el mismo destinatario: Nabizade Melahat Hanım, Chipre. Eso era todo, porque lo único que sabía de aquella Melahat Hanım, con quien fantaseaba de noche y de día, era que se encontraba en la isla de Chipre. Aunque, a decir verdad, tampoco escribía las cartas para enviarlas.

Princesas con dolor de cuello – Quinqués de petróleo – Tarimas – Arroz con yogur – Olor a tabaco

Tras haber pasado sus últimas semanas en Estambul asediados en el palacio, blanco de los disparos de los revolucionarios, y después de sacudirse durante horas en el tren en el que los habían subido a empellones a medianoche y de llegar a Salónica a oscuras y famélicos, los miembros de la familia imperial se acurrucaban en cualquier rincón, muertos de agotamiento. Después de cuatro o cinco horas de un sueño extrañamente profundo, fruto quizá de un truco de la mente, que quería olvidarlo todo, se despertaron frotándose los ojos y tratando de comprender dónde se encontraban. Como se habían pasado la vida acostándose en los colchones de plumas que les preparaban los criados, los delicados brazos, las piernas, los hombros y el cuello se les habían quedado rígidos de dormir sobre la desnuda madera del suelo. Giraban la cabeza a izquierda y derecha sin dejar de masajearse el cuello lanzando gemidos que producían eco en aquellas salas vacías, a veces con voces de auténtico sufrimiento: «¡Ay, ay, ay!». Además, los enormes mosquitos de Salónica habían debido de encontrar muy sabrosa la fina piel de los cortesanos porque se dedicaron a picarles hasta el amanecer llenándolos de ronchas.

Como las contraventanas estaban cerradas, el enorme palacete se encontraba en penumbra, aunque la mortecina luz que entraba por algunas puertas y por la parte superior de las ventanas, que los postigos no alcanzaban a cubrir, les bastaba para ver el gigantesco salón, las escaleras y las habitaciones del piso superior. A medida que se iban despertando se lanzaban al primer baño que encontraban y, agradecidos por los trozos de jabón que habían dejado en los lavabos los anteriores habitantes, secos y diminutos de puro usados, se quedaban mirando en el espejo el rostro agotado, descompuesto y pálido y el cabello sucio. Después de aquella inusitada ceremonia matutina, convencidos de haberse compuesto un poco, llamaron a la puerta del sultán. El sultán les respondió con un «¡Pasad!» y se lo encontraron como si se le hubiera caído algo al suelo y lo estuviera buscando; no dejaron, como cada mañana, de desearle los buenos días con una reverencia, pero al tiempo se preguntaban qué estaría buscando en el suelo el poderoso monarca sin ordenar que alguien lo hiciera por él. El sultán los miró y, golpeando con la mano derecha el entarimado, dijo:

–El maestro que hizo este parqué conocía bien su oficio, en serio. Un material y un trabajo maravillosos. Mirad con qué maestría encajan unas tablas en otras. Rechina un poco, pero dentro de lo

aceptable. Sin duda porque, como Salónica está en la costa, hay mucha humedad. –Luego enderezó con dificultad su anciano cuerpo, se sacudió las manos y continuó–: Ni yo habría podido hacerlo mejor. Buenos días. A ver, ¿cómo habéis pasado la noche? Me alegro de veros bien a todos. –Volvió a clavar la mirada en el parqué, como si lo más importante no fuera la situación en la que había caído sino aquel suelo–. Os aseguro que solo lo he visto mejor en Londres, en el Palacio de Buckingham.

Justo en ese momento se dieron cuenta sus mujeres y sus hijas de que el sultán estaba representando un papel para disimular la conmoción psicológica que sufría. El sultán, viejo, cansado y zarandeado, trataba de demostrar valor. Y ellas se unieron al teatro clavando la mirada en la tarima.

Nadie mencionaba el hambre para no incomodar a los demás. Menos mal que poco antes de mediodía se abrió la puerta principal del palacete y los soldados les trajeron arroz y yogur. Seguían sin cucharas, tenedores ni cuchillos. ¿Lo hacían para humillar al emperador y a su familia, o bien temían que se hicieran daño con los cubiertos de metal? Puede que fuera un simple descuido. No lo hablaron en ningún momento y cuando tres días más tarde la comida empezó a llegarles con tenedores y cucharas –cuchillos no–, por fin se libraron de meter los dedos en la comida y de recordar con amargura al refinado y aristocrático gato que solo comía con tenedor: «¡Ah, qué minino tan noble!».

Esa misma tarde los soldados también llevaron a la casa camas, sillas, sábanas, colchones, almohadas y toallas. Todo estaba viejo y sucio, pero a los nuevos habitantes de la mansión Alatini les pareció increíblemente bien. El oficial les explicó que se lo habían requisado a los hoteles. A saber quiénes se habrían acostado entre aquellas sábanas ignorantes de que los siguientes en usarlas serían un sultán depuesto y su séquito. Los criados primero arreglaron la habitación del sultán; siguiendo sus indicaciones, colocaron la cama en el lugar más alejado de las ventanas, luego pasaron a los otros cuartos y, poco después, el palacete se había transformado en un extraño lugar donde habitaba una familia bastante humilde, amueblado sin la menor relación con su majestad intrínseca. Con todo, aquello les proporcionó a las mujeres y a las hijas del sultán algo de entretenimiento: algunas trataban de lavar las sábanas con el mísero jabón del baño, otras colocaban los colchones en los toscos somieres de muelles rotos y las de más allá se limitaban a lanzar un chaparrón de órdenes a los criados; pero todas comprendían el valor de haber encontrado una ocupación que, al menos, les permitía distraerse en aquellas condiciones tan duras.

Todas se alegraron con los quinqués de petróleo que unos

soldados malencarados les llevaron esa noche, que aunque no eran más que las luces escuálidas de tres o cuatro lámparas, percibían como el festival que iluminaba brillante el Bósforo con las alegres fogatas que se encendían en cada mansión, en cada muelle, en cada jardín durante el aniversario del ascenso al trono de su padre.

La segunda noche la pasaron el sultán en su dormitorio, sus cinco esposas y sus tres hijas en el salón del piso superior, sus hijos en un cuarto distinto y los agás del harén y los demás criados en otras dos habitaciones. Mientras, Şadiye Sultana, la hija que lo había alegrado al entregarle la bolsa llena de joyas, le ofreció otro regalo a su querido padre. Llamó respetuosamente a la puerta y entró; el sultán, que estaba apoyado en el bastón ante una ventana como si los postigos estuvieran abiertos, se volvió diciendo «¿Qué quieres, hija?», y entonces ella le entregó los cigarrillos, el tabaco y el papel de fumar con los que se había llenado el escote cuando huían a toda prisa de palacio presa del pánico y acto seguido contempló cómo se le iluminaba la cara con enorme regocijo.

Abdülhamid era incapaz de vivir sin tabaco. Bastaba con que dijera «¡tabaquero jefe!» o que agitara ligeramente la mano para que el mencionado le preparara sus cigarrillos alineando los pitillos una vez liados en esa caja enjoyada, con aroma al mejor y más fuerte tabaco, amarillo como el ámbar. La tabaquera, hecha de caoba y adornada con piedras preciosas, era una obra de arte que dejaba boquiabierto a todo el que la veía. Como muchos armarios, mesas o librerías de palacio, también había salido de las hábiles manos del sultán.

Posiblemente, las horas en las que se sentía más feliz eran las que dedicaba a la carpintería. Tenía motivos para presumir de su maestría en la construcción de muebles. Mostraba con enorme satisfacción cada obra suya a la gente de palacio, esperaba que las apreciaran y, en ciertos momentos en que se sentía especialmente contento, no vacilaba en afirmar que, en materia de diseño de muebles, solo podía comparársele Chippendale, el ebanista de la corte inglesa en el siglo XVIII. Aunque Guillermo, káiser de Prusia, era su aliado e incluso su mejor amigo de entre todos los monarcas europeos, nunca hablaba de los alemanes, sino que eran los ingleses quienes no se apartaban de sus labios. En su juventud vivió en Francia, Inglaterra y Alemania gracias a que su tío, el sultán Abdülaziz, lo había llevado en su viaje, y había quedado profundamente impresionado. En las veladas nocturnas hablaba a menudo de los ingleses a su familia. Puede que también los temiera un poco.

En cuanto vio su tabaquera, el sultán lio un cigarrillo con manos temblorosas y lanzando murmullos de gozo como si se hubiera vuelto a encontrar con un amigo al que añoraba, aspiró profundamente y,

extasiado con aquel humo tan fuerte que hubiera bastado para aturdir a un toro, saboreó el instante entrecerrando los ojos de placer. Como un amante celoso, mantenía largo rato el humo en los pulmones para no desperdiciarlo y después lo expulsaba en volutas por la nariz, esa nariz conocida en todo el mundo, caricaturizada en todas las revistas satíricas extranjeras, esa célebre y enorme nariz que había sido causa de que la palabra «nariz» se censurara en su imperio, o sea, echaba el humo por las «narices imperiales».

–Que Dios te lo pague, hija –dijo–. Esta era una de las cosas que más necesitaba porque no hay otro tabaco tan fuerte y yo me he acostumbrado a él; no podría fumar otro. En segundo lugar, echo de menos a mi loro y mis instrumentos de carpintería. Eran como una prolongación de mis manos. Me siento vacío.

Luego le dio un ataque de tos mezclado con risa. Una vez que hubo recuperado el aliento, se dirigió a su hija, que contemplaba maravillada su rostro sin entender por qué se reía en las condiciones en que se encontraban, y le explicó:

–De verdad que la vida está llena de casualidades. Alatini Efendi, el comerciante que construyó este palacete, era quien me enviaba el mejor tabaco, después del emperador de Japón. Descanse en paz, de la misma manera que durante años satisfizo mi necesidad de tabaco, ahora nos alojamos en su casa.

Şadiye no le prestó demasiada atención a aquellas extrañas explicaciones e hizo una reverencia exagerada sin caber en sí de alegría por haber conseguido el agradecimiento de su padre. Hasta cierto punto, había logrado vengarse de su hermana, que la noche anterior se había ganado el corazón del sultán con su recital de *La traviata*. ¿Qué habrían pensado los soldados que montaban guardia en el jardín a la luz de las lujosas farolas sobre esa música de infieles que se propagaba desde el palacete a medianoche? Şadiye, además de la bolsa de «agua», había logrado sacar también aquella valiosa caja mientras en palacio todos andaban huyendo entre gritos para salvar la vida. Cierto, no era ningún secreto que aquel tabaco agravaba la bronquitis de su padre, pero al parecer tampoco era posible que pudiera vivir sin él.

Las jóvenes sultanas resuelven un gran problema del califa – En la conversación surge Mahoma

Ese día fue cuando las hijas del sultán comprendieron que habían cometido un grave error. Al compartir habitación con ellas, habían privado a las señoras Müşfika, Sazkâr, Peyveste, Fatma Pesend y Saliha Naciye de la posibilidad de ir a encontrarse con su marido sin que se notara y, aunque eran sus madres, seguían siendo cinco bellezas circasianas, jóvenes y de ojos de gacela. Le pidieron disculpas –interiormente– cientos de veces a su padre por aquella metedura de pata.

El sultán tenía muchas esposas e innumerables concubinas en palacio, mandaba llamar a aquella con la que quería pasar la noche y se retiraban a una de las decenas de pabellones; sin embargo, a pesar de que no había la menor necesidad y de que era algo acostumbrado que el sultán escogiera a la esposa o concubina que le apeteciera, todo se hacía con la máxima discreción. Las jóvenes a las que llamaban los agás del harén se deslizaban como fantasmas por los corredores de palacio hasta el dormitorio del sultán o por entre las hileras de tilos de aroma embriagador hasta alguno de los pabellones –el sultán cambiaba de lugar cada noche– y, en secreto, sin que las viera nadie salvo los guardias y los agás del harén, que tampoco contaban, compartían el lecho del sultán y cuando este les decía que se fueran, desaparecían en aquel enorme palacio envueltas de nuevo en misterio, cual espíritus volátiles, y con el corazón aleteándoles como un pájaro con la ilusión de quizá haber engendrado esa noche un príncipe o incluso un sultán.

Todas ellas eran mujeres admiradas por las hijas del monarca a causa de su belleza y su elegancia, y, a veces, eran de su misma edad. Algunas incluso más jóvenes. Ahora, en esos momentos tan difíciles, ¿podían privar de ese derecho a su padre? Ya que aquellas cinco jovencísimas esposas, o sea, madres suyas, las habían acompañado al destierro en Salónica, era misión de las hijas proporcionarles un orden con el que se sintieran cómodas. Su venerable padre debía poder llamar a la esposa que quisiera cuando quisiera. Era un derecho natural de los sultanes.

Todas las hijas reflexionaron sobre el problema, pero tratándose de la intimidad de nada menos que el califa del islam, tendrían que hacer un gran esfuerzo para poder hablar del tema con comodidad y dentro de los límites de la decencia. Se devanaban los sesos para resolver de forma decorosa y digna, pero sin mencionarlo expresamente, aquel delicado asunto del que hasta entonces habían

aparentado no saber nada.

Por fin Şadiye Sultana encontró una manera de tratar el tema con el soberano dándole un nombre:

–La cuestión del amor es importante –dijo–. Solo así es posible que la dinastía otomana no quede sin herederos y sin príncipe el trono. De lo contrario, Dios nos libre, la estirpe se secaría y desaparecería. Por eso tenemos que resolver la cuestión del amor.

–Sí –respondió Ayşe Sultana–, el amor es de veras importante. No se puede vivir sin amor.

–¿Qué es todo eso del amor? –preguntó Refia Sultana sin acabar de encontrarle sentido a aquella conversación que oía de pasada–. Desde hace un rato no hacéis más que hablar del amor.

Sus dos hermanas se miraron a la cara y pensaron cómo explicárselo de manera decorosa. Şadiye Sultana encontró la solución recurriendo a la poesía. Se acercó a Refia Sultana y, mirándola a los ojos, le recitó este pareado:

> Mahoma fue engendrado por el amor.
> ¿Qué engendra el amor sin Mahoma?

Y luego sonrió casi imperceptiblemente como diciendo: «A buen entendedor...».

–Claro –exclamó Refia Sultana abriendo los ojos como platos–. Claro, tenéis razón. Mahoma fue engendrado por el amor.

Estaba un poco avergonzada por haber tardado en entenderlo.

Ese día Şadiye, Ayşe y Refia hicieron que las esposas de su padre se mudaran a habitaciones independientes en el piso superior. Así el califa podría mandar recado a la esposa que deseara y llamarla a su lado. Por supuesto, todos en la mansión entenderían quién estaba intimando esa noche con el sultán por el abrir y cerrar de puertas, por cómo se filtraba la luz de las lámparas y por los crujidos de la madera de la escalera, pero se comportarían como si no supieran nada de acuerdo con la tradición y los usos de palacio. Sus dos hermanos, Abdürrahim y Abid, también estaban en el piso superior. Aunque Abid todavía era muy pequeñito.

A los cortesanos les llevaría tiempo acostumbrarse a aquel palacete con solo dieciséis habitaciones y salas.

Los aciagos ojos del hermano desdichado – El baño matutino – La nariz imperial – La maldición de los forúnculos

Con la costumbre de treinta y tres largos años, se despertó como cada mañana siendo todavía sultán, entonces experimentó una ligera confusión sobre dónde estaba y después le vino a la mente que ya no era emperador ni califa y sintió un dolor como si le hubieran clavado un puñal en el pecho. En su lugar habían puesto a su hermano, ¿cómo era posible? Pensándolo bien, aquel hermano suyo era un imbécil. Y además tenía mala suerte, era un cenizo y todo lo gafaba. Cuando era joven, le enseñó a su hermano un loro que le gustaba mucho: «Mira qué bonito, Reşad». ¡Cómo no iba a morirse el bendito loro de repente esa misma noche! El príncipe Hamid lloró amargamente la muerte de su querida ave, pero ni se le ocurrió sospechar de Reşad.

Tiempo después, cuando le enseñó su caballo favorito y esa misma noche la magnífica criatura estiró la pata, se le hizo evidente la participación de la mirada celosa y nefasta de los saltones ojos azul cielo de su hermano Reşad. Nunca más le volvió a enseñar un animal.

Además, era un desagradecido. En todos los largos años de su sultanato, él jamás había alejado de Estambul ni a Reşad ni a Murad y les había permitido llevar una vida regalada con sus esposas, sus concubinas y sus criados en unos palacios en los que no les faltaba de nada; y, sin embargo, a Reşad no le había remordido la conciencia el hecho de enviar a su hermano mayor a Salónica el primer día en que ascendió al trono. No obstante, Reşad ahora era el sultán y su vida, la suya y la de su familia, dependía de su capricho. Con que guiñara un ojo los verdugos se les echarían encima como aves de presa y acabarían con ellos. Por eso no podía decirle a nadie lo que pensaba, incluida su familia. Se veía obligado a rezar por él: «Que Dios guarde a nuestro soberano, que incremente su honra y renombre, que le otorgue una larga vida». Pero el imperio se disgregaría a manos de los revolucionarios y su hermano contemplaría el desplome como una marioneta. Estaba seguro. Porque Reşad, al contrario que él, no tenía la habilidad política de espolear a sus enemigos unos contra otros diciéndole «corre» a la liebre y «quieto» al galgo, de lograr engañar a las grandes potencias, de conseguir que se enfrentaran los emperadores de Francia e Inglaterra, el zar de Rusia y el káiser de Alemania. Murad era distinto, cierto, era inteligente, pero se había pasado día y medio vomitando sin parar y con continuas arcadas después de que asesinaran a su tío Abdülaziz cortándole las venas. Ningún médico fue capaz de impedir las convulsiones y los vómitos.

Luego el pobre se volvió loco; hablaba con las paredes y se reía para sus adentros. Incluso les costó enormemente llevarlo a la ceremonia de ceñir la espada porque se asustaba con todo el mundo. Tres meses más tarde, al no encontrar remedio para su locura, lo depusieron y Abdülhamid se convirtió en sultán en el momento en que menos se lo esperaba.

Cuando la primera mañana el sultán declaró su intención de tomar un baño, se produjo un revuelo en el palacete porque no había agua caliente ni habían llegado las toallas. Por eso su familia le rogó con mil y una zalamerías que no se bañara por ahora y que aguantara un par de días. Sin embargo, los calló diciendo:

–¿Recordáis un solo día en que no me haya bañado? Con agua templada en invierno y fría en verano, incluso dos veces al día. Es mi costumbre más importante y no tengo intención de alterarla. Además, no hace falta agua caliente; de hecho, en verano la prefiero fría.

Viendo que oponerse no iba a servir de nada, los agás del harén lo llevaron al baño del piso superior. Estaba compuesto de dos partes: primero se entraba a un pequeño vestuario y de allí se pasaba a un hamam con piletas de mármol. En el vestuario había un armario de caoba, un pequeño diván y, colgado de la pared de enfrente, un espejo gigantesco.

–¡Ay! –suspiró el sultán–. ¿Dónde estará mi magnífico baño? Mirad esto.

El baño de Estambul había salido de manos de Raimondo Tommaso D'Aronco, gran arquitecto imperial, que había trabajado dieciséis años a su lado. Tanto en el palacio, que empleaba a doce mil personas, como en los lugares más paradisíacos de Estambul, había innumerables obras del genial arquitecto. Y, por supuesto, el sultán lo había cubierto de cumplidos y regalos.

Cerró la puerta cuidadosamente, se quitó la ropa y, una vez desnudo, de manera inevitable su mirada se clavó en su imagen en el espejo. En palacio no había espejos tan grandes, y en los baños no había ninguno. Sin fez, sin levita, sin ropa interior, con una sensación de desprotección que iba más allá de su cuerpo, sintió un escalofrío, como si su alma también se hubiera quedado al descubierto. En el espejo vio un espectro jorobado que le miraba con ojos desmayados y profundamente hundidos en sus cuencas. Un cuerpo delgado, con poco pelo, blanquísimo; una cabeza grande, desproporcionada con respecto al torso; un pecho hundido; en distintos lugares de la garganta, del vientre y del pecho, cicatrices moradas de quemaduras allá donde le habían cauterizado con un hierro al rojo para curarle la bronquitis y los dolores de estómago; un cuerpo que parecía obligarle a andar jorobado e inclinar la cabeza como si le apretaran con fuerza en la nuca, unos hombros anchos pero débiles, una barba teñida de negro

en la que aparecían canas aquí y allá; y, lo más importante: la nariz. Esa nariz famosa en el mundo entero. Esa nariz cuya caricatura se publicaba en las portadas de periódicos y revistas de París y Londres. La nariz imperial que tenía en medio de la cara desde que era consciente de ello, imposible de ocultar, imposible no verla, que a lo largo de treinta y tres años se había convertido en el símbolo de su imperio. No había sido capaz de acostumbrarse a su nariz con el paso de los años y siempre se había preguntado: «¿Por qué, por qué, por qué?». Su padre, el sultán Abdülmecid, había sido un hombre muy elegante, delicado y apuesto. En especial cuando vestía su atuendo de ceremonia con la capa y el fez bordados con hilo de plata, deslumbraba como un príncipe de cuento, sobre todo a las mujeres. Su tío, el sultán Aziz, no era delgado como su padre, sino un luchador majestuoso, que hacía temblar el suelo donde pisaba, de piel clara y ojos como puñales. Él fue el primero en notar las miradas de apreciación de las damas de la corte nada más verlo cuando visitaron París, y lo notó especialmente en los ojos de la emperatriz Eugenia. Todas miraban a su tío y a su hermano Murad. Este era un príncipe, como su padre, de constitución delicada, elegante y de rostro agradable. Su fluidez en francés y el hecho de que tocara magistralmente al piano valses, rondós y barcarolas que había compuesto él mismo y su habilidad en la pista de baile, lo convirtieron en el favorito de las damas. Incluso la reina Victoria confesó cómo aquel joven le había llamado la atención. Siendo el príncipe otomano que mejor se adaptaba a Occidente, despertaba impresiones muy favorables entre los miembros de la prensa extrajera destacados en palacio y les proporcionaba bellas imágenes de futuro. ¿Acaso no se había tocado el himno inglés en su ceremonia de ascenso al trono?

Mientras tanto, nadie miraba, nadie prestaba atención al príncipe que vestía aquella levita gris que le llegaba hasta las rodillas. Los europeos, deslumbrados por el esplendor de su tío y su hermano, lo ignoraban como si fuera invisible. La verdad era que aquello tenía su parte buena: cada vez que entraba a un sitio, el joven Hamid tenía la oportunidad de observar todo y a todos al detalle y de reflexionar.

Ante el espejo se preguntó quizá por milésima vez: «¿Por qué? ¿Por qué?». A lo largo de seis siglos la estirpe otomana se había hecho traer las muchachas más selectas, bellas como cisnes, para desposarlas. ¿Cuál de las decenas de bellezas rusas, rutenas, francesas, caucasianas, polacas o italianas tenía esa nariz que había ido a toparse con él, que se le había plantado en medio de la cara y lo había dejado así?

En realidad, pensaba que aquel aspecto suyo era la causa de que le hubiera dejado Firdevs, su gran amor, cuya pérdida lo corroía por dentro como un secreto inconfesable, a quien no había podido olvidar

a pesar de todos los años que habían pasado y cuyo nombre recordaba cada noche antes de dormir. Cierto, ella no se lo había dicho así, sino que le había dado una explicación completamente distinta, pero en su interior el sultán sentía que su nariz había sido la única razón de que aquella joven caucasiana que parecía haber caído del cielo a la tierra le rechazara. Si no, ¿por qué aquella rara flor de ojos verdísimos, de cuerpo de ciprés y pelo rubio como el oro, que había sido traída a Estambul desde el Cáucaso, donde mecían las cunas de las niñas deseando «que sea sultana en palacio», a la que se le había enseñado religión, música, danza, bordado y otras mil y una habilidades, había desaprovechado la oportunidad de compartir lecho con el sultán, darle un hijo y en el futuro alcanzar el puesto de mujer más alto del imperio como madre de sultán?

De vez en cuando miraba los retratos de sus ancestros buscando algún parecido con él. La mayoría de aquellos cuadros centenarios eran representaciones imaginarias, pero había otros, como su antepasado Mehmed Sultán Jan, *el Conquistador*, que habían hecho venir a palacio a los más célebres pintores italianos de la época para que los retrataran. En el rostro de aquel gran antepasado suyo también llamaba la atención una nariz que recordaba al pico de un águila y cuya punta le llegaba casi a la boca, pero, por lo menos, la suya era delgada y no le alteraba los rasgos. «No se puede comparar el pico de un águila con esta nariz mía», suspiró.

Aquella obsesión del sultán había dado lugar a que prohibiera durante décadas el uso de la palabra «nariz» para referirse al órgano que el ser humano tiene en la cara desde los comienzos de la especie. En el interior de las fronteras del imperio, nadie podía decir «nariz» y tampoco se podía publicar en la prensa. Como si millones de personas se hubieran quedado de repente sin narices. Incluso mencionar la parte de la costa en la que se encontraba el palacio de Topkapı y a la que llamaban el cabo de palacio o «la nariz de palacio» bastaba para meterle a uno en problemas. Hubo que encontrar una nueva denominación: «Ante palacio». Las madres de Estambul que querían escoger novia para sus hijos ya no elogiaban a las muchachas que llevaban al hamam para poder verlas desnudas y examinarlas bien por todos lados con un «Alabado sea Dios, qué bonita es, qué nariz y qué boca más bien puestas», sino que se limitaban a la boca «Alabado sea Dios, qué boquita de piñón, no le caben dos almendras», desarrollando así nuevas fórmulas de alabanza. De los nuevos ricos de cabeza hueca que miraban a todo el mundo por encima del hombro ya no se decía que iban «con la nariz en alto». Ya a nadie le daba nada en la nariz; el puente de Gálata no estaba «lleno de narices»; y ni siquiera los padres podían regañar a sus hijos que se entretenían en meterse el dedo y hacer pelotillas diciéndoles: «no te hurgues la nariz, que está feo».

Las narices se convirtieron en una de las cuestiones más importantes para los súbditos otomanos. A decir verdad, lo de la población era un poco complicado: los habitantes del imperio, que a principios de su reinado eran muchos más, se habían ido reduciendo hasta los veinte millones tras perder uno a uno el millón y medio de kilómetros cuadrados formados por Túnez, Egipto, Chipre, Serbia, Montenegro y Rumanía, pero él, naturalmente, había preferido mirar para otro lado.

En la axila derecha le había salido una hinchazón enrojecida que le picaba con violencia. Era probable que fuera uno de los forúnculos que le salían a menudo aquí y allá. Trató de comprobar su dureza con la mano. Ahora estaba muy duro, dentro de un tiempo se ablandaría, maduraría, se llenaría de pus y por fin reventaría. El sultán sabía perfectamente que había que esperar ese momento con paciencia, o si no le pasaría –Dios no lo quisiera– como a su heroico antepasado Selim *el Fiero*, que perdió la vida porque insistió en que le sajaran un forúnculo que tenía en la espalda antes de que hubiera madurado. Una vez que el grano estaba en su punto, el sultán llamaba al cirujano aficionado Hasan, de formación militar. Hasan apoyaba los labios en la cabeza del forúnculo, aspiraba y lo vaciaba. Había logrado tal maestría en su oficio que el sultán lo había ascendido porque con sus hábiles labios nunca dejaba el menor rastro de infección en su sagrado cuerpo. Pero, por desgracia, Hasan no estaba allí. No sabía qué iba a hacer cuando el grano estuviera en su punto.

Después de lavarse con agua fría, tomó un trozo de tela floreada que le ofrecía un agá del harén, se secó lo mejor que pudo, se puso su levita gris y se tocó la cabeza con el fez. Más tarde se enteraría de que aquella tosca toalla había sido confeccionada por la más joven de sus esposas rasgando un segundo vestido que había logrado coger en medio de la confusión de la huida y la felicitaría por ello.

Tras salir del baño examinó largo rato los marcos y los goznes de las puertas, las ventanas de dos metros y la tarima del suelo como si fuera un ingeniero inspeccionando el edificio y no un sultán encarcelado en él.

–Me habría gustado conocer al maestro que hizo este trabajo en madera –dijo luego–. En mi opinión, seguro que era rumí de Estambul o italiano. Es difícil encontrar en Salónica quien haga algo así. Todo es maravilloso. Es fácil averiguarlo, en realidad. Si arrancamos un par de tablas del parqué, lo sabremos.

A sus acompañantes les dio un vuelco el corazón. Según él, los rumíes de Estambul ponían en el suelo polvo de carbón para que la carcoma no se comiera la madera y no se llenara todo el parqué de bichos. En el mundo entero, solo lo hacían los maestros rumíes de Estambul. Por lo tanto, si levantaban un par de tablas y miraban lo

que había debajo, podrían saber de manos de qué pueblo había salido tan preciosa artesanía. Ya verían como encontrarían polvo de carbón debajo del parqué y así, tal y como él decía, estarían seguros de que era obra de rumíes. Sus hijas empezaron a implorarle con mil y una razones para que renunciara a una iniciativa que solo serviría para levantar sospechas entre los soldados que, por lo que podían ver por las contraventanas, no dejaban de recorrer malhumorados el jardín. Por supuesto, eran conscientes de que no era más que un juego para no demostrar a su familia el sufrimiento psicológico que le había producido un golpe tan terrible, pero, en cualquier caso, no podían ponerse a arrancar el parqué. Tanto insistieron, tanto le rogaron que al final lo convencieron. Se fue a su habitación, calculó la orientación de la quibla, extendió una alfombra y rezó. Entonces llamó a su mayordomo:

–Dígales amablemente a los centinelas de la puerta que, si no es molestia, me gustaría hablar con el oficial al mando.

Ahora su preocupación no era el parqué.

Mientras tanto, en el palacio de Yıldız – El secreto de los agás – Joyas como guijarros en la playa – ¡Viva el sultán!

Mientras el sultán pensaba todo aquello, en el palacio de Yıldız, que se había visto obligado a abandonar, se estaban produciendo perturbadores acontecimientos. El nuevo gobierno había detenido a seis mil partidarios del antiguo monarca y había confiscado todas sus posesiones. Entre ellos se encontraba Cevher, el agá que se encargaba de cuidar del harén del sultán, traído como esclavo de África y vendido a palacio tras ser castrado, a quien colgaron de un poste de electricidad en el puente de Gálata y que estuvo meciéndose durante días con la brisa del Cuerno de Oro junto a un letrero que decía «farola de día», como si el pueblo quisiera demostrar lo cruel que puede ser con los caídos en desgracia. Cuando asaltaron la mansión del Bósforo del agá del harén, se encontraron a una joven esclava de una belleza que habría provocado la envidia de los ángeles y fueron testigos de las amargas lágrimas de amor que vertió por su señor, el eunuco. «¡He perdido a mi hombre!», lloraba la egipcia y aquello era algo que insultaba el honor de los varones otomanos de enormes mostachos que habían tomado al asalto el edificio porque nunca habían encontrado a ninguna mujer que se enamorara de ellos por mucho que presumieran de bigotes, a los que recurrían en caso de que

alguien dudara de su virilidad.

En el palacio de Yıldız se vivieron sucesos aún más extraños. Fue saqueado por una turba que rompía los muebles como si de una horda de bárbaros se tratara, poseídos por una justa indignación con la que quisieran vengarse de civilización tan injusta. Una comisión del gobierno fue al palacio después de la ejecución de Cevher Agá e interrogaron a Nadir Agá, que, entre pesares y sufrimientos, confesó dónde tenía Abdülhamid todos sus escondrijos en el palacio. Les recorrió un escalofrío de admiración ante aquellas obras maestras de la ebanistería de Abdülhamid. Esos muebles incomparables, hechos de maravillosa caoba, de cedro del Líbano, de nogal y de árboles traídos especialmente de África no se limitaban a ser bellos, sino que además contaban con dispositivos secretos, mecanismos invisibles, cerrojos y combinaciones indescifrables que probaban el genio de su constructor. Si Nadir Agá, que se había visto obligado a hablar bajo tortura, no se los hubiera desvelado uno a uno entre gemidos, no habría existido la menor posibilidad de que nadie los hubiera abierto por mucho que se esforzaran durante años. De aquellos cajones secretos, ranuras y compartimentos ocultos surgieron francos, marcos, dólares, liras italianas y oro en tal cantidad que se quedaron boquiabiertos. En cuanto a las joyas y a las piedras preciosas, eran tantas como guijarros en la playa. Los miembros de la comisión quedaron hechizados por los brillos mágicos que los zafiros, los rubíes, los diamantes y las esmeraldas traían consigo desde las entrañas de la tierra.

Mientras la comisión, escoltada por un destacamento de soldados, proseguía con su inspección pasando por cada rincón del palacio, ahora vacío, se dieron cuenta de que unas extrañas voces salían de una habitación. ¿Quién podría haberse quedado en aquel palacio desierto y sellado en el que los duendes campaban por sus respetos? Se miraron extrañados. Y cuando llamaron a la puerta y preguntaron «¿Quién hay ahí?», los gritos que se elevaron en el cuarto les hicieron estremecerse de temor: «¡Viva el sultán!». ¿Serían restos de la unidad de la guardia que había jurado proteger al sultán hasta su último aliento? Quizá trataran de salvaguardar el honor de su antiguo señor con un ataque suicida para contar en su haber con todos los revolucionarios que mataran antes de morir.

Uno de ellos gritó: «¿Quiénes sois?», y del interior se elevaron de nuevo las mismas consignas: «¡Viva el sultán!». «¡Rendíos!», les dijeron y la respuesta fue la misma: «¡Viva el sultán! ¡Viva el sultán!».

–No tenéis salida, sed sensatos y no os sacrifiquéis en vano. Vuestro sultán ya no está, esos días pertenecen al pasado, nadie puede protegeros.

Pero por mucho que razonaron con ellos, no sirvió de nada. En la habitación se oía continuamente la misma frase. Sin embargo, hubo

un detalle curioso que les llamó la atención. Las voces que gritaban tenían algo raro; no eran de mujer ni de hombre. ¿Serían eunucos como Cevher quienes lo hacían?

Por fin los orgullosos miembros de la comisión perdieron la paciencia, se retiraron a un lugar seguro para proteger sus dulces vidas y ordenaron a los soldados que derribaran la puerta y entraran. Que arrestaran a todos los que estuvieran dentro y que, si alguno se resistía, abrieran fuego. Los soldados no necesitaron que sus superiores les repitieran la orden y con gritos de «¡Alá, Alá!» cargaron con las culatas de los fusiles contra la puerta y la derribaron en un segundo. Fue entonces cuando tanto los de la comisión como los soldados se llevaron la mayor sorpresa de su vida.

Dentro había un montón de loros que se posaban aquí y allá enloquecidos por el hambre y gritando sin cesar, tal y como les habían enseñado: «¡Viva el sultán!». Todas eran cacatúas y sus plumas blancas, que se desprendían al chocar por aquí y por allá presas del pánico, revoloteaban por el aire. Algunas de ellas salieron volando por la puerta abierta y otras continuaron flotando. Los chillidos de «¡Viva el sultán!» no se interrumpieron mientras ocurría todo aquello. Los soldados se habían quedado congelados apuntando sus fusiles al interior del cuarto y miraban al joven oficial al mando. Este a su vez clavó la mirada en la comisión gubernamental, esperando órdenes. Si le decían que disparara a aquellas cacatúas que insistían en gritar la frase prohibida, lo haría.

–Bueno... –dijo el jefe de la comisión una vez pasada la primera sorpresa–. Deje que se vayan. El pueblo no es mucho más inteligente que estos pájaros.

Las hambrientas cacatúas, liberadas de su encierro, echaron a volar hacia la ciudad vieja de Estambul en busca de comida. No se sabe si gracias a la misericordia divina o a ese famoso instinto de orientación de las aves, enseguida encontraron la Mezquita Nueva, en cuyo patio el compasivo pueblo de Estambul se dedica a echar mijo a los pájaros para adquirir méritos ante Dios, treparon por los largos alminares de magníficas mezquitas, como Süleymaniye, Santa Sofía o Sultanahmet, hasta llegar a los balcones, donde distrajeron a los almuédanos, que se aclaraban la garganta para la llamada a la oración, provocando que se equivocaran porque les desconcertaban con aquellos gritos de «¡Viva el sultán!» que resonaban por todos lados. Los graznidos eran un mal presagio. ¿A favor de qué sultán gritaban? ¿Vitoreaban al nuevo o había tenido lugar otra revolución y traían de regreso al antiguo? No lo sabían, pero tenían la suficiente experiencia como para saber que aquellas voces no les auguraban nada bueno. En situaciones así, lo más inteligente era acabar con la mayor presteza posible la llamada a la oración del anochecer, que, de

hecho, ya estaban recitando a toda velocidad, bajar del alminar y encontrar un rincón en el que resguardarse para salvar la dulce vida. Con esa misma preocupación por salvarse, otros almuédanos, también distraídos por el estruendo de pájaros que se mezclaba con su llamada, dejaron el azalá a medias de puro miedo. Y parte de los feligreses echó a correr de vuelta a casa por si acaso, diciéndose que en medio de aquel alboroto igual les tocaba pagar el pato.

De hecho, ya el primer día en que se tomó el palacio, cientos de animales se habían dispersado por la ciudad huyendo de sus jaulas y refugios, asustados por el estruendo de cañones y fusiles. Los renombrados caballos del sultán habían huido al galope e incluso *Mennan*, famoso por haber sacado a su amo herido del campo de batalla tirando de él con los dientes, se escapó al monte y lo vieron pastando por lugares desiertos. Por ahí andaban sueltas las cebras, nunca vistas en los dominios otomanos y a las que el pueblo había puesto el nombre de «borricos con pijama», pero lo más curioso fue una jirafa que cruzó el puente de Gálata con la intención de ser partícipe del pienso de las palomas delante de la Mezquita Nueva y asustó tanto a las aves como a la gente. Por supuesto, sobra decir que el bendito animal no compartió con las palomas el mijo que la gente les echaba para ganarse la gracia divina, sino que se lo comió casi todo ella.

Peticiones desquiciadas – La cría de la serpiente – Un oficial compasivo – Nombres prohibidos – Pasta para sopa en forma de estrella

- Extracto de resina
- Un ladrillo
- Mi loro
- Mi gato
- Una barra de hierro de diez centímetros de largo por dos de ancho
- La ropa que se nos quedó a mí y a los miembros de mi familia en el palacio de Yıldız
- Tinte negro para la barba
- Muebles para la casa
- Que traigan mis útiles de carpintería del taller de palacio
- Una docena de frascos de colonia marca Atkinson

Aquella lista de peticiones que se le entregó en mano al oficial al mando haría pensar a cualquiera que había sido escrita, no ya por el dueño de un majestuoso trono, sino por alguien que sufría una enfermedad mental, cosa que habría despertado en los corazones más sensibles un sentimiento de compasión. El comandante Ali Fethi Bey miró sorprendido el papel y apenas fue capaz de preguntarle al sultán, que clavaba sus ojos en los suyos: «¿Está seguro?». Vio que asentía con la cabeza y se quedó callado porque no encontraba palabras. No le gustaba encontrarse cara a cara con el sultán a no ser que no tuviera más remedio porque en cada entrevista le poseía un enorme desasosiego. Además, tampoco sabía cómo tratarlo ni cómo dirigirse a él. Era el antiguo sultán, pero ahora también era un prisionero bajo su responsabilidad, un desterrado, un pobre hombre encerrado en arresto domiciliario con su desventurada familia.

Ali Fethi Bey era un hombre compasivo; tenía en sus manos a aquel enemigo que llevaba años amargándoles la vida, a quien habían maldecido cientos de noches en susurros, cuya muerte inmediata habían deseado, a quien veían como el mayor problema del imperio; pero, por alguna razón, era incapaz de sentir odio por aquel anciano. Le había visto poco antes por la puerta entreabierta rezando sobre una alfombra que había extendido en el suelo y, cuando terminó sus oraciones y se le acercó llevando una chaqueta de punto que se había puesto sobre la camiseta con la que probablemente había pasado la noche, con la larga barba salpicada de canas aquí y allá, con los ojos hundidos y la mirada tristona, le pareció tan solo una víctima que no

había superado el tremendo golpe que había sufrido y que quizá nunca lo superaría.

–Es usted un buen hombre, señor oficial –le dijo el sultán después de examinarlo largo rato–, yo conozco a la gente. Incluso en estos días nefastos despierta en mí un sentimiento de confianza. Por eso, con la mano en el corazón, dígame la verdad, por amor de Dios. ¿Está mi vida o la de mi familia en peligro?

–Por supuesto que no, señor, tanto usted como su familia están bajo la protección del ejército.

Pero la respuesta no le satisfizo y sobre su rostro cayó la sombra de una sospecha sin remedio.

–¿Cómo puedo estar seguro? Hasta hace dos días era el sultán de estos dominios, el padre de toda la nación y el califa de los musulmanes. Y ahora, míreme.

A Ali Fethi Bey le habría gustado responderle: «Entonces, deberías haberte comportado como un padre de verdad. Tu policía secreta y tus bajás no deberían haber hecho sudar sangre al pueblo. No deberías haber mandado estrangular nada menos que al gran visir», pero no fue capaz de espetárselo y guardó silencio aplastando a duras penas la rebelión que se alzaba en su interior.

El sultán derrocado insistía ahora en que quería garantías:

–Que el ejército me comunique por escrito que tanto mi vida como la de mi familia están bajo su protección.

–Por supuesto, transmitiré su solicitud a las autoridades.

Al salir por la puerta principal se dio cuenta de que el respeto que le demostraba al sultán no tenía ninguna relación con la solemnidad de antaño. Aunque en su interior le criticara, se dirigía a él como «majestad» y «mi soberano», se quedaba de pie, firme, y hablaba sin mirarle a la cara. Sin embargo, tendría que haber utilizado ese vocabulario que solía emplearse cuando se le hablaba o en los escritos dirigidos a él y que, por lo general, rebajaban sobremanera al emisario y, en cambio, al soberano lo ponían a los mismísimos pies de Dios. Se podrían enumerar muchos términos que se usaban para el sultán del tipo «augusto refugio y amigo de la nación; grandísimo soberano, supremo, universal y magnífico, jakán siempre victorioso», mientras que los súbditos se referían a sí mismos como «vuestro esclavo» o «el polvo de vuestras suelas». Pero el comandante era incapaz de emplear aquellos adjetivos. No le salía ser adulador. Por eso estaba decidido a demostrarle el debido respeto pero con una actitud fría. Sin embargo, el sultán le recibía en pie como un padre afectuoso y luego insistía en que se sentase en un sillón frente a él. El comandante obedecía, pero, de acuerdo con el protocolo de palacio, eso solo era posible después de que el sultán insistiera tres veces. Tampoco empleaba insultos cuando lo mencionaba porque su propia naturaleza se lo impedía.

Había oído en el jardín que algunos oficiales, cuando hablaban del hijo de tres años del sultán, decían: «La cría de la serpiente también es una serpiente», algo que le había desagradado mucho.

Cuántos adjetivos le habían dedicado, cuántas formas de llamarle: «sultán, majestad, soberano, augusto jakán, emperador, califa de la tierra, comendador de los creyentes, padre de los kurdos, Hamid *el tacaño*, el sultán rojo, la lechuza de Yıldız, déspota, tirano». Y ahora lo llamaban «el jakán destronado». Como en turco otomano se usaba la palabra *«hal'»* para referirse al derrocamiento de los príncipes, incluso se había llegado a prohibir a los periódicos extranjeros que se publicaban en Estambul que utilizaran la palabra inglesa *«hall»*, no fuera a ser que a la gente le diera por pensar en conspiraciones.

Tampoco se podían mencionar los nombres de Murad y Reşad, los hermanos del sultán. Durante aquellos treinta y tres años de oscuridad se olvidaron unos nombres muy comunes; nadie se los puso a sus hijos y los que se llamaban así se los cambiaron, así que dichos nombres se desvanecieron en el aire. Cuando en 1904 se volvió a abrir al culto la mezquita Muradiye de Bursa, para no decir «Muradiye» la prensa se buscó una fórmula retorcida para anunciar la noticia: «La Mezquita Mayor del padre de su majestad el sultán Mehmed *el Conquistador*». Los nombres ya existentes de Murad y Reşad se cambiaron por Mirad y Neşed. Y tampoco se podía usar la palabra «hermanos» porque podía recordar a aquellos dos. «Enfermo» era también un término peliagudo porque se podía relacionar con lo del «hombre enfermo de Europa». Sobre los reyes, reinas y jefes de Estado extranjeros muertos en un atentado siempre se debía escribir que el fallecimiento se debía a causas naturales. El presidente de la República Francesa murió de un ataque al corazón; la emperatriz de Austria, de un enfisema, y el presidente de Estados Unidos, de un carbunclo maligno. A veces, cuando eran dos las víctimas del atentado, como en el caso de los reyes de Serbia, también se le encontraba una solución y, como en el ejemplo mencionado, se decía que habían fallecido de una indigestión. ¡Qué habrían comido los pobres reyes para que ninguno de ambos hubiera podido digerirlo y pasaran a toda velocidad a la otra vida!

No se podía decir «dinamita»; las palabras «rebelión», «socialismo» o «nihilismo» no podían aparecer en ningún texto. La cosa llegó a tal punto que un pobre estambuleño que fue un día de ramadán a la tienda a pedir cien dírhem de pasta en forma de estrella fue enviado al destierro porque la palabra «yıldız» («estrella») recordaba el nombre del palacio.

Con todo, el oficial se apenaba por aquella familia desterrada, no soportaba ver a los niños en esa situación, le oprimía el corazón ver la expresión de miedo mezclada con horror de las jovencitas y le incomodaba que el sultán se pusiera de pie al verlo, que le preguntara

por la salud, que le ofreciera un cigarrillo abriendo la pitillera de plata con actitud respetuosa e insistiera en encendérselo. No sabía cómo actuar ni qué decir ante tanta amabilidad. Se encontraba en una situación muy violenta. ¿Y si recibía órdenes de Estambul de, Dios no lo quisiera, ejecutar al sultán? Por supuesto, cumpliría la orden, pero le daban temblores solo de pensar en la posibilidad y rezaba por que no le cayera encima desgracia semejante.

El espíritu de la princesa muerta – El loro – Pasteur Efendi

Ninguno de sus compañeros se lo creía cuando el oficial les mostró la extraña lista de peticiones que traía y cada cual empezó a dar su opinión. Todos intentaban conciliar los afeites con el ladrillo y la barra de hierro con el loro, pero por mucho que se esforzaban, no lograban encontrarle ningún sentido.

–Es un ardid –decía uno–. Este tipo quiere engañarnos.

–Yo creo –opinaba otro– que con todo esto quiere preparar una bomba.

–Por favor, es usted militar, ¿cómo va a hacer una bomba con un ladrillo y un pedazo de hierro?

–Os juro que me da miedo. ¿Quién sabe lo que le pasa por la cabeza?

–Además el tinte es una sustancia inflamable, ¿no?

–¿Y la colonia?

–¿Se habrá vuelto loco?

–Si a ti una noche te agarraran del brazo y te echaran de palacio, también perderías un tornillo. La verdad es que es bastante neurótico.

–Eso me parece a mí, todos en la familia se vuelven locos. A medianoche se oye música de infieles en la casa del califa del islam. ¿Qué sentido tiene?

El comandante Ali Fethi Bey seguía siendo el que mejor conservaba la sangre fría:

–No podemos seguir así. Lo mejor es pedirle una explicación razonable.

Cuando volvió a entrar en el palacete se encontró al sultán leyendo sentado en uno de los enormes sillones verdes que habían trasladado al salón, a la luz que entraba por la única ventana cuyos postigos le habían permitido abrir. Con las gafas de lectura sobre la célebre nariz y la chaqueta de punto, parecía un jubilado que hubiera colgado los trastos y no tuviera nada mejor que hacer. En cuanto se abrió la puerta, miró al comandante por encima de las gafas, luego cerró el libro, se puso en pie, inclinó aún más su cuerpo ya bastante encorvado, y, como un anfitrión amable que recibe a su invitado, dijo:

–Pase, señor comandante, hijo mío. –Y mostrándole el libro, añadió–: Todos los días leo el *Sahih al-Bujari*. Es un libro de un valor incalculable. Ordené que se imprimieran cientos de miles de ejemplares y se repartieran por las mezquitas entre los fieles. Menos mal que lo traje conmigo al venir. Dígame, ¿qué se le ofrece?

Su voz sonaba plena, suave y convincente. Sonrió ante las

preguntas del comandante sobre la lista:

–Así que todo esto le ha sonado extraño, señor comandante, hijo mío. Tiene razón. Es normal que le parezca raro si no conoce mis costumbres. Le explico. Siéntese, por favor.

Le señaló el asiento de enfrente. Tan pronto como el oficial se sentó, vio que el sultán se sacaba del bolsillo la pitillera de plata y le ofrecía un cigarrillo. Sin pensar en lo que hacía, como si estuviera viviendo en un sueño, alargó la mano y tomó uno, pero cuando el sultán extrajo el mechero del bolsillo derecho de la chaqueta de punto e intentó encendérselo, se puso en pie exclamando: «¡Por el amor de Dios!». Intentó tomar el mechero del sultán, pero como este no lo soltaba, se vio obligado a cogerle la mano. La tenía caliente. Como además llevaba el cuello envuelto con un paño supuso que el anciano estaba enfermo. El sultán cogió la lista y ambos volvieron a sentarse.

–Este tabaco es muy especial –dijo el sultán–. No es fácil de encontrar.

Luego se echó a reír.

–¡Qué extraña es la vida, señor comandante, hijo mío! ¿Sabe de dónde proviene este tabaco tan selecto? Del dueño de esta mansión, mi súbdito Alatini Efendi. Era propietario de la mayor empresa tabaquera de la región de Salónica y todos los años le entregaba al gobernador de la provincia este tabaco valioso como el oro y picado especialmente para mí, acompañado por una carta en la que me expresaba su lealtad. Descanse en paz... Vamos ahora con la lista. El extracto de resina: tengo costumbre de aplicármelo en la cara todas las mañanas. Llevo años haciéndolo. Estira la piel y elimina las huellas de la edad.

El comandante no pudo impedir abrir enormemente los ojos de la sorpresa. No le casaba nada Abdülhamid con el extracto de resina. «¿Tan dado es el sultán a los afeites?» Se decía que Abdülhamid, como otros muchos sultanes otomanos, no salía en público sin haberse maquillado, pero nunca le había parecido una afirmación muy creíble. «Así que era verdad», pensó.

–Veo que le sorprende, pero le ruego que lo pruebe y comprobará usted mismo los resultados –dijo el sultán–. En una semana desaparecerán sus arrugas. Y aconséjelo a su señora, también. En cuanto al ladrillo, siempre tengo uno junto a mi cama. Cuando me despierto, antes de ir al baño y lavarme con agua, paso la mano por el ladrillo para hacer una ablución seca. Así no me levanto sin haber tomado las abluciones. Había noches en que me despertaban por algún asunto urgente del gobierno. De inmediato hacía la ablución seca con el ladrillo y podía dedicarme a los problemas de la nación. Aunque ya difícilmente nadie me consulte sobre nada, ni del Estado ni de la nación, no me gustaría levantarme sin haber tomado las

abluciones.

El comandante sabía que el sultán era muy religioso, pero nunca había visto ni oído que nadie tomara las abluciones secas con un ladrillo. Realmente aquel hombre tenía unas costumbres muy extrañas.

–El loro –continuó el sultán–. Es mi camarada más querido, lleva años conmigo. Me he acostumbrado a su presencia y no sabría estar sin él. No se creería lo inteligente que es el animalito. En mi juventud sufrí una dolorosa experiencia: a mi hija de seis años, jugando con una vela, se le prendieron las faldas de tafetán y nadie en palacio la oía, a la pobre criatura; fue el loro quien dio el aviso volando por todas partes y gritando «¡fuego, fuego!». Enseguida corrieron en su ayuda.

–Ahora comprendo el valor que tiene el loro para usted –dijo el comandante–. Así que salvó la vida de su hija.

El sultán puso cara larga, los ojos se le humedecieron y, con voz temblorosa, replicó:

–No, por desgracia llegaron demasiado tarde. Su madre trató de salvarla echándosele encima al precio de quemarse ella misma las manos, la cara y los brazos, pero no lo consiguió. La perdimos. Yo no me encontraba en el palacio, estaba fuera y regresé en cuanto me dieron la noticia, pero... ¡Qué se le va a hacer! Era su destino. De todas formas, le estoy muy agradecido al loro. Si le hubieran prestado atención antes, mi niña se habría salvado.

Por un momento sobre ambos cayó una atmósfera de luto y guardaron silencio. Era como si el espíritu de la princesa muerta se paseara por la sala de altos techos haciendo revolotear los visillos con una ligera brisa.

–Disculpe, señor comandante –dijo el sultán después de dar unas profundas caladas a su cigarrillo con la intención de aliviar el ambiente de seriedad–, le he entristecido a usted también al contarle ese grave incidente. Mire qué otras habilidades tenía mi loro. Un día, unos criados, hartos de cuidarle, decidieron darle de comer empanada con perejil a ver si se moría y se libraban de él. El loro vino volando y me contó que lo querían matar con la empanada de perejil. «¿Quiénes?», le pregunté, y me reveló sus nombres uno por uno. Nunca mentía. Como le creía, hice investigar el asunto y los culpables terminaron confesando que realmente tenían intención de matar al inocente animalito. Por supuesto, fueron castigados. Se paseaba por el palacio durante todo el día y por la noche me contaba todo lo que había oído.

Mirando la lista que tenía en la mano y como si acabara de contar algo de lo más común, continuó bajo la mirada sorprendida del comandante:

–Y mi gato, igual. Es muy valioso para mí. Es un gato de angora

blanco. Muy aristocrático, no come nada que no le den con un tenedor, aunque se muera de hambre le da la espalda y se va. O sea, que si estuviera aquí... En estas condiciones... –Lanzó una mirada acusadora al comandante–. En fin, también estoy muy hecho a él y me gustaría tenerlo conmigo.

»Supongo que lo que mayor curiosidad le ha provocado ha sido la barrita de hierro. En realidad, es muy simple. Señor comandante, hijo mío, tengo unos conocimientos de medicina muy avanzados. No confío demasiado en los médicos porque cometen muchos errores. A una de mis esposas le pusieron una inyección de morfina y la pobre falleció. No hay que creer en los medicamentos científicos. Yo tomo mis propias precauciones contra las enfermedades. Contra los problemas de digestión que sufro continuamente, como poco y tomo infusión de sen. Para la bronquitis, las infecciones de la garganta o cuando siento algún dolor en el cuerpo, caliento un hierro hasta que está al rojo y lo aplico en esa zona. Y no me queda nada, Dios mediante. Mire.

Al mismo tiempo que hablaba, el sultán tiró del paño estampado con flores que llevaba al cuello y le mostró al comandante la cicatriz de una quemadura en la garganta, cosa que lo dejó boquiabierto. El comandante no podía creer lo que veían sus ojos. Y el sultán parecía estar muy complacido de su asombro. Continuó:

–Como nos sacaron a empellones de palacio no pudimos traer nuestra ropa ni nuestros efectos personales, hijo mío. Ni yo, ni mis esposas, ni mis hijos tenemos ropa que ponernos. Mis hijas se quitan los vestidos en el baño, los lavan y se sientan a esperar a que se sequen. O eso ha llegado a mis oídos. Ah, también está el tinte para la barba, pero eso se entiende bien, supongo. Llevo mucho tiempo tiñéndomela, un monarca con la barba blanca da impresión de debilidad. Hablando de barba y de pelo, me ha venido algo muy curioso a la memoria, se lo voy a contar. En cierto momento los ingleses y los rusos nos presionaban mucho y oí que el líder alemán, Bismarck, el canciller de hierro, dijo: «Estos dos países hacen que los otomanos se parezcan al pobre hombre del cuento de La Fontaine que se queda entre dos amantes». En el cuento de La Fontaine una de las amantes le arranca los pelos negros y la otra los canosos: al final se queda calvo. Extraño, ¿verdad? Que Bismarck nos comparare con ese hombre. Desde ese día tengo mucho cuidado en que no haya diferencias entre pelos blancos y negros ni en mi barba ni en mi cabeza. Claro que hay su parte de broma en lo que le estoy contando, señor comandante. En cuanto a la entrega de muebles para la casa, no necesita explicación; una familia no puede vivir así.

Luego el sultán le explicó quejoso cuánta falta le hacían sus útiles de carpintería:

–Gran parte del día la paso fabricando muebles. Gobernar tiene mucho de azar. No tiene nada de lo que se pueda presumir; sin embargo, la artesanía es completamente distinta, es cuestión de talento personal y estoy orgulloso de mi habilidad como ebanista. Este oficio, el único en el que soy un maestro, me relaja. Eso y las novelas policíacas que hago que me lean por las noches cuando me acuesto. –Entonces se extendió por su rostro una curiosa sonrisa–. En realidad, soy carpintero y podría competir con cualquier otro en el mundo –añadió, y el comandante intuyó en el gesto y en la voz el orgullo del sultán, o, mejor dicho, un intento por reparar el orgullo herido.

»La colonia Atkinson también es muy importante en mi vida –dijo por último el sultán–. Soy un hombre un poco escrupuloso. No me basta con un frasco de colonia al día. Cada vez que toco algo, un sitio, un libro, un documento, rápidamente me desinfecto las manos con colonia. Hay que tener cuidado con los microbios, señor comandante. Cuando en París nadie creía a Pasteur Efendi yo le envié bastante dinero, le di diez mil francos y la Orden de Mecidiye y le pedí su colaboración. Monsieur Pasteur envió a su brazo derecho, monsieur Chantimes. Hice que construyera un hospital contra la rabia en Estambul.

«Cuánto presume este hombre –pensó el comandante–. ¿No se esfuerza demasiado en demostrar lo importante que ha sido? Todos sabemos quién es. En fin, tiene razón en la mayoría de sus peticiones. Especialmente en lo que respecta a sus efectos personales de palacio. Pero hay que convenir con él en algo: lo del loro chivato fue todo un hallazgo. Consiguió que todos se lo creyeran.»

Los peligros de Salónica – El caso de la muchacha – Los cónsules linchados – Lamento por los ahorcados

A pesar de su atractivo ambiente de esparcimiento, de su clima templado, de su población cosmopolita, de los diarios en cinco lenguas distintas y de sus acalorados debates de ideas, nadie podía decir que Salónica fuera un lugar tranquilo. Al debilitarse la administración central de Estambul, aumentaron los desórdenes por todas partes, en Grecia, Montenegro, Bulgaria, Bosnia Herzegovina y Serbia y empezaron a verse las primeras señales de que se estaba iniciando un periodo convulso en el que la autoridad había desaparecido por completo. Una de las más importantes de esas señales, justo antes de que Abdülhamid ascendiera al trono, fue el «caso de la muchacha» que se vivió en Salónica, o, más exactamente, la tragedia que sucedió en el entorno de Helena, una joven búlgara que se enamoró de un turco. El doctor, tan aficionado a registrar todo lo que veía y oía en Salónica desde el primer día, anotó de la siguiente manera en sus cuadernos aquel hecho que habría de costar tantas vidas:

Por lo que cuentan, una joven búlgara que vivía en Avrethisar se enamoró de un teniente turco, se convirtió al islam y vistió el charchaf y el velo. La familia se opuso y dijo que la chica había sido obligada a abjurar. La pareja vino a Salónica con el objetivo de formalizar su relación (según un rumor, acompañados por la madre de él, un imán y el mayordomo negro). Un grupo de ciento cincuenta ortodoxos que se habían reunido en la estación de Salónica rasgó el charchaf y el velo de Helena, secuestraron a la muchacha, que gritaba con gran escándalo: «¡Dejadme, soy musulmana!», y la llevaron a la casa del cónsul de Estados Unidos. Una multitud airada de musulmanes, que creía que la muchacha había encontrado el buen camino convirtiéndose al islam y que se había jurado rescatar a la nueva miembro de la comunidad, se echó a las calles sacudiendo amenazadores sus largos rosarios y, vociferando la profesión de fe, se reunieron en la mezquita de Saatli. Los cónsules alemán y francés, con la intención de calmar los ánimos pero cometiendo un error fatal, fueron hasta la mezquita y se inmiscuyeron entre aquella encendida muchedumbre. Allí mismo fueron linchados el cónsul francés Mulen y el alemán Abot.

La muerte de los dos cónsules, representantes de grandes potencias, lo sacó todo de quicio. El suceso ocupó las primeras páginas de la prensa europea. Un ejemplar del *Journal des débats* que encontré en la biblioteca decía lo siguiente: «La lección que hay que extraer de los sangrientos acontecimientos es la siguiente: el desgobierno en el

Imperio otomano ha llegado a un extremo insoportable».

Y en el memorándum redactado tras la reunión de tres presidentes de gobierno en Berlín, se decía: «De los sucesos de Salónica se desprende que en el Imperio otomano ni los nacionales de países extranjeros ni los cristianos están seguros. Para impedir que se repitan hechos similares, cabe la posibilidad de que las Grandes Potencias envíen unidades navales a las zonas de riesgo».

Al puerto de Salónica arribaron buques de guerra de cinco de las grandes potencias y apuntaron a la ciudad con sus cañones. Por fin fueron ahorcados en la plaza Elefteria seis turcos acusados de matar a los cónsules y se dejó que los cadáveres se balancearan suavemente con la húmeda brisa marina durante días. Además fueron encarcelados muchos más, pero el suceso provocó que los estudiantes de las Escuelas de Palacio se sublevaran, disparando los acontecimientos que conducirían a la caída del trono de Abdülaziz.

Así fue como, sin que ellos fueran conscientes, el amor por el musulmán Emin Efendi de la joven búlgara Helena, del pueblo de Avrethisar, que acabó uniendo sus destinos, alteró para siempre la vida de Abdülhamid, que estaba en su mansión ocupado en ganar dinero. De esa manera, la ciudad de Salónica, que no había visitado nunca, tuvo un importante papel en su vida. Tras el «caso de la muchacha» su tío fue derrocado, el trono pasó a su hermano Murad y en el plazo de tres meses a Hamid, a quien semejante hecho no se le había pasado por la cabeza ni siquiera como una posibilidad lejana.

«Qué extraña es la historia –pensó el doctor–. Ahora ha sido un ejército que ha salido también de Salónica el que le ha destronado y le ha desterrado a esta misma ciudad. Para bien o para mal, todos los caminos en la vida de Hamid le han llevado a esta nefasta ciudad de Salónica, que nunca había visto ni querido ver. A esta ciudad que lleva el nombre de esa reina huérfana y desdichada, Tesalónica. Quizá se trata de la venganza de Tesalia. A ninguno de sus dos señores les ha hecho mucho bien.»

Había otro detalle que llamaba la atención del doctor en todo aquello y que daba la razón a quienes decían que la historia se repite: dos mil cuatrocientos años después de la Bella Helena, otra bella Helena, aunque no hubiera provocado una guerra como la de Troya, sí había sido la causa de un cambio de monarca. Había que tomar nota del hecho como algo que reforzaba la teoría de los ciclos históricos.

Después de escribir todo aquello en el cuaderno, Atıf Hüseyin Bey encendió un cigarrillo y se tumbó en la cama con la emoción, y un poco de nerviosismo, de ser una de esas personas que son testigos de la historia. Mientras las volutas de humo se elevaban hacia el techo de madera, pensó en Melahat Hanım. ¿Habría sido una jugarreta de su mente que se enamorara ciegamente de la refinada joven que había

visto con su transparente velo rosado aquella tarde de primavera? ¿Se había enamorado de una ilusión? Pero ¿no eran así todos los amores en el mundo islámico, que empezaban a la sombra del secretismo y acababan dando fruto? Pero no tenía ninguna posibilidad de ver ni de conocer a Melahat Hanım... Solo había podido ver su figura de lejos. Aunque a veces con eso bastaba.

Las marcas del hierro – El miedo de un niño pequeño – Cataplasma de lechuga

En el vacío palacete resonaban las toses secas del sultán y de su hijo pequeño porque ambos habían enfermado a la vez. Al pequeño se le habían infectado las amígdalas y le había dado fiebre. Al sultán también le había subido la temperatura, pero en lugar de preocuparse por su estado, lo estaba por el del niño: daba vueltas a paso rápido por el enorme salón rezando y no dejaba de rogarle a Dios que perdonase a su hijo. No se le iba de la cabeza cómo se había quemado su hija a los seis años.

En un desvencijado somier que habían encontrado olvidado en el piso de arriba habían colocado un colchón que Ali Fethi Bey había confiscado a un hotel y les había enviado, y que más parecía hecho de andrajos, y así habían librado al soberano de tener que acostarse entre dos sillones. Pero lo que hizo el sultán fue acostar a su hijo en aquella cama y retorcerse de angustia mientras daba vueltas al salón, acercándose a la cabecera del niño para rezar y soplarle a la rojísima cara, de manera que su paranoia imperial se estaba elevando hasta el punto de la locura. Por otro lado, estaba pendiente de la puerta. Vio que nadie entraba ni salía, así que mandó al agá del harén: «Dígale al comandante que por favor me envíe una cuchara». Rápidamente cumplieron aquella petición tan razonable. ¿Qué podía ser más natural que todo un sultán quisiera comer con cuchara? Pero la intención del soberano era otra porque, por supuesto, estando su hijo así no se le ocurría pensar en comida. Solo pidió una hoja de la lechuga romana del almuerzo que le había llamado la atención. Se sacó el pañuelo del bolsillo, envolvió con él la parte ancha de la cuchara, luego sacó del otro bolsillo el mechero y puso el mango al fuego hasta que estuvo al rojo. Acercó la cuchara incandescente a la garganta de su hijo pronunciando un «en el nombre de Dios» y el chillido del niño hizo temblar el edificio. El pequeño lanzaba gritos de terror, pero el sultán se esforzaba por mantener la cuchara al rojo cerca de su garganta por mucho que se retorciera. Al mismo tiempo se le saltaban las lágrimas. La familia lo observaba atemorizada desde la puerta y nadie hacía ni un ruido, incluida la madre del niño. Por fin, después de un momento que en realidad duró segundos pero que a todos les pareció muy largo, el sultán retiró la cuchara. El niño lloraba asustado entre hipidos y grandes lagrimones y con su manecita señalaba a su padre como diciendo: «Ha sido este». El sultán tomó la hoja de lechuga y la apretó sobre la zona que más había quemado el hierro ardiente. El niño empezó a chillar aún más. El monarca

intentaba consolarlo diciendo: «Hijo mío, luz de mis ojos, ten paciencia, eres un otomano, aprieta los dientes, aguanta. Esto te pondrá bien». Luego llamó a su madre con la mirada y le dijo que mantuviera en el cuello del niño la hoja de lechuga. La joven llorosa le relevó en su puesto. Rasgó una tira de tela de su vestido, puso dentro la hoja de lechuga y envolvió con ella la garganta de su hijo, que apoyaba la cabeza en su regazo. Ella tampoco podía parar de llorar.

–En realidad tendríamos que aplicarle hoja de aloe, que le aliviaría el dolor enseguida y le hidrataría porque es curativa, pero, por desgracia, no tenemos. En fin, esto es más que nada –dijo el sultán. Luego volvió a poner al rojo el mango de la cuchara–. Mira, hijo valiente, ahora tu padre se hará lo mismo y no simplemente acercándoselo un poco para calentar la parte inflamada, sino pegándoselo a la piel de veras.

Y se puso la ardiente cuchara en la garganta sin que le temblara la mano, con mucha más facilidad que con su hijo. La mantuvo allí un rato y luego también él se aplicó hoja de lechuga en la herida y sonrió.

–Hijo mío, mi león. Que yo también sufra dolor alivia el tuyo, ¿verdad? Ahora, con la ayuda de Dios, ambos nos curaremos.

La familia se había acostumbrado a que a veces el sultán se tratara aplicándose hierros calientes, en el estómago, en las tripas, en la garganta, en el hombro o en el pecho, pero como era la primera vez que veían que se lo hacía a un niño –aunque solo fuera parcialmente–, les poseyó un gran temor por la vida del pequeño príncipe.

El doctor tiene palpitaciones – La prueba de Dios – Llegada al palacete

El doctor, que se había pasado la noche con palpitaciones, despertándose a menudo de su inquieto sueño y torturándose repetidamente con preguntas como: «¿De verdad? ¿En serio lo habrán depuesto?», esa mañana se echó bien temprano a la calle con la intención de llegar al hospital lo antes posible para enterarse de todos los detalles. Atravesó de un extremo al otro con largos pasos la plaza Elefteria, donde treinta y tres años antes habían ahorcado a los seis turcos. Era una noticia tan importante que afectaba al destino de todos los habitantes del imperio, fueran turcos, judíos, búlgaros, armenios, rumíes o serbios; no dejaría a nadie impasible, nadie podría seguir con sus asuntos cotidianos como si tal cosa.

A primeras horas de la mañana las calles de Salónica se habían llenado de corrillos ansiosos que murmuraban con preocupación y leían los periódicos. Así que habían depuesto al dictador que llevaba tantos años sin dejarles respirar, oprimiéndoles el pecho como una piedra de molino. Y lo habían hecho los oficiales jóvenes del Tercer Ejército, a quienes se habían acostumbrado a ver por las calles de Salónica, su ciudad. A decir verdad, era increíble. Salónica, que había celebrado por todo lo alto el día en que el mismísimo Abdülhamid había proclamado la Constitución poco después de ascender al trono. Tal y como ocurría en otras ciudades del imperio, también en Salónica se organizaron desfiles oficiales y gente de todos los pueblos, de todas las religiones y todas las razas se echó a la calle lanzando lemas y flores y gritando «¡Viva la libertad!».

Ahora, sin embargo, en la prensa de Salónica se daba la noticia del derrocamiento del sultán con actitud temerosa y prudente. No sería fácil para nadie acostumbrarse a los nuevos tiempos.

El doctor cruzó la plaza murmurando «¡Qué plaga de hombre! ¡Nos ha consumido la vida!» y, como cada mañana, tomó el camino del hospital. El hospital del Tercer Ejército estaba lleno de soldados y oficiales amputados, heridos y agonizantes a causa de las refriegas con los guerrilleros balcánicos que se rebelaban. Tenía tanto trabajo que a veces no podía secarse el sudor que se acumulaba en su frente mientras operaba y tenía que hacerlo la enfermera. Hoy también tendría que tratar a decenas de enfermos, un amargo regalo por su condición de capitán médico. Entró en el hospital cruzando por entre el grupo de familiares que esperaba noticias de sus seres queridos. Apenas se había puesto la bata y el estetoscopio que había sacado de la taquilla, cuando le avisaron de que le llamaba el director médico.

«¿Qué pasará? –pensó–. ¿Para qué me llamará a estas horas de la mañana?» El director médico no le tenía simpatía, lo encontraba demasiado próximo a los oficiales unionistas. De hecho, el doctor no lo ocultaba. Respaldaba a los cuadros que habían depuesto a Abdülhamid y traído la libertad al país. Además, tenía el don de saberse de memoria los poemas patrióticos de Namık Kemal y recitarlos con voz henchida y ronca.

El director médico lo recibió con una sonrisa curiosa, se podría decir que retorcida.

–Tiene una nueva misión, doctor Bey –le dijo–, que sea para bien.

Luego le alargó un telegrama procedente del Ministerio de la Guerra en Estambul en el que se informaba de que el capitán médico Atıf Hüseyin Bey había sido destinado a la función de médico permanente del antiguo sultán Abdülhamid, en arresto domiciliario en Salónica, y de su familia.

Si el doctor no se cayó redondo allí mismo al leer esas líneas se debió a la sangre fría que había adquirido gracias a su formación y experiencia como médico, pero, no obstante, no pudo impedir que le temblaran las manos y que la cabeza le diera vueltas. Le parecía que el corazón le latía en la garganta, como un pajarito que hubiera caído en manos de un depredador cruel. Al volver a su despacho no dejaba de pensar: «¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que ahora tenga yo que verle?».

Estaba aturdido, pero no le quedaba más remedio que quitarse la bata blanca y ponerse la guerrera del uniforme. Volvió a leer el telegrama, y luego una vez más. No había error posible, estaba escrito bien claro que el antiguo sultán y su familia habían sido instalados en la mansión Alatini y que el capitán médico Atıf Hüseyin Bey era responsable de su salud. Le encargaban que se ocupara de la salud de su mayor enemigo. Metió el estetoscopio en el maletín y salió del hospital.

Al doctor le gustaba caminar por las calles de Salónica, ir a pie a todas partes, pero esta vez tomó el vehículo militar que le esperaba en la puerta ya que iba en misión oficial. No acababa de despejársele el aturdimiento y el coche, con la capota abierta, avanzaba bajo el brillante sol primaveral sin que se fijara en las calles por las que pasaba, en la gente, en las tiendas... Solo en cierto momento fue consciente de que pasaban por la avenida Hamidiye, por la fuente Hamidiye. Por todas partes aparecía el nombre del dictador, allá hacia donde se volviera encontraba su sombra onerosa y nefasta. Era probable que cambiaran los nombres ahora que había caído. A aquellas calles, fuentes y barrios –sí, también había un barrio llamado Hamidiye en Salónica– los llamarían Reşadiye, por el nombre del nuevo sultán.

Según se acercaba al palacete vio controles militares en la carretera y a partir de cierto punto no se permitía el paso a nadie. Aquella zona de la ciudad había sido cerrada a todos los civiles. El doctor pudo pasar el punto de control gracias al permiso escrito que el soldado que conducía el coche les entregó a los guardias. El palacete, de tres pisos, obra maestra del arquitecto italiano Poselli, posiblemente fuera uno de los edificios más bonitos y de mejor gusto de Salónica, con su enorme jardín de árboles centenarios, su ladrillo rojo y sus elegantes rejas. La entrada del jardín también estaba vigilada por guardias. Una vez dentro le llamaron la atención los soldados armados dispuestos cada veinte pasos y los oficiales que iban de acá para allá fumando. En el parterre del centro del jardín había una pancarta con el lema de la Revolución francesa: *Liberté, Égalité, Fraternité*. Probablemente la habían colgado los oficiales jóvenes con la alegría de haberse librado del dictador. El doctor habló con el comandante, le entregó el pliego con sus órdenes y luego suspiró contemplando la entrada principal del edificio. Sentía el corazón oprimido.

–Esto también es una prueba –se dijo mientras subía las escaleras–. Dios me está poniendo a prueba.

Primer encuentro entre el sultán y el doctor – Los nuevos otomanos – Armenios – Atentado con bomba – Namık Kemal, poeta patriótico

Al ver al oficial, que le había mandado noticia de su llegada a través del agá del harén, el depuesto sultán primero se sorprendió, alzó las cejas atónito y luego su personalidad paranoica le arrastró a un súbito nerviosismo. ¿Para qué habría venido aquel capitán moreno, de altura media y que parecía un médico francés con el bigote con las puntas rizadas hacia arriba según la moda? ¿Era un guardián recientemente destinado en lugar de Ali Fethi Bey? ¿O bien, Dios no lo quisiera, venía para hacerles daño a él y a su familia? Las sospechas no desaparecieron ni siquiera cuando el capitán le explicó que lo habían nombrado médico de la familia imperial. Por una parte le estrechaba la mano y le señalaba un sillón pidiéndole que se sentara, pero por otra su mente imaginaba conspiraciones a toda velocidad. Aquellas irracionales intrigas albergaban mil y una ponzoñosas sospechas, desde que el gobierno quería infiltrar un espía entre ellos, hasta que serían asesinados a manos de aquel médico que había aparecido de repente.

A pesar de todo, Abdülhamid actuó con la dignidad de un monarca y, sin rebajar su cortesía, recibió al doctor con aquella mirada honda y esa voz madura que siempre impresionaban a quienes lo trataban. Respondió a las detalladas preguntas sobre su salud y la de sus allegados. El doctor tomó notas en un pequeño cuaderno con el emblema de Bayer sobre las afecciones de las esposas y los hijos; el sultán padecía de estreñimiento, bronquitis, indigestión, insomnio, neuralgias, hemorroides y otros males parecidos. Luego el sultán le pidió fuego para un cigarrillo de los liados por él mismo de la pitillera en la que brillaban diamantes y otras piedras preciosas, lo encendió y escuchó durante largo rato lo que aquel anciano le decía con un instinto de defensa:

–Viéndolo desde fuera todo parece fácil, ¿verdad, doctor Bey, hijo mío? Especialmente estar en la cima del Estado... Claro, con una simple orden todo se arregla, ahorcas a quien quieras, o lo mandas decapitar... Eso es lo que la gente cree, pero la realidad no es así. Lo cierto es que el soberano es prisionero del trono, su esclavo, no puede hacer lo que le apetezca. El Estado se gobierna con mucha más gente; y ellos traman mil y un enredos a tus espaldas. Entre ellos hay traidores, hombres comprados por el dinero de otras naciones, visires que conspiran para que llegue al trono otro miembro de la dinastía, incluso están los que pretenden llegar ellos mismos urdiendo todo tipo

de planes para quitarse de en medio al gobernante. Ojalá hubiera podido hacer que el país prosperara simplemente dando una orden, ojalá. Con veinticuatro años viajé por Francia e Inglaterra y me quedé maravillado con sus avances científicos. Mi tío, mi hermano y yo vimos con nuestros propios ojos lo lejos que nos habíamos quedado de esa Europa que los otomanos visitábamos por primera vez, tan lejos como para no poder alcanzarlos. Esas fábricas, esos trenes funcionando a toda velocidad como relojes, esas farolas que convertían la noche en día, esas ciudades luminosas y limpias en las que vivían y trabajaban juntos hombres y mujeres...

–Precisamente eso era lo que pretendíamos nosotros –le interrumpió el doctor, que no pudo aguantarse, tras aquella última frase–. Lo único que queríamos era que el Imperio otomano fuera como Europa, que se desarrollara basándose en la ciencia y la técnica. Pero usted, en lugar de seguir ese camino, prefirió hacer que nos persiguiera la policía secreta, encerrar en la cárcel a quien alzara la voz y someternos a todos.

–Por eso decía que desde fuera todo se ve fácil. ¡No podía impedirlo! Un país enorme, millones de habitantes. Cada cual con sus propias ideas. Los ulemas diciendo una cosa y los educados en Europa, otra distinta.

–Si no les hubiera cerrado la boca a los intelectuales podrían haber iluminado al pueblo.

–No, no –replicó el antiguo sultán–, imposible. Mire, le voy a contar algo. Un profesor de universidad encerró en un arcón una paloma para calcular cuánto puede resistir un ser vivo sin aire. Los militares chusqueros se alzaron y lo atacaron con la excusa de la religión y solo a duras penas pudimos salvarle la vida. Ahí tiene la ciencia, ahí tiene el saber.

Luego alzó los hombros y enarcó las cejas mientras abría las manos a los lados en un gesto de desesperación:

–¿Y qué podía hacer yo? De hecho, estábamos en serias dificultades desde la época de mi abuelo Mahmud. Los buitres nos sobrevolaban, la economía se había hundido, el país se desintegraba. Yo intenté mantener la paz en el interior, y en el exterior, conservar nuestras posesiones haciendo que las grandes potencias cayeran unas contra otras. El zar de Rusia, los emperadores de Gran Bretaña y Francia, el rey de Italia, todos intentaban despedazarnos como una pieza de caza y quedarse con los trozos más sabrosos. ¿Y qué hice yo? Como si no me diera cuenta de sus intenciones, estimulé su apetito y los hice enfrentarse. Además, atraje a mi bando al emperador alemán. Esos que ustedes llamaban «nuevos otomanos» no eran conscientes de ello: hablaban de libertad y nada más. Sin embargo, yo sabía que esa palabra destrozaría nuestro país, que desmembraría el Estado.

Conseguí que sobreviviera treinta y tres años más, pero nadie me lo agradece. Han echado un negro telón encima de todo mi servicio a la nación. Ese era mi destino, ¿qué le puedo hacer? Es la voluntad de Dios.

Se produjo un largo silencio. Durante un rato solo se oyó a los pájaros en el jardín, cantando con el entusiasmo de la primavera. El doctor pensaba que tendría que informar de lo que le había contado aquel hombre, era importante. Pero, si prestaba atención, la verdad era que no decía directamente nada ni sobre la revolución ni sobre el nuevo sultán.

–¿Y ahora? –le preguntó.

El anciano comprendió de inmediato lo que ocurría y le inquietó el tono de acusación de aquellas palabras.

–Ahora puede estar seguro de que mi hermano y nuestro gobierno harán todo lo que sea necesario de la mejor forma posible. Yo solo soy un viejo que reza por su salud y que quiere el bien del país. Juro por Dios que no tengo ninguna pretensión al trono ni nada parecido. De hecho, me habría gustado dejar voluntariamente el puesto, pero mi entorno me lo impidió. Mi único deseo es llevar una vida tranquila en este rincón de la patria y rezar. Que Dios bendiga a mi hermano, el sultán, y le ilumine en su camino.

«Mentiroso –pensó el doctor–. Este tipo tiene un miedo terrible. Está a punto de enloquecer de pánico. Todos los asesinos son así.»

El sultán intuyó al instante lo que pensaba el médico gracias a su aguda inteligencia.

–Ustedes no me conocen bien. O para ser más preciso: algunos me han presentado mal, tanto a ustedes como a Europa. Me han mostrado como un tirano sediento de sangre. Debían hacerlo para poder desintegrar el imperio. De no ser por eso, no tendrían ninguna enemistad personal contra mí. Soy el individuo más compasivo del mundo, créame, se lo digo con toda sinceridad. Mire, al contrario de lo que era costumbre en nuestra familia, no ordené matar a ninguno de mis hermanos ni a ningún familiar que pudiera ser candidato al trono. Solo he aprobado cuatro o cinco penas de muerte en treinta y tres años, y no han sido políticas, sino contra monstruos que mataron a su madre, a su padre o a sus hijos. Y en palacio solo mandé ejecutar a un agá del harén que cometió una falta de respeto imperdonable. Nunca en nuestra historia se ha visto un periodo tan misericordioso. Pero ¿qué es lo que hicieron?, me dibujaron como un verdugo con las manos manchadas de sangre.

Al doctor le molestó que el sultán se mostrara a sí mismo como un ángel y le interrumpió sin poder soportarlo más, por mucho que no fuera su intención:

–Supongo que eso no es todo –dijo–. Desterró a todos los

intelectuales. Mandó matar en el Yemen a su gran visir Mithat Bajá. La prensa europea lo ha dibujado hundiendo las manos en sangre de los armenios. Masacró a miles de nuestros conciudadanos armenios. ¿O es falso?

–¡Por Dios! –El sultán se puso en pie de repente abriendo de nuevo los brazos–. ¡Por Dios! No pueden culparme de eso. La historia lo dirá.

–No se ponga nervioso –dijo el doctor–. No es bueno para su tensión.

–¿Cómo no me voy a poner nervioso? No puede haber nada que enfade más a un hombre misericordioso que ser acusado de asesino. Los armenios... ¿Sabe que los armenios, no mis súbditos, por supuesto, sino los conspiradores *komitadji* atentaron contra mí?

El doctor asintió con la cabeza. El sultán, en pie, continuó excitado:

–Hace tres años quisieron matarme con una bomba. Al volver de la oración del viernes explotaron un coche lleno de dinamita e hicieron pedazos a veintiséis inocentes. Me salvé porque me quedé a hablar un minuto con el jeque del islam. De no haber sido por eso, yo también habría salido volando por los aires. Atraparon a los culpables, dirigidos por un belga, un tal Joris. Lo sabía, ¿no?

–Sí.

–Bien, ¿no habría ejecutado cualquier gobernante a esos asesinos? Piense en todos los países civilizados. ¿Cuál de ellos dejaría sin castigo un crimen semejante? ¡Ninguno, por supuesto! Habrían matado entre torturas a esos terroristas. Pero ¿qué hice yo, doctor Bey, hijo mío? ¿Qué hice yo? Los dejé libres a todos, los mandé de vuelta a sus países. Hasta les puse dinero en los bolsillos. Veo que se va quedando sin objeciones.

El sultán le ofreció otro de aquellos cigarrillos liados que llevaba en la pitillera, pero el médico no lo aceptó. Él encendió el suyo, le dio dos profundas caladas, expulsó el humo por la famosa nariz y prosiguió:

–Bien, ¿y qué hice con los conspiradores armenios que asaltaron con armas y bombas el Banco Otomano, el corazón de nuestra Hacienda, que mataron a gente inocente y que querían iniciar un levantamiento amenazando con volar la sucursal? ¿Lo recuerda, doctor Bey, hijo mío, lo leyó en los periódicos? Embarqué en un yate a aquellos rabiosos conspiradores y los dejé salir del país tan tranquilos con las manos en los bolsillos. Lea la prensa, fue tal y como se lo cuento. Todos esos indultos imperiales ¿me convierten en asesino, en criminal, o más bien en un gobernante compasivo?

El doctor empezó a sentirse aplastado bajo las palabras de aquel hombre al que odiaba. Comprendió que no podía competir sobre esos

temas con alguien que se había pasado la vida en debates políticos con el mundo entero y casi estuvo a punto de darle la razón porque lo que exponía eran hechos históricos innegables. En verdad el sultán resultaba compasivo comparado con algunos antepasados suyos que habían hecho estrangular a diecinueve hermanos el mismo día en que ascendían al trono, y también era cierto que había perdonado a quienes habían querido ser sus verdugos. Incluso había asignado un sueldo a los opositores en el destierro.

Salió del palacete confuso por aquellos pensamientos. Así que aquella era su habilidad como emperador: la de confundir la mente. El hombre a quien los partidarios de la libertad en el Imperio otomano y el mundo entero conocían como el carnicero de los armenios, a quien presentaban en las portadas de las revistas como el símbolo de la muerte, había conseguido darle la vuelta a todo lo que el doctor sabía afirmando que había perdonado incluso a quienes habían atentado contra su vida. La mejor forma de deshacerse de aquella confusión sería discutirlo esa noche con sus compañeros. Quizá ellos pudieran interpretarlo todo mejor. En efecto, debían de estar hechos un manojo de nervios esperando lo que tenía que contarles. Y no solo ellos, Salónica entera tenía que estar loca de curiosidad. En el camino de regreso no dejó de pensar en Melahat. Seguro que había oído que el déspota había caído. Estaba convencido de que el sentimiento de alegría y sorpresa que se vivía en Salónica era mayoritario también en Chipre. Y no únicamente en Chipre, debían de estar en igual situación todos los habitantes de los territorios otomanos: turcos, rumíes, griegos, judíos, armenios, kurdos, serbios, montenegrinos, búlgaros, rumanos, árabes, georgianos, tártaros de Crimea, valacos, pomacos, albaneses, bosniacos, levantinos... Por otra parte, les haría falta tiempo para acostumbrarse a un mundo sin Abdülhamid. No se les pasaría con facilidad aquel temor que, exceptuando a los más viejos, sentían desde que tenían memoria y que les había metido dentro ese tirano que se escondía tras los altos muros de Yıldız, a quien nadie veía, pero cuyo aliento cruel sentían en la nuca, que obligaba a todos los pobladores del imperio a hablar en susurros. Los susurros continuarían aún un tiempo por si acaso, porque ¿y si volvía a ocupar el trono? Tampoco era tan imposible. Por lo que más curiosidad sentía el doctor era por saber si el nuevo gobierno proclamaría o no una amnistía para los exiliados por Abdülhamid. Era muy factible que lo hicieran; no, factible no, era seguro. Y eso para el doctor significaba el pronto regreso a Estambul de Melahat, por quien le ardía el corazón y que era la causa de que cada noche le invadiera la melancolía. La cabeza le daba vueltas de amor desde aquella noche estambuleña, encantada, embriagadora y con aroma a lilas y a mar en que la había visto por primera vez. Y cuando supo, porque sus casas estaban en el

mismo barrio, que él tampoco le era indiferente a Melahat, su alegría se multiplicó hasta el infinito. Por desgracia, el martillo de Yıldız, que había caído sobre tanta gente, también se desplomó sobre el padre de la joven, Saadettin Bey, que trabajaba en las oficinas del Ministerio de la Gobernación, y de buenas a primeras los enviaron a Chipre, donde también había vivido exiliado Namık Kemal Bey. Ojalá siguiera vivo todavía el gran poeta Namık Kemal Bey para poder ver estos días; él, que había escrito aquellos hermosos poemas patrióticos a fin de liberarles a todos de un monarca tan despótico; él, que había impreso la palabra «libertad» en el lenguaje de todos los jóvenes. Con aquella gran victoria que demostraba que el haberse arrastrado de acá para allá durante toda su vida no había sido en vano, seguro que habría saltado de alegría. El doctor se repitió, quizá por milésima vez, los versos que había escrito contra el tirano: «Desgarró tierra y nación, quebrantó honra y majestad. / Y aún sigue en su lugar esa maldición de Dios». Luego fue incapaz de refrenarse y añadió el verso: «Es un perro el que obtiene placer de servir al cazador inmisericorde». Con el paso de los años los poemas de libertad de Namık Kemal se habían convertido en un símbolo de la resistencia en el corazón de toda la juventud y al final no había ganado el sultán tiránico, sino el poeta. El mayor admirador de su poesía patriótica era el capitán Mustafa Kemal. De hecho, se decía que aquel arrojado oficial había adoptado el nombre de Kemal a causa de dicha admiración.

El doctor rio alegre y encendió un cigarrillo complacido, pero su personalidad, que le llevaba a indagar la verdad en todo, le recordó también la amistad entre Namık Kemal y Abdülhamid. Ambos, al menos al principio, habían pronunciado palabras amables sobre el otro. El sultán invitó al poeta a formar parte del comité encargado de redactar la primera Constitución y luego le dio varios puestos públicos. Lo más curioso es que no fueron poetas partidarios de la libertad como Namık Kemal o Tevfik Fikret quienes escribieron los versos más duros contra el sultán y le llamaron «el infiel rojo» sino uno tan tradicionalista como Mehmet Âkif.

«Todos estamos llenos de contradicciones –pensó el doctor aspirando profundamente el humo del cigarrillo–. Incluido yo. Y el más raro es ese viejo con el que he estado hace un momento.»

Oficiales jóvenes poseídos por la curiosidad – ¿Qué tipo de hombre es el «infiel rojo»? – Armenios circuncidados después de muertos

Esa noche los oficiales disfrutaban de sus bebidas en el Olimpo, que ante sus ojos se veía más bonito y brillante que nunca, y el doctor respondía a las preguntas que sus compañeros le dirigían conteniendo el aliento y trataba en la medida de lo posible de satisfacer su curiosidad mientras ellos saboreaban los crujientes salmonetes recién sacados del mar. «¿Cómo fuiste, qué dijiste, qué dijo él, lo examinaste, te saludó, estaba destrozado o soberbio, lo tocaste?» Para responder a las preguntas que le hacían todos a la vez les contó lo que había ocurrido hablando a toda velocidad.

–Entró al salón un hombre quebrantado, viejo, cansado, con una chaqueta de punto. Quien lo viera en ese estado no podría creer que era el mismo sultán que en las recepciones de palacio permanecía sentado en el trono sin mirar a la cara a los cientos de funcionarios del Estado que hacían cola ante él, que no hablaba, que no permitía que se le acercaran, a quien nadie podía mirar tampoco, ante el que se inclinaban los visires simplemente para besar de lejos un cordón que se extendía desde el trono, y después de besarlo se retiraban de espaldas todavía doblados en dos. Un hombre de estatura media; con chepa, como sabéis; con esa famosa cara que se nos aparecía en sueños... Pero, por alguna razón, la nariz no me resultó tan abultada. Sí, grande para una persona normal, pero qué sé yo... Puede que, como se exageró tanto en las caricaturas de la prensa europea, ahora me parecía solo una nariz bastante grande.

»Me estrechó la mano mientras decía: “Bienvenido, señor oficial, hijo mío”, y me hizo sentar en un sillón frente a él. Enseguida sacó la pitillera y me ofreció un cigarrillo, pero yo no acepté. Luego le expliqué quién era y que a partir de ese momento solo yo me encargaría de él y de su familia como médico personal. Cuando se lo dije, su mirada dejó ver cierta suspicacia y me preguntó quién me había nombrado. Le contesté que me había llegado una orden del Ministerio de la Guerra. Un poco abochornado, me preguntó: “Si no le importa, ¿puedo ver la orden?”. Se la enseñé y le dije: “Tengo que examinarlo, ¿dónde está su habitación?”. Me llevó hasta un cuarto vacío de aquella mansión desangelada. Un sitio que, como habitación de soltero, únicamente tenía un simple somier y al que las sábanas y los cobertores viejos daban una impresión de miseria aún mayor. Pensé “ahí te pudras” y le pregunté qué molestias tenía.

»Me habló de malestares estomacales, mala digestión, bronquitis,

que se resfriaba a menudo, de infecciones en la garganta, de estreñimiento y dolores en general. Llevaba un trapo al cuello. Le pregunté qué era aquello y sonrió. “Los médicos que más tiempo estuvieron conmigo fueron los doctores Marko Bajá y Mavroyani Bajá, pero yo, exceptuando lo presente, y si me disculpa, no confío demasiado en los médicos. Les he visto cometer muchos errores. Por eso, en la medida de lo posible, me curo a mí mismo. Tenía una infección en la garganta y me la cauticé con un hierro al rojo, algo que me sienta muy bien.” Luego se abrió el trapo y me enseñó la marca enrojecida de la quemadura.

»Le pedí que se desnudara. Se quitó la chaqueta y la camiseta y se sentó en la cama. Primero le ausculté los pulmones; oí unos silbidos. Cuando le exploré con las manos tuve que recordarme que aquella piel fría, manchada y envejecida pertenecía al sultán, al califa. Porque seguía sin poder creérmelo. Le dije que tosiera y tosió; que aspirara profundamente y aspiró; que contuviera el aliento y lo contuvo; que se echara y se echó; que se incorporara y se incorporó; le pregunté por cómo hacía de vientre y orinaba y me contestó inclinando el rostro... Me dieron ganas de reír. ¿En qué cabeza cabía que estuviera yo tocando al califa, heredero del Profeta Mahoma? Si me hubieran dicho que algún día iba a vivir tal experiencia habría sido imposible que me lo creyera.

»En su cuerpo marchito tenía marcas de quemaduras oscuras, amoratadas, y le pregunté por ellas. “Son las consecuencias de los hierros calientes”, me dijo. “Maldito loco, estás obsesionado con eso”, pensé yo. Le tomé la tensión y la tenía un poco alta. Le pregunté qué tratamientos usaba y me respondió que no muchos. A veces sulfato, a veces elixires, otras veces sangrías y otras, por supuesto, cauterizaciones. Todos sus tratamientos consistían en eso. Le dije que al día siguiente le llevaría unos medicamentos. Que también era responsable de su familia y su séquito. ¿Quiénes hay? Me dijo que en el palacete tenía cinco esposas, tres hijas, dos hijos y los sirvientes. Me quedé atónito porque no se oía el menor ruido. Le expliqué que también los examinaría por turnos. Me dio las gracias y me dijo que me avisaría si tenía alguna molestia. Luego se vistió y me invitó a pasar al salón de nuevo.

»Me comentó que de haber estado en palacio me habría ofrecido un buen café, pero que le disculpara porque allí no era posible. Otra vez rechacé un cigarrillo. Tenía todo el aspecto de querer gustar. Hablaba de lo bien que había gobernado el imperio, de lo compasivo que era y demás. ¿Os lo imagináis? El sultán rojo y la compasión... Un chiste. Incluso llegó a afirmar que no había masacrado a nuestros compatriotas armenios. Que había indultado a quienes habían atentado contra él. Ahí la verdad es que yo estaba un poco confuso.

Para qué voy a mentir, estaba confuso porque los indultó de verdad, ¿no?

–Sí –dijo el comandante Saffet, de Malatya, unos años mayor que él–. Lo que recuerdas es verdad, pero fue una táctica suya. Intrigas de principio a fin. Hace como si no hiciera. A ver, ¿cuántos miles de súbditos armenios mató después de aquel atentado frustrado en Estambul? Dejó libres a los participantes en el atentado por la presión de las grandes potencias y de las embajadas, pero por detrás provocó al pueblo y lo lanzó contra los armenios.

El pobre camarero no se apartaba de ellos e intentaba escuchar lo que decían para contárselo a su jefe, aunque no era él el único. En el restaurante todos los miraban tratando de escuchar las explicaciones del doctor. Salónica era un lugar pequeño y la noticia había corrido como la pólvora, nadie hablaba de otra cosa.

–Y los sucesos del este fueron aún más terribles –continuó el comandante Saffet.

–Bien, pero, mi comandante –intervino un tercer compañero, el capitán Nihat–, ¿no es cierto que los *komitadji* armenios, los *hunchak*, se levantaron en armas y cometieron matanzas?

–Sí –respondió el comandante–, es verdad, claro. Los levantamientos armados en Estambul, la toma de la ciudad de Van, las masacres de Sasun, Zeytun, Bayburt, Erzurum... Murieron miles de musulmanes inocentes, pero el sultán no castigó a los *komitadji* que lo hicieron, sino sobre todo a la población civil.

–Fueron los kurdos quienes aplastaron esas revueltas –protestó de nuevo Nihat–, no los turcos.

–Sí –asintió otra vez el comandante–, tienes razón, pero ¿quién organizó a los kurdos, que ya estaban enfrascados en disputas sangrientas con la población armenia? ¿Quién armó a miles de kurdos bajo el nombre de Regimientos Hamidiye? ¿Quién dio a los agás kurdos el título de bajá? Eso es lo que os quería explicar. La táctica de un hombre retorcido, azuzar a todo el mundo unos contra otros y observar desde fuera con expresión inocente. Las iglesias búlgara, griega y serbia llevan años en disputas. ¿Por qué? Porque si se unieran supondrían un gran peligro para el imperio. Nos encontramos frente al hombre más taimado del mundo, compañeros. No os creáis nada de lo que dice.

–Esto que afirmas habla a favor del sultán, te das cuenta, ¿no? –dijo el doctor–. Enfrentar a las comunidades unas con otras para aplastar las rebeliones, proteger el imperio...

En ese momento se acercó a la mesa un joven delgado, con gafas redondas de alambre y un fino bigote.

–Disculpen, señores oficiales. Como estaba sentado justo detrás de ustedes no he podido evitar escuchar su conversación. Les ruego que

me disculpen.

–Por supuesto –gruñó Saffet.

–Soy un armenio de Van –dijo el joven–, me llamo Agop Demirciyan. Si me lo permiten, querría contarles algo muy breve.

Como los oficiales asintieron con la cabeza, continuó:

–¡A mi padre lo circuncidaron!

–¿Qué? –exclamó el capitán Nihat–. ¿Para qué van a circuncidar a un súbdito cristiano? Aquí todo el mundo es libre en su religión. Nunca había oído nada parecido.

Los oficiales, nacionalistas, pusieron cara larga pensando que aquello sería propaganda armenia, pero Agop continuó:

–Un momento, señores oficiales, se lo suplico, escúchenme: a mi padre lo circuncidaron y, además, después de muerto.

Los militares se miraron entre ellos, parecían tener dificultades en encontrarle sentido a lo que les estaba contando.

–Tal y como decían poco antes, hubo graves enfrentamientos entre armenios y musulmanes en los que perdieron la vida miles de personas por ambas partes. Mi padre se encontraba entre los muertos en Sason. Me lo contó mi madre, que fue a buscarlo a la plaza donde lo mataron y lo encontró entre cientos de cadáveres. Le habían bajado los pantalones y mi madre..., discúlpenme..., vio que lo habían circuncidado. «¡Ay!», gritó, «este es Kirkor, mi marido, pero anoche era cristiano y hoy se ha vuelto musulmán.»

Su historia debió de despertar el interés de los oficiales porque lo invitaron a sentarse en la cuarta silla, que estaba vacía.

–Cuéntenos, Agop Efendi. ¿Y cómo ocurrió?

Agop bajó la voz:

–Por culpa del tipo del que estaban hablando antes –susurró. Miraba a su alrededor, temeroso.

–¿El sultán? ¿Cómo es posible? ¿Qué tiene que ver con él?

–Las grandes potencias europeas mandaron observadores a los enfrentamientos –siguió Agop en susurros–. Para entender quiénes de los muertos eran musulmanes y quiénes cristianos miraban si estaban circuncidados o no y así contaban las víctimas. Los armenios muertos siempre eran más que los musulmanes, pero las fuerzas gubernamentales circuncidaban a la mayoría de los cadáveres para asegurarse de que se registraran como musulmanes. En Sason, cuando acabó la lucha, trajeron a un hombre llamado İlyas *el Circuncidador*, que circuncidó a quinientos cadáveres armenios. Y así mi pobre padre, Kirkor Demirciyan, pasó a la otra vida sin prepucio.

Hasta los oficiales se sorprendieron del grado al que había llegado aquella intriga y no podían dar crédito a sus oídos. El sultán era un político de cuidado, capaz de engañar al mismo diablo. El doctor no conseguía imaginarse así al hombre destrozado que había visto y

examinado y que le había invitado a fumar ese mismo día, pero, como había dicho, se encontraban frente a un emperador que había hecho bailar el mundo a su son. Era un monstruo, como el que más, pero también inteligente, astuto, calculador.

–¡Qué barbaridad! –exclamó el comandante Saffet–. Es increíble.

El capitán Nihat, que llevaba un rato conteniéndose con dificultad, saltó con una enorme ira en el rostro y le dijo a Agop:

–¡Mírame! ¿Eres un *komitadji*? *Dashnak*, *hunchak*, ¿tienes alguna relación con esas organizaciones?

–No, señor –respondió Agop sorprendido.

–¿Dónde vives? ¿En Salónica?

–No –dijo Agop con voz temblorosa–. Tengo mi casa en Estambul, vengo a Salónica a comprar tabaco y lo vendo allí. Soy un comerciante independiente.

Nihat guardó silencio, aunque seguía mirando atentamente a Agop a la cara. En la mesa se respiraba una gran tensión.

–¡Mírame! –continuó–. ¿Participaste en el asalto al Banco Otomano en Estambul?

–Nooo, no, mi capitán.

–¡Dime la verdad!

–Se la estoy diciendo, mi capitán.

–¿Y en la conspiración armenia para atacar la Sublime Puerta?

–Por Dios, claro que no, mi capitán. Yo no tengo nada que ver con esos comités.

–O sea, ¿que no te has visto envuelto en ningún incidente?

–No, mi capitán. Soy un comerciante independiente que trabaja para alimentar a su familia.

–Pero tu padre sí participó en el levantamiento.

–Sssí, sí –murmuró en voz baja Agop, un tanto desconcertado–. Pero yo llevo años lejos de mi región.

De repente Nihat se estiró sobre la mesa y cogió a Agop por la solapa.

–¡Mientes! Eres un *komitadji* armenio. Todo lo que has contado es mentira, ¡calumnias! Que si los circuncidaban, que si quinientas personas, ¿y la sangre? ¿Eh? ¿Y la sangre, cómo iban a disimularla?

Como había alzado la voz, todos en el restaurante los observaban en profundo silencio; los camareros se habían quedado paralizados y no se oía el tintineo de tenedores y cuchillos.

El doctor se dio cuenta de que Nihat temblaba de ira y de que la otra mano se le iba a la pistola; se puso en pie, agarró a Nihat del brazo y lo apartó de Agop. Se disculpó con el joven, que todavía intentaba entender qué era lo que había pasado, y le pidió que abandonara el restaurante. Agop no se hizo de rogar y desapareció al instante.

Cuando el doctor volvió a sentarse, Nihat había encendido un cigarrillo al que daba furiosas caladas mientras que el comandante Saffet trataba de tranquilizarle.

–¿Por qué te has puesto de su parte? –le preguntó Nihat al doctor–. Está mintiendo descaradamente, mancillando el nombre de nuestra nación.

–¿Cómo lo sabes? –respondió el médico–. ¿No llevamos años viviendo incidentes espantosos en los que han muerto miles de ambos bandos? Es una masacre, todos degollándose unos a otros.

–Sí, han muerto muchos –admitió Nihat–, pero esa calumnia es demasiado. Mira, cuando le pregunté qué pasó con la sangre se quedó callado, no supo qué responder. Es una mentira descarada. ¿No habrían sangrado si los hubieran circuncidado?

–Vamos, terminemos la velada como es debido –dijo el doctor alzando su vaso de cerveza–. Todos estamos muy nerviosos. Mañana continuaremos.

Los oficiales salieron del restaurante un poco achispados y cada cual se marchó por su lado. Así fue como la velada terminó «como es debido», aunque hubiera sido un poco amarga. El doctor quería llegar cuanto antes a casa porque, como cada noche, tenía una carta que escribir. Le contaría a Melahat lo que había pasado.

«Depende de la hora de la muerte, Nihat –murmuró mientras caminaba por las calles silenciosas–. Si ha pasado un rato, los cadáveres no sangran. Y, además, ya estarían cubiertos de sangre.»

Pero no tenía la menor intención de explicarle a Nihat aquella realidad fisiológica ni de rascar en la herida sangrante del enfrentamiento armenio-musulmán. Al fin y al cabo, todos eran ciudadanos del mismo país.

Notas secretas de un médico repentinamente famoso

Sin apenas darse cuenta, el doctor se convirtió de repente en el hombre más famoso de Salónica. Cuando lo veían por las calles y plazas por las que antes pasaba con tranquilidad, se interrumpían las conversaciones, todos le observaban con miradas inquisitivas, pero nadie se atrevía a acercarse a él. Era como si hubieran rodeado al doctor con una campana de cristal invisible. El sultán exiliado en la ciudad era el único tema de conversación, de los siete a los setenta años. Al pueblo entero de Salónica se le había acelerado el pulso y todos mostraban una indeleble expresión de sorpresa. Era como si estuvieran dentro de un sueño colectivo. El doctor era el único que podía ir a aquel barrio al que no permitían que nadie se acercara, ver todos los días al sultán y luego regresar a mezclarse con la gente. Eso le puso en la situación de un mortal que podía subir y bajar del Olimpo, a las alturas de los dioses. Aunque en realidad el único Olimpo al que iba era el cabaret. Continuaba trabajando en el hospital, las cartas que tan cuidadosamente le escribía a Melahat cada noche se iban acumulando y se reunía a menudo con sus compañeros. Como añadido a aquella rutina, tras cada visita a la mansión Alatini escribía con letra diminuta en los cuadernitos que le regalaban las farmacéuticas todo lo que había visto y oído. Anotaba lo que hablaba con el sultán y, aunque no sabía si vería la luz algún día, pensaba que era importante para las futuras generaciones que todo aquello constara por escrito. Aquel hombre sentía la necesidad de hablar con alguien y contaba cosas insólitas, ¿quién sabía qué más podría desvelar? Con todo, lo más inteligente sería no mencionar a nadie aquellas notas, incluso guardarlas donde no pudieran encontrarlas. Estaba totalmente prohibido que el antiguo sultán estableciera cualquier contacto con el exterior, que recibiera o enviara noticias. Si las notas que tomaba llegaban a oídos del nuevo gobierno podrían hasta formarle un consejo de guerra. Reşad, el hermano del sultán, el mismo cuyo nombre había estado prohibido durante treinta y tres años, había ascendido al trono como Mehmed V Reşad, por lo que ahora pondrían su nombre a los recién nacidos, pero todo el mundo sabía que era solo un títere en manos de los militares. Los líderes revolucionarios del Comité para la Unión y el Progreso se habían hecho con el poder. El doctor conocía a aquellos líderes que habían salido de Salónica y sabía lo duros que eran. No le extrañaría lo más mínimo que se derramara tanta sangre como para echar de menos la época del antiguo sultán. Había que operar al «hombre enfermo» y, por desgracia, la cirugía era un asunto sangriento.

Temblaba mientras tomaba notas diminutas como patas de mosca en el cuaderno de Bayer y echaba frecuentes miradas a su alrededor y a la calle dejándose llevar por la sensación de que alguien lo observaba. En esos momentos era arriesgado hasta recordar el nombre del sultán. En la primera página del cuaderno había escrito «Relato de Abdülhamid, monarca destronado». Luego arrancó la página y la tiró. Tomó otro cuaderno Bayer y en la primera página escribió: «Sobre el estado de salud de Abdülhamid II».

Debía tener cuidado con el estilo, además. «¿Por qué estoy tan preocupado si los tiempos de la tiranía han terminado?», se preguntó al cabo de un rato. ¿Acaso no había llegado la libertad y se había derrocado al déspota? Sí, eran tiempos nuevos, pero una voz interior le decía que fuera aún más cuidadoso en la nueva época. El antiguo sultán, como mucho, enviaba al exilio a los opositores, pero los de ahora directamente les pegaban un tiro. En Salónica lo habían hecho a la vista de todos. El doctor no olvidaba en especial cómo habían asesinado a Şemsi Bajá en Monastir, delante de la oficina de correos.

Damas aburridas – Una ópera en palacio – Cecilia la hermosa, tan a menudo embarazada – Sarah Bernhardt

El palacete estaba vacío, allí no vivía nadie aparte de ellos, sometidos a un cordón militar, y, aparte de aquellos a quienes se les permitía entrar muy de vez en cuando; la familia del sultán estaba encerrada en ese caserón sombrío de contraventanas cerradas, lejos de la entretenida vida de palacio, de la ópera privada, de los animales exóticos, de los estanques, de los bosquecillos por los que montaban a caballo, de las frecuentes recepciones y banquetes, del placer de abrir los paquetes que les enviaba la embajada de París con vestidos cada cual más elegante que el anterior; habían dejado atrás el momento que podríamos llamar de morirse de aburrimiento para llegar al de sufrir auténticos ataques de nervios. Las hijas del sultán tenían cuidado de no hacer ruido, aparte de la música, para no incomodar a su padre, pero había que encontrar una solución urgente a la situación o no aguantarían más en aquella prisión. Sus madres, retorciéndose de aburrimiento también, no sabían qué hacer para entretener a las jóvenes. Se sentaban a menudo al piano y tocaban canciones turcas o europeas, rondós, barcarolas, valses... No obstante, aquellos festivales musicales no bastaban como diversión, y además era bastante irritante porque el piano, adornado con candeleros a los lados, estaba desafinado.

Una tarde tan aburrida como las demás estaban sentadas en el piso superior y Şadiye Sultana les propuso un juego. ¿Quién sabía cuántas habitaciones, salones y baños había en sus palacios? La propuesta atrajo la atención de todas, pero sobre todo de Ayşe. En realidad, lo único que les interesaba era su dinastía. El adjetivo «otomano» no solo describía un imperio, sino también una familia. Quién quería casarse con quién, qué príncipe estaba peleado con otro, cuántos ingresos percibían, quién estaba enamorado de quién, qué príncipe tenía un futuro brillante, los recién nacidos, la ostentación en las fiestas de las circuncisiones, quién tenía más joyas, los vestidos, pieles, telas, pendientes, collares, broches, maquillajes y perfumes traídos de París, eran temas que llenaban la vida de los miembros de aquella familia encerrada en sí misma, que se consideraba superior a todos y por encima de todo.

–¿Empezamos por el palacio de Dolmabahçe? –preguntó Ayşe Sultana.

–¿Por qué no? –contestó Naciye Hanım–. ¡Empieza tú!

Ayşe clavó la mirada en el alto y adornado techo y, tras refrescar

un momento sus conocimientos, dijo:

–Primero el número de habitaciones. El palacio de Dolmabahçe tiene doscientas ochenta y cinco habitaciones. Cuarenta y cuatro salones. Y además, seis hamames y sesenta y ocho aseos.

–¡Bravo! –exclamó su madre, Müşfika Hanım–. ¿Cómo puedes retener en la cabeza tantos datos? Me dejas maravillada, te lo juro.

–Bueno –intervino Şadiye Sultana–, ¿y cuántas toneladas de oro se usaron para los adornos de los techos?

–Catorce –respondió Ayşe Sultana ganándose de nuevo el aplauso general.

–¿Cuántas bombillas tiene la lámpara del gran salón? –preguntó Refia Sultana creyendo que sería algo imposible de saber, pero Ayşe contestó de inmediato:

–Setecientas cincuenta bombillas. La lámpara fue un regalo de la reina Victoria. Pesa cuatro toneladas. Es la más grande del mundo.

–Alabado sea Dios –dijo Fatma Pesend Sultana–, te has convertido en toda una especialista en el palacio.

Ayşe Sultana les dio las gracias riendo y no vio la necesidad de precisar que, desde que habían tenido que dejar el palacio a toda velocidad, se había leído una y otra vez de puro aburrimiento la misma página de una revista que llevaba en el bolsillo desde quién sabía cuándo. Tampoco les dijo una frase que había leído en esa revista francesa que tanta información daba: «Solo el palacio de Dolmabahçe bastaría para hundir la hacienda otomana, ya sumida en las deudas». La página había sido cortada en la aduana y la habían remitido a palacio. Era típico de la censura a la que se sometía a revistas, libros y periódicos provenientes del extranjero. Todos los funcionarios de aduanas tenían el derecho de arrancar las páginas que quisieran. Todo lo que supusieran o sospecharan que podía ser contrario a palacio, lo recortaban y lo enviaban. Y Ayşe Sultana tenía la costumbre de leerse todas aquellas páginas que caían en sus manos. Un aduanero había mandado tal cual a palacio el libro procedente del extranjero *Leyes de la termodinámica* porque confundió la palabra «dinámica» con «dinamita». Ayşe Sultana fue incapaz de entender por qué habían censurado el libro.

En realidad, la cuestión de la censura iba más allá de lo que podía comprender una joven que quería mucho a su padre. El sultán intervenía en la prensa continuamente; no daba permiso para publicar periódicos a quienes le disgustaban, obligaba a despedir a periodistas o los castigaba con el exilio o la cárcel y, mientras tanto, cubría de oro a los diarios que le alababan, como el *Sabah.*[2] Además, se hacía con acciones de los periódicos y de esa manera cortaba el camino a publicaciones de la oposición. Y no se limitaba a eso, también pagaba bastante dinero para impedir que la prensa extranjera escribiera nada

en su contra. Además hizo publicar los periódicos *Correspondance* en Viena y *L'Orient* en París.

Esa página que se había quedado en el bolsillo de Ayşe Sultana y que ella se había llevado consigo cuando sacaron de palacio a la fuerza a la familia del sultán y a las pobres mujeres y las subieron a coches de punto mientras todos los demás huían entre el estampido de los cañonazos una vez que el Cuerpo de Guardia se rindió al Ejército de Intervención que había llegado de Salónica, entre gente que corría de acá para allá, entre los cacareos, graznidos, rebuznos y relinchos de mil y un animales que querían escaparse asustados por el alboroto, era el único recuerdo que le quedaba de un «hogar» que ahora solo podían ver en sueños. En cuanto se oyeron cerca las detonaciones de la artillería del ejército revolucionario, la guardia nocturna, los porteros albaneses, los criados, los jardineros, los despenseros, los cocineros, los agás del harén, los mayordomos y otros funcionarios se dispersaron como pollos de codorniz sin perder el menor tiempo. Cuando la unidad de guardia del Segundo Ejército, encargado de la defensa de palacio, abrió el polvorín, sacó las armas y empezó a preparar la defensa, el sultán les ordenó: «Cierren el polvorín, no se disparará un solo tiro. No voy a hacer que se vierta sangre de musulmanes», y se rindieron a los rebeldes.

El palacio de Yıldız no era únicamente un edificio, sino toda una ciudad. Una ciudad en la que vivían miles de personas con su mezquita, su cuartel, su banco, su hospital, su museo, su farmacia, sus regimientos de guardia, su ópera, su teatro, su fábrica de porcelana, su carpintería, su zoológico... Cada viernes su padre subía a un coche de oro macizo y, entre guardias a pie y a caballo que lo escoltaban, iba a la oración a la mezquita Hamidiye, que llevaba su nombre. Esos días el pueblo de Estambul, animado por el entusiasmo, se daba de codazos para ver el rostro del sultán, aunque fuera de lejos. Y fue precisamente durante una de esas ceremonias cuando quisieron volar a su padre con una bomba. Hicieron pedazos a veintiséis personas y un montón de finos caballos, pero Dios protegió a su padre. Su querido padre tenía un corazón tan fuerte, era tan audaz que, mientras agonizaban hombres y caballos, subió al pescante del coche, se hizo cargo personalmente de las riendas y regresó a palacio demostrando al pueblo que el sultán a quien tanto querían estaba sano y salvo y que sus enemigos no podrían con él con tanta facilidad. Después de aquel suceso le explicó a su hija por qué eran necesarios la censura, las denuncias, los destierros y otras tantas medidas:

–Tenemos tantos enemigos en el interior y en el exterior, hija mía –le dijo–. Si supieras de cuántas conspiraciones para atentar contra mí nos enteramos todos los días... Me habrían matado cien veces de no haber creado una red tan poderosa de policía secreta. ¿Que no quieres

asesinos que intentan entrar a palacio por las alcantarillas, o planes para poner veneno en los brazos del trono en las recepciones, o intentos de provocar un levantamiento entre el pueblo? La censura es necesaria. La prensa europea publica las calumnias de los Estados que pretenden destruirnos y en el interior algunos traidores siguen tragándose el anzuelo de la libertad que Europa les lanza. En realidad, lo único que quieren las grandes potencias es romper este enorme imperio y repartirse los pedazos. ¿Me entiendes ahora, hija? Todos estamos en peligro porque saben que no lo permitiré mientras viva. Debemos tener los ojos abiertos.

A Ayşe Sultana la impresionaron mucho aquellas explicaciones en privado de su padre, que no tenía que rendirle cuentas sino a Dios, se retiró a sus habitaciones y lloró largo rato; maldijo a quienes trataban de matar a un soberano tan bueno y tan compasivo y luego estuvo rezando hasta el amanecer por la salud de su padre y para que Dios castigara a sus enemigos para siempre por réprobos.

Las revistas europeas dibujaban en sus portadas a su misericordioso padre como a un asesino sanguinario, pero esa misma prensa no llamaba bárbaro al rey Leopoldo, que había ordenado cortar las manos a cientos de miles de personas en el Congo y se había hecho traer miles de ellas a Bruselas. Eran unos hipócritas. Su padre tenía razón.

Las mujeres, aburridas en el palacete, pronto encontraron un nuevo entretenimiento. Representaban escenas de las óperas italianas que habían visto en el teatro de palacio. Cantaban arias de Verdi acompañadas por el piano e intentaban revivir escenas fastuosas con sus lamentables vestidos, cosa que provocaba una patética comicidad; pero aquello bastaba para entretener a las jóvenes.

En el hermoso palacio que ahora se había convertido en un sueño lejano, todas las noches al acostarse el sultán hacía que le leyeran novelas tras un biombo que colocaban a los pies de la cama, pero algunas veces no le venía el sueño y, dando una palmada, exclamaba simplemente: «¡Ópera!». Esa sencilla palabra servía de aviso para que los artistas italianos, hombres y mujeres, a quienes se les habían dado los grados de bajá, teniente coronel o comandante en el escalafón de palacio por algún extraño motivo, supieran que solo tenían media hora para prepararse y salir a escena. A la cabeza de la compañía palaciega estaba Arturo Stravolo, un napolitano maestro de las imitaciones que había emigrado a Estambul con sus padres, su esposa, también actriz, sus hermanos y cuñados y cuñadas y había entrado al servicio del sultán. Como el monarca no quería que se repitieran las mismas obras, una de las misiones de Stravolo consistía en ir a ver nuevas óperas por Europa a cuenta de su señor y ponerlas en escena en palacio.

Todos los actores se hallaban encuadrados en una unidad militar y estaban obligados a vestir el uniforme correspondiente a su rango. Angelo era teniente; el violinista Luigi, capitán; el barítono Gaetano, coronel, y el muy virtuoso tenor Nicola llevaba el uniforme de comandante ayudante. En cuanto se recibía la orden de representar *Un ballo in maschera*, a cualquier hora de la noche, el director de orquesta, Aranda Bajá, tenía media hora para que los músicos comenzaran a ejecutarla. Había días en que el sultán asistía a la obra con su familia o con invitados, pero por las noches se sentaba a solas en su palco. Si había algo que no entendía o que no le cuadraba detenía a todo el mundo con un gesto de la mano. Para que la obra pudiera comenzar de nuevo era necesario explicarle detalladamente cada punto a su majestad. Además, como no le gustaba que las óperas terminaran mal, se cambiaban los finales y se escribían otros felices, de *La traviata* al *Trovatore*. Por ejemplo, Violetta no moría, sino que bailaba una alegre danza.

La más famosa actriz del momento, la francesa Sarah Bernhardt, vino a actuar en el teatro de palacio y fue presentada al sultán.

–Madame –le dijo este–, dicen que en París representó de manera tan realista una escena en la que se moría que el pánico se apoderó del público pensando que se había muerto de verdad, ¿es cierto?

Bernhardt, encantada por los elogios del sultán, contestó:

–Sí, majestad, lo que cuentan es cierto, esta noche se lo demostraré.

–No, no, madame –replicó el sultán, que había prohibido las escenas de muerte–. De hecho, quería pedirle que no fuera tan realista la escena o incluso, si es posible, que la eliminara del todo.

La actriz que más le gustaba ver al sultán era Cecilia, la bella esposa de Arturo. Quería que fuera la protagonista de todas las obras, pero cuando por cuestiones fisiológicas aquello no era posible, la compañía se veía obligada a recurrir a mil y un trucos para sustituirla por otra actriz, como cambios de vestuario, disimularle la cara con enormes pelucas, maquillarla para que se pareciera a Cecilia o tamizar las luces. Porque Cecilia se quedaba embarazada a menudo y como su vientre creciente no quedaba muy bien en los papeles de jovencita, no podía salir a escena hasta después del parto. No obstante, todas aquellas molestias valían la pena, los italianos vivían entre lujos cobrando altos sueldos y Arturo, el director de la compañía, era recompensado con privilegios como el de ser propietario del primer automóvil de Estambul. El califa, por cuya salud se rezaba en Anatolia en cuanto protector del islam, era un gran admirador de la cultura europea. Decía que la música a la turca provocaba melancolía en el espíritu mientras que la europea lo animaba.

–La llaman a la turca, pero esta música viene de Persia y de

Grecia. La música turca es solo tambor y chirimía –decía.

Le encantaba la ópera. No obstante, siendo un hombre lleno de contradicciones, a veces se aburría de repente en medio de una obra. En el momento en que Stravolo intuía que el sultán se estaba aburriendo, interrumpía de inmediato la ópera y sabía entretenerle sacando a escena todo tipo de saltimbanquis, magos o equilibristas.

2. El primer periódico llamado *Sabah (La mañana)* de la historia de nuestra prensa comenzó a publicarse en 1875. Su propietario era el encuadernador rumí Papadopulos. (N. del A.)

Las manos de la serpiente – Sherlock Efendi – La oficina de traducciones

–Las noches de Salónica son más largas que las de Estambul –dijo el sultán–. Yo, que, de hecho, no puedo dormir, aquí estoy mucho peor. Me quedo sentado en el sillón hasta el amanecer, fumando.

–Aquí no tiene los entretenimientos que tenía en palacio, por eso –replicó el doctor. En su voz se notaba un retorcido sarcasmo y un tono de complacida venganza–. Entre la gente se murmuraba que se hacía leer novelas policíacas en su dormitorio y que, cuando se hartaba, veía óperas. ¿Es verdad?

–Sí –contestó el sultán–, es verdad. Incluso creé una oficina de traducciones. Noche y día, traducían para mí las últimas novelas publicadas en Europa.

–¿Le gustaba Sherlock Holmes?

–La verdad es que antes me gustaba mucho más Rocambole. ¿Ha oído hablar de él, doctor Bey, hijo mío? Había un famoso escritor francés, Pierre Ponson du Terrail; pues Rocambole era su personaje principal y hacía unas cosas inauditas. Me gustaba más que Sherlock, pero luego me enfadé con él y dejé de leerlo.

–¿Con quién se enfadó? ¿Con el autor o con Rocambole?

–¿Por qué me iba a enfadar con el personaje? Por supuesto que con el autor. Me hice traducir una nueva novela suya y por las noches me la leía İsmet Agá a los pies de mi cama. En un capítulo había una frase que decía: «tan frías como las manos de una serpiente». Le advertí que me la leyera correctamente, ¿cómo iba a tener manos una serpiente? El pobre me dijo que era eso lo que decía. Así que llamé a los traductores a palacio de inmediato. Hice que fueran a buscarlos a todos aunque era de noche, llegaron a medio vestir y atontados por el sueño, parecían asustados. Les pregunté qué significaba lo de las manos de la serpiente: «Ya que han hecho una traducción tan estúpida, están todos despedidos de palacio». Me juraban y perjuraban que lo habían traducido correctamente: «Así lo escribió el autor, a nosotros también nos sorprendió, pero no lo cambiamos». Eso me dejó confuso. «Bien, voy a investigarlo. Si tienen razón, se quedan; si no, no sé. Primero tráiganme el original de la novela.» Llegó la versión francesa del libro, me indicaron dónde estaba la frase, la leí y vi con mis propios ojos que los traductores tenían razón. El tipo realmente había escrito tan frías como las manos de una serpiente: *«Elle avait les mains aussi froides que celles d'un serpent»*.

»No me mire tan sorprendido, doctor Bey, de niños todos recibimos clases de francés junto a las de árabe y persa. Aunque no lo

hable con tanta fluidez como mi hermano mayor Murad, conozco la lengua. Incluso tengo la intención de avanzar en mi francés si encuentro libros aquí. Por cierto, debo decirle que no me dan ni libros ni periódicos. No dejan que entre ni un pedazo de papel. ¿Podría hacer algo al respecto, doctor Bey? No sé vivir sin leer. Por lo menos, que me den novelas policíacas en francés.

»¿Qué decía? Después de aquel error de Ponson du Terrail encontré otro sinsentido: "*D'une main il leva son poignard, et de l'autre il lui dit...*".[3] Mire cómo me acuerdo, me leí la frase una y otra vez porque no podía creerme que un famoso escritor francés cometiera tales errores. ¿Sabe usted francés, doctor Bey, hijo mío? Bien, entonces lo ha entendido. Me dije que no debía perder más tiempo leyendo a alguien tan tonto como para cometer errores semejantes, y no volví a tomar un libro suyo en las manos. Fue después de eso cuando sentí curiosidad por las novelas de Sherlock, de un inglés llamado Arthur. Hice traducir todas sus obras. Estaban escritas de forma más inteligente. El escritor inglés vino a Estambul y quiso verme, pero era el mes de ramadán y yo no tenía tiempo, así que no nos vimos, aunque les condecoré, a él con la Orden de Mecidiye y a su esposa con la de la Caridad.

»Sufro de insomnio desde que era niño. Leyendo estas novelas me alejo de los problemas cotidianos, me pongo en el lugar del detective. Intento resolver los casos antes que él. Y a veces lo consigo.

»Discúlpeme, le estoy dando dolor de cabeza. Dejemos esto, que quiero preguntarle algo, doctor Bey, hijo mío. Por favor, no me contraríe y respóndame. Se lo pido por favor. Sé que mi hermano Reşad Efendi ha ascendido al trono y es nuestro nuevo sultán. Que Dios le dé una larga vida y no nos prive de su presencia. Sin embargo, no sé quiénes han formado gobierno. ¿Qué gobierno tenemos, quién es el gran visir? He caído en el abismo de la ignorancia, tenga piedad de mí. Por favor, dígame quién es el gran visir, quiénes son ministros, cómo van los asuntos en los Balcanes... Soy un pobre miserable que no tiene más ocupación que sentarse en un rincón y rezar. ¿Qué daño puedo causarle a nadie? Por favor, hijo mío.

3. «Con una mano alzó el puñal, y con la otra le dijo.» (N. del A.)

Melancolía – El desafortunado príncipe de una esposa circasiana – Vacas en el jardín de la mansión

De día en día y de noche en noche iba aumentando la desazón, hasta que fue como una serpiente obstinada enroscada en el cuello. Se esforzaba en concentrarse en alguna otra cuestión, en recuerdos más agradables; por ejemplo, pretendía consolarse recordando las aventuras que había corrido practicando las aficiones de su juventud: la caza, la equitación, el tiro con arco, la natación, las carreras; quería forjar dentro de sí esperanzas de futuro. Recordaba cómo ese cuerpo, que ahora se había convertido en una ruina, en tiempos corría kilómetros, nadaba sin cesar en el Bósforo, montaba, no se cansaba de practicar deportes, y le asombraba el estado al que había llegado. Terel, el embajador estadounidense, le había regalado unas maravillosas sillas de montar hechas en Texas. Dichos regalos, junto con unas armas fabricadas especialmente para él en la factoría Colt, fueron noticia en la prensa americana.

«¡Ah, los días del pasado!», se dijo. Tantos años transcurridos entre las intrigas y traiciones de palacio con miedo a perder la vida le habían costado caros. Los revolucionarios de Salónica lo habían tomado por sorpresa con una bala que le alcanzó sin previo aviso y la herida no tenía cura. «¿Por qué habrá tenido que pasarme esto a mí?», se preguntaba y, lo más extraño era que lo seguía atribuyendo a que la represión había sido insuficiente. ¿Cómo había podido estar tan ciego ante el crecimiento de aquella cría de víbora llamada Comité para la Unión y el Progreso? ¿También le había engañado su red de informadores de Salónica? Ya no servía para nada pensar en eso; lo pasado, pasado, y tanto su trono como su corona habían rodado por el suelo. De la misma forma que la herida de la bala duele más al enfriarse, una vez pasados los primeros días en el destierro se le vinieron encima la desesperanza y la melancolía, que, de hecho, jamás lo habían dejado tranquilo desde que era niño. Nunca se le olvidaría mientras viviera que su madre había tenido que amarle de lejos, con la mirada, sin cogerlo nunca en brazos por miedo a contagiarle su enfermedad. Aquel rostro distinguido, delicado y triste y esas mejillas enrojecidas por el mal, la emoción y la fiebre eran la consecuencia de la tisis que tenía cabizbaja a aquella dama de las montañas del Cáucaso.

Nunca se le irían de la mente sus ojos, en la cara cada vez más delgada, y las pestañas, que, como indicaba el nombre de su madre, recordaban a flechas. Cuando estaban sentados en alguno de los innumerables salones del frío y desagradable palacio de Beylerbeyi,

madre en un extremo e hijo al otro, podía notar cómo ella quería superar la distancia que los separaba con la mirada y abrazarle. Se veían obligados a elevar la voz y además había eco. A lo largo de la vida de Hamid siempre quedarían como vivos recuerdos las historias familiares, los trabalenguas y cancioncillas y los cuentos de la montaña de Kaf que le narraba aquella joven que estaba viviendo sus últimos días.

«De Estambul es el chiquito *en la mano tiene un plumín* lee el Corán y escribe un poquito / Yo seré su aprendiz.» Vamos, hijo, repite conmigo. «De Estambul es el chiquito», dilo conmigo. «En la mano tiene un plumín...»

Cómo luego trataban de jugar a los Elefantes de Salomón, que era imposible de jugar a distancia, modificando las reglas; cómo se la tenían que llevar las criadas y no él cuando su madre decía que se asfixiaba; el regreso al palacio por la otra orilla; su madrastra; cómo intentaba conciliar el sueño a solas asustado por las sombras de la helada habitación...

Su madre se iba apagando ante sus ojos y, cuando murió en el frío y nefasto palacio de Beylerbeyi, él no fue capaz de encontrar un lugar entre los demás príncipes, que vivían días felices con sus saludables madres, así que a menudo se escondía en cuartos vacíos, en armarios o debajo de las camas mientras deseaba morirse él también lo antes posible.

Sentado en el sillón, con la joroba aún más notable, hundiéndose en las olas de una negrísima melancolía, el antiguo sultán fumaba cigarrillo tras cigarrillo sumergiendo la habitación en humo y pensaba: «Si mi madre no hubiera muerto nada de esto habría ocurrido. Tampoco esta última revolución. Quedarse sin madre es lo peor de este mísero mundo».

Tenía setenta años, pero, hiciera lo que hiciese, no se le iba de la mente la imagen de aquel pequeño príncipe que, escondiéndose detrás de las puertas, observaba los juegos de los otros niños de su edad con ojos alicaídos, tristes y negros como aceitunas. Todos hablaban de su hermano mayor, que era del mismo padre pero de otra madre, el príncipe Murad; lo alegre que era Murad; lo bien que montaba a caballo Murad; el talento al piano de Murad; los valses de Murad; el francés de Murad; la maestría en la esgrima de Murad; la apostura de Murad. Murad era la estrella de la dinastía. Nunca en su vida podría competir con Murad y menos sobrepasarlo. Además, el siguiente en la línea al sultanato era también su hermano, él era el príncipe heredero. ¿Quién habría dicho entonces que Murad enloquecería, que lo destronarían en tres meses y que entonces le tocaría a él? El sultanato, llegado en el momento más inesperado, le elevó de repente a los cielos y, embriagado por la fabulosa sensación del poder absoluto, pudo vivir

la felicidad inigualable de pasar a todos los demás miembros de la familia, de ser por primera vez el primero. El huérfano de aquella desdichada joven del Cáucaso conocida por el nombre de Tir-i Müjgan ahora era el señor de la estirpe habiendo superado a todos sus competidores. De haber vivido su madre, a quien Dios tuviera en el Paraíso, ahora sería «valide sultana», madre de sultán.

Había podido ver con sus propios ojos cómo la bebida había destrozado a Murad. Cuando ambos eran príncipes, Murad le insistía: «Vamos a tomarnos una copa» y, aunque le prometía a Hamid «pero solo una», pedía una segunda y detrás una tercera, una cuarta y las siguientes. Cuando Hamid se lo reprochaba «Me prometiste que beberías solo una», se reía: «Dije una copa de coñac y cumplí con mi palabra. La segunda era de Chartreuse, hermano, y la tercera de Armagnac», y así le callaba. Hamid se limitaba a una copa, de hecho, no bebía demasiado. Con la intención de comprender por qué Murad era tan aficionado al alcohol, un día bebió como un loco en su mansión de Maslak, vació unas cuantas botellas y al principio le gustó la sensación de alegría, de ligereza en la cabeza, y de elevarse a los cielos a la que no estaba acostumbrado y que se iba extendiendo cálidamente por su apesadumbrado espíritu. Cuando al día siguiente pagó aquella escapada con terribles vomitonas y calambres (arrastrándose por los suelos, como él mismo dijo) su carácter precavido lo orientó a ser comedido en ese aspecto. Para relajarse, generalmente le bastaba con una copa de coñac o de ron.

El antiguo sultán se deshizo de sus recuerdos y miró a su alrededor. Si no lo mataban, tendría que encontrar la manera de escapar del palacete. Le dio vueltas a la cabeza, pensó y repensó, pero llegó a la conclusión de que no podría hacer nada mientras siguiera estando preso. No veía a nadie aparte del oficial al mando y del médico con quien pudiera enviar aviso al exterior, una nota. La ayuda solo podría venir de fuera. La población musulmana de Anatolia le tenía mucho afecto, a la menor oportunidad volverían a poner en el trono a su califa. Y en el extranjero su principal amigo era el káiser alemán Guillermo. Le había recibido en dos ocasiones en Estambul y se habían entendido muy bien. Le había regalado a Guillermo el terreno más valioso de sus posesiones personales en Tarabya para que construyera allí la embajada de verano. Y el káiser había mandado levantar para él una magnífica fuente en Estambul. Guillermo había ido después a Jerusalén y se había ganado el aprecio de todos en cuanto desmontó del caballo y entró en la ciudad a pie. Abdülhamid había provocado los celos de los demás países europeos al regalarle también a su amigo un valioso terreno en Jerusalén para que construyera una iglesia. Podía ser que el káiser estuviera presionando ahora al gobierno, oponiéndose a que mataran a su viejo amigo.

«Ojalá sea así», pensó y puso fin a sus fantasías de volver a ostentar la corona ligando todas sus esperanzas de sobrevivir al káiser alemán. Seguro que su amigo no lo había olvidado, los alemanes eran fieles a su palabra.

Volvió a asaltarle el problema de la subsistencia, que siempre le había rondado la cabeza desde que era niño a pesar de haber nacido príncipe, quizá por efecto de su temprana orfandad. Sus posesiones, entre terrenos personales del tamaño de países y grandes cantidades de dinero, eran tantas que podrían considerarse incalculables. Debía de ser uno de los hombres más ricos del mundo. Sin embargo, era posible que el nuevo gobierno se lo confiscara todo. En ese caso, lo único en lo que podía confiar era en la fortuna que poseía en países extranjeros. No sabía la cantidad. El oro y las acciones que tenía en el Deutsche Bank y en el Crédit Lyonnais debían de alcanzar un monto extraordinario.

Los prometidos de sus tres hijas se habían quedado en Estambul, a diferencia de ellas que lo habían acompañado a Salónica. Como padre, tendría que organizarles las bodas y construir las mansiones en las que habrían de vivir. Y luego les llegaría el turno a los hijos. Además, tenía la responsabilidad de cuidar de aquella gran familia de la mansión Alatini, compuesta por casi cuarenta personas. Menos mal que, con su precavida actitud de siempre, había enviado parte de su fortuna a bancos extranjeros y no lo había conservado todo en el imperio. Sabía que, de no hacerlo así, su hermano no le daría un cuarto por mucho que le rogara. Y quizá tuviera razón. Porque su hermano pequeño Reşad había sido mantenido en arresto domiciliario durante treinta y tres años, habiéndosele prohibido incluso que pusiera siquiera el pie en la puerta. Y ahora había llegado su momento y ambos vivían exactamente la misma experiencia, pero al revés. También su hermano mayor, Murad, tras ser depuesto había vivido encarcelado largos años en el palacio de Çırağan, donde el pobre había dado su último aliento. Antiguamente los habrían matado, así que podían dar gracias por estar vivos. Por desgracia, lo mismo podía decirse de él. De no ser por la compasión de su hermano y por su comprensión de los nuevos tiempos, llevaría bastante tiempo bajo tierra. Hasta habrían matado a sus hijos.

En cuanto vio que el día comenzaba a clarear por entre las contraventanas cerradas oyó también la llamada a la oración de la mañana. La llamada del Profeta Mahoma extendiéndose en oleadas por Salónica desde los alminares de la ciudad trajo sosiego a su espíritu. Ahora tomaría las abluciones y rezaría. Así lo hizo y la oración lo tranquilizó aún más. Pero ocurrió algo extraño; terminó con las fórmulas correspondientes, dobló la alfombra y la dejó a un lado y entonces se llevó una sorpresa al oír que desde el jardín llegaban unos

mugidos de vaca. ¿Qué buscarían unas vacas entre los soldados? Alguien intentaba tranquilizarlas haciendo esos ruidos del lenguaje que entienden los animales. Le llegaban voces de «Chist, chist; sooo, sooo, tranquila». Lo más raro de todo era que la voz se parecía a la del vaquero mayor de palacio, Mehmet Efendi. «Dios mío», se dijo. Trató de pegar el ojo a los intersticios de la contraventana para ver algo, pero solo pudo distinguir unas sombras. «¿Serán las sombras de las vacas?» En eso volvieron a mugir y de nuevo se oyó la voz del vaquero mayor junto con unos crujidos de ruedas. Ahora estaba seguro, por algún motivo había vacas por la mansión Alatini, lo que consiguió que se extendiese una gran paz espiritual por el pecho del sultán, que no podía vivir sin animales. Incluso en cierto momento le pareció hasta sentir el olor de los caballos y las vacas.

La ira unionista del doctor – El milagro de la heroína – Bombas en el vapor – El ingreso del doctor en la sociedad secreta

Cada día que pasaba el doctor sentía más indignación hacia, según su propia expresión, «el señorito sin señorío» y ese día, al salir de la mansión Alatini, pensaba con toda su furia revolucionaria acumulada:

«Todavía se cree sultán este hombre. Que si sabía francés, que si sabía esto, que si sabía lo otro. Que si había estudiado tal y cual. Que si era amigo de tal y cual emperador... ¡Grosero! –Pero después de dar unas cuantas caladas a un cigarrillo en el coche militar descubierto que avanzaba por las calles desiertas, se rio para sus adentros–: Le he llamado "grosero" al sucesor del Conquistador, de una dinastía de seiscientos años. Pero realmente lo es –razonó para dar apoyo a su propia opinión–, no como sus antecesores.»

El tipo no hacía más que pavonearse; posiblemente no le quedaba nadie delante de quien pudiera presumir salvo el doctor una vez que se quedó solo con su ego, adulado durante años. Estuvo a punto de decirle que sabía más de medicina que él; no, no estuvo a punto, lo dejó bien claro. No le gustaban los medicamentos que le había aconsejado para el resfriado y no vio ninguna objeción en explicarle que un tratamiento que había aprendido de los circasianos era la mejor medicina que se podía encontrar en el mundo, aparte del método tan terrible del hierro al rojo. Machacar corteza de sauce, mezclarla con yogur y untársela por todo el cuerpo, en eso consistía el tratamiento. Pensándolo un poco recordó que el sauce tenía ácido salicílico y se sintió un poco avergonzado. Solo hacía unos años que la empresa alemana Bayer había presentado a los médicos la Aspirina como medicamento prodigioso. La había descubierto el químico Felix Hoffmann, pero el componente básico era el mismo que el del sauce. No obstante, según el doctor, el verdadero medicamento prodigioso de Bayer era la heroína. Había acabado para siempre con los dolores, especialmente los del reumatismo, que en ese clima doblaban a la gente en dos y les deformaban los huesos. Los doctores la recetaban a toda máquina y las farmacias no daban abasto. Él mismo la usaba. Si sentían mucho dolor, también se la daría al antiguo sultán y a su familia, pero lo de preguntarle si sabía francés había sido, simple y llanamente, una grosería. ¿No sabía que estaba hablando con un médico que había estudiado en la Escuela Imperial de Medicina, fundada por su propio abuelo, y que en ella las clases se impartían en francés? En el discurso de inauguración, ¿no había dicho su abuelo el sultán Mahmut que en esa facultad se daría clase en francés porque

solo así podía aprenderse medicina? ¿No había anunciado públicamente que la medicina se había quedado atrás en Oriente? De hecho, ¿no le llamaban los fanáticos «el sultán infiel» justo por eso? No era la única razón, pero era una de las cosas de las que le acusaban.

Le dio un susto al soldado que conducía el coche exclamando: «*Oui, Sa Majesté Impériale, oui*, bla, bla, bla!». «A tus ojos yo soy un pobre súbdito tuyo. Muy bien, oye, tú, hombrecillo cualquiera, ¿sabes lo que quiere decir en francés *le sultan rouge*? ¿Eh, lo sabes?»

Luego se rio para sí. No había necesidad de tomárselo tan en serio, de enfadarse tanto; al fin y al cabo, solo era un pobre viejo preso. Si él era un mísero médico, que no lo era, el otro era un mísero y anciano preso. Asintió con la cabeza, exclamó «*Quel malheur!*» y por un rato se despidió del francés y del sultán. En el hospital le aguardaban soldados otomanos heridos en combate contra guerrilleros búlgaros, serbios, griegos y montenegrinos; o sea, los pobres que sufrían para proteger a la familia de ese tipo. Curaría las heridas de algunos y se vería obligado a amputar el brazo o la pierna a otros.

Aunque el hermano de Abdülhamid hubiera ascendido al trono, el doctor sabía que el sultanato estaba acabado; el Comité para la Unión y el Progreso había asumido los destinos del país.

Era primavera y los árboles de Salónica florecían multicolores como si celebraran la caída del tirano. A su nariz le llegaban hermosos y embriagadores aromas que reverdecían sus esperanzas en la vida. «La vida es bella –pensó–, de verdad que lo es.» Aunque había nacido, crecido y estudiado en Estambul, ahora se sentía como un natural de Salónica. Si no lo destinaban a cualquier otro lugar, estaba decidido a vivir toda su vida en esa hermosa ciudad. Si podía reunirse por fin con su amada también se la traería aquí. Al fin y al cabo, sobre Estambul caía la grave sombra del sultanato y las desgracias que se habían infiltrado en el cuerpo de la sede imperial, llena de cúpulas, mezquitas y palacios, no desaparecerían tan fácilmente. Sin embargo, Salónica era una ciudad de alegría, juventud, bebida, música, baile y revolución.

Por culpa de aquel hombre la mitad de Estambul había denunciado a la otra mitad, como si sobre todos los rostros hubiera caído la sombra de la traición. En el interior de las mismas familias se vigilaban unos a otros y se apagaba la vida de inocentes con mil y una calumnias para conseguir una condecoración o una bolsa de oro de las que se repartían sin demasiados remilgos. Cada día llegaban a palacio miles de denuncias y todas se estudiaban con atención, se tomaban en serio y, sin preguntarse si eran ciertas o no, se castigaba a los denunciados. El camino más seguro para acabar con los conspiradores era meter a todo el mundo en el mismo saco, aunque también pagaran

los inocentes. Solo así se podía alcanzar una seguridad absoluta.

El coche de caballos de un bajá chocó con otro coche en la calle. En este iba un hombre a quien se decía que se había visto una vez junto al príncipe Reşad Efendi. Aunque fueron los cocheros quienes tuvieron toda la culpa del accidente, ambos pasajeros fueron exiliados a Fezán, en Libia.

En una ocasión denunciaron que se iba a contagiar el palacio con microbios que cruzarían el Bósforo con los vientos que soplaban desde la orilla de Anatolia, así que el sultán hizo tapar concienzudamente las ventanas durante días, mandó que cegaran los ojos de las cerraduras con algodón y no dio un paso fuera. Una de las historias más extrañas de aquellas denuncias era la que se refería a un barco que iba a llegar a Estambul procedente del puerto de Marsella. La denuncia, hecha desde Francia, avisaba de que los enemigos del sultán en aquel país habían encargado especialmente a una fábrica la producción de bombas del tamaño de nueces con las que pensaban atentar contra su majestad, que las habían cargado en arcones en el barco *Níger*, de la compañía Messageries Maritimes, que desembarcarían las cajas en Estambul y que, si el plan no funcionaba, se entregarían en el puerto de Samsun, en el mar Negro. La denuncia bastó para poner patas arriba el palacio entero y, por supuesto, para enloquecer a su majestad. Para prevenir el atentado rápidamente se formó una comisión dirigida por un bajá, luego se siguió el rumbo del *Níger* a partir de Marsella, se avisó de cada puerto en que se detendría, se lanzó un diluvio de órdenes por telegrama a todas las autoridades portuarias otomanas del mar Negro y se les previno para que controlaran cuidadosamente cada bulto que saliera del barco. Cuando el *Níger* llegó al puerto de Estambul, se encontró rodeado de espías, funcionarios y hombres armados. Según las leyes de las capitulaciones, no se podía entrar a registrar en el buque, pero se registró todo lo que salía de él con un fino cedazo. No obstante, en la detallada inspección no se encontró nada que se pareciera a una bomba. La comisión, convencida de que entonces las bombas serían desembarcadas en Samsun, viajó hasta dicha ciudad portuaria en el mismo barco. De acuerdo con la segunda parte de la denuncia, las bombas, cuyo tamaño permitía meterlas en los bolsillos del chaleco, serían transportadas hasta Estambul en barcas de vela y así –Dios no lo quisiera– se podría llevar a cabo el atentado. Por fin la comisión envió un telegrama cifrado a palacio en el que anunciaba que había encontrado el arma homicida. El material se le enviaba a un comerciante de Samsun señalado en el manifiesto como «ácido carbónico». De inmediato se detuvo al comerciante y se le envió a Estambul. La caja se llevó hasta las bocas del Bósforo en otro buque al que se retuvo un tiempo aguas adentro en el mar Negro y luego se le

ordenó que entrara en el Bósforo y que anclara cerca de la Torre de Leandro. Se dieron instrucciones de que las bombas fueran estudiadas en la fábrica de Zeytinburnu y después arrojadas al mar. A pesar de que el informe de la fábrica explicaba que las «bombas» eran cápsulas de ácido carbónico destinado a la producción de gaseosa, fueron destruidas arrojándolas al mar. Y el sultán pudo respirar tranquilo.

Ese era uno de los sucesos verídicos que corrían en boca de todos. Estambul estaba ahora mancillada, el sello de Abdülhamid había emponzoñado la ciudad y a sus habitantes. «Quienes son oprimidos demasiado tiempo se pudren por dentro», pensó el doctor. Recordó una vez más aquellos magníficos dos versos del maestro Fikret que desde que se sentaba en los bancos de la escuela había leído en secreto y que cada vez le daban pie a que odiara más al sultán, el palacio, las cúpulas, las ceremonias de recepción, las condecoraciones, los cordones dorados, a los agás del harén y a la policía secreta:

> Cúbrete, sí, escenario de la hecatombe...
> Cúbrete, ciudad, cúbrete
> y para siempre duerme,
> del mundo, ramera enorme.

Sin embargo, Salónica, aparte de su faceta revolucionaria, era una ciudad de juventud y alegría, llena de chicas bellas y libres, cuyas faldas ondeaba la brisa en el paseo marítimo. Los oficiales fieles a palacio habían sido eliminados uno a uno por combatientes jóvenes y audaces. No se le iba de la mente el día, hacía de ello tres años, en que un amigo lo montó en una berlina y le puso unas gafas cubiertas por dentro con un paño negro. Lo metieron en una casa desconocida en un barrio desconocido y, cuando se quitó las gafas, se encontró con un enmascarado en una sala en penumbra. El hombre le hizo poner una mano sobre el Corán y la otra sobre un puñal y que jurara: «trabajar para traer de nuevo la Constitución de 1876, aunque me cueste la vida». Luego todos los revolucionarios reunidos se quitaron las máscaras y, con un saludo militar, exclamaron: «¡Bienvenido a la Sociedad de los Jóvenes Otomanos, hermano!». No podía olvidar el aterrador escalofrío que le había provocado entrar en un camino sin retorno y la decisión de sacrificar su vida por la patria. Las chispas que saltaban en aquellos tiempos que les habían parecido desesperados se habían convertido en un incendio que había abrasado al dictador sentado en su palacio librando por fin al enorme imperio del tirano que le había hecho gemir bajo su garra de hierro. Ya no existía ningún impedimento para que el imperio volviera el rostro hacia la civilización occidental. Los compañeros que habían salido de Salónica, líderes militares como Enver o Niyazi, primero unirían a todos los pueblos otomanos, los convertirían en hermanos, hombres y

mujeres, y luego transformarían esta gran nación en un país como Alemania, Francia o Inglaterra, próspero, civilizado, industrializado, libre. Y en muy poco tiempo. Se repitió una vez más los versos que estaban siempre en boca de su generación:

> Viajé por el mundo infiel y ciudades y palacios vi
> Pasé por las tierras del islam y todo en ruinas lo vi

Lo más extraño era que incluso el sultán preso en el palacete pensaba así. ¿No le había dicho ayer mismo al doctor: «Por desgracia, los más atrasados de mis súbditos son los musulmanes. Comparados con los cristianos y los judíos, muy pocos saben leer y escribir porque es difícil aprender nuestro alifato»? Y entonces había afirmado que era necesario cambiar los caracteres arábigos. Otro asunto del que presumía era de la hora. Había decidido que el uso de la hora «a la turca» era un obstáculo para la integración con Europa. Así que se pasó días pensando en cómo abandonar la hora a la que estaba acostumbrada la gente y cómo se adaptaría a una nueva. Esas cosas no se resolvían dando una orden. «Por fin encontré una solución: mandé construir en treinta y dos de nuestras ciudades elegantes torres con relojes.» Los relojes de las torres mostraban la hora a la europea y así el pueblo se vería obligado a usarla y se iría acostumbrando. Un comportamiento muy de Abdülhamid.

Bien, pero, si era capaz de afirmar que el progreso era una condición necesaria para entrar en la senda de Europa, ¿por qué había seguido durante años una política dictada por el islam? «Tendremos mucho tiempo para hablar de eso», pensó el doctor. Cada vez que lo visitaba no solo hablaban de su salud, sino que también discutían los asuntos del país mientras fumaban. El sultán era un hombre muy astuto. Sin que se notara, llevaba la conversación a la política e intentaba tirarle de la lengua, aunque no lo conseguía. El doctor se reclinó en el asiento placenteramente al acercarse al hospital y se dijo orgulloso: «Al fin y al cabo, somos miembros del Comité, *komitadjis*».

Campos de pescado en el Bósforo congelado – Agua helada que entra en el oído

Algunos inviernos de Estambul eran muy duros. En uno especialmente frío empezaron a oírse extraños ruidos en el mar delante de Kandilli: «crac, crac, crac». Eran tan fuertes que los millonarios que vivían en las bellas mansiones del Bósforo y sus veteranos criados se asomaron, unos a las ventanas y otros a los muelles, para ver la escena, ya que parecía que hubiera llegado el fin del mundo. Las aguas del Bósforo, a pesar de las fuertes corrientes, se habían congelado. Daba la impresión de que se pudiera cruzar andando de una orilla a otra. Pero la visión más terrible para la gente que se había congregado en la ribera para verlo y que hacía que los musulmanes recitaran oraciones moviendo los labios a toda velocidad, que ortodoxos y católicos se santiguaran y que los judíos imploraran a su manera, era que el agua se había convertido en un campo sembrado de bonitos atrapados en la helada superficie del mar, salvo por la cabeza, que asomaba hacia fuera. Los ruidos que hacían los peces al abrir y cerrar la boca y al retorcerse entre los hielos, «crac, crac, crac», eran los que provocaban semejante espanto. Hasta ese día nadie había visto nada tan perturbador. A la mente de todos venían palabras como «profecía del fin del mundo», «juicio final», «fin de los tiempos», «apocalipsis»... El espectáculo que contemplaban les empalidecía el rostro y llenaba de miedo sus corazones.

Algunos jóvenes temerarios, que no tenían unas creencias religiosas tan fuertes, echaron a andar sobre el hielo y comenzaron a sacar los peces atrapados tirándoles de la cabeza. Los peces quedaban destrozados al arrancarlos con tanta brutalidad, pero la iniciativa puso en movimiento a muchos de los que estaban en la orilla, jóvenes y viejos. Todo el mundo se lanzó al ataque sobre aquel mar convertido en un campo de pescado, sacando enormes bonitos y llevándolos a la orilla. Quien contemplara de lejos a esa multitud agachándose e incorporándose pensaría que estaban cosechando pepinos o berenjenas. Poco después se convirtió en una locura tal que no solo la gente de Kandilli, sino también los habitantes del Bósforo llegados de aldeas vecinas empezaron a recolectar el pescado, que consideraban un regalo enviado por Dios. Al fin y al cabo, la mejor *lakerda* era la de bonito y se podían llenar tarros y más tarros en aceite y consumirla durante meses una vez que hubiera terminado aquel aluvión de pescado. Ante los ojos de los recolectores aparecía ya la rosada *lakerda* y la visión de esa maravilla estambuleña, que se sirve con cebolla, bastaba para que se les hiciera la boca agua. De tanto pescado que

sacaban no se veía el suelo en los jardines de las mansiones, en los muelles privados, en las orillas. Algunos propietarios de buen corazón permitían a los menesterosos que llegaban tarde a la fiesta que tomaran todo lo que quisieran de sus jardines.

Por supuesto, era impensable que un suceso de tal calibre y que maravillaba a todos no llegara a oídos de palacio y del gobierno. El sultán, que sospechaba de la sirena de un barco, del canto de un pájaro o del silbar del viento, no tardó mucho en hacerse con las riendas de la situación. La guardia cercó Kandilli y sus alrededores, se prohibió andar sobre el mar, tomaron muestras del pescado y las llevaron a palacio. El sultán convocó a médicos, astrólogos, cuidadores de animales, sabios con conocimiento de la naturaleza, y les ordenó que resolvieran el misterio cuanto antes. Hasta entonces, él no saldría de sus habitaciones privadas, protegidas por los guardias albaneses, y esperaría los resultados. Entre sus órdenes había instrucciones muy precisas para que se averiguara si había bombas dentro de los pescados, que se los analizara para buscar enfermedades contagiosas y que se les investigaran hasta las agallas por si transportaban en ellas algún mensaje.

Mientras los sabios analizaban las muestras se requisó todo el pescado, lo cargaron en carros, lo llevaron a un lugar abandonado y le pusieron vigilancia. Luego se supo que, como tardaron en darles nuevas órdenes, el pescado empezó a oler y los soldados, que no podían abandonar sus puestos de guardia, se pasaron días vomitando y jurando que no volverían a comer pescado en lo que les quedara de vida. Los pobres devolvieron hasta la bilis.

Por fin los sabios enviaron aviso al sultán, que esperaba en sus habitaciones muerto de miedo, pidiéndole una audiencia. El sultán, con curiosidad por la respuesta, recibió a la comisión en su despacho y, saltándose la ceremonia de que le besaran los faldones y le desearan larga vida, les ordenó que le expusieran de inmediato los resultados de su investigación. Según los hallazgos de la comisión, aquel suceso tan desacostumbrado tenía su origen en que el agua, al enfriarse de repente, congeló las branquias a los peces y ellos sintieron la necesidad de sacar la cabeza a la superficie para respirar. Los fuertes ruidos se debían a que, como era imposible que consiguieran oxígeno del aire, entrechocaban las branquias y abrían y cerraban con fuerza la boca, agonizantes. O sea, hasta cierto punto era como cuando te entra agua helada en el oído. No habían encontrado bombas, ni mensajes, ni ningún otro tipo de objetos sospechosos, así que Su Majestad y el gobierno podían estar tranquilos.

El sosiego que desprenden las vacas – Caballeros europeos que huelen a colonia – La fortuna perdida

Ali Fethi Bey regresó de Estambul a la mansión Alatini trayendo consigo un montón de muebles. Le acompañaban el vaquero mayor Mehmet Agá con dos vacas enormes y una cacatúa blanca que, a causa de los nervios, no paraba de moverse en su jaula. Cuando Ali Fethi Bey vio saltar de alegría al antiguo sultán, recordó con una sonrisa un refrán que su abuela repetía a menudo: «Al siervo que ama, Dios primero le pierde el asno y luego le deja que lo encuentre». Le pareció muy extraño que el mismo hombre que había perdido un imperio se alegrara como niño con zapatos nuevos con dos vacas y una cacatúa. Como no le estaba permitido salir al jardín, el pobre no podía ver las vacas, pero que la cacatúa gritara con voz chillona «¡Viva el sultán! ¡Viva el sultán!» tan pronto como le levantaron el cobertor de la jaula y le vio, debió de emocionarles tanto a los demás miembros de la casa como a él porque se oyeron carreras inquietas en el piso superior. Los saludos que la cacatúa repetía una y otra vez también llamaron la atención de los soldados del jardín, que se pusieron nerviosos. Pero, fuera como fuese, su oficial al mando estaba allí dentro y muy probablemente acabaría entregándoles aquel desvergonzado loro para que le cortaran el asqueroso pescuezo.

No lo hizo así el comandante, sino que contempló maravillado cómo el antiguo sultán se llevaba a los labios el índice amarillento de tabaco haciéndole a la cacatúa el gesto de que se callara y esta cerraba el pico.

Como todos los oficiales jóvenes de Salónica, Ali Fethi Bey también era unionista hasta la médula, aunque se comportaba con sumo respeto con aquel hombre pensando que era el representante del Profeta en la Tierra. Su carácter le impedía hacer astillas del árbol caído y lamentaba sinceramente la situación del emperador. Además, el comportamiento tan cortés que el anciano tenía con él conseguía borrar la imagen de «sultán rojo» que le habían atribuido. Mirándolo de cerca nadie hubiera podido creer que ese anciano sensato y tranquilo había mandado estrangular a los bajás Mithat y Mahmud Celâleddin en las mazmorras de Taif, que había vertido tanta sangre inocente, que había oscurecido la vida de cientos de miles de personas con las denuncias falsas de una red de confidentes que iba de Belgrado al Yemen, del Cáucaso a África. Cuando rezaba parecía un jubilado cualquiera.

No obstante, el comandante entendía que aquello era solo fachada por la luz que brillaba en ocasiones en los ojos del sultán, por el

entusiasmo que le poseía cuando hablaba de la política mundial, por algunas frases que recordaban la majestad de antaño y por sus esfuerzos por blanquear sus acciones.

Por fortuna, le habían cortado todo contacto con el exterior y no tenía noticia de los periódicos que, en cuanto lo destronaron, habían empezado a atacarle con los epítetos más graves, lo arrastraban por el fango, lo humillaban con textos y caricaturas echándole la culpa a él solo de todo lo malo que había ocurrido en el imperio. El odio, el desprecio, el sarcasmo y los insultos de los periodistas lo habrían destrozado. Hasta un oponente como Ali Fethi Bey encontraba aquellos artículos exagerados, injustos y crueles. En especial le provocaba náuseas la prensa de Estambul, que hasta hacía muy poco se había inclinado hasta rozar el suelo ante el sultán, besando el cordón dorado que se les ofrecía desde el trono, y ahora atacaban al mismo califa al que entonces no se atrevían a mirar a la cara con expresiones como «perro rabioso y babeante». Entre ellos destacaban quienes habían alcanzado fortuna y altos puestos con Abdülhamid y a quienes el sultán había regalado mansiones en el Bósforo y palacetes en Nişantaşı. Recordó otra frase que repetía a menudo su abuela: «El hombre mama mala leche». ¿Y qué cambiaría si la mamara buena? El ser humano era como era.

La mención de la leche le trajo a la mente las dos rollizas vacas que había traído de Estambul montándolas en el tren con mil y una dificultades. Ahora les estaban construyendo un establo en un rincón del jardín. Teniendo en cuenta que el sultán se había pasado la vida bebiendo leche recién ordeñada por sus problemas de digestión y con la comida en general, las vacas debían de tener mucha importancia. Junto con el vaquero mayor Mehmet Agá también habían venido a Salónica el cocinero, el confitero y el cafetero mayores. Además le habían permitido aumentar el número de sirvientes. Habían llevado muebles a la casa, se habían arreglado las camas y, sumado a la alegría de las damas que recuperaron los vestidos que habían quedado en el palacio, la felicidad fue completa. El comandante hizo llevar las herramientas de carpintería del sultán a una habitación que daba al salón. Y pudo percibir en su arrugada cara el gran placer que le daba tocarlas.

Ahora la mansión Alatini se había convertido prácticamente en una miniatura de palacio. La comida se servía a su hora, al sultán le llevaban el café en dos tazas distintas como era su costumbre, cumplía con su habitual dieta alimenticia de huevos frescos, leche y yogur, y el médico, que iba todos los días, se interesaba por la salud de la pequeña corte. En la mansión el sultán dirigía a su familia y a sus empleados, quienes lo trataban con el mismo respeto que en palacio. Todas las mañanas se levantaba antes de que saliera el sol, se lavaba

con agua fría tras las oraciones, tomaba la leche y los huevos y después un café y entonces le llegaba el turno de pasar al salón y caminar exactamente media hora, ni más, ni menos, a paso regular. Trataba de consolar a sus esposas y a sus hijas porque le daba pena la desdicha en la que habían caído por su causa. En cuanto a la cacatúa, siempre tenía la jaula abierta, volaba y se posaba donde quería, aunque solía regresar a ella. Al oír a su alrededor el parloteo y el aleteo de la cacatúa por el corazón del sultán se extendía una sensación de confianza, de alivio.

De hecho, siempre le habían gustado los animales. Cuando estaba en Estambul les dedicaba un rato cada día, y cuando los asuntos del Estado le agobiaban mucho montaba en su caballo tordo *Mennan*, galopaba por el bosque de palacio e iba a ver sus más raros y queridos animales. El rey de Abisinia Menelik II le había enviado regalos de incalculable valor. Entre ellos había un avestruz, una civeta, un leopardo, un tigre, todo tipo de serpientes y monos y extrañas aves culebreras. Cuando vio tantos tipos de animales el sultán no cabía en sí de la alegría y cubrió al rey de Abisinia de mil y un regalos, como joyas nunca vistas, caballos de raza, alfombras de Hereke de seda y chales de Lahore. Al sultán le gustaba especialmente la cebra llegada de Abisinia y a veces le daba de comer con sus propias manos. No obstante, a ninguno de esos animales les tenía tanto apego como a su cacatúa, a su gato y a su perro. Y, sobre todo, como a su caballo, ese noble animal. Por desgracia, ya nunca podría volver a reunirse con aquella querida criatura que había sacado a su dueño herido del campo de batalla tirando de él con los dientes. Como no podía pretender montar en el salón del palacete, no tenía ningún sentido pedir que le trajeran a Salónica a su milagroso compañero.

Las únicas dos personas que veía del mundo exterior eran el comandante y el médico. Por supuesto, la reclusión le resultaba muy dura a un hombre acostumbrado a trabajar dieciséis horas de media al día, que minuto a minuto controlaba hasta los más remotos rincones del imperio gracias a la red de telégrafos que había levantado en tres continentes, que los seguía mediante fotografías y que estaba inmerso en la política internacional. A lo único a lo que no podía acostumbrarse era a no tener información, a no saber lo que ocurría, a vivir enterrado en una oscuridad completa. Les tiraba de la lengua al comandante y al doctor, probaba todo tipo de métodos para conseguir la más mínima información, cualquier alusión, unas migajas diminutas de sus impresiones, intentaba ganarse su amistad, los inundaba de cumplidos y de vez en cuando se esforzaba en darles pena, pero ninguno de aquellos métodos servía con los dos oficiales.

Pasaron los días y las semanas en esa honda reclusión, pero por fin llegó una orden de Estambul que daba pie a que el sultán viera a

más gente y se interesara por determinados sucesos. Lo cierto es que para él no era muy buena noticia.

Una mañana Ali Fethi Bey recibió un cable de la comandancia del Tercer Ejército de Salónica. Se había expropiado al exsultán de todas las posesiones que tenía en el imperio, tanto en Europa como en Asia y África, terrenos de un tamaño nunca visto en los que se habrían podido establecer nuevos países, más de siete mil títulos de propiedad incluyendo Jerusalén y los campos de nafta, que los infieles llamaban petróleo, de Mosul y Kirkuk, dinero y joyas, pero como no se podía tocar su fortuna en el extranjero, se le pedía que donara voluntariamente a las fuerzas armadas todo aquel enorme patrimonio. Ni el Deutsche Bank ni el Crédit Lyonnais acataron las órdenes del nuevo gobierno, por muy acostumbrado que estuviera a que se le obedeciera sin rechistar, que les exigía entregar la fortuna del exsultán simplemente porque se lo pedían. Por eso no les quedaba otro remedio que presionarle directamente a él.

Era de ingenuos creer que «Hamid *el tacaño*», que desde su juventud había atado y bien atado cada piastra que ganaba y que había reducido al mínimo los gastos del imperio, entregaría tan a gusto todo lo que tenía en bancos extranjeros. Por eso, el nuevo gobierno de Estambul ordenó que se transmitiera al sultán la petición como una «decisión final» y envió al Tercer Ejército dos cartas con la orden de que el antiguo sultán las firmara como fuera. Las cartas estaban dirigidas a los directores de los bancos extranjeros y en ellas el sultán les especificaba que quería retirar todo lo que tenía y que le hicieran entrega de sus bienes en la mansión Alatini.

Cuando el comandante le entregó las cartas el sultán palideció y solo fue capaz de decir: «Pero esto es mi fortuna personal, no tiene relación alguna con el Estado y mi familia y mis hijos tienen derecho a ella», pero sabía que aquellas palabras no le servirían de nada. El amable comandante, de nuevo sin perder un ápice de sus buenos modales, le explicó en un tono suave que era imposible que se resistiera. El sultán, aunque se hubiera pasado la vida dando órdenes, no sabía cómo había que obedecer una tan tajante. Según el mandato de sus superiores, el comandante intentaba vencer la resistencia del sultán, esforzándose en dejarle claro, aunque de mala gana y con medias palabras, que de aquello podía depender que su vida no corriera peligro.

–En la difícil situación en que se encuentra nuestro país –dijo por fin– el ejército tiene necesidad de la fortuna de su majestad. Como se puede suponer, la decisión que tome será decisiva en cuanto a la actitud de las autoridades con respecto a su majestad. –Y guardó silencio.

Por fortuna, el sultán era un hombre inteligente, enseguida captó

la indirecta y, como una presa ágil que huele el peligro, se retiró a un refugio seguro de inmediato:

–Puesto que existe tal necesidad, me sacrifico y hago entrega de todo lo que poseo a la nación y al ejército –dijo, y el comandante respiró tranquilo–. Ojalá tuviera más que dar –añadió–. No obstante...

El comandante percibió de nuevo en los ojos del sultán la oscura paranoia, aquel miedo enloquecedor, destructor. «Este hombre solo se librará de su miedo a morir –pensó– cuando se muera.» El sultán no le decepcionó y pidió nuevas garantías con respecto a su vida. El comandante le recordó que el ejército era su garante, pero el sultán solicitó que el Parlamento lo confirmara por escrito. El comandante estaba a punto de perder la paciencia, pero, por otro lado, no sabía qué hacer ante el miedo paralizante del sultán.

–Majestad –dijo–, lo que pide solo serviría para ofender al ejército porque significa que no confía en su palabra. Además, el Parlamento cambia en cada periodo electoral, ¿y si el nuevo tiene otras ideas?

Aquellas palabras le parecieron muy razonables al sultán.

–Bien, comandante, hijo mío, entonces, si tengo que entregar de buena gana mi fortuna, a cambio tendré ciertas peticiones, mañana se las comunicaré por escrito.

Al día siguiente el sultán le entregó al comandante una nueva lista con seis peticiones: que su hijo pequeño, que estaba allí con él, pudiera asistir a un colegio; que se les permitiera a su hijo mayor y a sus tres hijas regresar a Estambul para que pudieran casarse; que se les concediera cierta libertad a los criados que le acompañaban en la mansión; que le otorgaran una pensión suficiente, y que la mansión Alatini se comprara y se inscribiera a su nombre. Junto a todo ello constaba un último deseo que resumía sus planes de futuro y sus preocupaciones: que se le dejara tranquilo hasta el día de su muerte y que el ejército protegiera su vida.

El comandante estaba al tanto de las preocupaciones del sultán sobre sus hijos porque prácticamente le había rogado al doctor, que le visitaba todos los días, que preparara un certificado médico para su hijo mayor y para sus hijas y que les ayudara a volver a Estambul. Las tres hijas estaban comprometidas y sus respectivos novios, a los que casi se podía considerar parte de la familia imperial, se habían quedado en Estambul. Le preocupaba que, de prolongarse la separación, los novios desistieran de su decisión de casarse. Al fin y al cabo, ya no eran hijas de sultán y el hombre se cría mamando mala leche.

El sultán, al contrario de lo que hacían otras familias, no esperaba que sus hijas tuvieran pretendientes, sino que los escogía él mismo. Fuera como fuese, casarse con la hija de un sultán era un gran honor y nadie podía ignorar las ventajas que aportaba ser su yerno. Pero serlo

de un sultán caído, desterrado... Ahí la cuestión se complicaba. Lo que Abdülhamid se temía era que su propio destino político afectara a la felicidad de sus hijas.

Las peticiones le parecieron muy razonables al comandante y estaba seguro de que podría conseguir que las autoridades las aceptaran. Al final, así fue y se concedió todo lo que había pedido el sultán.

Una mañana, mirando por entre las contraventanas, que ahora les permitían entreabrir, el emperador y su familia vieron un extraordinario movimiento en el jardín. Al contrario de lo que solían, los oficiales vestían de civil, daban vueltas por el jardín, fumaban nerviosos lanzando frecuentes y amenazadoras miradas a las ventanas y susurraban entre ellos. A las mujeres de la mansión las poseyó el pánico. El sultán, sobre la alfombra de oración y con las manos abiertas, rezaba moviendo los labios en silencio. Por suerte al poco tiempo entró un oficial y le comunicó al mayordomo que el cónsul alemán y algunos directivos de los bancos estaban a punto de llegar, lo que alivió sus temores. El sultán se puso su levita, se colocó a la cabecera de la gran mesa del comedor y sentó a su hijo pequeño a su lado.

La puerta principal del palacete se abrió de par en par y por ella entraron los frescos y reconfortantes aromas de las flores de una mañana de verano y lo impregnaron todo. Detrás entraron los barbudos jefes del ejército, inclinados por el peso de decenas de brillantes medallas y condecoraciones, tantas que no les cabían más en el pecho, acompañando con atenta actitud a unos caballeros europeos de levita, repeinados, perfectamente afeitados y de piel rosada. Los cuatro caballeros parecían nerviosos y miraban recelosos a su alrededor. El sultán no se movió y desde su asiento observaba a los recién llegados con sus enormes ojos negros, en los que también se podía intuir cierta suspicacia. Su hijo, sentado junto a él, se limitaba a mirar con unos ojos asustados que apenas asomaban por debajo del fez, ya que no alcanzaba a llegar bien a la mesa.

El silencio se prolongaba, ni los generales ni los caballeros europeos se atrevían a perturbarlo. Por suerte, y aunque fuera de manera un tanto inapropiada, vino en su ayuda la cacatúa blanca como la nieve. Gritó a voz en cuello «¡Larga vida al sultán!», y lo hizo tres veces. Todo el mundo se sobresaltó, empezando por los jefes del Tercer Ejército, y volvieron la cabeza hacia la cacatúa. Una vez superada la primera sorpresa, los generales ordenaron con la mirada a sus subordinados que sacaran aquel pájaro de allí, pero era más fácil decirlo que hacerlo. La cacatúa, dispuesta a no dejarse atrapar, aleteó hasta el alto techo del palacete, se posó en una moldura y continuó gritando con voz chillona «¡Larga vida al sultán!». Mientras los

renombrados generales del Tercer Ejército se revolvían desesperados, una propuesta de solución vino de los caballeros europeos. Uno de ellos, que esparcía olor a colonia y que tenía la cara rojísima, no se sabía si porque le apretaba la corbata o por el calor, les dijo a los generales que miraban atónitos el techo sin saber qué hacer: «Señores, si les parece bien, es mejor que esperen fuera. Es una norma de obligado cumplimiento de nuestro banco que hablemos a solas con nuestro cliente», y así les lanzó un salvavidas que les facilitaría salir de la difícil situación en la que habían caído por la cacatúa.

Una vez que los generales abandonaron el salón con miradas desconfiadas, los caballeros europeos se quedaron a solas con el sultán y se inclinaron ligeramente con el respeto debido a un emperador. El que olía a colonia se dirigió a él llamándole «su majestad», le dijo que era el cónsul alemán en Salónica y le presentó como representante del Deutsche Bank al caballero que le acompañaba, alto y delgado y cuya nuez de Adán subía y bajaba sin cesar. Los representantes del Crédit Lyonnais y del Ottoman Bank se presentaron a sí mismos. Con la tristeza de perder a uno de sus mejores inversores y la inquietud de ser responsables de hacerlo todo según el procedimiento necesario, le preguntaron al sultán si sinceramente quería que le trajeran su gran fortuna a la mansión. El sultán contestó con actitud solemne a sus preguntas y a sus miradas de desconfianza que había firmado aquellas instrucciones voluntariamente y que de todo corazón deseaba donar todas sus posesiones a la nación y al ejército. Tras su respuesta, los banqueros dieron orden de que llevaran al salón las maletas repletas de todo tipo de billetes de banco y acciones que habían traído en los coches de punto. Las cajas fuertes con oro y joyas también serían entregadas a los militares. Apilaron en el salón el tesoro del sultán, se firmaron los recibos y los caballeros europeos cruzaron el jardín a paso rápido sin hablar con nadie, montaron en sus coches y se alejaron de allí.

El sultán miró el tesoro del salón, digno de Creso, y llamó a los de fuera: «¡Vengan a llevarse esto!». Los inquietos oficiales vestidos de civil hicieron que los soldados trasladaran de inmediato el tesoro al jardín y que lo cargaran en dos landós con los que rápidamente se marcharon. Las hijas del sultán Hamid, que lo seguían todo por la ventana, le oyeron murmurar:

–Ahora soy un muerto en vida. Primero me mataron con la política y ahora con la traición.

El nuevo gobierno le había arrebatado millones de hectáreas de terrenos personales en distintas zonas del imperio como Egipto, el Hiyaz, los Balcanes, Grecia, Albania, Bulgaria, Macedonia, el Líbano, Siria, Palestina, Irak, Jerusalén, La Meca o Libia, incluyendo los campos de nafta de Mosul y Kirkuk, y ahora le confiscaba el dinero y

las acciones. Si se hubieran limitado a eso, no estaría mal. Lo que el sultán no sabía era que la increíble cantidad de joyas que se habían incautado en el palacio de Yıldız se vendería en París en una subasta que batiría todos los récords de otras precedentes con el título de *Les Bijoux de S. M. le Sultan Abdul-Hamid II* (las joyas de su majestad el sultán Abdülhamid II). En la exposición previa a la subasta, los diamantes y los broches de esmeralda enviados desde la India, los collares de perlas y las enjoyadas polveras de marfil, oro y plata sedujeron a los parisinos con mil y un brillos mágicos que despertaban la sensación de que no habían sido extraídos del subsuelo sino que habían caído esparcidos desde el cielo. Como siempre, las riquezas de Oriente embriagaban a Occidente.

Al sultán solo le quedaban las joyas de la bolsa amarilla que su hija se había llevado en el último momento creyendo que era la del agua. Debía cuidar como si fueran sus ojos aquel pequeño tesoro, nadie debía tener noticia de su existencia.

El tío Zarifi aparece en sueños – Campanas de Navidad silenciadas – No se celebrará la conquista de Estambul

Esa noche se le apareció en sueños el cambista rumí Zarifi, que le había orientado durante toda su vida. Se encontraban en el palacete de Maslak, en los tiempos en que todavía era príncipe, cuando aún no era sultán ni tenía esperanzas de serlo. Le preguntaba a Zarifi: «¿He hecho bien, tío?», y este le respondía con su sabia sonrisa: «Has hecho lo más correcto. Has gastado tu fortuna de la forma más correcta. Has salvado tu vida y la de tu familia». «Gracias, tío –contestaba el príncipe–. Es un consuelo saberlo.»

Lo más extraño era que el sultán no se veía en el sueño como estaba ahora, sino distinto, como el joven inexperto que era en otra época, bisoño, deportista, interesado por el dinero, tratando de iniciarse en los negocios pero sin acabar de conseguirlo. Un día invitó a su mansión a aquel famoso cambista rumí de Tarabya y le pidió que revisase sus cuentas. Tras echarles un vistazo, Zarifi le dijo: «Esto no puede seguir así. No sabes de libros de cuentas, príncipe, todas tus inversiones están mal». A partir de ese día no permitió que el cambista se alejara mucho, lo llamaba «tío» y gracias a él ganó grandes fortunas, e incluso, después de convertirse en sultán, confió en él en asuntos como las prórrogas de las deudas del imperio o sobre cómo conseguir préstamos por el mundo para las inversiones necesarias. A la cabeza de las pocas personas por las que renunciaba a su costumbre de comer solo y a las que honraba sentándolas a su mesa estaban el cambista Zarifi, su esposa y sus hijos. A veces los invitaba a su teatro dorado y les condecía el privilegio de escuchar las óperas más hermosas.

Pero, a pesar de su amistad con el cristiano Zarifi, durante algunos años las campanas de las iglesias del país guardaron silencio. Esas campanas que hacían gemir el cielo de Estambul con sus conocidos redobles se hundieron en un silencioso luto; sus brillos palidecieron, las cuerdas se llenaron de polvo... El motivo: nuestro sensibilísimo sultán se había ofendido con sus súbditos cristianos por alguna causa incomprensible. Como emperador que era quiso hacer una demostración de fuerza para castigarles y, también, para que se le encendiera la sangre, que fluía lenta como un río por sus ajadas venas. No podías saber que eras emperador sin haber saboreado el placer de someter al peligroso tigre que tenías entre tus piernas, porque, en caso contrario, tu vida no sería diferente a la existencia cotidiana de cualquiera. Tanto el sah como el sultán también nacían desnudos, morían desnudos, amaban desnudos, comían, dormían, enfermaban, se

enfadaban, se alegraban; entonces, ¿qué sentido tenía ser la sombra de Dios en la Tierra hasta las mismísimas Indias Orientales?

Los rumíes estaban satisfechos con Hamid, tanto por su cercanía al cambista Zarifi, que le había servido de guía en asuntos financieros desde su juventud y al que el propio sultán llamaba «tío», como por la tradicional tolerancia del imperio.

Ese mismo sultán que, cuando algunos notables musulmanes le propusieron que celebrara el aniversario de la conquista de Constantinopla por parte de su antepasado el sultán Mehmed, replicó:

–No, no puedo aprobarlo, en absoluto. Una celebración de la conquista alegraría a mis súbditos musulmanes, pero afligiría a los rumíes.

A pesar de aquella afirmación, la prohibición de tocar las campanas de las iglesias cortó la voz y el aliento de la población rumí, como si les hubieran cubierto con un manto negro. No obstante, una tarde de Navidad el sultán debió de apiadarse porque ordenó que se permitiera doblar las campanas. Por los cuatro costados de la ciudad las campanas de las iglesias ortodoxas, grandes y pequeñas, fundidas en tiempos de Bizancio, comenzaron a sonar con su alegre redoble y los rumíes, que se disponían a celebrar la santa Navidad en silencio en sus casas, se sintieron colmados de una alegría y un entusiasmo profundos, como si fueran testigos de un nuevo milagro de Jesucristo. Todos, jóvenes y viejos, familias enteras, acudieron en masa a las iglesias, la Navidad se celebró con un gozo nunca visto y de nuevo se oró por la salud del sultán y por su reinado.

Esa noche, en su sueño, el tío Zarifi ofreció consuelo al corazón del sultán, roto, viejo y cansado. Lo que no acababa de entender era que Zarifi le dijera al joven príncipe: «No te preocupes. Ganar dinero no es difícil, volveremos a ganarlo». Bien, pero el cambista había muerto; ¿iban a ganar el dinero en el otro mundo? Que dijera eso en el sueño, ¿era una señal de que se acercaba su propia muerte? ¿Se iba a morir o se estaba muriendo? ¿Se estaba muriendo, se estaba realmente muriendo? ¿Había llegado por fin el momento?

En eso se despertó. Estaba agitado: «Santo Dios, santo Dios, santo Dios». Respiraba con dificultad, el pecho le subía y le bajaba con fuertes pitidos. Desde la misma cama alargó la mano derecha, tocó el ladrillo y, como le pareció ver la sombra de Azrael, el ángel de la muerte, en la oscuridad de la habitación, comenzó a pronunciar la profesión de fe. Ese médico unionista no le cuidaba bien. ¿Quién sabía qué errores cometía, qué medicamentos inadecuados le daba? Al fin y al cabo, era un enemigo, le habían lavado el cerebro desde niño con el odio al sultanato. Era posible entenderlo por las miradas traidoras que le clavaba, por lo grosero de su actitud. Aquel bandido no era un caballero que hubiera mamado leche honesta como el comandante. El

día anterior había llegado y había sacado del maletín un montón de vacunas mientras decía que tal vez hubiera una epidemia. El sultán cogió una de las vacunas y la estudió cuidadosamente. El frasquito, fabricado en París, estaba sellado; en el centro de la tapa tenía una pequeña parte de goma para extraer el líquido con una jeringa. Lo cierto es que parecía en extremo seguro. Mientras el doctor le estaba diciendo que tenía que vacunarles de inmediato, a él, a su familia y a su séquito, el sultán se echó al bolsillo de la chaqueta el frasco: «Me lo voy a quedar unos días. Usted vaya vacunando a los demás y después me vacuna a mí». El médico lo miró un rato, sorprendido, y luego, con expresión seria, se fue a vacunar a las esposas del sultán, a sus hijas, hijos y empleados.

La venganza del sultán – La desdicha de la recién casada

Mientras pensaba en el médico se olvidó de escucharse a sí mismo. Se dio cuenta de que se habían calmado los aleteos de su corazón y su respiración se había hecho más regular.

«Qué extraño –pensó–, mientras a mi lado estallaban las bombas de los atentados y volaban fragmentos de hombres y animales pude mantener la sangre fría, e incluso tuve tanto dominio de mí como para conducir personalmente el coche y calmar a los que me rodeaban, pero cuando me quedo a solas por la noche en una habitación oscura la idea de la muerte se me echa encima y me oprime el pecho. Eso igual me provoca una muerte súbita. Se reirían de mí y ese médico traidor quizá diría "no tenía nada, se murió de la paranoia imperial". De hecho, el médico está esperando la oportunidad de envenenarme, de matarme. ¿Quién sabe lo que habrá en el frasco de la vacuna? ¿Iba a tragármelo yo con mi experiencia? Es un juego de niños inyectar lo que quieras en un frasco cerrado, ¿o no? Hamid, tranquilízate, cálmate, no permitas que tus enemigos se rían de ti. Ahora recupera tu fuerza de voluntad, piensa en cosas bonitas, piensa en cosas bonitas.»

Repitiendo la frase en un estado de trance, en un duermevela, apareció ante sus ojos aquella joven circasiana alta, de cintura delgada, cuyo pelo rubio ondeaba al caminar como la melena de una criatura legendaria. Esa concubina que, tan pronto como la vio en el jardín de palacio, le encendió la sangre en las venas, que le hizo pensar que debía poseerla en ese preciso instante, hacerla suya de inmediato, que lo volvió loco de deseo. Aquella magnífica esclava que no se dignó aceptarle a pesar de que puso el imperio a sus pies, que hizo gemir febril de amor a Hamid noches enteras, que renunció al lecho del sultán. Era la única mujer por la que todavía suspiraba quizá porque no había podido tenerla, porque no había podido saciarse de ella. Después de sufrir bastante tiempo un día la mandó llamar a su presencia y, acariciándose la teñida barba, le preguntó abiertamente por qué no lo deseaba, si lo encontraba muy feo y viejo. La muchacha se tiró al suelo y contestó:

–¡Cómo me atrevería, sultán mío! ¿Es que una miserable esclava como yo podría no desearos?

–Entonces, ¿por qué no me miras a la cara? ¿Por qué no acudes a mi lecho?

Y ella le contestó:

–Mi sultán, sacrificaría mi vida por vos, pero he hecho un juramento y seré la única mujer del hombre con quien me case. No lo

compartiré con otras. Antes me mataría que renunciar a mi decisión.

El sultán se quedó admirado del valor de la muchacha, de su hermoso rostro, que al decir aquello alzaba como una yegua rebelde y de cómo agitaba con decisión su pelo de marta cibelina.

–Bien –dijo entonces–, sea como quieres. En ese caso, te casaré y así ¡no atizarás las llamas que me consumen al pasar todos los días ante mis ojos!

Sin esperar un momento, la entregó en matrimonio a uno de los mayordomos solteros de palacio. Pero la muchacha se llevó una sorpresa cuando se mudó a la casa del novio. El imán celebró la boda, todos tomaron el arroz y los sorbetes tradicionales y, justo cuando el novio se disponía a entrar en el lecho nupcial rezando sus oraciones, llamaron a la puerta y le dijeron al mayordomo que su majestad lo reclamaba con urgencia. El pobre hombre se vistió a toda prisa y corrió a palacio escoltado por los guardias y allí le hicieron esperar en una simple silla hasta que llegó la mañana. Nadie apareció. Tuvo que quedarse después de la oración del amanecer porque empezaba su jornada de trabajo; llegó a la tarde a duras penas, agotado por la falta de sueño, emprendió el camino a su casa, allí se tomó rápidamente un cuenco de sopa y se estaba desnudando ansioso por meterse en el lecho con aquella princesa circasiana que le había tocado como un premio de la lotería, cuando justo en ese instante volvieron a aporrear la puerta: su majestad ordenaba al mayordomo que fuera. De nuevo pasó el pobre la noche entera en una silla, y el día y la noche siguiente, y las siguientes... Aquella tortura duró quince días y por fin el sultán se apiadó de él y lo dejó tranquilo, pero, quizá por miedo a que lo reclamaran en cualquier momento, quizá por el agotamiento, la primera noche que pasó en el lecho nupcial durmió de un tirón como uno de los Siete Durmientes de Éfeso y ni siquiera le puso la mano encima a su reciente esposa. Y durante mucho tiempo no pudo librarse del temor de que fueran a llamar a la puerta cada vez que se acercaba a ella. Desde el punto de vista de la pobre novia las consecuencias no fueron las deseables.

Hamid se rio al acordarse del suceso, se alegró de haberse vengado y, repitiéndose su decisión de pensar en cosas bonitas como aquella todas las noches, se sumergió en un profundo sueño. Sus mejores recuerdos eran los relacionados con mujeres, en general. Y también estaba aquel viaje por Europa que había hecho con su tío, cada momento del cual valía un mundo. Por supuesto, en cierto sentido también el viaje estaba relacionado con las mujeres. Con esas mujeres europeas que en las recepciones regadas con champán ofrecían un banquete a los ojos masculinos acostumbrados a ver a las tapadas mujeres otomanas, con sus pechos blancos como el mármol expuestos por aquellos corsés que los oprimían por abajo y reluciendo

bajo la luz de las arañas de cristal.

Comandante bueno – Médico malo

¡Ah, el médico, el médico! En lugar de un médico musulmán de pro, respetuoso, educado y apegado a las viejas costumbres como lo era el comandante, era más bien del tipo más hostil al monarca, occidentalista, liberal, enemigo del sultanato. Con su barbita morena recortada como los franceses, sus bigotes con las puntas rizadas hacia arriba con pomada, sus gafas de alambre y su levita y su pajarita los días que vestía de civil, parecía más un médico europeo que otomano.

El sultán no tenía nada en contra de la ciencia occidental e incluso él mismo se había convertido en un admirador de Occidente después de visitarlo a los veinticuatro años, pero, por otro lado, había aprendido a través de la amarga experiencia que las grandes potencias no tenían otro objetivo que desmembrar el Imperio otomano. Lo que aquel médico esnob y sus amigos desconocían y en cambio él sí sabía tan bien como su propio nombre después de innumerables enfrentamientos con la reina Victoria, el príncipe Bismarck, los zares Alejandro y Nicolás y el emperador francés Napoleón III era que el único objetivo de los países infieles era fragmentar las inmensas tierras que poseían los países otomanos, dueños de la mitad de la nafta mundial, para hacerse con ella. Y lo conseguirían azuzando a los más de treinta grupos étnicos que formaban el imperio. De hecho, ya habían empezado. El imperio se descomponía y los jóvenes amantes de la libertad aportaban su grano de arena al creerse muy patriotas. Pero no tenía la menor posibilidad de explicárselo al médico, enemigo del sultanato. No le mostraba ningún respeto, ni siquiera se dirigía a él como era debido. Con todo, era la única fuente por la que podía saber lo que ocurría en el imperio y en el mundo. El que había sustituido al comandante era un militar duro y no hablaba con él más de lo requerido por sus funciones.

> *Notas secretas: Mi amargura va en aumento porque ese comandante bondadoso a quien había empezado a querer como a un hijo ha sido destinado a Estambul. ¡Qué gran pérdida para mí! Ya no tengo conmigo al más importante garante de mi vida. Cuando vino a despedirse, su rostro agraciado reflejaba el estado psicológico en que se encontraba y su tristeza. «Por mucho que políticamente seamos opuestos, no me parece aceptable el tratamiento que les están dando a su majestad y a su familia», me dijo demostrando una vez más la nobleza de su carácter. «No se apene –le contesté–. Será lo que Dios disponga. Los días que hemos pasado juntos en esta casa y nuestras conversaciones serán de los recuerdos más importantes para mí. Debo confesar que*

gracias a usted por primera vez tuve la oportunidad de saber lo que de verdad querían esos Jóvenes Otomanos que se alzaron contra mí. Qué pena que ni ustedes llegaran a entenderme, ni yo a ustedes. ¡Qué pena!» Me respondió con voz temblorosa: «Su majestad tiene toda la razón, y lo ha pagado el país». Luego me saludó con una pronunciada inclinación y se marchó andando hacia atrás sin darme la espalda. Ahora me he quedado a solas con ese médico cruel. Me odia tanto como el comandante me respetaba y me consolaba. Al menos cumple con sus obligaciones, de eso no puedo quejarme, no puedo echarle nada en cara, pero esa frialdad y esa mirada llena de deseos de venganza que a menudo se le instala en los ojos dejan bien claro el odio que me tiene. De hecho, nunca hasta ahora se ha dirigido a mí por mi título, en realidad no ha usado ninguna expresión de respeto y se ha limitado al usted. Como en este momento tiene en sus manos mi salud y la de mi familia, se dedica a interpretar el papel de emperador conmigo. Como si el monarca fuera él y yo un súbdito obligado a rendirle cuentas. Es evidente el placer que le proporciona ese juego del gato y el ratón, y no lo disimula. Pero no hay nada que hacer, es él quien tiene el control ahora y su poder aumenta de día en día y mi pobre familia y yo tenemos que aguantarnos.

Una noche vio en la pared la enorme sombra de un gato que se deslizaba. No podía saber si era realidad o imaginación suya. Podía ser que la mente le estuviera jugando una mala pasada después de llevar meses encerrado en aquella habitación muerto de miedo. Pensó en la posibilidad de que hubieran dejado un gato en la sala por la noche y tembló. Cuando los abasíes derrocaron a los omeyas, le dieron para comer a un gato la lengua del último califa. Qué fin más terrible, pensó. Le dan de comer a un gato la sagrada lengua del califa del islam, el mismo que cuando hablaba dejaba a todo el mundo mudo de admiración. Terrible y humillante. Y ya que él mismo era un califa depuesto y que tenía tantos enemigos, ¿por qué no iban a hacérselo también? Se dio cuenta de que, sin querer, estaba apretando con fuerza los puños contra la boca. Se levantó, rebuscó por toda la habitación con la ayuda de una lámpara mirando incluso debajo de la cama. No encontró nada.

A pesar de la vida repleta de sobresaltos que llevaba, el peor golpe se lo encajó de nuevo el médico, espetándole al enfermo sultán una noticia que agravó mucho su paranoia. Y además, lo hizo mostrándole el primer periódico extranjero que veía desde hacía mucho tiempo.

Fue un día cualquiera en el que le estaba haciendo la revisión

cotidiana con las curas correspondientes. Lo habitual, problemas con la digestión, afonía... Pero lo que más le molestaba era el picor de las hemorroides. Mientras el doctor se las curaba, el sultán sudaba de angustia y de vergüenza, aunque, por otra parte, se decía que él también era un pobre siervo de Dios, un siervo mortal y, por supuesto, él también tendría que sufrir lo mismo que los demás. Encontraba consuelo al recordar que nuestro señor el Profeta, orgullo del universo, había afirmado que él también era un ser humano, no divino. ¿No había fallecido el enviado de Dios después de pasar dos semanas sufriendo violentos dolores de cabeza? Con las fuentes que tenía a su disposición había estudiado aquel deceso que había sumido en el luto al islam, lo había discutido con los médicos y había investigado de qué enfermedad podría haber muerto el Profeta. Por fin un médico le dijo que una muerte acompañada por terribles dolores de cabeza de hasta dos semanas de duración podría ser provocada por una meningitis. Quizá la causa de que partiera de esta tierra el adalid de ambos mundos fuera una infección de la membrana cerebral a causa del golpe de espada que recibió en su sagrada cabeza en la batalla de Uhud. Era la posibilidad más verosímil. Si todo un profeta había contraído las mismas enfermedades que cualquier mortal, ¿quién era él para compararse? Claro que podía tener todo tipo de males humanos; había que aceptarlos con paciencia, con madurez, con fe en el destino. Pero delante de ese doctor... Una cura de hemorroides... Que Dios le perdonara, pero era difícil de tragar. No obstante, no podía negar el alivio que sentía después de que el doctor le aplicara la pomada. Confiando en sus conocimientos de medicina, el sultán le pedía al doctor ciertos medicamentos, como elixires, sulfatos, esencias o pomadas y el otro aceptaba la mayor parte de las veces.

El médico y el sultán estaban obligados a verse cada día. La ceremonia diaria se había convertido en sesiones en las que el sultán esperaba ansioso al doctor y el doctor disfrutaba de las tortuosas crueldades a las que lo sometía. El sultán, encerrado en la mansión Alatini, se retorcía de impaciencia, enloquecía de curiosidad por cómo andaría el mundo y trataba de obtener algunas migajas de información tirándole de la lengua al médico. A veces le hablaba de la política de su época; respondía a las acusaciones y se esforzaba en limpiar su nombre. El doctor, después de superar el nerviosismo de los primeros días, saboreaba el placer de tener la antigua testa coronada en un puño. Le encantaba saber que podía manejar como quisiera a aquel paranoico.

No se podía decir que el sultán se quejara demasiado de vivir encarcelado en aquel palacete, salvo por el temor a que lo mataran. En tiempos se había encerrado voluntariamente tras los altos muros de su palacio. Y antes, como a los príncipes nunca se los dejaba solos,

durante muchos años estuvo privado de la sensación de libertad. El único momento en que se había sentido un espíritu libre, experiencia tan ajena a él, había sido a los veinticuatro años, en el viaje por Europa al que había acompañado a su tío el sultán Aziz, las semanas que había pasado en París, Londres y Viena. Sería por el aire de allí, o por el agua, o por el espíritu de libertad que llenaba a la gente, el caso es que se sintió ligero como una pluma, libre e independiente. Recordaba con toda claridad su primera impresión tras poner el pie en Europa: «Nadie se mete en los asuntos de nadie». Algo inimaginable para los otomanos.

El apocalipsis que llega con la cola del Halley

Un día, antes de irse, con una mirada misteriosa que podría interpretarse como perversa y un tono de voz muy serio, el doctor le dijo:

–Tengo que contarle algo. Creo que tiene derecho a saberlo.

Entonces se sacó un periódico del bolsillo y, enseñándoselo primero por encima al sultán, empezó a leer en voz alta:

–Se comenta que el cometa Halley, que se aproxima velozmente a nuestro planeta, mañana podrá ser visto con toda claridad en el firmamento de Nueva Caledonia. No son pocos entre las autoridades eclesiásticas, así como en la comunidad científica, los que afirman que el cometa, cuya cola se supone que tiene veintitrés millones de kilómetros, chocará con nuestro planeta provocando un apocalipsis.

El sultán tomó inquieto el periódico y leyó la noticia por sí mismo. Le preguntó al doctor si aquello era cierto y este le contestó que el mundo entero estaba en pie, que el esperado fin de los tiempos llegaba con el nombre de Halley y que en un par de días la cola chocaría con la Tierra destruyéndolo todo. Hacía una montaña de cada grano de arena, exageraba todo tipo de detalles y seguía hablando y hablando con el objetivo de aumentar la paranoia del sultán, el cual de repente había empalidecido y sus ojos mostraban miradas de pánico. Todos los científicos se habían reunido, habían analizado el asunto y habían llegado a la conclusión de que no había salvación posible. Musulmanes, cristianos, judíos, budistas e hindúes eran conscientes de que había llegado su último día y se preparaban para despedirse del mundo con ceremonias y oraciones. Por fin había llegado el día del juicio que los libros sagrados anunciaban, así era.

El sultán fue incapaz de levantarse del sillón durante bastante rato después de que el médico cerrara su maletín y se marchara. Veía la mansión en llamas y a su familia agonizando y los ojos le saltaban de sus cuencas poseídos por el miedo; acto seguido trataba de tranquilizarse porque los científicos, en quienes no confiaba para nada, eran incapaces de resolver aquel misterio y que la fecha del Juicio Final solo la sabía el Altísimo. El ser humano era imperfecto; su inteligencia, limitada, y la ciencia no bastaba para desvelar los secretos divinos, pero ¿y si era cierto? ¿Y si era cierto que esa calamidad llamada Halley golpearía la Tierra con su larguísima cola y lo convertiría todo en cenizas?

Esa noche la pasó junto a la ventana, observando el cielo, fumando sin parar y sin dormir ni un segundo. Cuando llegó la mañana y apareció el médico para su visita cotidiana, le dijo:

–No, no, lo he meditado largo y tendido, los asuntos del Todopoderoso no pueden ser conocidos por sus ignorantes siervos, nadie puede saber cuándo será el fin del mundo. ¿Cómo sabemos si ese cometa rozará o no el mundo? ¿Tiene un timón, pueden los sabios trazar el rumbo de ese cuerpo celeste? Mire, en el sagrado Corán se precisa claramente que el Sol, la Luna y las estrellas se mueven en sus propias órbitas sin chocar. Nadie puede comprender los designios de Dios, solo Él los conoce. Ahora yo, teniendo la aleya del sagrado libro, ¿voy a confiar en los sabios europeos? Ya verá como el cometa no chocará con la Tierra, porque las profecías no lo han mencionado.

El doctor le llevó nuevos periódicos en francés. En la mayoría había dibujos que describían a gente mirando el cielo presas del pánico. Los habitantes de París y Londres se llevaban las manos a la cabeza y, con los ojos saltándoseles de las órbitas, esperaban el gran desastre que llegaría del cielo. Aquellas publicaciones bastaron para trastornar los debilitados nervios del sultán. Quizá el designio de Dios fuera enviar el apocalipsis en forma de cometa. Nadie sabía cuándo llegaría el día del juicio, pero tampoco podían asegurar que aún no había llegado. Podía ser que el Altísimo, cuya sabiduría era incuestionable, castigara este mundo sumido en el pecado como había hecho antes con el Diluvio de Noé, lo destruyera como a las tribus de Ad y Zamud, le enviara una catástrofe como a Sodoma y Gomorra. La agitación paranoica que torturaba al soberano desde su infancia regresó de manera muy violenta y venció a su increíble inteligencia lógica, le empalideció el gesto y dio lugar a que en sus ojos apareciera la temerosa mirada de la víctima y le temblara la mano que sujetaba el cigarrillo.

–Quizá esta noche, esta misma noche chocará con nosotros y hará desaparecer el orbe terrestre –dijo el médico el día siguiente sin ocultar el placer que le provocaba ver en aquel estado a su interlocutor–. Y no hay medida que se pueda tomar para impedirlo. El fuego abrasará el mundo, que vivirá su última noche entre enormes terremotos, explosiones y desastres que lo pondrán todo patas arriba.

El sultán clavó la mirada en su rostro y le preguntó:

–Bien, ¿y qué podemos hacer?

–Despídase de su familia y prepárese para la otra vida rezando sus últimas oraciones –le contestó y luego se marchó dejando al anciano entre suplicios sin remedio.

Se reía por lo bajo al salir del palacete, cosa que dejó maravillados a los soldados a causa de la expresión de agrado que le iluminaba todo el rostro. Complacido, subió al landó y, fumando un cigarrillo, le ordenó al soldado que le llevara al hospital dando un rodeo. Por fin le había tocado al tirano consumirse de preocupación. Y además, él no había faltado a sus obligaciones, le había dicho la

verdad; retorciéndola y exagerándola un poco, pero, bueno, después de todo lo que había hecho el tirano a lo largo de su vida, aquel castigo era poco. Pensar en «lo que había hecho el tirano» le recordó de nuevo a su querida Melahat y el curvo y sinuoso puñal que siempre se le clavaba en el corazón le borró la sonrisa de la cara. ¿Qué podía hacer? No sabía, era incapaz de saber cómo encontrar a la ninfa que le había hechizado en aquella mágica noche del Bósforo. La palabra «hechizo» le trajo a la mente aquel hermoso poema:

> Qué hechicera eras, oh, efigie de la libertad
> Nos libramos de la esclavitud y fuimos esclavos de tu amor

Por alguna razón había convertido en costumbre cada vez que salía del palacete repetirse unos versos de Namık Kemal, el héroe de la libertad que llenaba de emoción los corazones de todos los oficiales jóvenes. El gran poeta que encendía el entusiasmo de toda una generación con su frecuente uso de la palabra «libertad», a la que había escrito incluso una casida, también había sido víctima de aquel tirano que, muy probablemente, ahora estaba sobrecogido por el miedo. Kemal había muerto, pero su poesía creció aún más después de su muerte. Por lo que sabía, el poeta y el sultán desterrado habían tenido una relación con sus altos y bajos. En cierto momento Abdülhamid lo había incluido en el equipo que redactaba la nueva Constitución y lo nombró para diversos puestos de funcionario, pero también lo mandó al exilio por sus ideas liberales.

Salónica estaba hermosa bajo el sol de mayo; se veían sobre todo judíos con sombreros negros y musulmanes con fez. Era normal si se pensaba que la mitad de la población de la ciudad la componían judíos y solo un tercio eran turcos musulmanes. Que vivieran juntos muchos súbditos otomanos, rumíes, búlgaros y otros muchos que no se parecían en absoluto, le había otorgado a la urbe una personalidad muy variopinta. «Ojalá, Melahat Hanım –pensó–, ojalá pueda traerla a esta bella ciudad llevando un velo de novia.» La verdad, que en ese momento no podían imaginar ni él, ni el desterrado sultán, ni el Tercer Ejército, era que a la administración otomana de la ciudad, que había durado quinientos años, solo le quedaban otros dos de existencia.

Esa bella Salónica que tan atractiva les resultaba al doctor Atıf Bey y a los oficiales revolucionarios le provocaba un gran dolor a Abdülhamid. Las primeras intentonas de levantamiento contra su trono habían estallado ahí. La chispa que prendió la mecha fue la revuelta de algunos oficiales de su propio ejército, que se echaron a los montes de Macedonia. Niyazi de Resne se puso a la cabeza de aquellos militares bandoleros. Al pobre Şemsi Bajá, a quien envió para reprimir los disturbios, lo asesinaron de tres disparos cuando salía de

la oficina de Correos de Salónica. Y a los matones del Comité para la Unión y el Progreso aquello no les pareció suficiente: hirieron al teniente coronel Nazım Bey, del mando central de Salónica, y mataron también al inspector de policía Sami y al muftí castrense Mustafa Şevket Efendi. Cada día llegaban a Estambul noticias de nuevos crímenes. Además, los que mataban a aquellos oficiales de alto rango eran oficiales jóvenes del mismo ejército.

Salónica se convirtió en un dolor de cabeza para el sultán, y en uno de campanillas. Era un lugar lleno de intrigas donde los feces de los oficiales iban de acá para allá intrigando y sin que nadie fuera capaz de llamarlos al orden. En realidad, exceptuando a los separatistas y a los oficiales jóvenes, no tenía la menor queja de los súbditos de la ciudad. De hecho, cuando se proclamó la Constitución, las celebraciones más espectaculares de todo el imperio se llevaron a cabo ahí. En las fotografías y en las imágenes en movimiento capturadas por dos rumíes apellidados Manaki que examinó en palacio, se podía percibir que las calles se habían adornado con flores y arcos triunfales, que en los desfiles oficiales, acompañados por un torrente de ciudadanos, se vivía un entusiasmo asombroso. Muchachas rumíes vestidas de blanco y con coronas de laurel que simbolizaban la victoria echaban flores desde adornadas carrozas al público que flanqueaba el desfile entre aplausos. Según los informes todos llevaban pancartas, los musulmanes con un «¡Viva el sultán!» en turco y los demás en francés: *«Vive le Sultan!»*; los arcos de triunfo erigidos en honor de ese día inolvidable relucían al sol; una ola de alegría nunca vista en tierras otomanas inundaba las calles. Por supuesto, también cabía interpretar lo que subyacía a aquel entusiasmo como el orgullo de haber obligado a un monarca absolutista a que aceptara un Parlamento. Y así era como lo veía el sultán. A partir de ese momento, ¿cómo manejaría a millones de personas que pedían libertad como lobos que han olido la sangre, con qué poder gobernaría las provincias con tendencias rebeldes? Gracias a Dios, a excepción de Egipto, la situación estaba un poco más tranquila en las provincias orientales y por ahora las chispas no se habían convertido en incendio. Las peores calamidades procedían de las ciudades otomanas en Rumelia, especialmente las de Macedonia: Salónica, Manastir, Resen... Como si no bastara que aparecieran partidas de búlgaros, macedonios y serbios, ahora se les unían sus propios oficiales. Uno de ellos, Niyazi de Resne, se echó al monte con los soldados a su mando como si fueran bandoleros y desafió al emperador. Decían tantas tonterías con aquello de la libertad que Niyazi proclamó «venado de la libertad» a un cervatillo que encontró en la montaña y del que nunca se separaba e imprimieron su imagen en carteles, periódicos y pancartas. Cuando el sultán supo de aquello, pensó: «Ya puestos, como el cervatillo está

entre militares, deberían darle un rango», pero, a decir verdad, tampoco era imposible y quizá ahora el venado fuera también oficial. De hecho, aquellos hombres a los que llamaban los Jóvenes Turcos apenas tenían la inteligencia de un venado, como mucho. «Cómo pensarán estos muchachos gobernar un imperio tan vasto –pensó con un hondo suspiro–. Cómo podrán controlar a naciones agresivas como Rusia, Inglaterra o Francia, que se acercan enseñando los dientes como hienas hambrientas.» Él había pilotado la situación a duras penas enredando a unos y a otros. No bastaba con atraerse al káiser alemán porque todos estaban impacientes por romper en mil pedazos el gran Imperio otomano, al que llamaban «el Hombre Enfermo de Europa», y agarrar el trozo más grande.

Por eso había atacado Napoleón la provincia de Egipto. Los ingleses querían ansiosos la nafta de Irak y Siria, así como también todos los lugares sagrados, como La Meca, Medina y Jerusalén. El zar de Rusia tenía la mirada puesta en Estambul. Los búlgaros soñaban con esta extraordinaria ciudad, a la que llamaban Zarigrado.

«Ay, ay –se lamentó–, estos niños estúpidos van a dejar que les quiten de las manos muchos lugares que mis antepasados han gobernado durante cientos de años, y el más tonto es mi hermano, que está en el trono y no entiende de nada. Me temo que el hundimiento del imperio está próximo. Estos asuntos requieren una política sutil. Si no hubiera impedido con diversas tácticas la unión de las iglesias búlgara, griega y serbia, no habría podido sofocar las revueltas en Rumelia. Y si no hubiera puesto firmes a los armenios que se levantaban en Anatolia usando a las tribus kurdas, ellos también habrían proclamado su independencia. Ahora ¿quién llevará a cabo esa política sutil? ¿Esos niños simplones, mi hermano el tonto?

»Tanto insistir que si Parlamento y que si Parlamento, pero estos revolucionarios eran tan ignorantes como para no saber el coste que tendría. Se creen que el Imperio otomano es como Francia, de donde sacan todas esas ideas modernas. Pero no se parecen en nada. En este país se pueden encontrar cuantas gentes, naciones y religiones existen en el mundo. ¿Acaso me fue fácil amalgamar a los árabes con los serbios, a los caucasianos con los africanos, a todos los de todas las religiones, incluidos los budistas? Sobre todo ahora, en este siglo. Hemos cambiado de época, todos quieren la independencia. Por eso me vi obligado a disolver el Parlamento que habían puesto como condición para mi ascenso al trono. Porque en su propia cámara los turcos estaban en minoría. La llenaban diputados de todas las naciones que querían destruir el imperio. Hasta los árabes musulmanes se habían dejado llevar por esas ideas, incitados por los ingleses. No era un Congreso nacional, sino una merienda de naciones. Se hablaban tantas lenguas allí, se rezaba de tantas formas distintas que nadie que

lo viera pensaría que se trataba de un único país. La cámara hervía de diputados armenios, búlgaros, rumanos, serbios, rumíes, lazes del mar Negro, georgianos, albaneses, turcos, judíos, árabes, bereberes, pomacos, circasianos... Cada cual leyendo periódicos en una lengua distinta. ¿Cabía la posibilidad de dejar en manos de aquel Parlamento el destino del imperio, ya doblegado por tantas guerras? Claro que no. Pero cuando disolví el Parlamento me llamaron dictador y le dieron el encargo de acabar conmigo a la Sociedad de los Jóvenes Turcos, que tenían su nido en París y que eran una marioneta de los extranjeros. Y ahora han obligado al sultán a convocar un segundo Parlamento. Me derrocaron a pesar de que cumplí con sus deseos. Ya veremos adónde llevará este Congreso al país sin un monarca astuto como yo, o, más exactamente, cuánto tardarán en hundirlo.»

Aspirando poco a poco el humo del cigarrillo liado con fuerte tabaco ambarino, el sultán meditaba con amargura que no tenía a nadie con quien compartir todo aquello. Era evidente que no confiaba en ese médico advenedizo. Estaba seguro de que la misión de aquel hombre no era solo cuidar de su salud, sino también redactar un informe diario y entregárselo a sus superiores. Informes que debían de ir directamente a Estambul. De haber estado él en el trono, los habría pedido, seguro. De la misma forma que recibió durante años informes diarios sobre su hermano Murad, al que había encerrado en el palacio de Çırağan, ahora tenían que estar vigilándolo a él. A oídos del monarca llegó que Murad mostraba síntomas de mejora en el palacio en el que le habían encerrado tras su breve sultanato. Y no podía arriesgarse a un peligro semejante. Los poderosos como Mithat Bajá que le habían coronado a él, lo que los ingleses llamaban *king maker*, en cualquier momento podían destronarle y reemplazarlo de nuevo por Murad. El único camino para proteger su trono era quitarse de en medio a los hombres como Mithat y convencer al pueblo de que Murad continuaba enfermo. Con ese objeto encontró a un hombre que se parecía a Murad gracias a la competencia de su red de informantes, lo vistió como él y le ordenó que todas las noches saliera a pasear por los tejados del palacio de Çırağan. Quienes vieran a un hombre vestido de negro andando por el tejado del palacio tenían que creer que Murad estaba verdaderamente loco de atar. Y así fue. Los rumores corrieron como la pólvora y ahora Murad era recordado como un demente que andaba por los techos. Cuando Abdülhamid, maestro de la intriga, recibía aquellos informes, la confianza que sentía en su inteligencia se afianzaba y una sensación de alivio se extendía por todo su ser. El hombre inteligente no tenía nada que ver con la fuerza bruta, las ejecuciones, las guerras. El uso de la violencia era algo exclusivo de gentes de escasa inteligencia.

Así se comportó también cuando unos bandidos armenios

asaltaron el Banco Otomano y masacraron a tantos. Cuando todos esperaban que se castigara a los asaltantes con extrema dureza, él los indultó como un gobernante maduro y los envió al extranjero en un yate, pero luego se limitó a observar entristecido cómo el fuego de la venganza que prendió al día siguiente en Estambul se convertía en una revuelta que concluyó con la muerte de cientos de sus súbditos armenios. Nunca se enfrentaba a ningún oponente, sino que aguardaba el momento y golpeaba a su objetivo en el instante y el lugar donde menos se lo esperaba. Era el talento del que más se enorgullecía. ¡Qué no llegó a hacer para impedir que las iglesias de los Balcanes, todas ortodoxas, se unieran y se enfrentaran a él! La misma jugada hizo en Oriente Próximo. El secreto de la «paz otomana» que reinaba desde hacía siglos en una de las zonas más complicadas del mundo consistía en separar todas las regiones y provincias en shiíes, sunníes o kurdas. Por ejemplo, como ocurría en las provincias de Basora, Bagdad y Mosul. Así se aseguraba el equilibrio. Mantenía a los grupos enemigos apartados unos de otros, pero compitiendo entre ellos. No se debería llamar equilibrio a aquello, sino, si acaso, política de terror, pero era la única manera de gobernar un imperio de aquel tamaño. No había otro camino. En los archivos de palacio existían documentos de cómo su gran antepasado el sultán Solimán el Magnífico había enviado en secreto ayuda económica a Martín Lutero, que se había rebelado contra el papado. Él había usado la misma táctica que su tatarabuelo, que Dios tuviera en el Paraíso, para dividir a las iglesias y prender el fuego de la rebelión justo en el corazón del cristianismo. Siguiendo el camino marcado por sus antepasados, demostraba ser un monarca digno de ellos. ¿Qué necesidad había de provocar a las potencias europeas marchando contra los armenios que se habían alzado en Anatolia? De hecho, bastaba con soltar contra los rebeldes a las tribus kurdas, que arrastraban años de conflictos de sangre contra los armenios, crear los regimientos *hamidiye* y darles a sus líderes un título de bajá que de otra manera no habrían visto ni en sueños. Así cualquier represión de los levantamientos podría explicarse como una reacción de la población civil. Cierto, le fastidiaba que la prensa europea lo dibujara como un sultán rojo con las manos bañadas en sangre, pero era posible vencerla impidiendo que entrara en el imperio mediante una estrecha vigilancia y aplicando una firme censura a la prensa de Estambul.

Una vez que el pueblo creyó lo bastante en la locura de Murad, quedaba por resolver otro asunto importante. Dejar fuera de combate a ese personaje tan importante llamado Mithat Bajá. Mientras viviera, el trono estaría en peligro. Pero los tiempos habían cambiado. Antaño, en el Imperio otomano, como en Inglaterra o Francia, si el monarca decidía matar a alguien, se le eliminaba de inmediato sin atender a

lágrimas. Como Cromwell, como la desdichada reina Ana Bolena incluso. Pero ahora las cosas no funcionaban así. Por eso, tras meditarlo noches enteras, llegó a una solución brillante. Juzgaría a los asesinos de su tío Abdülaziz y se aseguraría de que acusaran a Mithat Bajá de ser el líder de la conspiración. Se levantaron carpas en el jardín de palacio. Los jueces, siguiendo sus órdenes, juzgaron a mucha gente y Mithat Bajá y sus compañeros fueron condenados a la pena capital por aquel tribunal que no tenía la menor relación con la justicia. El vicepresidente del tribunal era Hristo Florides, uno de los enemigos del bajá. Cuando llegó el turno de la defensa interrumpieron al acusado bajá tratando de no dejarlo hablar y él replicó con la siguiente frase que pasaría a la historia: «En el alegato de la acusación solo son verdad la profesión de fe al principio y la fecha al final».

No obstante, ¿de qué podían servir esas palabras en un país donde las órdenes se cumplían sin rechistar? Mithat Bajá y sus compañeros fueron condenados a muerte. Hasta ahí se podría decir que eran sucesos normales en cualquier gobierno. Pero el estilo inigualable de Abdülhamid hizo su aparición después de la sentencia. Mientras Estambul esperaba horrorizada la ejecución del antiguo gran visir, el sultán proclamó que había indultado a Mithat Bajá y a sus compañeros y que había conmutado las penas por exilio y prisión. Todos debían admirarse de la compasión y el sentido de la justicia del sultán y así fue, en efecto. El bajá fue enviado a un lugar apartado de todas las miradas, al Yemen, para ser olvidado y que se pudriera en la cárcel. Pero, aunque nadie se acordara de él, había alguien que no lo olvidaría: el sultán en persona. Un día Mithat Bajá y su camarada Mahmud Celâlettin Bajá fueron hallados muertos. Supuestamente aquella canallada la cometió el alcaide de la prisión, pero ni los niños podían creerse que ejecutara a todo un antiguo gran visir sin una orden del sultán.

Abdülhamid nunca admitió haber dado la terrible orden de ejecución. Insistía en decir: «Ya estaba condenado a muerte, de hecho. Si hubiera querido que muriera, ¿para qué le habría indultado? Allí tramaron algo muy raro». Sin embargo, cualquiera que lo conociera y que tuviese dos dedos de frente sabía que el soberano había desterrado al bajá a un lugar lo más lejano posible y lo había hecho estrangular allí porque temía disturbios en Estambul. Y, si no era cierto, la culpa no era suya.

Firmamento oscuro – Las manos de un muerto

Poco después de que el doctor, como una lechuza agorera, le diera la noticia del cometa Halley, el sultán se convenció de que aquello era imposible y encontró el sosiego leyendo esa noche el Corán durante horas. Pero las noticias del periódico que el doctor le mostró al día siguiente bastaron para que el paranoico monarca perdiera la cabeza de nuevo. Por eso, después de cenar unos calabacines guisados y un poco de yogur, se retiró a su habitación, tomó en sus manos el rosario de ámbar y trató de orar repitiendo en una letanía el nombre de Dios, pero era incapaz de concentrarse y continuamente se sorprendía imaginando escenas terribles, fuegos del infierno y el palacete desapareciendo entre llamas. En cierto momento intentó encontrar la paz acostándose en la cama y tapándose hasta la cabeza con el cobertor. Aquella oscuridad, que era mayor, elevó su imaginación hasta dimensiones enloquecedoras atormentándole aún más, así que se levantó y se dirigió a la ventana. Empezó a fumar cigarrillo tras cigarrillo sin apartar la mirada del firmamento oscuro. El corazón le latía a toda velocidad. Buscaba sin cesar algún indicio de que el desastre ocurriría esa noche. Puede que un refulgir de estrella, puede que una luminosidad de aurora. Si chocaba con la Tierra esa enorme cola, ¿no tendría que verse antes una luz? Sin embargo, el cielo estaba completamente oscuro. No se veía nada aparte de algunas estrellas aisladas. De repente notó que estaba sudando; tenía la camiseta, el pelo y la nuca empapados. Era una de las situaciones que más miedo le daban. Si, Dios no lo quisiera, se enfriaba con lo que estaba sudando, enfermaría y quizá tuviera que guardar cama. Había visto morir a muchos por enfriamientos. En casos así se hacía frotar el cuerpo con una mezcla de sauce y yogur que le preparaba su mayordomo. Pensó en llamar a sus criados. Luego cambió de opinión porque no podía dejar de observar el firmamento. «¿Qué importancia tenía un resfriado el día del apocalipsis? ¿Quién podría enfriarse si llovían llamas del cielo? ¿Y si en el otro mundo –pensó–, y si en el juicio final le agarraban por el cuello las manos de las decenas de miles que se quejaban de él y le pedían justicia a Dios?» Empezó a sentir aquellas manos como si ya estuvieran apretándole el cuello. Manos que recorrían la habitación a oscuras, manos sin nada más allá de la muñeca, manos cortadas como las de los rebeldes que le enviaron al rey de Bélgica para que se tranquilizara al verlas.

Casi no podía respirar. Frotándose el congestionado pecho trató de repetir «Santo Dios, santo Dios», pero no logró que la voz le saliera de la garganta. Sentía las manos vagando en la oscuridad. La

habitación estaba llena de manos hasta el techo. Manos blancas, manos negras, manos de niño, manos de campesino, manos de escribiente, manos de visir, manos de condenado, manos de bajá, manos de bajá, manos de bajá, manos delicadas de dedos como cálamos, manos de largos dedos con el anillo de gran visir. El rumor de aquellas decenas de manos que sentía recorriendo la oscuridad cesó de repente. Todo lo cubrió un silencio estremecedor. El sultán trató de calmarse y respirar. Se esforzaba en que el corazón le latiera con regularidad intentando traer a la mente días mejores y felices. Solo ellos: las brazadas que daba en las frescas aguas del Bósforo, las horas pasadas compitiendo con el viento montado en el poderoso lomo de su caballo de raza, los harenes, las muchachas hermosas que le presentaban en palacio... Justo cuando parecía que iba a relajarse, se estremeció al sentir dos manos que le apretaban la garganta. Esta vez la presión le impedía respirar por completo. Cayó al suelo, se retorcía boca arriba forcejeando para librarse de las manos que lo atenazaban. Las agarró y empezó a tirar de ellas. Estaban heladas; en realidad, parecían estar hechas de hielo, o quizá de frío hierro. A pesar de sus esfuerzos no conseguía moverlas ni un milímetro. Por la cabeza le recorrían preguntas, aunque las palabras no acertaban a salirle de los labios: «¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres? ¿De quién sois?». Fue como si las manos oyeran lo que le pasaba por la cabeza. «Son las manos de un muerto –se dijo–. Manos que han salido de la tumba. Y que vienen de lejos, de muy lejos, del Yemen, de los desiertos, de Sana, del cadalso. Mithat, Mithat, son las manos de Mithat que han salido de su tumba para venir a estrangularme.» Tiraba de ellas con todas sus fuerzas, trataba de librarse de aquellas garras de hierro, pero era inútil. No le daban la posibilidad, no ya de aflojarlas, sino de moverlas ni un milímetro. «Me muero. Así que mi destino estaba en las manos de Mithat Bajá.» Le dolió el corazón porque ni siquiera podría recitar en voz alta la profesión de fe antes de entregar el alma como buen musulmán y califa del islam. Empezó a repetírsela para sí. «Doy fe de que no hay más dios que Dios y de que Mahoma es su profeta; no hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta; no hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta.» En ese momento oyó que golpeaban a la puerta y que su mayordomo le llamaba: «Majestad, ¿se encuentra bien?». Entonces abrió la puerta sin esperar a que le diera permiso, gritó con preocupación: «¿Qué le ha pasado, majestad, se ha caído? Dios le guarde», y, tomándole del brazo, alzó al sultán, que se apretaba el cuello con ambas manos tumbado en el suelo. Lo sentó en el sillón y le trajo un vaso de agua. Le pidió permiso para llamar al doctor. El sultán, un poco más tranquilo, le preguntó qué pasaba, por qué había venido. El mayordomo le explicó que había oído unos ruidos y que repetía tres veces la profesión de fe, así que se vio

obligado a entrar por si, Dios no lo quisiera, su sagrado cuerpo hubiera sufrido algún daño, y el sultán fue comprendiendo poco a poco lo que había ocurrido. Después de despedir al criado encendió un cigarrillo. Caminó un poco por la habitación y luego apagó la luz y se sentó en el sillón junto a la ventana. Empezó a observar el firmamento. Como estaba más calmado, se refugió en la confianza de que el Halley no chocaría con la Tierra al tiempo que se repetía que algo así iría en contra de las aleyas reveladas del sagrado Corán, pero, por si acaso, continuó mirando el cielo hasta que clareó el día. Cuando amaneció, después de lavarse con agua fría y cumplir con sus oraciones, se sintió mucho mejor. Un rato más tarde, al llegar el doctor, le dijo:

–Sus sabios han resultado ser unos charlatanes, doctor Bey, hijo mío. Es Dios quien ha creado la Tierra y el cielo, las estrellas y la Luna, el día del apocalipsis le pertenece y sin que Él lo diga no puede ocurrir nada. Mire, todo está donde corresponde, alabado sea Dios.

Encendió un cigarrillo con el placer que le proporcionaba haber vencido por primera vez al médico y, entrecerrando los ojos, miró complacido de arriba abajo a su oponente.

Los nervios de las damas de palacio

La rutina del sultán en el palacete ya estaba bastante establecida. Todas las mañanas se levantaba temprano, se lavaba con agua fría, rezaba, tomaba café en dos tazas distintas y luego empezaba a caminar por el salón: caminando treinta minutos cada día de manera regular intentaba librarse del asfixiante efecto de los pensamientos sombríos que acudían en manada a su mente. En la mansión reinaba un respetuoso silencio, como en palacio. La familia y la servidumbre procuraban no hacer ni un ruido, cuando querían ser recibidos mandaban aviso con antelación y se dirigían al sultán con títulos propios de un monarca, como «majestad», «próspero soberano», «exaltado señor» o «majestad magnífica». Porque, aunque lo hubieran depuesto, seguía siendo el sultán perpetuo de aquella mansión. Ya nadie se postraba cuando estaba en su presencia, pero los hombres no dejaban de inclinarse y las mujeres, de hacer una reverencia.

Un día, mientras caminaba por el salón ocupado con el plan que últimamente le rondaba por la cabeza de escribir sus memorias, le estremeció un ruido desacostumbrado. En el piso superior, junto con nerviosas carreras, se oían ruidos incomprensibles y extraños como de objetos cayendo y mujeres gritando; luego todo se interrumpió de repente y sobre la mansión volvió a desplomarse el silencio. El sultán llamó al mayordomo llevado por la curiosidad y le pidió que se enterara de qué estaba ocurriendo. El criado se retiró con una profunda reverencia y enseguida regresó con la explicación que le había pedido su señor: su hijo pequeño Abid Efendi había tropezado con una silla y se había caído, pero no se había hecho ningún daño. Que el sultán, por quien todos rezaban, estuviera tranquilo, no había nada de qué preocuparse. Tras oír al mayordomo, el paranoico sultán, con un gesto de profunda sospecha, pidió que le trajeran al niño. De nuevo demostraba aquella faceta de su carácter de no creerse nada de entrada. Abid llegó a la habitación y le besó la mano.

–¿Qué ha pasado, hijo? –le preguntó–. No te has hecho daño, ¿no?

–No, padre –contestó su hijo–. Estoy bien. No me ha pasado nada.

El sultán intensificó su interrogatorio y obligó a decir la verdad al príncipe, quien por su expresión, estado y gestos se veía que había sido forzado de mala gana a mentir. Resultó que sus hijas Şadiye Sultana y Ayşe Sultana, que no se soportaban y que se peleaban continuamente por el nerviosismo que les provocaba estar encerradas en habitaciones contiguas después de haber llevado una vida libre en los palacios que les habían asignado a cada una, hasta el punto de que

el joven médico les recetaba tranquilizantes de vez en cuando, habían vuelto a discutir, como siempre, y esta vez Ayşe Sultana sufrió un ataque de nervios, agarró un plato que había sobre una cómoda y lo estrelló contra el suelo haciéndolo pedazos. Las demás damas acudieron al estruendo y se esforzaron en lo posible para calmar la situación.

Tras oír la explicación, el sultán permaneció largo rato en su habitación, reflexionando. De hecho, hacía tiempo que era consciente de la tensión y suponía que, tarde o temprano, estallaría un altercado. Y no solo eran sus hijas, también sus esposas, cada una de las cuales en tiempos había tenido su propio palacete con su bosquecillo porque los palacios las asfixiaban, hacía más de un año que vivían el trance de estar arracimadas en cuatro o cinco habitaciones. Como no se les permitía, no ya salir al jardín, sino ni siquiera asomarse a la ventana, discutían y exteriorizaban sentimientos que antes permanecían dormidos dentro de ellas: celos, ira, odio... Pero la situación de sus hijas era especialmente dolorosa. Echaban de menos a sus prometidos en Estambul, sentían el profundo dolor de que quizá nunca se haría realidad el sueño de formar un hogar con ellos, vivían con la preocupación de que sus pretendientes las abandonarían ahora que eran una familia abatida y sufrían frecuentes ataques de llanto que intentaban que su padre no oyera.

De la misma forma que en tiempos había resuelto grandes problemas de Estado, el soberano tenía que resolver los desacuerdos en el seno de la familia. Porque por muy depuesto que estuviera, un sultán siempre debía comportarse como tal.

Después de meditar largo rato absorto en los anillos de humo que se elevaban desde sus labios, ordenó al mayordomo que le comunicara al comandante que le gustaría hablar con él, si era posible. Sonrió con amargura cuando recibió la respuesta de que el comandante estaba ocupado y se pasaría al día siguiente. Rasim Bey, el nuevo comandante, no era comprensivo, tolerante y compasivo como el anterior. Cierto, como había Dios, que no había cometido la menor falta ni en sus funciones ni en el respeto debido, no como aquel extraño médico, pero sin duda era un militar duro y hacía todo lo que estaba en su mano para cumplir sus órdenes al pie de la letra. Cuando llegó al día siguiente no aceptó la oferta del sultán de café y cigarrillos y le preguntó directamente qué quería. El sultán, con tono convincente y de muy buenas maneras, reiteró su fidelidad a su hermano el sultán Reşad y al gobierno y dijo que todos los días rezaba por su éxito pero que se había convertido en una necesidad urgente el que se cumpliera una de sus insignificantes peticiones. Ya había solicitado que se permitiera a sus hijas regresar a Estambul para que formaran un hogar, pero hasta el día de hoy nadie había dicho una

palabra. Lo que le pedía al comandante era que lo hablara con sus superiores y que le encontraran una solución. Además, era evidente que su hijo Abid, en edad escolar, necesitaba asistir a clase en Salónica. Quedaría muy agradecido si también solucionaban aquel asunto. Al fin y al cabo, tanto las princesas como los príncipes eran sobrinos del magnífico sultán Reşad. Estaba seguro de que se mostraría compasivo con ellos.

–Señor comandante, hijo mío –añadió como colofón a sus palabras–, por último, ¿me permite que pida también algo para mí? Llevamos encerrados en esta casa más de un año. Comprendo que no se me permita salir al jardín, pero si al menos se me concediera permiso para asomarme al balcón que da al jardín tendría la oportunidad de que mi anciano cuerpo se reencontrara con el sol y de respirar aire fresco.

–De acuerdo –dijo Rasim Bey con respeto, pero con seriedad–. Comunicaré sus deseos a mis superiores –le saludó militarmente y se marchó.

Esa noche el sultán pidió que toda su familia se reuniera en el piso bajo. Solo debían acudir los miembros de la misma. Sus esposas, sus hijas y sus dos hijos le besaron respetuosamente la mano.

El sultán estaba sentado en un sillón, con el rosario en la mano derecha. Su familia esperaba de pie ante él.

–Me satisface y me alegra ver que estáis todos sanos y bien –comenzó, y continuó con una voz que le salía de lo más hondo–: Puede que hayan atentado contra mi sultanato, que me hayan arrebatado el trono, que le hayan dado un golpe a mi buen nombre y a nuestra dicha. Todo ello son designios del Todopoderoso. Dios nos libre, no se nos ocurriría rebelarnos y, sabiendo que todo proviene de Él, aceptamos nuestro destino con resignación. Con todo, somos miembros de uno de los linajes más importantes de la historia del mundo, si no el primero. No existe en la historia otra dinastía que haya permanecido tanto en el trono aparte de la otomana. Los emperadores romanos y bizantinos procedían de distintas familias, y así ocurre en Francia e Inglaterra. Pero la dinastía otomana gobierna desde hace siglos y, si Dios quiere, lo seguirá haciendo más siglos. Aunque ahora no detentemos la corona, llevamos sobre nuestros hombros la responsabilidad de pertenecer a tan renombrado linaje. Todos juntos debemos demostrarle al mundo entero que llevamos esa carga con dignidad. No ignoro y comprendo el estado mental en que se encuentran nuestros jóvenes después de estar encerrados tanto tiempo en esta mansión y hago todo lo que está en mi mano para resolver esta situación. Hasta que llegue el momento os pido que la aceptéis con paciencia y determinación y que evitéis comportamientos díscolos. Recordad que la última palabra la tiene Dios.

Aunque Ayşe y Şadiye, que escuchaban el discurso cabizbajas, comprendían perfectamente a qué se refería, no dijeron palabra como correspondía al decoro, y cuando el soberano los despidió a todos diciendo: «Vamos, que Dios os dé serenidad a todos», se retiraron de su presencia retrocediendo avergonzadas.

La buena noticia del regreso a Estambul – La sombra que cae sobre la alegría – El príncipe socialista

La esperada buena noticia llegó diez días más tarde. El gobierno, bien por haberse vuelto más compasivo o bien porque se había librado de la sensación de peligro que pudiera crear el antiguo sultán, dio permiso para que varios miembros de la familia, entre los que se encontraban las hijas y las esposas, pudieran regresar a Estambul. La noticia fue recibida con un prudente alivio en el piso bajo de la mansión Alatini y con alegría y entusiasmo en el superior. Por fin cambiaba la suerte de la familia, aunque solo fuera de una parte de ella. La nueva generación se casaría y le darían a Abdülhamid nietos que continuarían la estirpe para toda la eternidad.

Las tres hijas, el hijo mayor y tres esposas comenzaron los preparativos para volver a Estambul, pero las damas Müşfika y Naciye estaban decididas a no dejar solo al sultán. Sobre todo Müşfika Hanım, que no era capaz ni de imaginarse un destino apartada de su marido. Permanecería con él hasta su muerte. Las esposas del sultán eran bellezas caucasianas de ojos azules o verdes y mucho más jóvenes que él. Las habían seleccionado especialmente para llevarlas a palacio y durante mucho tiempo habían recibido clases de poesía, música, lenguas extranjeras y otras materias similares. El anciano sultán quería a todas sus esposas, pero el lugar que ocupaba Müşfika ante sus ojos era especial. Habría querido exhalar su último aliento en sus brazos.

Las damas que querían regresar a Estambul señalaron que les gustaría hacerlo con sus retoños y el sultán lo encontró razonable. En realidad, la hija de Müşfika también era una de las que iban a volver y, a pesar de ello, la noble esposa prefirió quedarse en Salónica, junto al anciano y depuesto sultán, aunque fuera quizá al precio de perderse el gozo de ver felizmente casada a su hija. Tal vez fuera la única que amaba de corazón al sultán de entre las decenas de muchachas que ingresaron al harén a lo largo de su vida. Cuando el padre de aquella belleza nacida abjasia, en el Cáucaso, cayó muerto en combate, ella fue entregada como concubina al harén, y pronto la muchacha, de catorce años, se convirtió en esposa del sultán, que cayó prendado de ella. Su verdadero nombre era Ayşe, pero se lo cambiaron como era costumbre en palacio, aunque ahora vivía en el de su hija, Ayşe Sultana. Como en origen era concubina mientras que su hija era descendiente del sultán, le mostraba a esta un exagerado respeto y se ponía en pie cuando ella entraba en la habitación. Así era la formación que había recibido en palacio. Cuando les dieron permiso para regresar a Estambul, Ayşe le imploró a su madre que fueran

juntas, pero ella prefirió quedarse con su marido, caído a causa de la nefasta fortuna, y no decía más que «Mi señor me necesita». Quienes conocían de cerca la vida de palacio sabían que el sultán estaba de verdad muy profundamente unido a ella. En cierta ocasión Abdülhamid creyó que todos sus médicos se habían puesto de acuerdo para envenenarle y se negó en rotundo a tomar ningún medicamento a pesar de lo enfermo que estaba. De más está decir que los despidió a todos. La única persona capaz de calmarle y darle la suficiente confianza como para que aceptara la medicina de sus manos fue Müşfika Hanım. Así de profundos eran el afecto y la confianza que se profesaban. En el tiempo que pasaron en la mansión Alatini la joven nunca soltó de la mano a su paranoico marido, ya con más de setenta años. Algunas noches acudía a su dormitorio, lo tranquilizaba, calmaba sus sospechas. Ayudaba a que el sultán se sumiera en un sueño tranquilo. Con su paciencia de santa se ganó también el respeto de las demás esposas.

El permiso para regresar a Estambul provocó una alegría festiva en el piso superior. Las princesas celebraron la noticia batiendo palmas, danzando, tocando piezas alegres al piano, bailando rondós abrazadas a pesar de las disputas entre ellas. Rezaron por su tío, el sultán Reşad, que había dado su aprobación. No podían contener las lágrimas de alegría. Por fin dejarían de morirse lentamente palideciendo en aquella cárcel de Salónica, podrían reencontrarse con sus prometidos y formar sus propias familias. Desde ya se imaginaban los velos y las colas en las bodas celebradas en palacio bajo el amparo de su tío el sultán. Ni siquiera se les pasaba por la cabeza que el verdadero objetivo de los apuestos aristócratas y oficiales de alto rango que habían querido casarse con ellas mientras su padre era todopoderoso en el trono fuera conseguir poder y dinero. Aquellos jóvenes estaban enamorados de ellas, tal cual, no había otra explicación posible. Pero ahora empezó a corroerlas una ponzoñosa sospecha. «¿Y si se arrepiente, y si no quiere aceptar a la hija de un hombre a quien todos maldicen?» y otras mil preguntas similares se les clavaban en la mente como barrenas, les quitaban el apetito, provocaban que empaparan pañuelos y más pañuelos en silencio por las noches. Y pronto se vería que las pobres princesas no andaban muy desencaminadas en sus sospechas.

Por fin llegó el gran día, madres e hijas se pondrían en marcha con sus sirvientes y regresarían a Estambul de nuevo en un tren nocturno, tal y como habían venido. Las princesas, que no cabían en sí de alegría y que compensaban la pena de pensar que dejaban allí a su padre y quizá no le verían nunca más con la emoción de iniciar una vida del todo nueva, se despidieron de él en la puerta del palacete besándole las manos con ojos llorosos. El sultán regresó a su

habitación prácticamente a la carrera porque no podía resistir más aquella ceremonia de despedida.

El aire fresco del jardín y una dulce brisa llenó de alegría de vivir el corazón de las princesas. Cruzaban la puerta por primera vez desde hacía un año. Ni siquiera las miradas hostiles de soldados y oficiales fueron capaces de estropearles el buen humor.

–Vamos a llevarlas a una habitación –les dijo entonces el comandante–. Allí las registrarán cuidadosamente. Lo harán nuestras esposas. Luego se les entregará ropa nueva y dejarán aquí la vieja.

Las princesas y las sultanas enrojecieron ante aquella grosera propuesta, pareció que iban a elevarse entre ellas las protestas y una ardiente rebelión, pero el rostro del comandante, duro y sin expresión, bastó para quebrantar su valor. No les quedaba otro remedio que aguantar aquella última humillación. Sin embargo, el asunto adquirió un cariz peor de lo que esperaban. Las mujeres de los oficiales, reunidas en la sala de guardia, desnudaron de arriba abajo a cada una de las jóvenes damas. Registraron hasta en los lugares más íntimos a la familia imperial, poseída por un horror y una vergüenza increíbles, con un tratamiento tan inhumano que hundía hasta el fondo a aquellas mujeres que habían querido mantenerse orgullosas a lo largo de su existencia, antes magnífica y ahora empobrecida. Las manos de las esposas de los oficiales, de mirada fría e incluso hostil, pasaron por los cuerpos de las esposas y las hijas del califa. Rebuscaron en el cabello, que les llegaba hasta la cintura, pelo por pelo. Cuando salieron al jardín las jóvenes no eran capaces de mirar a nadie a la cara, ni siquiera de mirarse entre ellas. Nada podía haber sido tan devastador. Era como si todas, incluidas sus sirvientas, hubieran sufrido una violación en masa. Supieron contenerse hasta que el coche de caballos salió por la reja del jardín, pero en cuanto estuvieron más allá de los muros del palacete fueron incapaces de impedir que les corrieran las lágrimas que estaban acechando en las comisuras de sus ojos. Lloraron a mares sin decir palabra hasta que llegaron a la estación. Tras subir al tren con un ejército de guardias, Refia Sultana les dijo a sus hermanas:

–El pecado no es nuestro, sino de esos bandidos unionistas. En este mundo y en el siguiente sentiremos en nuestros cuerpos las manos de esos oficiales y de sus horrorosas mujeres. Me refugio en Dios para que me proteja de su maldad.

–Sí –asintió Ayşe Sultana–. Y hay algo más. Los que temen a nuestro padre, que incluso habiendo caído en la situación en que se encuentra y con las manos atadas, se arriesgan a cometer estos pecados para encontrar cualquier mensaje, un diminuto trozo de papel. Su miedo es mil veces mayor que el nuestro.

Luego pareció que se les pasaba todo un poco con el traqueteo

monótono del tren de Estambul y sus jóvenes corazones se colmaron de pensamientos sobre los jóvenes y apuestos aristócratas que las recibirían en Estambul, o eso esperaban, con sus bigotes a la francesa y los feces caídos a un lado al estilo de «muero por ti». Junto con sus demás parientes, sus prometidos irían a la estación de Sirkeci. Irían, seguro, tenían que ir. De repente, empezaron a surgirles pequeñas sospechas. ¿Vendrían? ¿Recibirían con los brazos abiertos a las hijas del antiguo sultán, maldecido por todos? ¿Y sus hermanos? Aunque vinieran todos estaban seguras de que Abdülkâdir no lo haría. Aquel príncipe que se decía socialista no tenía mucha relación con su familia ni con palacio.

A ojos de aquel muchacho rebelde la corte, el trono o el sultanato no valían nada. Su vida giraba en torno al violín y al socialismo. Durante años había recibido reprimendas porque se oponía a las ideas anticuadas de su padre, quien nunca le había entendido ni sentía ningún respeto por sus opiniones. En los días más señalados el sultán golpeaba el suelo con el bastón con un gesto amenazador y regañaba al príncipe:

–Déjate de tonterías, eres un príncipe. ¿Qué te importa a ti esa indecencia llamada comunismo? ¿Es que puede salir algo bueno de una filosofía del populacho? Son asuntos para zánganos rusos.

Había ordenado seguir al acorazado *Potemkin*, con cuya rebelión no había podido ni el zar de Rusia, y que erraba por el mar Negro deteniéndose en diversos puertos. Contra la posibilidad de que el buque amotinado entrara en el Bósforo, el estrecho se había protegido con baterías de artillería y con minas. Un motín en un buque de guerra era una de las cosas que más temía Abdülhamid. Dios no lo quisiera, pero esas cosas empezaban con una chispa y luego iban creciendo hasta convertirse en un incendio. Solo era cuestión de tiempo que el territorio otomano se contagiara. Si buques de guerra apuntaban desde el Bósforo al palacio con sus cañones no habría nada que hacer. Todo se desmoronaría en un instante. Por suerte el *Potemkin* no llegó a Estambul. Fue al puerto de Constanza y allí se entregó y el sultán pudo respirar tranquilo. Entonces se dejó llevar por la idea de que algunos de los oficiales amotinados del *Potemkin* habían conseguido llegar a Estambul y empezó a registrar la ciudad palmo a palmo. En esos días no dejaba de sermonear a Abdülkâdir: «Mira tus zánganos comunistas la que han liado. ¿A esos es a los que quieres emular?». Pero el príncipe, que no podía remediar su curiosidad de hojear a escondidas los periódicos y las publicaciones extranjeras a pesar de la censura, también leía artículos en que se calificaba a su padre de «un sultán al que le da miedo un único barco y que tiembla noche y día, no vaya a ser que llegue el *Potemkin* y bombardee el palacio». Porque su padre, a causa de la paranoia, había permitido que

la marina otomana, que en tiempos de su tío era la segunda potencia naval del mundo, se pudriera en el Cuerno de Oro, dejando las aguas otomanas sin protección. Y había enviado a las costas del mar Negro al ministro de Marina para que le implorara al *Potemkin* en caso de que se acercara: «Deles lo que pidan, cumpla con todos sus deseos, pero que no toquen Estambul». Según aquellos periodistas, el sultán había dejado en una situación penosa a toda una potencia mundial. Algunos escribían incluso que después del caso del *Potemkin* había afirmado: «¿Veis, tenía razón o no en dejar de lado a la marina?», y que había revocado la orden de que se enviaran dos buques al Yemen para meter miedo a los rebeldes. Sin embargo, un día el príncipe se quedó muy sorprendido cuando su padre lo llamó a su presencia y con una sonrisa de soberbia en los labios arrojó ante él unos recortes de la prensa extranjera y le dijo: «¡Toma, lee!». Porque eran artículos escritos en distintos momentos de dos líderes comunistas rusos llamados Vladímir Lenin y Lev Trotski que trataban de derribar al zar, en los que decían que encontraban a su padre más inteligente que al zar Nicolás. El príncipe se quedó estupefacto, meditó largamente después de dejar al sultán, dedujo que los líderes comunistas habían llegado a aquella conclusión porque no conocían a su padre y continuó practicando con su violín Stradivarius, del que había llegado a ser un virtuoso, el concierto que había dejado a medias. No podía imaginarse una existencia sin violín y sin música y no tenía ambición para el sultanato ni nada parecido. No obstante, tampoco podía competir ni siquiera en aquel campo con su padre, que siempre lo aplastaba. Sobre palacio caía un diluvio de obras compuestas por los más famosos músicos de las cuatro esquinas del mundo, que se las ofrecían a su padre, el sultán. En Viena se interpretaban los «Cuentos orientales» que el compositor Johann Strauss le había dedicado al sultán y uno de los carteles que adornaban aquella capital de la cultura había llegado hasta palacio. Cierto, a su padre tampoco le gustaba la música a la turca, sino la occidental, pero ¿podía compararse esa afición con todo el esfuerzo que él le dedicaba a la música? Su vida era solo la música, pero tampoco en ese campo lograría nunca ser tan famoso como su padre. El sultán era un hombre muy extraño. Rezaba las cinco oraciones del día y tenía sumo respeto por el islam. Pero, por otro lado, había permitido que se construyeran en el imperio fábricas de cerveza y raki e incluso no había puesto ninguna objeción a que se abriera el primer burdel. El incremento enorme de traducciones de lenguas extranjeras, el paso a la hora a la europea y que se prohibiera el *charshaf* a las mujeres, todo era obra suya.

Atentado

El sultán, libre de su temor del Halley y de preocuparse día y noche por sus hijas, miraba absorto por la ventana que daba al balcón y, aspirando profundamente su fuerte cigarrillo, contemplaba las hojas que se movían en la brisa, los árboles y los parterres del jardín, o sea, el paisaje que a esas alturas ya había memorizado, cuando lo sobresaltó un estampido de un arma y sintió que una bala le pasaba rozando el lóbulo de la oreja. De inmediato se refugió tras la pared. En lugar de ceder a las quimeras y preocupaciones que gobernaban su vida, siempre sumida en el miedo, llegado el momento de verdadero peligro se adueñaban de él la sangre fría y la fuerza de voluntad, así que contuvo la respiración y esperó. Dentro y fuera del palacete se oían pasos y nerviosas carreras. En eso llamaron a la puerta, el mayordomo gritó con voz preocupada «¡Majestad!» y él le contestó «¡Estoy bien!», pero, por algún motivo, no le pidió que entrara. Prestaba atención al entorno y, por otro lado, trataba de poner en orden sus confusos pensamientos. Había sido un único disparo, no habían continuado. En realidad, de tratarse de una ejecución ordenada por Estambul no lo habrían hecho así. Habría llegado el comandante, le habría leído la orden en la cara, le habría permitido hacer las abluciones y rezar sus oraciones y solo después se llevaría a cabo la ejecución. Así que aquello era otra cosa. Teniendo en cuenta que no se habían producido más disparos, podía ser un intento de atentado de un oficial solo. Lo mejor era esperar con calma y no pasar por delante de la ventana, aunque tampoco era fácil llevar a la práctica esa decisión. Llamaron de nuevo a la puerta, que esta vez sí se abrió. Müşfika se lanzó al interior de la habitación con una expresión de horror en la cara y chillando: «¡Majestad, majestad!, ¿le han matado, majestad?». Al ver sano y salvo a su marido se arrojó al suelo, se abrazó a las rodillas del sultán y continuó llorando a voz en cuello, como un chaparrón que nunca fuera a amainar. El sultán la tomó por los hombros, la levantó y, sosteniéndole la barbilla, le pidió que lo mirara y trató de calmarla con voz cariñosa:

–Estoy bien, preciosa mía, estoy bien. No hay nada de qué preocuparse.

–Si su sagrado cuerpo sufriera algún daño, yo no podría seguir con vida, majestad –dijo la joven sin poder impedir sus sollozos–. Tendría que llevarme a mí también.

El sultán depositó unos breves besos en aquel bello rostro, en las húmedas mejillas y luego la abrazó con fuerza. Entre sus brazos el cuerpo joven y delicado temblaba como una hoja en otoño. En eso

volvieron a llamar a la puerta y el mayordomo anunció que el comandante quería hablar con su excelencia el sultán. Tras acariciar el cabello de su esposa el soberano salió de la sala y se acercó al comandante, que le esperaba de pie.

–¿Qué es lo que está pasando, comandante, hijo mío? –preguntó–. ¿Qué es este revuelo?

El comandante parecía apurado y su cara morena, más oscura de lo habitual.

–Señor, ha ocurrido un incidente. Espero que no esté herido.

–No, como ve, me encuentro perfectamente. ¿Qué ha ocurrido?

–Uno de nuestros oficiales ha cometido una insubordinación y ha disparado en dirección a la casa. Lo hemos arrestado de inmediato, lo hemos encerrado en el calabozo y lo vamos a enviar al cuartel general para que lo interroguen.

–¡Dios mío! –exclamó el sultán–. ¿Quién ha perpetrado tal crimen?

–El teniente Salim –respondió el comandante azorado.

–¿Ese que llaman «Salim *el kurdo*»?

–Sí, señor.

El sultán Hamid guardó silencio por un momento mientras se acariciaba la barba y reflexionaba.

–Era cierto –murmuró.

–¿Qué era cierto, señor?

–Que del bien nace la maldad. Yo he ayudado mucho a este Salim. Era hijo de una familia pobre. Quería ser militar. Un día esperó en el camino a palacio para implorarle a İsmet Bajá y este me lo contó. Hice que lo matricularan en la academia. Mire, ahora es teniente, pero ¿qué es lo que pretende de mí? ¿Ha dicho algo?

El comandante inclinó la cabeza avergonzado y susurró:

–Cuando le preguntamos, en un primer momento dijo que el arma se le había disparado por accidente, pero al presionarle un poco comprendimos que veía el intento de atentado como un hecho heroico.

Abdülhamid rio con amargura.

–De hecho, es la última moda. Matar al sultán Hamid, insultar al sultán Hamid, acusar al sultán Hamid de todas las maldades. ¿Qué os ha hecho el tal Hamid? ¿Qué ha hecho sino servir a la nación? Señor comandante, este país ha sobrevivido gracias a mis medidas en el campo de la diplomacia. ¿Es esta mi recompensa?

Se dejó llevar y empezó a enumerar los reproches uno detrás de otro hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se calló. Por primera vez en su vida había dejado de lado toda reserva y expresaba con total claridad sus sentimientos, algo que podría llegar a rozar el peligro de enfurecer al comandante.

–Por supuesto, todo es obra de Dios. Se ve que era el designio del Todopoderoso. La verdad es que yo estaba ya muy cansado. Tenía la intención de deshacerme de tan grandes responsabilidades y cederle el trono a mi hermano. Que Dios guarde a nuestro sultán que me permite llevar esta vida tan tranquila.

–De nuevo, lamento el susto, señor –dijo el comandante sonriendo por lo bajo, y después de un saludo militar, salió.

Una vez que se hubo marchado, el sultán aspiró profundamente el humo de su cigarrillo y se quedó absorto con las columnas de luz que se reflejaban sobre el entarimado del suelo de la sala, como si el sol matutino alargara sus dedos hacia la mansión, y en las que bailaban diminutas partículas de polvo. Aunque no recibiera noticias del exterior podía suponer que se pronunciaban insólitas calumnias contra él, que se publicaban historias falsas y que los periodistas enlazaban insulto tras insulto. No estaba en su mano impedirlo, pero de todas formas debía de haber algo que pudiera hacer. Después de tantos servicios al país, no podía permitir que lo cubrieran con un telón negro y que ocultaran las verdades con su oscuridad. Si de repente sucedía lo inevitable y cerraba los ojos a este mundo pasajero, no tendría la oportunidad de replicar a nada. Lo mejor sería que contara él mismo ciertos acontecimientos importantes de los que había sido testigo. Fuera como fuese, la historia se encargaría de limpiar su nombre. Bastaba con que las verdades salieran a la luz.

Esa tarde mandó llamar a Ali Muhsin Bey, uno de sus secretarios. Con la alegría de encontrar por fin algo que hacer, porque, aunque en palacio no podía levantar la cabeza de los papeles, desde que habían llegado a la mansión no había tenido otra ocupación que contar moscas, el señor secretario empezó a escuchar a su soberano con toda atención y oyó que le decía las siguientes palabras en voz muy baja:

–Ali Muhsin Efendi, tengo que encargarte una misión muy importante. Es tan secreta que, de la misma forma que nadie más puede saberlo, tú mismo olvidarás lo que vas a hacer. Manda que te compren un cuaderno con la excusa de que tienes que llevar las cuentas. Todos los días vendrás aquí a horas distintas y transcribirás en ese cuaderno lo que yo te diga. Cuando entres y salgas no lo lleves en la mano, guárdatelo debajo de la chaqueta, que nadie te lo vea nunca. Hala, vamos a ver cómo cumples el encargo.

Al salir de la habitación Ali Muhsin Bey temblaba de emoción porque sentía que le había sido encomendada una misión crucial. Comprendía que sería el escribiente de los secretos del sultán depuesto y pasaría al papel recuerdos tan trascendentes que podrían desplazar el mundo de sus ejes. Le estremecía el corazón la posibilidad de que en el futuro aquello se publicara con el título de *Memorias de Abdülhamid por Ali Muhsin Bey* y alcanzara una enorme fama. Incluso

podría convertir aquellos recuerdos en una gran fortuna. Se dispuso a llevar a cabo las órdenes del sultán mientras sentía el dulce peso de un enorme mirlo blanco que se le había posado encima con las alas abiertas. Por desgracia, los sueños del secretario terminarían simplemente como una peligrosa iniciativa, ya que la autoridad lo hizo vigilar al sospechar algo con la compra del cuaderno; al tercer día lo sometieron a un registro y, como consecuencia, lo encarcelaron en el más oscuro sótano. Para el sultán la prisión era el palacete y para el secretario, el sótano.

Aquello abrumó de tal forma al sultán que, con el propósito de consolarse, se encerró en la habitación que tenía reservada para las labores de carpintería y durante días no dejó la sierra, el nivel, las gubias y los formones, las prensas y la cola. Le cortaba la respiración haber sufrido semejante injusticia, la cual le oprimía el corazón como si fuera la prensa que sostenía en la mano. Mientras sus ancianas y hábiles manos creaban maravillas fabricando cajas con combinación y armaritos con cajones secretos, su cabeza se concentraba, quizá gracias a la tranquilidad de saberse por fin a salvo, en el problema de qué sería del imperio. Estaba convencido de que, a pesar de las radicales medidas tomadas por su abuelo Mahmud II, aquel imperio de tan larga existencia había llegado al punto de su desintegración. La malhadada guerra del 93 que se encontró en el regazo cuando ascendió al trono había sido como el último clavo de su ataúd. Sabía perfectamente todo lo que había sufrido para asegurar la continuación del Estado y todo lo que habían tramado los ingleses para arrebatarle los ricos yacimientos de nafta en los que habían puesto los ojos. No solo los ingleses, por supuesto, pero a las otras naciones no les daba tanta importancia. ¿Eran así los británicos? Desde que tenía memoria, había sentido admiración por ellos, pero también recelo. Mientras cepillaba la madera con un cigarrillo a medio consumir entre los labios, algo se le vino a la mente: «Hay que temer a los ingleses y a las ratas». Había conocido a mucha gente a la que las ratas les habían comido las orejas o la nariz mientras dormían. Lo hacían sin que uno se enterara siquiera. Adormecían el órgano que se iban a comer soplándole y lo roían sin que la víctima se diera cuenta. Y así eran los ingleses, si se les metía en la cabeza llevarse algo, se ponían en marcha con métodos que ni al mismo diablo se le hubieran ocurrido y no paraban hasta conseguirlo al precio que fuera. Entretanto, la víctima no se enteraba de nada hasta que no había pasado todo. Su aletargado hermano no entendía de esos asuntos. Él no sabía quiénes estaban en el gobierno, pero estaba seguro de que no eran hombres de Estado decentes. Sobre todo si la administración caía en manos de esos oficiales rebeldes de Rumelia, el imperio por el que sus antepasados habían sudado sangre se desplomaría en menos de una

década. Estaba seguro. Los judíos estaban comprando tierras alrededor de Jerusalén porque querían crear un nuevo Estado para ellos allí. Y La Meca y Medina también se encontraban en peligro desde el alzamiento de los wahabíes.

El doctor estaba sumamente satisfecho de la vida, pero le agobiaba tener que ir cada día al palacete en lugar de al hospital y cuidar de la familia y los criados y, por si eso fuera poco, aguantar la lata que le daba el sultán sobre temas médicos. Cuando las mujeres aún no se habían marchado a Estambul, o bien tenían diarrea, con perdón, o sarpullidos, o forúnculos, o, como también Abid, enfermaban de gripe cada dos por tres. Lo más extraño era que todas aquellas quejas no se las transmitían ellas mismas, sino el sultán.

–Doctor Bey, hijo mío –le decía–, debería prepararle un jarabe a mi tercera esposa, un poco de aloe, un poco de sen de Alejandría y un poco de canela auténtica.

Cuando el médico, sintiéndose inútil, le preguntaba ligeramente irritado para qué necesitaba todo aquello, se enteraba de que la tercera esposa tenía un poco de neuralgia. Todos sufrían ese tipo de problemillas. El sultán tenía totalmente alterado el sistema digestivo y comía como un pajarito porque no podía digerir nada. Sus platos preferidos eran los calabacines guisados y el yogur. A pesar de que no salía nunca de la casa, contraía la gripe a menudo. Pero lo más importante era la maldición de las hemorroides, que torturaban su anciano cuerpo. A veces le sangraban, pero solo le mencionaba el tema al médico cuando ya no podía soportar el dolor. Un día el doctor le dijo que tenía que auscultarlo bien porque estaba claro que sufría más de lo necesario y, cuando llegó a la mañana siguiente, sacó del maletín un instrumento que bastó para horrorizar al sultán. Le preguntó qué era aquello, que parecía un gancho de metal con dos puntas.

–Un espéculo –respondió el médico–. Tengo que explorarle con esto.

El sultán empalideció.

–O sea, que ahora, esa cosa enorme... Usted perdone... ¿Tiene que metérmela por ahí?

Al médico se le pasó por la cabeza contestar con un «Sí, majestad» y añadir un extraño chiste, pero se dio cuenta de que sería de lo más inapropiado y lo borró de la mente. Fuera como fuese, cumpliría con su obligación hacia aquel hombre de la mejor manera posible y no mostraría el menor comportamiento ajeno a su juramento hipocrático.

El arrogante sultán rechazó de plano la propuesta del espéculo:

–Ni muerto me dejaría hacer eso.

El doctor llenaba cada día su maletín con éter, quinina, tintura de tuya, esencias de opio, de menta, de canela, de agrimonia, de clavo de

olor, de cantárida y todo tipo de elixires y potentes purgantes con los que intentaba aliviar los cada día más frecuentes males de la familia imperial y su servidumbre. La mayor dificultad la presentaba el propio sultán. Aquel anciano testarudo insistía en no tomar ningún medicamento químico, no le gustaban los tratamientos del médico y le explicaba una y otra vez cómo había empleado sus propios métodos para curarse a sí mismo y a sus seres queridos. Hablaba como si no tuviera ninguna duda de que tenía más conocimientos de medicina que nadie y sacaba de quicio al pobre médico objetando a todo lo que decía e incluso dándole consejos. Verse durante bastantes horas al día no había profundizado la relación entre aquellos dos hombres, pero sí había creado una extraña proximidad distante. Poco a poco el doctor se iba acercando al punto de olvidar la personalidad política del otro. Frente a él tenía un anciano que le asombraba, sumido en sus quimeras, hipocondríaco, frente al cual la mayor parte del tiempo no sabía qué actitud adoptar; a veces amistoso, a veces complaciente, otras sabelotodo y otras excesivamente respetuoso. Por lo menos estaba más tranquilo que en los primeros días en la mansión y, por ahora, parecía haberse librado del miedo a que lo ejecutaran.

De entre los habitantes de la casa, quien más atraía la atención del doctor era Müşfika Hanım. A pesar de ser la esposa más estimada del sultán y madre de Ayşe Sultana, era una joven tan silenciosa, respetuosa y cortés que el doctor, aún sin pretenderlo, se quedaba admirado de la piel casi transparente y de los ojos castaños, siempre con una mirada de educada distancia, de aquella clara belleza. Ante sus ojos se aparecía como un ángel que esparcía bondad y luz a su alrededor y que no se comportaba como una cortesana caprichosa como hacían los demás miembros de la familia y la casa, que se inventaban enfermedades de puro aburrimiento y que llamaban al doctor por cualquier cosa. Lo que lo sumía en el asombro y que nunca habría esperado ver en aquella mujer extraordinaria era el inconcebible amor que sentía por su anciano esposo.

–Señor doctor, estoy muy preocupada por la salud de nuestro soberano –le decía a menudo–. Olvídese de nosotras y ocúpese de él. Quienes no lo conocen de cerca no pueden saberlo, pero tiene una personalidad excepcional, sumamente sensible, cariñosa y altruista. Si nuestro bienhechor está bien, nosotras también. Se lo ruego, que no le pase nada, porque eso significaría el fin de mi vida.

El doctor contemplaba admirado aquel profundo amor que daba alas al corazón de la joven, la manera en que se le enrojecían las mejillas al mencionar a su marido y su tartamudeo al hablar de él, como si fuera una muchacha inocente, y llegaba al punto de sentir celos de aquel viejo quizá porque él no había podido encontrar un amor parecido. Müşfika Hanım se había resistido a separarse de su

esposo a pesar de que le habían dado permiso para regresar a Estambul y, en cambio, su hija sí que lo había hecho.

–Mi lugar está a los pies de mi señor –decía–. Ninguna fuerza podría apartarme de él.

Al regresar a su casa cada tarde, el doctor le escribía primorosas cartas a su amada, que ya no sabía si era real o un sueño, las metía cuidadosamente en un sobre y las guardaba en el cajón. Después tomaba uno de los cuadernitos de notas que las compañías farmacéuticas regalaban a los médicos y registraba lo que habían hablado aquel día el sultán y él. No guardaba en la mesa aquellos centenares de páginas repletas de una letra diminuta sino que, por si acaso, las escondía en un hueco muy a mano que había en la chimenea para que no cayeran en poder de nadie. No compartía aquel secreto ni siquiera con sus mejores amigos. Si, Dios no lo quisiera, cayeran en malas manos podía encontrarse en graves problemas. Lo que percibía como charla con un paciente mayor a la que se había acostumbrado por ser algo cotidiano, eran en realidad las opiniones de un sultán depuesto. El nuevo gobierno se mostraba muy sensible a ese respecto. A fuerza de meditarlo, el doctor había llegado a la conclusión de que los nuevos tiempos no eran distintos a los anteriores y que en el orden actual, en el que todos tenían miedo hasta de su sombra, también se reprimía con métodos salvajes a la oposición. Entonces, ¿para qué se había hecho la revolución que destronó al sultán rojo? Si nada iba a cambiar, ¿para qué poner todo patas arriba?

Por lo que más curiosidad sentía el depuesto sultán era por el estado del imperio, que llevaba tantos años convulso y que todas las grandes potencias trataban de destruir. Qué ocurría en los Balcanes, convertidos en una olla en ebullición; cómo iban las relaciones con Italia, que había puesto los ojos en la Tripolitania; si el nuevo poder era capaz de proteger los campos de nafta de Mosul y Kirkuk, y, por supuesto, Palestina... ¿Hasta dónde había llegado la insistencia en crear un Estado judío en Palestina? Eran preguntas a las que les daba vueltas en la cabeza desde las primeras horas de la mañana hasta la medianoche. Su trabajo, su oficio había sido proteger el imperio hilando muy fino, pero ahora le ocultaban hasta la más mínima información. El doctor era consciente de que el sultán no dejaba de tirarle de la lengua, pero evitaba con habilidad las preguntas trampa del anciano. Con todo, la situación iba camino del desastre, gran parte de los Balcanes se les estaban yendo de las manos y los pueblos de fe ortodoxa superaban sus desacuerdos internos e iban anunciando la independencia uno a uno bajo la protección de Rusia. Millones de súbditos otomanos que vivían en los territorios perdidos trataban de huir desesperados a pie a Estambul y por los caminos sufrían matanzas por parte de partidas de bandoleros y de *komitadji* balcánicos.

Inglaterra se esforzaba por quedarse con los campos de nafta de Oriente Próximo incitando a los súbditos árabes a rebelarse contra Estambul. En resumen, mientras aquel viejo se ocupaba de elixires, pomadas y vahos balsámicos y se frotaba las manos sin cesar con colonia Atkinson por miedo a los microbios, el inmenso imperio se escurría a toda velocidad bajo sus pies. Menos mal que no lo sabía, si no le afectaría al corazón. Las revistas europeas mostraban el imperio como un animal selvático presa de unos poderosos cazadores que se repartían los pedazos.

Ese día caía una lluvia rabiosa cuando llegó el médico. Se empapó mientras subía las escalinatas de la mansión. Al abrir la puerta del salón vio que el antiguo sultán miraba por la ventana, contemplando la lluvia.

–¡Cómo se ha mojado! –dijo–. Créame, echo de menos mojarme. Por violenta que fuera la lluvia, antes yo siempre salía a corretear por los jardines de palacio. Los dones de Dios son cura de todos los males.

Quizá la tristeza que se había desplomado sobre el palacete provenía de la atmósfera melancólica que había creado la lluvia, pero ese día el médico tuvo la oportunidad de comprender un poco mejor lo que rondaba por la mente del anciano. Repasaba su pasado, sus victorias y las destructivas derrotas que nunca se le iban de la memoria y, lo más importante, empezaba a contarle las repetidas ocasiones en que se había arrepentido. Con una voz cansada que apenas se oía y con un tono de queja que se mezclaba con el ritmo monótono de las gotas de lluvia golpeando en la ventana, le dijo que el vientre le había torturado toda la noche a pesar de que solo había cenado un poco de calabacines y yogur. Sentía curiosidad por saber por qué la medicina no había resuelto un problema tan simple y por qué él personalmente tampoco había encontrado una solución. El doctor le dio un jarabe calmante que sacó del maletín y que le aliviaría de inmediato y contempló cómo el anciano se tomaba aquel líquido pardo con sus labios temblorosos y parcialmente azulados.

–Por supuesto, todas las enfermedades se agravan con el tiempo lluvioso –dijo entonces.

–No, no –replicó el sultán–, las enfermedades no; reviven los malos recuerdos, y lo peor es que la lluvia no cesa.

Se rio ligeramente.

–Tengo tantos recuerdos... Como los vampiros, duermen de día y cuando oscurece se me echan encima.

Tras un breve silencio continuó:

–Lo sé, no puede usted darme información del mundo exterior, pero, por favor, ayúdeme en un tema.

Le dijo que esa noche su pensamiento se había centrado en la

cuestión de Palestina. Por lo que le contaba, los sionistas habían recurrido a su gobierno muchas veces para que les diera permiso para crear un asentamiento judío porque estaban preocupados por el aumento del antisemitismo en Rusia y en los demás países europeos, e incluso una vez habían llegado directamente hasta él.

¡Quién no intervenía en aquello! Nobles polacos, diplomáticos franceses, aristócratas ingleses e incluso algunas de las familias más ricas del mundo, como los Rothschild. Todos querían que los judíos tuvieran tierras en Jerusalén y Haifa.

–Es muy extraño, ¿sabe? –prosiguió el sultán–. Mi antepasado Bayezid II les abrió los brazos a cientos de miles de judíos que huían de España y los salvó de la opresión. Desde entonces, los judíos han vivido tranquilamente en nuestras tierras. Se pueden encontrar muchos judíos en el gobierno y en altos puestos. La verdad es que nuestros judíos nunca hicieron tales peticiones de tierras porque no lo necesitaban. No obstante, los judíos de Europa han acudido a nosotros para comprar tierras en el lugar que creen que les ha sido prometido por Dios.

–¿Y no podrían instalarse aquí? –preguntó el doctor–. ¿No sería más fácil para ellos? Al fin y al cabo, la mayoría de los de Salónica son judíos.

–Ya se lo he dicho. Quieren volver a las tierras de David y Salomón. Y sus intentos de derrocarme se deben a que no acepté su petición.

El médico oyó sorprendido cómo el antiguo sultán acusaba por primera vez a los revolucionarios de participar en aquella conspiración. La expresión de arrepentimiento que apareció en su cara en cuanto lo dijo demostraba que se había dado cuenta de la enormidad de lo que suponía. Sus negros ojos se oscurecieron aún más y empezó a mirar a izquierda y derecha, desesperado.

–¡Oh, no! –Parecía que casi se iba a desmayar–. Que Dios le dé larga vida a mi hermano el sultán. Por supuesto, nuestro heroico ejército sabe lo que se hace. Yo solo... Ya ve, me pregunto si la cuestión de Palestina tuvo o no alguna influencia en lo que pasó.

–Bueno, ya que ha salido el tema, dígame –insistió el doctor–, ¿qué es lo que le conduce a pensar así?

–Doctor Bey, hijo mío, por favor, permítame que pongamos punto final a esta conversación tan desagradable –dijo el sultán con tono implorante.

–No –se resistió el doctor–, ya que ha empezado, continúe, por favor. No se preocupe, no soy un chivato que va filtrando información. Puede estar seguro de que lo que diga quedará entre nosotros.

El anciano miró suspicaz al médico mientras reflexionaba qué hacer y se retorcía inquieto. Encendió un cigarrillo con manos

temblorosas y luego le preguntó:

–¿Puedo fiarme de su palabra?

–¡Por supuesto! –contestó el doctor–. Palabra de honor.

El anciano se sumió en largas reflexiones mientras daba profundas caladas a su cigarrillo y por fin empezó a hablar:

–El barón Edmond Rothschild, cabeza de la familia Rothschild, pidió visitarme. Tenía la intención de sacarme el permiso para comprar propiedades en la tierra prometida. Me comporté bien con él y hasta le regalé mil puros de los que fabricaban especialmente para mí. Pero no le di la propiedad total de la tierra y me limité a manipular un poco las normas. Con el tiempo fueron ampliando sus posesiones hasta el punto que diez años después la mitad de la franja costera entre Gaza y Jaffa era propiedad de los judíos. Pero...

Aspiró profundamente el humo de su cigarrillo y luego continuó:

–¿Ha oído hablar de Theodor Herzl?

–No –respondió el médico.

–Un hombre importante –dijo el monarca–. Organizó un congreso que defendía las ideas sionistas con el objetivo de crear un Estado para los judíos del mundo. En primer lugar, presentó su petición a nuestro gobierno. Tanto mis consejeros como yo rechazamos su solicitud. Pero no cejó. Después de años de porfiar, acepté que viniera para poder ver cómo era. Habló sin parar ante mí, no recuerdo todo lo que dijo, pero la idea principal era que estaban dispuestos a pagar nuestra deuda externa a cambio de que les permitiéramos instalarse en Tierra Santa. Por aquel entonces nuestra deuda había aumentado de manera importante y una oferta así podía resultar muy atractiva. Pero ¿cómo iba a entregarles a los judíos Jerusalén, la mezquita de Al-Aqsa y el resto de la Tierra Santa? ¿Cómo iba a aceptar eso mi pueblo? No me limité a rechazar la propuesta de Herzl, sino que cuando se fue emití una orden para hacer de los lugares santos de Jerusalén mi propiedad personal corriendo yo con todos los gastos.

–¿Por qué lo hizo?

–Sabía que los sionistas no iban a dejar de lado su ideal. Si esas tierras eran de mi propiedad podría impedir que en el futuro se creara un Estado judío en Jerusalén. Pero ahora...

–¿Ahora qué?

–Ya sabe que me han confiscado mis propiedades. No sé qué pasará a partir de ahora. Por eso tengo curiosidad por saber lo que está ocurriendo.

Entonces, contemplando los anillos de humo que se elevaban hacia el techo, susurró como si hablara consigo mismo:

–La riqueza de las tierras que gobernaba es lo que me ha arrastrado a esta situación. Piense simplemente: Jerusalén, La Meca, Medina, Egipto, Atenas, la herencia de la civilización griega, Estambul

y, quizá lo más importante, el petróleo. Nada de todo eso me ha traído la felicidad.

«Este hombre puede ser un déspota –pensó el doctor–, pero tiene razón en lo que dice. No habrían permitido que tanta riqueza quedara en manos de una sola dinastía.»

Epidemia de cólera en Salónica – Monsieur Pasteur – El Instituto Imperial de Bacteriología

Al antiguo sultán no le resultaba demasiado dura su vida en la prisión del palacete porque, de hecho, había vivido encerrado durante décadas en palacio. Las posibilidades eran más limitadas, no tenía su oficina de traducciones personal, ni su ópera, ni su teatro, pero lo que realmente llevaba mal no era nada de eso, sino no poder salir al jardín. Echaba de menos el otoño, la lluvia, el frío, la nieve. Si se lo hubieran permitido, habría paseado durante horas por el gran jardín de la mansión, interesándose por cada planta, una por una. Como, por desgracia, siempre le rechazaban la petición, tomaba unos prismáticos y se contentaba con mirar las calles y las casas que rodeaban el caserón y los barcos que se veían a lo lejos.

Un día notó un movimiento desacostumbrado en las calles más allá de los muros. Un grupo de personas con carretas en las que cargaban sus destartalados enseres salían de la ciudad. Sus ropas y su aspecto indicaban que eran de clase humilde. Mirándolos con mayor atención pudo llegar a la conclusión de que eran judíos pobres de Salónica y le poseyó una terrible curiosidad con respecto a aquella emigración. ¿Adónde iba así esa gente? ¿Por qué se marchaban? A primeras horas de la mañana siguiente, al ver que estaban vertiendo cal en algunos puntos alrededor de la mansión comprendió de inmediato que había una epidemia de cólera. El corazón le dio un vuelco. Había luchado concienzudamente contra las epidemias y las temía. Como había visto bastantes a lo largo de su vida, sabía lo difícil que era combatirlas; de ser posible, siempre había intentado cortarles el paso tomando medidas de prevención y mediante vacunaciones.

En el Imperio otomano la tradición de la inoculación estaba muy extendida. Las mujeres inoculadoras tomaban pus en una cáscara de nuez de las pústulas de los enfermos de viruela, luego arañaban la piel de quien fueran a inocular, le aplicaban algo de pus y la cubrían con pétalos de rosa. Europa lo había aprendido de ellas.

La persona a la que más admiraba Abdülhamid en el campo de los microbios era a Pasteur. Envió a París una comisión presidida por Alexander Bajá para que se entrevistaran con el científico. Junto con los saludos del soberano le presentaron la Orden de Mecidiye de primer grado y además una donación de diez mil francos para el Instituto Pasteur, que se estaba creando por entonces. Como se sabe, fue la donación más alta que hizo ningún monarca al instituto. Alexander Bajá permaneció seis meses junto a Pasteur tratando de adquirir sus conocimientos.

El sultán sabía bien qué catástrofe podía ser el cólera. En cierto momento la enfermedad se desplomó sobre Estambul como una plomiza nube de muerte. Mujeres y niños llorando en silencio en todos los barrios, en cada calle ataúdes que llevaban unos hombros hundidos por la desesperación, y un pueblo asustado de todo lo que le rodeaba, del aire, de los árboles, de los pájaros, de los gatos, del viento, del rumor de las ramas. Gracias a sus medidas, que tanto le enorgullecía recordar, aquel maldito sello que la muerte imprimió en la frente de Estambul duró solo ocho meses. Estableció unas «casas del vapor» en todos los muelles y cruces y todo lo que llegaba al país se desinfectaba de inmediato, la ropa y los enseres de los enfermos se quemaban rápidamente, se limpiaban las aguas y los médicos del Instituto de Bacteriología Imperial seguían los avances de los países más desarrollados del mundo en cuestiones de salud pública. Los muebles recogidos en los barrios donde había aparecido la enfermedad se desinfectaban de los microbios con vapor de agua a ciento diez grados gracias a las cajas térmicas de las casas de vapor. Con aquellos métodos, que seguía de cerca, en ocho meses pudo superarse la enfermedad. Pero ahora la epidemia atacaba de nuevo en Salónica, que no disponía de ninguna posibilidad de combatirla. Su hermano no era capaz de enfrentarse a eso. De hecho, era un tipo aletargado, al que no le importaba nada. Por lo tanto, todos se encontraban en grave peligro.

Cuando el doctor llegó poco antes de mediodía, le expuso sus preocupaciones. Por mucho que el médico tratara de ocultárselo en un primer momento, viendo que nada escapaba a la mirada del anciano, acabó por aceptar contarle lo que estaba ocurriendo. Sí, en la ciudad de Salónica había una epidemia de cólera y, para impedir que se expandiera, estaban aplicando todo tipo de medidas, incluida la emigración forzosa.

–¡Yo tengo mucha experiencia en esto! –dijo el sultán–. No sabe usted contra cuántos desastres he estado al mando y con cuántas epidemias he terminado. Aprovéchense de mi experiencia.

No tenía ninguna esperanza, incluso mientras lo decía, sabía que no le consultarían nada. Por eso, en cuanto se marchó el doctor, incrementó de inmediato las medidas de protección en la mansión. Ordenó que todos se lavaran bien con agua hervida y que se pusieran ropa nueva si era posible y, si no lo era, bien lavada y limpia, y que la ropa que se quitaban se apilara cuidadosamente en el exterior. Mandó aviso al comandante pidiéndole que la ropa se quemara en el jardín sin que nadie la tocara con las manos.

Lanzaba un diluvio de órdenes a los criados para que cada rincón del palacete, los suelos, las ventanas, los pasamanos, los picaportes, se frotaran bien con cepillos y una mezcla de agua con vinagre. No

contento con eso, declaró la casa en cuarentena. Nadie entraría aparte del comandante y el médico y se les hablaría a distancia, sin dejar que se acercaran, sin estrecharles la mano y sin que nadie permitiera que lo tocaran. Era una orden válida para todos los habitantes de la mansión. Todos los alimentos que llegaran del exterior primero se lavarían con vinagre en la cocina y solo después de eso se servirían. Lanzar órdenes a diestro y siniestro como en los días de antaño pareció recomponer un poco su postura cheposa, dar color a su pálido cutis y a su voz, el viejo tono de decisión.

–Yo soy quien venció al cólera, a la peste, al tifus, a las fiebres tifoideas –le decía al doctor–. Pero también sé temer, y temer mucho, las soluciones. Hay que tenerle miedo a la epidemia. Es un enemigo invisible y, por lo mismo, el más terrible. En cierta ocasión en que el cólera llegó a Estambul los médicos no se ponían de acuerdo de ninguna manera. Había quien decía que era cólera, quien decía que no, e incluso quienes no creían siquiera en los microbios. Yo hacía que se tomaran muestras de agua de todas partes y que se enviaran a los bacteriólogos para que las analizaran. Y me leía todos los informes, uno por uno. ¿Y con qué me encontré? Con que cada médico iba a su aire, que no se ponían de acuerdo. Como vi que así no íbamos a ninguna parte, le pedí ayuda a Monsieur Pasteur. El gran sabio sentía simpatía por mí por los motivos que ya le he contado. Monsieur Pasteur nos envió a su brazo derecho, Chantimes. Les estoy muy agradecido porque de inmediato hicieron unos análisis y dijeron que definitivamente era cólera, por mucho que los nuestros discutieran. Empezamos a trabajar juntos, hice todo lo que me aconsejaban y les di todo lo que me pedían. Como sabe, le tengo un gran respeto a la ciencia. Confinamos a la población y nos encerramos en casa, como también hizo mi abuelo Mahmut, que Dios tenga en su gloria. Por fin pudimos derrotar al maldito cólera, gracias a Dios. Le rogué a Monsieur Pasteur que dejara a Chantimes en Estambul, pero no aceptó la propuesta afirmando que sin él no podría continuar con su trabajo. Cubrí de regalos y honores a Chantimes para convencerle de que se quedara, pero no pudo ser. Se volvió a París y en su lugar llegó el doctor Nicolle, también del instituto. Ya sabe, el famoso Nicolle. Permaneció años con nosotros. Es el fundador de la ciencia de la bacteriología. Pero ¿de qué se ríe? No creo estar diciendo nada gracioso.

Al doctor le había dado la risa sin querer de puro aburrimiento después de aquella larga perorata del sultán. Por supuesto, estaba al tanto de todo lo que le contaba. Cualquier médico lo sabía, pero también conocía aquella breve sátira que se burlaba de la liberalidad del sultán y que corría por la facultad cuando era estudiante:

Chantimes llegó a la ciudad con su limpísimo sombrero
¡Y le pusieron de bajo rango un fez grasiento!

–De nada, señor –contestó–, me he acordado de algo, disculpe.

Y mientras lo decía sintió de repente que ya no odiaba tanto como antes a aquel anciano que se tapaba la boca y la nariz con un pañuelo a pesar de estar sentado en el otro extremo de la habitación. Era como si se hubiera despojado de su personalidad de sultán y ahora le parecía uno de esos abuelos barbudos, a veces malhumorados, a veces amables, que en las casas turcas tradicionales se sientan en un rincón con el rosario en la mano y el casquete de punto en la cabeza, con el susurro permanente de las oraciones en los labios preparándose para el otro mundo. Prácticamente podía ver a su abuelo ante él. «Si este hombre ha sido un tirano, lo ha sido porque tenía mucho miedo», pensó. Mientras, el sultán se echó abundante colonia Atkinson en las manos y se frotó el cuello y la cara por enésima vez desde que él había llegado. Por la habitación se expandió un fresco aroma.

–Vamos, Abid Efendi –llamó el sultán al niño que estaba tranquilamente sentado en un rincón–, toma el frasco, frótate y se lo pasas al doctor Bey.

–No, gracias –dijo el médico–. Tengo mis propios desinfectantes.

El sultán miró a Abid.

–Doctor Bey, este niño me parece muy delgado. ¿Le damos cerveza?

El médico no podía dar crédito a sus oídos.

–Por Dios, ¿cómo le va a dar cerveza a un niño pequeño?

–Pero está muy delgado –replicó su padre–, la cerveza le dará vigor.

–Entonces le daremos levadura de cerveza. Tiene el mismo efecto, pero sin el alcohol.

La primera fábrica de cerveza había sido fundada en Estambul por los hermanos Bomonti gracias a una concesión especial durante su sultanato y la de Salónica por los hermanos Alatini. Como tanta otra gente, dio permiso a la construcción de las fábricas porque creía que la bebida tenía un efecto reconstituyente.

El doctor quiso pasar por escrito lo antes posible la historia de aquel día para no olvidarla. Al fin y al cabo, no eran habituales los días en que el califa del islam pedía que se le diera de beber cerveza a su hijo.

La curiosidad del doctor supera a las cartas de amor

Cuando regresó a su casa aquella noche, el doctor volvió a sacar aquellos pequeños cuadernos de notas del agujero de la chimenea, se sentó a la mesa y empezó a escribir con esa letra diminuta, tan difícil de leer hasta para él cuando lo intentara más adelante. Tenía dos razones para ello. No quería aumentar el riesgo de que los encontraran si los cuadernos ocupaban demasiado espacio y, además, así lo que escribía, que a él mismo le asustaba, se volvía hasta cierto punto ilegible, o eso creía. Esa noche, la importancia de lo que hacía volvió a iluminarle la mente con fuerza. Transcribía los recuerdos del sultán en el destierro de sus propios labios; no era tarea fácil. Si llegaba a oídos de las autoridades, le llevarían de inmediato ante un consejo de guerra y lo fusilarían. Hacía poco habían encarcelado al secretario del sultán por lo mismo. Era peligroso, pero igual de atractivo. Sería el único testimonio en primera persona de Abdülhamid II, que, por lo que sabía, no había escrito nunca sus memorias. El único documento auténtico que les quedaría a las generaciones futuras. Así que la vida le encargaba a él dicha misión, una misión histórica. Los aburridos días de la vida monótona de un médico de Salónica, transcurridos entre el hospital y el palacete, de repente habían adquirido otro significado.

Mientras pasaba a limpio las conversaciones de ese día, sus ojos se posaron sobre el papel de cartas y los sobres adornados que tenía sobre la mesa. Se dio cuenta del tiempo que llevaba sin escribir a Melahat Hanım. Su nostalgia y su amor no habían menguado, pero el lugar de las cartas lo habían ocupado aquellas notas secretas. «De todas formas, no puedo enviarlas –pensó–, cuando todo se calme comenzaré a escribirle de nuevo.»

La llegada del sultán se había vivido con cierta excitación, por supuesto, pero se habían acostumbrado, como a todo. Ahora a nadie le interesaba que un viejo que había permanecido encerrado durante años en el palacio de Yıldız estuviera preso en un palacete de la ciudad.

También el doctor se había hartado de las dudas de aquel hipocondríaco, de que se escuchara tanto a sí mismo, de que le propusiera curas con ese tono de médico aficionado. Hasta se le había pasado por la cabeza pedir a sus superiores que encargaran la tarea a otro.

Pero ahora todo había cambiado de repente. El sultán hablaría y él lo escucharía y lo dejaría por escrito. Podía notar que entre el sultán y él había un acuerdo secreto, no expreso, tácito. Estaba seguro de que

el otro pensaba lo mismo porque hablaba sin cesar contándole cosas y más cosas. A partir de ahora ya no le interrumpiría, no se levantaría diciendo que tenía que marcharse, lo escucharía, todo oídos, hasta le haría preguntas. Por ejemplo, le preguntaría por Namık Kemal, por los Jóvenes Turcos, por la locura de su hermano Murad, por el asesinato de su tío, por el estrangulamiento de Mithat Bajá, y luego por las testas coronadas extranjeras, por el káiser Guillermo, por la reina Victoria, por Napoleón III, si era cierta la historia de amor entre su tío y Eugenia, sus vivencias en Europa, por qué no la había tomado como modelo para desarrollar el país, por la revuelta del 31 de marzo... Le preguntaría todo lo que se le ocurriera y lo transcribiría.

Esa noche el doctor fumó un cigarrillo tras otro, hasta sacó la botella de *tsipouro* que abría raras veces y empezó a beber a palo seco. No cabía en sí de emoción.

El monarca interrogado

No escapó a la atención del viejo zorro que a la mañana siguiente el doctor llegara al palacete más temprano y más hablador y preguntón de lo habitual. Después de resumirle, como todos los días, qué había comido y qué remedios naturales estaba usando, de repente le dijo:

–La curiosidad es buena, pero te puede poner enfermo si la contienes. –Y luego, ante la sorprendida mirada del doctor, continuó–: Veo que lleva unos días con preguntas que le corroen por dentro, pero que tiene dudas. Por favor, ¡pregúnteme!

–¿Todo? –dijo el médico.

–Sí –contestó el sultán–, yo le responderé lo mejor que pueda.

Así se llegó a un acuerdo confidencial entre el antiguo soberano y el médico sin expresarlo en palabras. Sus memorias pasarían a la historia. El sultán, más relajado, le pidió tres cafés al cafetero jefe. Dos para él y uno para su nuevo secretario de secretos. Después la conversación comenzó con una pregunta:

–Doctor Bey, hijo mío. ¿Qué significa «paranoia»?

–Imaginaciones, sospechas, miedos sin fundamento –contestó el doctor, y le preguntó al sultán por qué quería saberlo.

–Sin fundamento, dice. Así que si un miedo o una sospecha tiene motivos no cuenta como paranoia.

Aspiró profundamente el cigarrillo y continuó:

–En el mundo ha habido distintas épocas, hijo mío. Nadie puede vivir fuera de la suya. A mí me tocó gobernar en una en la que todos los imperios se enfrentan a su desintegración y en la que matan a quienes ostentan el trono. Han asesinado a tantas testas coronadas que conocía... –Volvió a dar una profunda calada al cigarrillo y expulsó el humo despacio por la boca y la nariz–. Algunos murieron en atentados, otros en la guerra, otros fueron ejecutados. No he podido olvidar el horrible destino del sah Nasereddin de la dinastía de los Kayar. Conocía a la mayoría de ellos y eran buenas personas, amables. Por desgracia, los masacraron y todavía a algunos los siguen asesinando hoy día; aunque, como sabe, no recibo noticias del mundo. A mi tío Abdülaziz lo tiraron al suelo, le sujetaron piernas y brazos sentándose en ellos, le cortaron las muñecas y esperaron a que muriera desangrado. Luego quisieron darle la apariencia de suicidio, pero había testigos. Además, ¿cómo puede uno hacerse unos cortes tan profundos en las muñecas con unas tijeras de uñas? Conseguí juzgar a los culpables y monté un tribunal en los jardines de palacio. A algunos los condenaron a muerte, el primero Mithat Bajá, pero conmuté su sentencia y lo envié al Yemen.

El corazón del doctor se aceleró porque había abierto una de las cuestiones más importantes de la historia reciente.

–Permítame que le pregunte algo. A Mithat Bajá lo estrangularon en las mazmorras de Taif. ¿Cómo ocurrió?

–Le juro que yo no tuve nada que ver con eso –respondió Abdülhamid–. De haber querido que muriera no habría revocado la sentencia de muerte del tribunal y habría ordenado que lo ejecutaran. ¿Quién podría detenerme?

En ese punto el doctor decidió llevar a cabo un experimento para precisar la forma en que se desarrollarían las conversaciones a partir de ese día. ¿Le permitiría el sultán objeciones a lo que decía y estaría dispuesto a discutirlo? Tenía que ser así, de lo contrario aquellas notas podrían quedarse en una insulsa defensa de sí mismo.

–Disculpe –dijo–, ¿puedo preguntarle algunos puntos de lo que ha dicho que me preocupan? ¿Le importa?

Con la mano con la que sostenía el cigarrillo, el sultán le hizo un gesto de que continuara y la charla entre él y el doctor continuó como sigue:

–¿Podía el alcaide de Taif estrangular nada menos que a un gran visir y a un bajá sin que usted se lo ordenara?

–No debería.

–Bien, ¿y cómo se atrevió a matar a dos hombres tan importantes?

–Eso es algo que también a mí me preocupa. ¿Cómo pudieron llevar a cabo esas ejecuciones sin que yo lo supiera? ¿Quién pudo dar la orden?

El médico sonrió.

–Su majestad el sultán tenía el poder absoluto. Nadie más podría haber dado esa orden, y usted lo sabe.

El sultán guardó silencio. El doctor comenzó a preguntar de nuevo:

–Bien, y después de que se cometieran esos crímenes, ¿se sancionó al alcaide?

–No lo recuerdo. –Por el gesto del sultán estaba claro que empezaba a estar a disgusto.

–No se preocupe, yo sí lo sé. No se le sancionó de ninguna manera. Mithat Bajá fue quien le hizo a usted sultán, quien le puso en el trono, ¿no?

–Sí –contestó el sultán en un susurro.

–A condición de que proclamara una Constitución y convocara un Parlamento.

–Sí. Como de hecho hice.

–Pero lo disolvió en un año y empezó a gobernar de forma autocrática –dijo el médico con tono de acusación.

–Sí, pero tenía mis razones. Me vi obligado a hacerlo.

Y entonces empezó a enumerarlas:

–En cuanto ascendí al trono me encontré con una guerra ruso-otomana en el regazo. Odio la guerra. Ganen o pierdan, rompe el espinazo a todos los países. Por eso siempre, en la medida de lo posible, he intentado resolver todo mediante conversaciones. Pero la guerra ya había comenzado. Los rusos son la nación con la que más hemos combatido a lo largo de la historia. Y no estábamos en una situación muy ventajosa. El imperio había agotado sus recursos. Yo tenía en mente diversas tácticas para terminar con la guerra, pero con ese desastre de Parlamento husmeándolo todo no había manera de llevarlas a la práctica.

–¿Por qué? –preguntó el médico–. Al fin y al cabo, era su Parlamento.

El sultán sonrió con amargura y se atusó la barba como si pensara cómo podía contarle aquello y no encontrara la manera.

–Mire, le voy a explicar cómo era esa pandilla que ustedes llamaban Parlamento otomano: había diputados rumíes, armenios, turcos, árabes, kurdos, lazes del mar Negro, valacos, albaneses, bosniacos, búlgaros, judíos... Serbia, Montenegro, Rumanía, Egipto y Túnez no enviaron diputados. Y vea, la mayoría del Parlamento estaba en manos de minorías que querían separarse del imperio. Que trabajaban para hundir al Estado otomano. ¿Qué país podría aguantar una situación similar? Y además estando en guerra... ¿Se imagina usted un Parlamento nacional en el que los turcos fueran minoría? Por eso me vi obligado a disolverlo. Perdone, pero esa es la verdad que nuestros Jóvenes Otomanos no fueron capaces de entender. Iban a Europa, quedaban muy impresionados por cómo era allí la administración y pensaban que no había motivos para que no funcionara igual aquí. Pero lo que ignoraban era lo siguiente: en el Imperio otomano no existe una nación unida y homogénea como las europeas. Todos los tipos de gentes y de religiones que hay en el mundo están aquí. Y ahora vienen con que si libertad y libertad. Pues ya veremos qué pasa.

En ese punto el doctor se quedó un momento meditando. La guerra de los Balcanes estaba acabando con las tierras y la población del país. No solo habían perdido muchas provincias, territorios y regiones, sino que ahora los ejércitos enemigos marchaban sobre Salónica. Aquel pobre hombre no habría podido siquiera imaginar una situación semejante, y si se enteraba posiblemente le daría un ataque al corazón.

El doctor pasó de nuevo la noche escribiendo muy excitado con letra diminuta en los cuadernos y recurriendo al tabaco y al *tsipouro*. Ahora estaba seguro de que el exsultán y él habían llegado a un

acuerdo. Era como si él fuera el juez y el sultán, el acusado. Uno interrogaba y el otro era interrogado. Tenía en sus manos, atento a lo que salía de sus labios, a uno de los gobernantes que habían regido el mundo. Lanzó una carcajada disfrutando de aquel increíble poder, se tragó el humo y empezó a toser como si se ahogara. Una vez que se le calmó la tos, pensó: «En fin, la verdad es que el poder es estupendo».

Tomó uno de aquellos papeles de carta que tanto le tranquilizaban el corazón con sus márgenes adornados y empezó a escribir con una caligrafía muy cuidadosa.

> Luz de mis ojos arrebatadores, alegría de mi corazón:
>
> Hace años que la añoro, y cada día que paso sin usted es un tormento. Ni siquiera sé dónde está, ni si ha regresado o no a Estambul. Tengo la esperanza de que la pena de destierro de su honorable padre haya terminado toda vez que Hamid ha sido depuesto. Al fin y al cabo, en Estambul me sería más fácil poder verla y poder visitar a su padre para presentarle una feliz proposición.
>
> Aparte de tener que ir cada día al palacete para pasar consulta al antiguo sultán y a su familia, no desempeño una labor de importancia y mi vida en Salónica pasa con mil y una esperanzas, como si a cada instante fuera a sufrir un cambio, como si, por milagro, fuera a acabarse mi anhelo por usted. Me gustaría que pudiera ver y oír lo que me cuenta el antiguo sultán, cómo se esfuerza en comportarse con cortesía, los cumplidos que me dedica. Y no solo él, todos los miembros de la corte y la servidumbre son así. A veces pienso si no habremos oído mentiras sobre esa gente, si las habladurías no nos habrán llevado por un camino erróneo, pero de inmediato recuerdo las crueldades que han cometido. Creo que la gente es muy distinta cuando está en el poder y cuando cae. Por mucho que parezca un anciano inocente retirado en su rincón, muchas lágrimas pesan sobre sus hombros. A veces miro a ese hombre sentado ante mí con los ojos entrecerrados, agotado, exhausto, y me pregunto: ¿cómo puede ser descendiente del sultán Mehmet *el Conquistador*, o de Selim *el Fiero*, o de Solimán *el Magnífico*? Un sultán que nunca ha salido en campaña, que nunca ha estado en el campo de batalla, no como sus ancestros.
>
> Le encanta hablar, me cuenta sus recuerdos sin cesar y, mientras habla, no sé por qué tengo la sensación de que está tratando de caerme bien, de ganarse mi confianza. Quizá porque le preocupa el bienestar de su familia, quizá porque quiere que hable bien de él y lo describa con benevolencia.

Sin embargo, tengo que confesar que el sultán que antes creía una criatura cruel y sin escrúpulos ahora me parece un enfermo que sufre, que teme, que ama a su familia, delirante y triste. A veces no puedo impedir preguntarme si no me estará enredando con una de sus famosas intrigas.

Al releer la carta, al doctor no le gustaron las últimas líneas. No había sabido expresar como le habría gustado algo tan complejo. Y además, si la carta caía en manos de cualquiera, se buscaría un grave problema. La rasgó en trocitos y la tiró a la chimenea.

El día siguiente comenzó de la manera acostumbrada. El sultán, sentado a tres metros de él, le habló de que las hemorroides no le habían dejado dormir en toda la noche, de que tenía acidez de estómago y gases porque en la cena no había podido aguantarse y se había tomado tres albóndigas, que había hecho que le dieran friegas en el vientre con alcanfor, que le había dado un jarabe a la gobernanta Zülfet porque tenía muchos dolores y había empezado a suministrarle levadura de cerveza a Abid Efendi y que habían quemado las sábanas, las mantas y la ropa en un rincón del jardín, y le preguntó por los casos de cólera en la ciudad.

–Estas epidemias afectan sobre todo a los pobres –dijo–. Seguro que en Salónica está pasando lo mismo.

El médico le contestó que el cólera estaba bajo control y que cada día que pasaba disminuía el número de muertes y, tras unos instantes de respiro, le preguntó:

–¿Continuamos con nuestra charla?

–Sí. Que traigan los cafés, vamos.

El doctor empezó por una cuestión a la que se había pasado la noche dándole vueltas en la cabeza:

–Se ha discutido mucho por qué le entregó Chipre a los ingleses. Con sinceridad, ¿por qué les regaló toda una enorme isla que es lar de nuestros antepasados?

–Mire, doctor Bey, hijo mío –respondió el sultán sonriendo con amargura–, de haber estado usted sentado en mi trono, habría hecho lo mismo. No tuve otra salida.

Y empezó a contarle:

–Los ejércitos rusos, nuestros eternos enemigos, habían cruzado los Balcanes y llegado a las afueras de Estambul. Instalaron su cuartel general en Yeşilköy. Estambul estaba a punto de caer, sin salvación posible. Se firmó un acuerdo con los rusos cuyas condiciones eran muy duras. Lo que más me dolió fue tener que ir a hablar con el comandante de sus ejércitos, el gran duque Nicolás, siendo yo nada menos que todo un sultán otomano. En esos momentos tan difíciles volví a pensar en enfrentar los intereses de las grandes potencias.

Sabía que los ingleses estaban muy molestos con el acuerdo. Sus buques empezaron a navegar por el mar de Mármara. Por fin les dije que les entregaría la administración de Chipre, nuestra desde hacía siglos, para que fueran un contrapeso contra los rusos. No la propiedad, sino la administración. La propiedad seguiría siendo nuestra, pero ¡ay!, cuando los ingleses echan mano de algo ya no lo sueltan.

«¿Qué voy a hacer con este hombre? –pensó el doctor abrumado–. Tiene una respuesta para todo. Y retuerce las preguntas de tal forma que los opositores casi acabamos siendo los culpables. Pero ese es su oficio. Años y más años de conversaciones. Está acostumbrado, claro.»

Decidió cambiar un poco de tema:

–Le han tenido que ocurrir cosas muy interesantes. Ha conocido a todos los reyes y emperadores del mundo. Háble me un poco de ellos.

Al sultán le encantó la propuesta y una sonrisa se extendió por su cara; siempre le había gustado hablar de quienes dirigían el mundo y de sus relaciones con ellos.

–A partir de mañana le contaré mi viaje por Europa –dijo–. Los sucesos más extraños de mi larga existencia posiblemente los viví durante ese viaje.

SEGUNDA PARTE

Un joven príncipe

Un príncipe feliz y contento, que sentía hasta la médula el placer de vivir, que daba vigor a cada célula de su cuerpo cada vez que respiraba. Un muchacho que pescaba anjovas de brillantes lomos plateados en las aguas azul marino del Bósforo, tan parecidas a un sueño; que cazaba en los bosques de Istranca; que, sin que le importara que fuera invierno o verano, nadaba, corría, montaba, tocaba el piano...

El doctor no se creía demasiado nada de todo aquello, pero el hombre sentado frente a él, paranoico y despótico y ahora convertido en un despojo, no dejaba de repetir lo mismo, de tratar de convencerle de que en su juventud había sido alguien así. En la mente del doctor no encajaban para nada esas dos imágenes. El sultán Abdülhamid no se parecía en absoluto al joven que describía, pero, a pesar de todo, seguía insistiendo: «Yo era así; a Dios pongo por testigo de que yo era así en mi juventud».

En el año 1867 vivía sus días más felices. A los demás príncipes les rondaba la idea de que algún día podrían ascender al trono, pero a él ni se le pasaba por la cabeza. En especial su hermano Murad, dos años mayor, se tomaba el tema muy en serio. Por aquel entonces, él invertía atendiendo a los consejos del cambista rumí Zarifi y ganaba cantidades extraordinarias de dinero. Tanto que cuando ascendió al trono de manera inesperada poseía una fortuna enorme. Incluso pagó de su propio bolsillo las gratificaciones por la coronación y no las cargó al erario público.

Gobernaba su tío, el sultán Abdülaziz. Era un hombre fornido, de penetrante mirada, de temperamento cambiante, que se irritaba con rapidez y aficionado a la lucha turca; pero, por fortuna, no trataba mal a sus sobrinos, no los encarcelaba en palacios y mansiones y los dejaba tranquilos siempre y cuando no fueran buscando alborotos. No era tan apuesto ni elegante como su difunto padre, pero era extraordinariamente majestuoso. Cuando fruncía el ceño y volvía esa mirada hiriente como un puñal, la servidumbre se moría de miedo, y ellos mismos también. Invitaba a menudo a luchadores a palacio y él mismo vestía los calzones de cuero y participaba en los combates en el jardín. Era muy aficionado a la caza y a las competiciones de jabalina a caballo, un hombre de naturaleza deportista. Por otra parte, componía al piano y al laúd unas obras de una finura que no se habría esperado de alguien con una constitución de luchador, y tocaba unas exquisitas barcarolas, tan del gusto de la época, que hechizaban a la audiencia. Por el contrario, su difunto padre no salía del harén y era

un tipo delicado y muy dado a las mujeres. Tenía cuarenta hijos, que se supiera, porque eran muchos más los que no se conocían. Aunque ni él llegó al récord de su antepasado Murad III, con ciento treinta y cinco.

Al llegar a ese punto, el doctor solo pudo contener la risa a duras penas. Lo que se le había ocurrido no podía contárselo al sultán. Cuando el mujeriego Abdülmecid enfermó, trajeron un médico de Europa. Este le pidió al sultán que se desnudara a través del intérprete que les traducía a ambos. En cierto momento, mientras examinaba los genitales del sultán, el médico comentó algo. «¿Qué dice?», preguntó el sultán. «Majestad –respondió el intérprete–, dice que las partes pudendas de su majestad se encuentran en bastante buen estado.» El sultán rugió: «¡Dile a ese infiel que añada "a Dios gracias", que diga "a Dios gracias" de inmediato!». Como no era posible que le contara al sultán aquella anécdota, muy popular entre el pueblo llano, intentó disimular tosiendo, pero entonces el sultán exclamó: «¡Ay, Dios! ¿Qué es esa tos? ¿De dónde sale? ¿Está usted enfermo?», y casi se marcha del salón, pero cuando el doctor le aseguró que no tenía nada y que solo era un picor de garganta se tranquilizó y volvió a sentarse.

–Mi padre empezó a construirse un palacio en Dolmabahçe. Antiguamente los sultanes vivían en sitios menos ostentosos, pero, por alguna razón, a mi padre se le ocurrió iniciar la construcción de un palacio que pudiera medirse en magnificencia con los europeos. Mi tío aumentó el terrible gasto de la obra y además construyó otro palacio. A mí no me entraba en la cabeza porque soy un hombre que sabe lo que vale el dinero. Los presupuestos del Estado no daban para tanto, así que acuñaban dinero sin cesar. Mi tío se encerró en aquel palacio gigantesco, con su harén y sus seis mil criados. A nadie se le escapaba que los gastos de la corte eran excesivos y que el pueblo se empobrecía cada vez más. La gente empezó a no apreciar a mi tío, a no quererle. Por fortuna, le tocó tener a los dos últimos grandes hombres de Estado: Ali Bajá y Fuad Bajá. Eran políticos extraordinarios que intentaban cubrir las deficiencias del sultán y corregir sus errores. De hecho, no es el sultán quien gobierna el Estado, sino los funcionarios. Si son buenos, dirán que tú también lo eres; si son malos...

»Mi padre había asimilado el estilo europeo, pero mi tío era lo contrario. Por eso no me lo podía creer cuando oí que iba a viajar a países europeos. Durante siglos ningún sultán otomano había puesto el pie en tierras que no le pertenecieran. Se dirigían a Oriente u Occidente solo para conquistar, al frente de enormes ejércitos. Cuando le di la noticia a mi hermano Murad, educado a la europea, se rio: "Por Dios, ¿quieres que en París se siente en el suelo con las piernas cruzadas y se ponga a comer con las manos?". No le gustaban nada las

maneras orientales de nuestro tío.

Cuando el médico dejó el palacete ese día, no paraba de darle vueltas a cómo aquel viejo se esforzaba en convencerle de que en su juventud había sido alguien muy distinto. ¿Por qué insistía tanto? ¿Por qué le contaba con tanto fervor aquella época a pesar de que había pasado tanto tiempo, ponía tantos ejemplos de entonces y defendía con tanta emoción a aquel joven príncipe? Además, no era posible que lo que contaba fuera cierto. ¿Cómo no iba a conocer él a ese sultán Hamid que se había pasado la vida aplastándolos como si tuviesen en el pecho una rueda de molino?

No obstante, algo debía de haber para que el sultán se esforzara tanto, así que se encaminó directamente a la biblioteca en cuanto salió de la mansión. Empezó a hojear periódicos y libros viejos. La prensa de Estambul, que hasta 1909 ponía por las nubes a Abdülhamid, hilando insólitos elogios, como «sombra de Dios en la tierra», «extraordinaria majestad», o «nuestro glorioso señor», había cambiado de inmediato de actitud a partir de esa fecha adoptando un estilo que lo arrastraba por el fango: «maldito demonio», «sinvergüenza», «espíritu malvado». Con una prensa semejante no era posible informarse de nada, así que el médico recurrió a los libros, nacionales y extranjeros. Había muchos publicados sobre el sultán Hamid. Un par de ellos le llamaron la atención, se los llevó a casa y emprendió la lectura. Esa noche estuvo leyendo hasta el amanecer sin pegar ojo. Le sorprendió un poco encontrarse con un hombre distinto de lo que le habían contado. Especialmente algunos comentarios de autores extranjeros eran tan curiosos como para que uno se preguntara si no estarían hablando de otra persona. Tirel, embajador estadounidense en Estambul, en 1897 lo elogiaba en el *New York Times* y otras revistas como «el mayor intelectual que he conocido en Europa» y afirmaba que el zar ruso parecía oriental en comparación con él porque era «todo un occidental».

Los otomanos en Europa

Era el año 1867, gracias a Dios seguíamos aún con vida como príncipes bajo la autoridad absoluta de mi tío y no nos habían matado a ninguno. Sin embargo, en nuestra familia se había convertido en ley asesinar a los príncipes para mantener el «orden del universo». Mi tatarabuelo el sultán Mehmed *el Conquistador*, cuyo corazón no pudo soportar siquiera los tres días tradicionales de saqueo cuando tomó Constantinopla interrumpiéndolos de inmediato, fue quien impuso dicha ley, no por crueldad, sino para que el imperio no se dividiera entre hermanos como ocurrió con los hijos de Gengis Kan. Cierto, me resulta difícil entender a esos antepasados míos que hacían estrangular a diecinueve hermanos aún en la cuna o apenas salidos de ella, pero eso quiere decir que en aquellos tiempos las cosas eran algo distintas. Al fin y al cabo, ahora nos estábamos acercando al siglo XX y eso no debería hacerse. Europa no habría aceptado bien ese tipo de acciones.

Europa, a la que siempre habíamos menospreciado, ganaba importancia. Seguíamos con atención las noticias que nos llegaban y nos maravillaba lo que nos contaban de allí. Por primera vez nos interesaba lo que pensaban de nosotros. Antiguamente a nadie le importaba la idea que tuvieran de nosotros los «infieles» y nos reíamos cuando nos llamaban bárbaros. Todos sabíamos que los verdaderos bárbaros eran los que habían llegado a Oriente con las Cruzadas. Los bárbaros latinos incluso habían saqueado Constantinopla. Mi pobre tatarabuelo se pasó años reconstruyendo la ciudad para poder ponerla en pie. Y, con todo, los avances de los que oíamos hablar, las revistas extranjeras y las imágenes que veíamos nos mostraban que en los últimos tiempos Europa se había convertido en un lugar completamente distinto, y sentíamos curiosidad.

Justo en esos días le llegó a mí tío una invitación de Napoleón III, emperador de Francia. Su majestad imperial invitaba a su país al emperador otomano Abdülaziz con motivo de una exposición universal que se iba a inaugurar en París. No puedo describir la emoción tan enorme que produjo la invitación. Los embajadores extranjeros llenaban los corredores y las salas de espera de palacio cabildeando entre tensos susurros. Quien más se oponía al viaje era el zar de Rusia, pero, en realidad, se suponía que mi tío no iría a París. Cuántos siglos llevaban los sultanes otomanos sin poner el pie en tierras que no hubieran conquistado. De hecho tampoco iban, no ya a Jerusalén, ni siquiera a la sagrada peregrinación a La Meca, que sí estaba en sus dominios. Por eso nadie se imaginaba que mi tío rompería con la tradición y viajaría a Francia. Y al final ocurrió lo que

se pensaba imposible. No sé si por fin lo convencieron Ali Bajá y Fuad Bajá o si sencillamente mi tío se dijo que antes de abandonar este mundo pasajero quería ver qué demonios era aquel territorio infiel del que tanto hablaban y que no dejaban de poner por las nubes, pero un buen día la noticia de que su augusta majestad visitaría Francia y al emperador Napoleón cayó como una bomba en el orbe otomano. Fue entonces cuando mi hermano Murad, tan admirador de Europa, reaccionó: «Ah, a saber lo que hará allá nuestro tío el luchador, cómo meterá la pata».

Ambos estábamos absolutamente seguros de que mi tío no nos llevaría con él y lamentábamos no poder ver Europa, pero no sucedió como esperábamos. Unas instrucciones que llegaron de palacio al día siguiente nos dieron la buena nueva de que se nos incluía en el viaje. Iríamos tres príncipes con nuestro tío: Murad, Yusuf İzzeddin, hijo de nuestro tío, y yo. Más tarde comprenderíamos el motivo de esa sorprendente invitación que nos parecía un sueño y que hizo que de inmediato empezáramos a forjarnos fantasías. Ali Bajá le había dicho que se llevara consigo a unos príncipes. Que Dios se lo pague al bajá, cuánto rezamos por él. En realidad, bien mirado, a ninguno de nosotros se nos había pasado por la cabeza ocupar el trono de mi tío. Tantos siglos de derrocar, de matar a los que ostentaban la corona había creado un entorno tal de temor que nadie confiaba en nadie. A veces mi hermano y yo hablábamos de la sangrienta historia de nuestra familia y nos decíamos: «Dios nos guarde del trono y de calamidades parecidas. Pudiendo disfrutar de la vida...».

Ahora debíamos vivir como personas modernas, dignas de la mentalidad cambiante del siglo XIX. Como príncipes perfectamente conscientes del sangriento péndulo del pasado que oscilaba entre la corona y el cordón de seda, no nos engañábamos y lo reconocíamos todo con total sinceridad. El trono se sostenía sobre espadas y, como todo el mundo sabe, se pueden hacer muchas cosas con espadas, pero no precisamente sentarse sobre ellas.

Yo tenía veinticuatro años y me había surgido la oportunidad de ver Europa; era algo increíble, un milagro. Como decía, Europa era un «orbe pagano» que nos disgustaba, que despreciábamos, que considerábamos inferior y cuyas economías eran tan débiles como para justificar el dicho: «con dinero infiel no se ganan cuatro cuartos». Los sultanes a menudo salían en campaña «contra el infiel» y regresaban a Estambul con fama y renombre tras haber conquistado amplios territorios, valles y castillos que se extendían hasta Viena. Un embajador al que le tocó ir allá se enfureció con el tratamiento que le dieron y regresó a Estambul dejando su misión a medias. Lo que él consideró maltrato fue que le invitaron a un recital de música de cámara y le ofrecieron exquisitos mariscos para comer. El embajador,

que se sintió insultado ante aquel comportamiento, se marchó de allí enfadadísimo mientras les gritaba a los aristócratas que le habían invitado: «¡Maleducados! Me dais sin la menor vergüenza asquerosidades y bichos para comer y me tocáis el violín infiel, triqui, triqui, triqui. ¿Pues cómo no me voy a volver a mi país a oír a mis bandas de jenízaros y a comer riquísima carne de cordero?». No obstante, el tiempo lo había cambiado todo y las noticias de los avances que nos llegaban de Europa, lo que contaban los que habían estado allí y la grandiosidad que se veía en los grabados de revistas como *The Illustrated London News* o *Le Monde Illustré* habían empezado a sacudir poco a poco la confianza de los otomanos en nosotros mismos y el viento irresistible de la moda europea había tomado bajo su influjo a este mundo místico oriental. Y donde más influyó la moda fue en palacio.

Según el viaje se iba haciendo más real empezó a vivirse una gran excitación tanto en Europa como en Estambul. Muchas grandes empresas empezaron a competir para aprovecharlo al máximo, desde actividades de cabildeo hasta ofrecernos grandes recepciones en Francia. De dichas invitaciones particulares mi tío solo aceptó honrar con su presencia el Valle de Cristal. Los embajadores y diversos líderes religiosos ofrecieron sus oraciones para que el sultán fuera y volviera sano y salvo. El patriarca griego ortodoxo afirmó que quedarían muy tristes al verse privados de la presencia del sultán, pero que encontraban consuelo pensando en los beneficios a los que daría pie este viaje, el cual estaban seguros de que sería muy exitoso. Al mismo tiempo el gran rabino de la comunidad judía, que sentía mucho aprecio por el sultán, consultó el oráculo de las estrellas y profetizó lo siguiente: «Si en este viaje a Europa el soberano no come la fruta prohibida, todo irá bien». La profecía dejó preocupada a la Valide Sultana, la madre del sultán, aunque Fuad Bajá la calmó explicándole que la fruta prohibida podían ser asuntos de política que alteraran la paz espiritual del sultán, pero que no se inquietara porque él no se apartaría de su majestad y así se aseguraría de que estuviera tranquilo.

Y en eso el ministro de Exteriores anunció que su majestad imperial partiría el 21 de junio de 1867 y que honraría a la nación francesa arribando el 28 de junio a Tolón.

Nunca he olvidado ese día. La oración del viernes se hizo en la magnífica mezquita a la orilla de Ortaköy. Mi tío, montado en un caballo gris, con su enorme cuerpo vestido con sus mejores galas y cubierto de medallas, entró en la mezquita saludando al pueblo, que había acudido en masa, y regresó al palacio después de los rezos. Nosotros ya estábamos listos e impacientes por embarcar. Y mi tío se retrasaba cada vez más. Alekséi, el hijo del zar de Rusia, había llegado

a Estambul en el vapor *Olga*; el sultán se estaba entrevistando con él y con el general Ignátiev, que formaba parte del séquito, y la visita duraba más de lo previsto.

Por fin, a las cuatro de la tarde empezaron a oírse cañonazos a ambos lados del Bósforo. Las salvas de las fragatas ancladas ante el palacio anunciaban que su majestad imperial había abordado el caique del sultanato y que estaba a punto de abandonar Estambul. Nosotros ya nos habíamos acomodado en nuestros camarotes. Mi tío llegó al majestuoso yate *Sultaniye* en el dorado caique imperial. El *Sultaniye*, balanceándose suavemente al viento en las azulísimas aguas del Bósforo, recibió al soberano y a su séquito. El yate *Pertevniyal* se había reservado para la servidumbre y el equipaje necesario. Además, escoltaban al sultán dos fragatas a vapor, la *Osmaniye* y la *Orhaniye*, así como el yate *Forbin*, en el que viajaba el embajador francés, M. Bure.

Pero ahora tengo que explicarle otro aspecto del asunto. Quizá... Quizá no, seguro que le va a parecer extraño. Mi tío no quería ser el primer sultán en pisar la «casa de la guerra», los países infieles. No tenía la menor intención de serlo. Pero el descontento estaba aumentando en muchas regiones otomanas, como los Balcanes, Egipto o Creta, donde aparecían movimientos independentistas. Además, nos llegaban informes de inteligencia que afirmaban que las grandes potencias fomentaban las revueltas. En esa situación era muy razonable, con la excusa de la invitación de Napoleón III, ir a Francia e Inglaterra y firmar nuevos acuerdos con ellas y pedirles ayuda para detener las actividades hostiles de Rusia. No obstante, a los ulemas, que siempre han pontificado y metido las narices en todo, les dio por insistir en que un sultán de la estirpe de Osman no podía pisar la «casa de la guerra». Había que superar aquel obstáculo para que no afectara negativamente a la nación. Por fin, a los astutos chambelanes de palacio se les ocurrió una solución. Se hizo un compartimento bajo las suelas de los zapatos y las botas del sultán que se rellenó con tierra de Estambul. Y así fue como el país entero se libró de un enorme problema. El sultán no pisaría tierra infiel porque bajo sus pies siempre habría tierra otomana. Murad y yo no parábamos de reírnos con aquella tontería. ¡En qué cosas perdían el tiempo!

Es imposible describir con palabras la enorme barahúnda formada por los ensordecedores clamores del pueblo congregado a ambas orillas y los cañonazos de fortalezas y fragatas mientras la flotilla dejaba Estambul. Sabía que mi tío estaba preocupado por haberse embarcado en semejante aventura, pero ciertamente resultaba interesante verlo saludar al pueblo como el gran sultán que era sin que se le notara.

Parecidas aclamaciones hicieron gemir cielo y tierra cuando

cruzamos el estrecho de los Dardanelos. El verdadero problema asomó la cabeza dos días después. Estalló una tormenta. El capitán del *Sultaniye*, Gamsız Hasan Bey, se había pasado días intentando convencer a los cortesanos de salir antes de que comenzara el mal tiempo en el Mediterráneo. Pero ocurrió precisamente lo que se temía el capitán y la flotilla fue presa de la tempestad. El Mediterráneo hinchaba olas desbocadas de la altura del barco que zarandeaban al *Sultaniye* como un cascarón de nuez; las sacudidas del barco, proa arriba, proa abajo, ponían del revés los estómagos de todos los pasajeros, unos vomitaban, otros se agarraban a las barandillas. En suma, todos andaban hechos un desastre intentando salvarse como pudieran, cuando apareció en cubierta mi tío con su impresionante corpachón, clavó sus ardientes ojos en el capitán y oímos que gritaba con voz tronante: «¡Paren estooo! ¡Pare estas sacudidas o ya sabe a qué atenerse!».

El pobre capitán, con el miedo de tener que enfrentarse a la tormenta por un lado y, por otro, a la ira del sultán, se puso palidísimo y cayó redondo al suelo. Todos nos temimos que el sultán, con su físico de luchador, agarrara al capitán y lo arrojara por la borda; menos mal que llegó una ola gigantesca que nos empapó a todos, sultán incluido. Por fortuna, Fuad Bajá, ministro de Exteriores y uno de los hombres de Estado más inteligentes, consiguió convencer al sultán de que volviera a su camarote. Y el médico de palacio preparó una pócima para calmarle los nervios y consiguió que se hundiera en un largo sueño. Cuando mi tío se despertó al día siguiente la tormenta había amainado y el mar estaba como una balsa de aceite. Así el viaje sorteó un peligro nada más comenzar y el capitán salvó su humilde vida porque el sultán quedó convencido de que había obedecido su orden.

A partir de ese momento se puede decir que el viaje transcurrió sin incidentes. Hicimos una escala de tres días al llegar a Nápoles, pero no bajamos a tierra.

Cuando una semana más tarde arribamos a Tolón se produjo otro incidente que pondría de nuevo a Fuad Bajá en mil dificultades. Los franceses habían organizado una ceremonia magnífica en el puerto para recibir al sultán. Todos los nobles de la ciudad, hombres y mujeres, habían vestido sus mejores galas y atiborraban el puerto. Las mujeres habían venido con sombrillas multicolores para protegerse del sol. Aunque nos llamaba la atención que se mezclaran de esa manera con los hombres, como habíamos oído que la vida en Europa era así, tampoco nos sorprendió demasiado. Habían levantado un arco triunfal enorme, impresionante, e inevitablemente nos henchimos de orgullo al ver que por todos lados ondeaban banderas otomanas. Un centenar de barcos recibieron a mi tío. En ese momento comenzaron las salvas,

una detrás de otra. El estruendo infernal de cien barcos disparando sus cañones, capaz de levantar a los muertos de la ciudad, producía una sensación de espanto que traía a la mente el día del juicio. Mi tío esperaba que terminaran las salvas para desembarcar y nosotros nos habíamos puesto en hilera detrás de él. Los cañonazos no se detenían, mi tío esperó y esperó y luego miró a Fuad Bajá con el ceño fruncido; a ninguno se nos había ocurrido que dispararían ciento una salvas pero era justo eso lo que estaba pasando. Por alguna razón, mi tío, que ya miraba con suspicacia a Europa y se esperaba una sorpresa desagradable de un momento a otro, se dejó llevar por la idea de que se estaban burlando de él y con el rostro enrojecido por la furia le dio a Fuad Bajá instrucciones de dar media vuelta. A todos los que en ese momento estábamos en cubierta se nos heló la sangre en las venas. Murad y yo nos miramos preocupados. Mi hermano se mordía el labio. ¿Cómo íbamos a despreciar un recibimiento tan impresionante y dar marcha atrás? Pero todo el imponente cuerpo del sultán temblaba de ira. Estábamos viviendo la segunda de las crisis a las que el pobre Fuad Bajá se enfrentaría y se vería obligado a resolver a lo largo del viaje. El buen hombre tenía una enfermedad cardíaca y yo no sabía cómo podría resistir tantos aprietos con un corazón tan frágil. Como, gracias a Dios, poseía una inteligencia y una cultura extraordinarias, también a esto le encontró rápidamente una solución. Consiguiendo a duras penas que el sultán le oyera entre los cañonazos, le explicó que Tolón era un lugar muy importante para nuestra historia y que por eso se había organizado una ceremonia de recepción del más alto nivel. Nosotros no lo sabíamos. Por lo que nos explicó Fuad Bajá en la cubierta, y que luego le pudimos escuchar con más detalle, supimos que el rey de Francia Francisco I fue apresado por Carlos V y encarcelado en Madrid cuando perdió la guerra que había iniciado contra el Sacro Imperio Romano Germánico. Francisco, o bien su madre, encontró la forma de comunicarse desde allí con nuestro antepasado el sultán Solimán, le pidió ayuda y le solicitó protección. Nuestro abuelo aceptó la petición y envió la armada al mando de Hayreddin Barbarroja Bajá. Como nuestra flota había salvado a Francisco I de manos de Carlos V, fue recibida en Tolón con grandes festejos y ese año pasó el invierno allí con sus treinta mil leventes. Convirtieron en mezquita la catedral de Tolón y usaron moneda otomana. La emoción que había creado en la ciudad ver barcos otomanos trescientos veinticuatro años después venía de ahí. Las explicaciones y zalamerías de Fuad Bajá ablandaron un poco al sultán y en ese momento finalizaron las salvas y la orquesta en el puerto empezó a tocar obras compuestas por mi tío. Aquello fue una sorpresa muy agradable para todos, pero creo que sobre todo fue a mi tío a quien más satisfizo, porque cuando su hijo Yusuf İzzeddin, de diez

años, le preguntó: «Esas son obras suyas, ¿no?», le respondió: «Sí, hijo mío» con un orgullo que no podía ocultar la amplia sonrisa que se había extendido por sus labios.

Todo y todos estaban limpios, cuidados, elegantes. Posiblemente era porque se trataba de los notables de la ciudad, nos dijimos. Mi tío vestía su uniforme de gran gala. Nosotros íbamos detrás de él. Fuad Bajá traducía con su fluido francés. Eso me alegraba mucho porque nos libraba de la obligación de tener que hablarlo nosotros. El francés de Murad era mucho mejor que el mío. En Tolón subimos al tren imperial, adornado con flores rojas y blancas y ramas verdes de laurel. Contemplando a lo largo del camino hermosos valles y viñedos, ciudades y pueblos con una arquitectura sumamente bonita, majestuosas catedrales y al pueblo que nos saludaba, llegamos a París.

La estación de Lyon estaba llena hasta la bandera de una multitud entusiasta. Cuando mi tío bajó del tren y puso el pie en el andén, rápidamente se le acercó su majestad Napoleón III, emperador de Francia. El emperador y el sultán de Oriente y califa de los musulmanes del mundo se estrecharon la mano. Y en ese momento comenzó el sueño que habría de durar cuarenta y siete días. Ambos emperadores subieron a la carroza descubierta del sultanato. Todo París estaba en la calle gritando *«Vive le sultan!»*. Prácticamente la ciudad entera había salido a vernos. Luego supimos que unos se representaban a los otomanos como si fueran chinos y otros como negros. El clamor atronaba el cielo y nosotros no sabíamos adónde mirar. Los grandes edificios de París, las amplias avenidas, las hileras de castaños a ambos lados de las calles, los cafés, los hombres y las mujeres nos daban la impresión de que habíamos llegado a un mundo mágico de fantasía. La comitiva llegó al palacio de las Tullerías y allí nos recibió la emperatriz Eugenia. Era una mujer joven y bella que llevaba un elegante y bonito vestido ceñido que se ajustaba como un guante a su estrecha cintura pero que no ocultaba sus curvas. En los grabados que habíamos visto en las portadas de las revistas de París llevaba vestidos que hacían que sus pechos, blancos como la nieve, nos saltaran a los ojos como si nos desafiaran no solo a nosotros, sino a todo ese Oriente que guarda a sus mujeres tras rejas, aunque en esta ocasión había preferido llevar un vestido cerrado para recibir a un sultán musulmán. Todos nos quedamos admirados de la emperatriz, que saludó a mi tío con una elegante reverencia. Y mi tío, sorprendiéndonos aún más, tomó la diminuta mano de la emperatriz, más blanca que un cisne, y se la llevó a los labios igual que habría hecho un caballero francés. No se la besó, pero se la acercó tanto como para que ella pudiera sentir el calor de sus labios. En realidad, era una costumbre noble y elegante entre los infieles hacerlo así. ¿Cómo íbamos a saberlo nosotros, que después de babosear la mano

nos la llevamos a la frente? Para no ser injustos, puede que Murad lo supiera; de hecho, su aspecto parecía más el de un aristócrata europeo que el de un príncipe otomano. Y lo mismo pasaba con sus gustos.

¿Qué estaba diciendo? Hmmm. Después de almorzar en aquel palacio pasaríamos al del Elíseo, donde nos hospedaríamos. Nos invitaron a una larga mesa donde ya esperaban preparados muchos criados de librea y, cuando íbamos a sentarnos, mi tío le dijo algo al oído a Fuad Bajá y este se lo tradujo al emperador y a la emperatriz. Era evidente que Napoleón III se quedó un tanto sorprendido, pero pudimos oír que, de todas maneras, decía: *«Bien sûr, bien sûr, absolument»*. Con un gesto de cabeza de mi tío, el almuédano principal de nuestro palacio se adelantó con su túnica y su turbante, se llevó una mano a la oreja y empezó a entonar la llamada a la oración. Todos estábamos de pie. La llamada a los fieles de Mahoma resonaba en los techos de mármol del palacio de las Tullerías y cada vez que el almuédano pronunciaba un «Dios es grande» temblaban cielo y tierra. Tras la llamada fuimos a rezar a una sala contigua donde los mayordomos habían desplegado alfombras orientándolas hacia La Meca. Sentíamos cómo los hombres de Estado de Francia nos observaban mientras orábamos. Como estábamos de viaje, mi tío podría haber disculpado la oración, pero creo que vio conveniente, como una demostración de fuerza diplomática, que la primera ceremonia que llevaba a cabo en Francia fuera un rezo durante el cual la familia imperial francesa y los notables del país tuvieran que esperar de pie. No habían sido en vano las abluciones que habíamos hecho en el tren.

Discúlpeme, esta tos no acaba de dejarme tranquilo. Me dan a menudo ataques como el de ahora. No, no, no escupo sangre. Le ruego que me prepare un nuevo medicamento. Y a Müşfika Hanım le dan grandes dolores por la noche, la pobre se retuerce de dolor. ¿Cómo podría explicárselo? Es la mejor mujer del mundo. Si puede curarla, se lo agradecería de verdad. ¿Podría verla a ella también hoy? Pero no se le ocurra darle morfina, me da mucho miedo la morfina, a una de mis esposas los médicos le pusieron una inyección de morfina y la pobre falleció esa misma noche.

En fin, ¿qué decía? Nos quedamos en Francia, pero ahora le voy a hablar de otro tema. Es algo muy importante para que pueda comprenderme. Como ya sabe, nueve años después del viaje a Francia depusieron al poderoso sultán, lo encerraron en un cuarto y lo sometieron a todo tipo de insultos. Incluso ocurrió que dos ordenanzas de palacio, en un gesto miserable, se hicieron una fotografía con una sonrisita impertinente y vengativa en los labios apoyando los codos en los anchos hombros de mi tío, a quien habían obligado a sentarse en una silla. Lo insultaron de arriba abajo y luego lo mataron cortándole

las muñecas. Así es el trono, los mismos siervos que se arrojan a tus pies proclamando que darían la vida por ti, en cuanto tienen la menor oportunidad se vengan de una manera inimaginable. Mi pobre tío no podía ni soñar el final que le esperaba mientras iba hacia el Elíseo después de la comida en las Tullerías, en la que se había comportado con la altanería de un sultán oriental, con esa majestuosa actitud suya, y se retiraba a descansar a los aposentos reales que le habían reservado. Tras su asesinato, el pueblo, con el corazón compungido, compuso el siguiente lamento:

El trono me quitaron

En una chalupa me montaron

Al Topkapı me mandaron
Despierta, sultán Aziz, despierta
Está sangrando toda la tierra

Sí, así de próximos están el favor del pueblo y que te ejecuten. El poder conlleva muerte, y el poder absoluto conlleva la seguridad absoluta de la muerte. Sobre todo en nuestra tierra. Supongo que sabe que solo diecisiete hombres atendieron al funeral de nuestro señor el Profeta; solo los miembros de la familia llevaron a hombros el cuerpo del profeta del Señor de los mundos porque ya había comenzado la lucha por quién ocuparía su lugar. Los que habían llegado con él desde La Meca decían que el califa debía ser de los suyos. Y los mediníes insistían en que ellos eran los ansaríes, los «ayudantes», quienes lo habían recibido con los brazos abiertos y que, por tanto, el califa debía ser elegido entre ellos. Aquel primer nudo gordiano del islam lo deshizo la espada de Omar. Omar, que era alto como dos hombres, sacó su espada y dijo: «Yo le rindo sumisión a Abu Bakr». Y nadie se atrevió a contradecirle. Cuando Abur Bakr falleció un año después, su lugar lo ocupó Omar, pero lo asesinaron. Y a Osmán, que le sucedió, también lo asesinaron. Y a Ali después de él. Ibn Mulyam lo hirió con una espada envenenada en la mezquita porque, según dicen, en presencia de Dios no se interrumpe la oración ni aunque te claven una espada. El León de Dios no murió por el filo de la espada, sino por el veneno. Y después de eso mejor que ni me pregunte, doctor Bey, hijo mío. Mataron a los nietos del Profeta y de los califas que vinieron después muy pocos murieron en la cama. También califas antepasados míos fueron asesinados en Estambul. ¿Me entiende ahora, doctor Bey, hijo mío? Ocupar el trono y la dignidad de califa del Profeta significa estar esperando la muerte a cada segundo. Día y noche preguntándote por dónde llegará la muerte, cómo te atacará, si con daga, veneno, bala, o estrangulado con un cordón de seda. No puedes saberlo. Qué visir de los que aparentan servirte es un traidor, qué ministro es un vendido, qué bajá obedece a quién, e incluso de quién es qué ordenanza, qué camarero... Qué se habla en los pasillos de palacio, qué planes de asesinato se susurran de boca en boca, si te podrás levantar sano y salvo por la mañana de la cama en la que te acuestas por la noche, quién hará explotar una bomba cuando vayas a la oración del viernes. A lo largo de treinta y tres años me han asfixiado pensamientos semejantes, me han destrozado, me han hecho enfermar de los nervios.

¿Sabe de qué se olvida la gente cuando habla de mí? De que yo también soy un ser humano. Un ser humano que es padre de familia, que ríe, que llora, que enferma, que tiene sus alegrías. No veían a la persona, sino solo el poder. En este destierro en Salónica estoy más

tranquilo. Al principio estaba preocupado por mi vida, pero con el tiempo comprendí que mi hermano no tiene la intención de matarme. Estoy más tranquilo, más cómodo. Aunque incluso ahora, Dios no lo quiera, si se instigara para sacarme de aquí y volver a ponerme en el trono, el gobierno me quitaría de en medio en el acto. El mero rumor de una conspiración bastaría para firmar mi sentencia de muerte. Dios quiera que a nadie se le ocurra tan extravagante locura y ponga mi vida en peligro. Sí, hablábamos del poder y la muerte.

En otros países tampoco es muy distinto. Por ejemplo, cuando fuimos a París todas las familias imperiales de Europa estaban de luto porque dos días antes de nuestra llegada se había recibido la noticia de que habían ejecutado a Maximiliano, emperador de México. Era hermano de Francisco José. El mismo gran emperador Napoleón III perdió la guerra, fue depuesto, cayó prisionero y murió entre fuertes dolores en Londres. Me informaron de que, después de que le diera un heredero, Eugenia y él no volvieron a tener ningún contacto. Él tenía muchas amantes que no dejaba ni a sol ni a sombra, pero, según un informe de inteligencia que me llegó más tarde, a los cuarenta años se le acabaron las conquistas a causa de muchas enfermedades, como inflamación de la próstata o piedras en el riñón. Historias sorprendentes y de las que extraer una moraleja, ¿no? Todos los emperadores se enteran del estado de salud y de la vida privada del resto. ¿Cómo? Que no nos oiga nadie, gracias a médicos que conseguí ganarme con mucho oro. Estoy seguro de que los míos también informaban a alguien.

Usted es distinto, por supuesto. De hecho, informa por escrito directamente al gobierno. Que Dios le bendiga, doctor Bey, hijo mío.

La verdad es que al médico le costó bastante trabajo escribir estas líneas con su diminuta letra en los cuadernitos regalo de las empresas farmacéuticas. No era fácil recordar todo lo que había salido de labios del sultán tal y como lo había dicho, ni escribir con patitas de mosca de forma que ocupara el menor espacio posible para que no cayera en manos de nadie. Pero lo cierto era que valía la pena. Estaba enterándose de cosas muy interesantes. «Conocer a un hombre es conocer un imperio», murmuró. Y pensó en que el antiguo sultán, que ahora no recibía noticias del exterior, había tenido un sino muy extraño. Estaba convencido de que el imperio seguía tal y como lo había dejado. Ignoraba que se habían perdido los últimos territorios otomanos que les quedaban en África, que el ejército sufría derrota tras derrota, que los países balcánicos, apoyados por Rusia, se les iban de las manos uno a uno como resultado de sangrientas guerras. También hervían las provincias árabes y los levantamientos kurdos y armenios iban en aumento. Ahora todos sabían que el imperio estaba

a punto de desplomarse tras seis siglos de dominio. El único que no lo sabía era el antiguo soberano. Pasaba en paz la vida en el destierro, al que ya se había acostumbrado, haciendo muebles, rezando y contándole al doctor los detalles de su viaje por Europa, que, al parecer, había sido el periodo más placentero de su existencia. Era como un capitán, viejo y desdichado, que no se entera de que el barco se está hundiendo porque tiene cerrada la puerta del camarote que da al pasillo por el que ya va subiendo el agua.

El vals de Strauss

Cuando el doctor entró en el palacete al día siguiente le llegó a los oídos un vals muy bonito. La música, cuyo volumen se elevó en cuanto cruzó la puerta principal, procedía de un gramófono que habían permitido que se comprara para la mansión. El sultán estaba sentado en su sillón habitual con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los ojos cerrados, concentrado en la melodía, como si no quisiera perderse ni una nota. Cuando el médico carraspeó para hacer notar su presencia, se llevó el índice a los labios pidiéndole que guardara silencio y le indicó el sillón que tenía enfrente. Ambos escucharon callados el disco hasta el final, casi sin respirar. Por fin se terminó y el sultán dijo:

–¿Sabe, hijo mío? Esta obra fue compuesta para mí. Me la dedicó el compositor, un tal Johann, de Viena. Un artista muy famoso. La interpretaron en la Ópera de Viena. Cuando lo supe, le envié una condecoración y algo de oro. Ahora este disco me ha transportado a esos días.

El doctor sabía quién era Johann Strauss, por supuesto, pero no tenía la menor noticia de que el gran músico hubiera compuesto una obra para el sultán. «Qué extraño –pensó–, nunca hemos oído nada positivo sobre él. Todo quedó tras un telón oscuro, agravado por el miedo y el odio. Además, ¿no es más raro todavía que se interprete una obra compuesta en su honor precisamente en Viena, que consiguió liberarse con tantas dificultades de dos cercos de los antepasados de este hombre?»

Sabía que el sultán le daba mucha importancia a la música y a la carpintería, pero, por alguna razón, no le interesaban lo más mínimo las grandes obras históricas. No se había privado de regalar a los alemanes las magníficas antigüedades de Pérgamo ni otros restos arqueológicos. Como a los extranjeros que pedían permiso para excavar les decía que todo el oro y las joyas que encontraran le pertenecían, pero que podían llevarse las piedras, se fueron para los países europeos trenes enteros de obras históricas. Las ciudades antiguas, todo tipo de esculturas, los templos y altares de Zeus, Pérgamo, Troya o Afrodisias fueron prácticamente saqueados. Había sido consciente de la creciente importancia, que sería aún mayor, de los campos de nafta de Mosul-Kirkuk y por eso no se limitó a hacerlos propiedad estatal, sino que los convirtió en su propio patrimonio personal. Y, sin embargo, no veía como una riqueza las obras maestras de Roma, Jonia, Caria, Frigia y tantas otras civilizaciones que se apilaban unas encima de otras. Su tatarabuelo El Conquistador,

influido por la lectura de Homero, había ido a Troya tratando de encontrar las tumbas de Héctor y Aquiles, pero muy pocos de sus descendientes poseían esa conciencia de la historia. Y el sultán Hamid era uno de ellos, sin duda.

–Venga aquí, doctor Bey, hijo mío. Esta noche no he podido dormir bien. Me picaba la garganta, ahora también, parece que me he resfriado. No sé si será por el baño frío que me doy todas las mañanas, aunque es una costumbre que he seguido durante toda mi vida. ¿Serán las corrientes de esta casa las que me ponen enfermo? Y no solo yo, también mis esposas y algunos de los criados lo están. Pienso que tendríamos que tomar sulfato, pero ya preparará usted lo que sea necesario. Lo que ha hecho que perdiera el sueño esta noche no ha sido solo el picor de garganta y la tos. Después de todo lo que le conté ayer, los recuerdos regresaron a mí tan vivos que prácticamente volví a tener veinticuatro años. Incluso pude oler ese aroma tan propio de París. ¡Qué recibimiento, qué fasto! Es imposible que se me olvide. Lo recuerdo como si fuera hoy. Después del almuerzo en el palacio de las Tullerías, nos dirigimos al del Elíseo, reservado para que nos hospedáramos en él. Ah, casi se me olvida, en la comida del palacio había en la mesa unos vasitos muy delicados de color rojizo, como gemas, en los que habían grabado la media luna y la estrella. Nos admiró su delicadeza. Cuando nuestro embajador en París nos dijo que habían sido confeccionados expresamente para la visita del sultán, nos quedamos boquiabiertos. Los había hecho una empresa famosa, Baccarat. Además, los adornos de plata que había en la mesa también habían sido fabricados en honor de la visita del sultán por la firma Christofle. Aquellos detalles de los franceses nos impresionaron desde el primer momento. Mi tío no alteraba su gesto arrogante, pero nosotros podíamos entender por la expresión de su rostro que empezaba a disfrutar con aquel recibimiento tan extraordinario. No sé cómo describirle el palacio del Elíseo... Salones y habitaciones recubiertos de dorados, lámparas como piedras preciosas, dormitorios magníficos, criados corteses y bien vestidos que conocían admirablemente su oficio... El lugar en que había vivido la emperatriz Josefina mientras estuvo casada con Napoleón. Y, a pesar de todo, lo que más me impresionó fue un salón oscuro cubierto con cortinajes negrísimos. Allí firmó Napoleón su abdicación al imperio. Allí se había vivido el amargo final que les espera a tantos soberanos.

»Hablando de Josefina, le voy a contar algo más que le llamará la atención. En los días siguientes Napoleón III le regaló un libro a mi tío. Había sido publicado en Francia en 1855 y su autor era un francés llamado Ubucini. Cuando le entregó el libro a mi tío, Napoleón dijo: “Somos parientes, porque vuestra abuela era una condesa francesa de nuestra familia”.

»Mi tío encontró tan interesante la afirmación que ordenó que le tradujeran en una noche aquel librito. Fuad Bajá y sus hombres se pasaron la noche en vela haciéndolo y al día siguiente pudimos leerlo. Según los datos que allí se aportaban, Aimée de Rivéry, que era pariente de Josefina, la esposa de Napoleón Bonaparte, fue hecha cautiva por los piratas mientras regresaba de la Martinica a Francia. Los piratas vendieron a la bella y noble joven a la corte otomana, o la obsequiaron, eso seguía sin estar claro. Nuestro bisabuelo Abdülhamid I la convirtió en una de sus esposas poniéndole el nombre de Nakşıdil Sultana, y ella empezó a darle hijos al sultán, uno de los cuales fue nuestro abuelo Mahmut II. De forma que la familia Napoleón y la dinastía otomana estaban emparentadas. Mi tío ordenó a Fuad Bajá que investigara el asunto y resultó que algunos familiares de nuestra abuela todavía vivían en Orleans. En realidad, el emperador tenía la intención de llamarlos y presentárselos a mi tío, pero este se negó alegando que tenía poco tiempo. Más tarde, cuando ascendí al trono, le di instrucciones a nuestro embajador para que investigara discretamente el asunto. El embajador se entrevistó con el barón de Gonse, familia de nuestra abuela, y consiguió de él alguna información. Mientras vivió, Nakşıdil Sultana mantuvo contacto con su familia en Francia, a quienes enviaba todo tipo de regalos. Mi tío también les regaló una miniatura de Nakşıdil Sultana. Se emocionaron al ver que Aimée aún conservaba la apariencia de cuando era joven a pesar de ser ya una mujer madura, pero lamentaron de todas formas que una condesa, miembro de su familia, se hubiera convertido en musulmana y hubiera entrado en el harén del sultán. Como sabe, son muy escasas las mujeres turcas que han dado hijos a los sultanes de nuestra dinastía. Ya en el siglo XIV Orhan Bey, el hijo del fundador de nuestro Estado, Osman Bey, se casó con una hija del emperador bizantino. Desde entonces, al harén siempre han entrado muchachas de distintos orígenes: rusas, francesas, italianas, judías, serbias, húngaras, y de muchas más naciones. Mi madre y la mayoría de mis esposas son circasianas.

»En fin, volvamos al viaje a París, doctor Bey, hijo mío. Junto a los altos funcionarios que formaban parte de nuestra comitiva, teníamos también *valets de chambre* italianos y rumíes que nos vestían minuciosamente y se esforzaban en que nuestra ropa no desmereciera a la de los franceses. Además, también estaba con nosotros Ömer Faiz Efendi, el alcalde de Estambul, hombre de agradable conversación y trato franco. Como me gustaba mucho hablar con él, yo le preguntaba sobre sus impresiones del viaje y qué era lo que hacían los miembros de nuestro séquito. Aunque de edad avanzada, a Ömer Faiz Efendi le gustaba disfrutar de la vida, así que le encantó París y me contaba que, sobre todo y más que el champán, le embriagaban las mujeres

francesas, presentes en todos los aspectos de la vida.

»Supongo que eso era lo que más nos maravillaba a todos. Las mujeres no se encontraban encerradas tras rejas u ocultas bajo *charshafs*, sino que estaban allí donde estuvieran los hombres. Aquel estilo de vida me recordaba a lo que contaba sobre Rusia el almirante Halil Bajá, yerno de mi abuelo el sultán Mahmud. Mi abuelo lo envió a Rusia para que averiguara cómo era posible que nuestro eterno enemigo hubiera avanzado tanto y nos hubiera dejado atrás. Halil Bajá le presentó un informe al sultán a su regreso exponiendo con toda claridad que la mayor diferencia entre nosotros estaba en la cuestión de las mujeres: "En Europa y en Rusia a la mujer se le da valor y participa en la vida pública. Forman parte de la nación junto con los hombres. En nuestro país las tenemos enjauladas. O sea, nosotros aprovechamos solo la mitad de la población. Eso es lo primero que tenemos que arreglar".

»Por supuesto, el bajá tenía razón, lo vimos con nuestros propios ojos en el viaje a Europa, pero ahora usted me preguntará por qué no liberé a las mujeres a pesar de haber gobernado el país durante treinta y tres años. También tendrá razón, pero en nuestro país es muy difícil franquear la *sharía*. El jeque del islam, los alfaquíes, los profesores de las madrasas, las cofradías, los jeques, son tan poderosos que el sultán no puede hacer lo que le parezca, no le dejan ni respirar. En cierto momento quité el *charshaf* a las mujeres arguyendo que bastaba con un velo que tapara la boca y me dijeron de todo. Por favor, no olvide que por ese esfuerzo europeizador apuñalaron a mi tatarabuelo Selim Jan hasta dejarlo hecho un acerico en su propio dormitorio; que mi abuelo Mahmud salvó la vida a duras penas y que le pusieron el apodo de "el sultán infiel". Dígame qué habría hecho usted en un entorno así. No existe eso de que lo que dice el sultán se cumple al pie de la letra. Eso es pura apariencia. Si el equilibrio se le va de las manos, o lo asesinan o lo destierran. Usted es testigo de lo sincero que soy como musulmán, pero ¿no me destronaron tachándome de enemigo del islam?

»Ni mi tío, ni Murad, ni yo estábamos ciegos. Veíamos con nuestros propios ojos lo atrasados que estábamos con respecto a Europa, a leguas de distancia. Y no piense que exagero si le digo que lo veíamos con lágrimas en los ojos. En especial cuando fuimos a la Exposición Universal de París. Sacaron de un museo el faetón de Luis XIV para llevar allí a mi tío. Y a nosotros nos condujeron en carrozas con tiros de seis caballos. Ay, Dios mío, ¡qué exposición! ¡Imposible describirla con palabras! ¡Qué de máquinas habían inventado, qué de innovaciones! Todo lo que veíamos nos parecía increíble, no éramos capaces de concebirlo siquiera. Mi tío se sentó junto al emperador en aquel recinto inverosímil por su enormidad en el que había veinte mil

invitados y repartieron premios a distintas personas. Se nos hinchó el pecho de emoción cuando una banda de mil miembros interpretó el himno otomano. Nos tenían prácticamente en palmitas, pero era imposible que entendieran la amargura que nos embargaba. Comprobábamos con pesar que no teníamos la más mínima posibilidad de estar a su altura, que la era de la ciencia se nos había escapado. En el pabellón otomano se exponían alfombras, candelabros, sedas, paños, bordados de hilo de plata y oro, armas con el escudo grabado y tapices de oración; habían abierto también un café otomano en el que un muchacho con el traje nacional invitaba a entrar a todo el que pasara. Lo único que se hacía allí era tomar café y fumar en nuestras largas pipas. No teníamos máquinas, inventos ni tecnologías, pero sí placeres orientales.

En ese punto, mientras esperaba a que el sultán encendiera un cigarrillo y se tomara un respiro, el doctor pensó: «Ah, nuestro mundo oriental, pobre y mágico, que carga sobre sus hombros el cansancio de siglos y tan aficionado a los placeres sin tener la menor noticia del mundo». Precisamente ese era el motivo por el cual la revolución que había empezado en Salónica había destronado al hombre que tenía delante, pero lo más extraño era que él se quejaba justo de lo mismo. Creían que al derribar a un sultán que pensaban que defendía el orden antiguo y al tomar las riendas del poder poniendo en su lugar a la marioneta de su hermano, el carro del imperio avanzaría de forma más recta, incluso a la carrera, por el camino de Occidente, pero ahora todo había ido a peor. Así que el sultán no había tenido más remedio que hacer lo que hizo. Y, sin embargo, la corte había sido consciente de la brecha que se abría con respecto a Europa, y más que nadie. Los miembros de la dinastía, al menos desde la época de Selim, se esforzaban por occidentalizarse y perdían la vida por ello. Ese sultán Hamid que tenía ante sí había sido islamista en apariencia, quizá porque temía que aquello le costara la vida o quizá porque no tuvo más remedio, pero en realidad llevó a cabo reformas occidentalizadoras en lo que estaba en su mano modernizando el sistema de enseñanza, publicando el doble de traducciones de libros extranjeros que en épocas anteriores, fundando escuelas para niñas, tratando de poner en práctica la hora europea, esforzándose en conectar el país mediante ferrocarriles. Bien, entonces ¿para que se habían alzado en rebelión? Cuando llegaron al poder los Jóvenes Turcos, que se pasaron años en París publicando periódicos y luchando contra el sultanato y que recibieron el apoyo de las potencias europeas, ¿qué habían cambiado? El doctor no se atrevía a confesárselo, pero cada día todo iba a peor y el imperio había iniciado un proceso de disolución acelerada. Además, los Jóvenes Turcos, que habían acusado al sultán de la masacre de los armenios, se habían

puesto en marcha con la idea de unir a los miembros de todas las religiones y minorías, a quienes llamaban «partes integrantes del imperio», pero ya desde el principio habían empezado a reprimirlos todavía más.

–¿Me permite que le pregunte algo, señor?

–Por supuesto –respondió el sultán alegrándose de la curiosidad del médico–. Son temas muy interesantes.

–De todos es sabido –dijo el doctor– que había un movimiento de oposición contra el gobierno de su tío y que aquellos intelectuales se encontraban sobre todo en París. Incluso publicaban periódicos allí. ¿Qué pasó durante su visita, hubo algún contacto?

El sultán dio una profunda calada a su fuerte cigarrillo, echó el humo haciendo anillos y contestó:

–No, pero los conocíamos. Era gente educada y valiosa. Nuestro embajador nos informó de que opositores como Namık Kemal Bey, Şinasi Bey o Ali Suavi Efendi fueron a la dirección de seguridad de París y dijeron: «Hemos llegado a la conclusión de que nuestra presencia en esta ciudad no es pertinente durante la visita del sultán. Queremos irnos a Londres». Y el comisario principal les contestó: «De hecho, íbamos a pedírselo. Muchas gracias por su delicadeza». Así que no tuvimos ningún contacto con los señores de la oposición. Pero yo los conozco. Y he llegado a trabajar con ellos, especialmente con Namık Kemal Bey. Un hombre muy valioso, pero que se dejó llevar por unas extrañas ideas de libertad. Además, fue él quien acostumbró a mi hermano Murad a la bebida.

Unas declaraciones tan moderadas por parte del mismo sultán que había decidido arrancar de raíz la oposición gracias a miles de agentes secretos provocaron que el doctor empezara a sospechar: «¿Y si nos lo mostraron siempre de manera equivocada?». Hablaba de una forma tan convincente, se comportaba con tanta cortesía que ese hombre y el tirano no podían ser la misma persona. Decidió comentarlo con sus compañeros.

El sultán continuaba describiendo París. Era evidente que el nivel cultural que habían visto allí les había impresionado extraordinariamente a todos, algunas cosas incluso les habían dejado estupefactos. Por ejemplo, cuando vieron el ayuntamiento de París, el primer edificio del mundo en ser iluminado de noche, se quedaron pasmados diciéndose que los franceses habían convertido la noche en día. Con todo, el viaje no estuvo exento de dificultades. Era increíblemente difícil despertar y vestir al sultán otomano, que en su vida había aceptado normas, horarios o citas, para que llegara a tiempo a su encuentro con el emperador, o asegurarse de que acudiera a las recepciones. Era imposible recordarle ciertas obligaciones al sultán, cuya palabra era ley en palacio, porque se enfurecía. Y eso

tenía consecuencias tan terribles como que al pobre Fuad Bajá, enfermo del corazón de por sí, se le congestionó el pecho y se puso púrpura. De hecho, después de aquel viaje el pobre bajá fue a Niza para curarse y allí falleció.

Un día el emperador francés fue al palacio del Elíseo a la hora a la que le habían indicado y estuvo dando vueltas irritado por el salón refunfuñando porque nadie se atrevía a despertar al sultán Aziz: «Menuda calamidad nos hemos echado encima con estos bárbaros orientales. Ni atienden a horarios ni saben de compromisos». De repente su mirada recayó en Fuad Bajá, que estaba en la puerta. «Por Dios –le dijo el emperador–, haga como si no hubiera oído lo que he dicho y no se lo comente al sultán.» El bajá, sagaz, le respondió al punto: «No se preocupe, majestad. Si no le cuento lo que él dice de su majestad, ¿por qué iba a contarle lo que dice su majestad de él?».

Era agradable oír aquellos recuerdos que parecían historias de aventuras sucedidas en países lejanos, pero la mente del doctor empezaba a estar cada vez más confusa. Después de salir de aquella procesión de emperadores y aquel intenso bombardeo de historia universal e historia contemporánea, iba a su casa, pasaba a papelitos con letra diminuta lo que habían hablado aquel día, luego se sentaba a reflexionar, a veces se quedaba despierto hasta el amanecer, descuidaba escribirle cartas a su amor eterno y pasaba poco por las tabernas en las que se encontraba con sus compañeros. Pero esa tarde sí acudiría a uno de dichos encuentros ya que lo había prometido. Lógicamente, sus compañeros sentían curiosidad por saber qué pasaba en el palacete, por lo que decía el «espíritu maligno» y si estaba próximo a «reventar de una vez por todas». Quien le había puesto el mote de «espíritu maligno» había sido el poeta islamista, nacionalista y conservador Mehmet Âkif, que también decía que era incapaz de reprimir las ganas de vomitar cuando veía la carroza del sultán. Tal era su odio. El doctor, que en los últimos días andaba bastante ensimismado con las preguntas que le llenaban la cabeza, caminaba meditabundo por el Cordón mientras se dirigía a paso lento hacia el Casino Olimpo. Qué extraño destino el que había convertido en compañeros de charla cotidiana a un soberano que había movido el mundo con un dedo, a quien era difícil de imaginar tras los altos muros de su palacio siquiera como una sombra, y a un muchacho cualquiera nacido en Kumkapı, hijo de Hüseyin Efendi, que, pasando muchas dificultades, lo había apremiado a estudiar en la Escuela de Medicina Militar. ¿Realmente Abdülhamid y los demás sultanes reflexionaban tanto sobre las cuestiones de las que hablaba, buscaban soluciones, se esforzaban en conseguir la prosperidad del país? Porque la comparación entre Oriente y Occidente que había descrito en los últimos días solo podría haberla hecho un Joven Turco que fuera

consciente de que el sultanato había ido por mal camino.

Las calles de Salónica vivían el atardecer acostumbrado, las tiendas cerradas tras la puesta de sol y los ciudadanos judíos, musulmanes, griegos, dispersándose en silencio de regreso a sus hogares, fueran comerciantes, funcionarios, militares o estudiantes. Era una estabilidad sólida, que no había sido alterada en siglos. La verdad era que al doctor le sorprendía tanta tranquilidad. Porque por todas partes estallaban rebeliones, se proclamaban uno tras otro Estados independientes en territorio otomano, los *komitadji* luchaban en los montes de los Balcanes y no cesaban de llegar noticias de desastres. No podía conciliar aquel cerco de fuego y esta calma.

Al pasar por delante de una casa rumí que olía a fritanga vio que una mujer se asomaba por la ventana y oyó que llamaba a su hijo, que se retrasaba: «¡Yanni!». Como hacían todas las madres al llamar a sus hijos, la de Yanni gritaba con una melodía de dos notas: «¡Yaaan-niii! *Ela vre pedakimu!*». Yanni estaba entretenido dándole unos últimos latigazos al trompo que bailaba. Luego recogió el trompo y el cordel y se fue a su casa. Al doctor se le vino a la mente un símil que pensó compartir con sus camaradas. De niños todos habían jugado al trompo. Cuando giraba vertiginosamente y llegaba a su máxima velocidad, parecía que no se movía. A eso le llamaban «dormirse el trompo». El trompo dormido empezaba a cabecear poco después y, si no se le reanimaba golpeándole con el cordel, inevitablemente se caía. «Somos como el trompo de Yanni –pensó el doctor–, parece que no pasa nada, el trompo está dormido y nosotros también lo estamos. Que Dios nos libre de un mal final.»

De nuevo el Olimpo, de nuevo el raki blanquecino por el agua, de nuevo la ensalada de judías pintas, de nuevo los mismos camaradas... Todo igual que hacía tres años, no había cambiado nada. No obstante, todos se sentían extrañamente inquietos. Aquellos Jóvenes Turcos, oficiales asignados al Tercer Ejército, parecían más silenciosos, más cansados, más deprimidos. Su conversación carecía del entusiasmo y la decisión de antaño. Aunque el Ejército de Intervención había derrocado al tirano que, prisionero, había sido trasladado a la misma ciudad de los revolucionarios, el hecho de que el imperio continuara en pie a pesar de los territorios que estaba perdiendo daba lugar a que la esperanza que habían tenido en alcanzar los niveles de desarrollo de Europa fuera cediendo su lugar poco a poco a la suspicacia, a una especie de miedo al futuro, incluso a veces a un oscuro pesimismo en el que caían sin poder evitarlo. Por mucho que no lo mencionaran entre ellos, sentían que los antiguos compañeros que ahora gobernaban el imperio y manejaban, entre bambalinas, los hilos de la marioneta que era el nuevo sultán, no estaban llevando el país a un lugar mejor. De Estambul llegaban noticias a cuál más sombría.

Periodistas e intelectuales de la oposición asesinados, una terrible represión cada vez mayor sobre las comunidades armenia y árabe... Todo demostraba que el país se dirigía directamente a una dictadura a ojos vistas. Entonces, ¿para qué habían destronado al sultán tirano, o de qué había servido que lo destronaran? El imperio seguía siendo el hombre enfermo de Europa, la economía estaba hecha un desastre, gran parte del ejército había sido licenciado; y lo peor de todo era que dentro del propio ejército se había generado un desbarajuste entre los militares que eran miembros del partido y los que no que ponía patas arriba la jerarquía militar. El tema principal que trataban esa noche era la rápida eslavización de los Balcanes. Antiguas partes del imperio como Montenegro, Serbia, Bosnia Herzegovina, Bulgaria, Rumanía y Albania, formaban alianzas y estaban a punto de declararle la guerra a la vieja metrópoli. Era imposible que un ejército totalmente desorganizado hiciera frente a aquella guerra, alentada por Rusia.

–¿Y qué hace tu amigo? –preguntó el comandante Saffet, apagada la antigua emoción–. ¿Sigue entretenido con sus enfermedades? ¿Tiene noticia de lo que ocurre fuera? ¿Sabe que los italianos nos han quitado Libia y Bengasi, que Albania ha proclamado su independencia, que Creta se ha unido a Grecia?

–No –contestó el doctor. En el escenario cantaba una rumí jovencísima acompañada por la orquesta, pero aquella música de la que siempre había dicho que era la mejor acompañante para el raki, afirmando incluso que multiplicaba por diez el efecto de la bebida, ahora le provocaba dolor de cabeza y le agobiaba. Y no solo era en su mesa, en todo el casino en general se notaba una falta de alegría, un malestar.

»No está enterado de nada –continuó el médico–. Se muere de curiosidad, pero no sabe ni a quiénes ha encargado el gobierno su hermano, ni siquiera a quién ha nombrado gran visir.

–¿Y de qué habláis todo el día? ¿Solo de enfermedades?

–No, no. Me cuenta muy orondo el viaje que hizo por Europa con su tío Abdülaziz. La comitiva entera se quedó maravillada con los avances europeos. No deja de alabar las máquinas de vapor, las fábricas, la alta tecnología, la riqueza y, sobre todo, cómo convivían hombres y mujeres.

–No me digas, supongo que no te crees toda esa palabrería.

–Para qué voy a mentirte –respondió el doctor–, no te sorprendas si te digo que me lo creo. Lo cuenta con tanta sinceridad, lo analiza todo tan bien, que me deja boquiabierto. Es como si no tuviera delante al sultán cruel y retrógrado, sino a un ilustrado otomano con la cabeza sobre los hombros. Un intelectual que fuera consciente de la desastrosa situación del país, que lo lamentara de verdad y que viera que la salvación reside solo en europeizarse. Sí, sí, tenéis toda la razón

al sorprenderos, a mí mismo me cuesta creerme lo que escucho a veces. Pienso si no estará fingiendo, si no querrá engañarme, pero, y lo confieso abiertamente, no puedo refutar gran parte de lo que dice. Lo explica con tanto convencimiento...

–Bien, ¿y por qué no puso en práctica todo eso que pensaba?

–Esa es la pregunta fundamental. Dice que los fanáticos lo tenían atado de pies y manos.

–¿Es que había alguien más fanático que él?

–Muy bien, ¿y qué me decís de su tesis de que «nosotros no somos una única nación como en Europa»? Nuestra estructura mental se ha formado con la Revolución francesa, pero ¿realmente somos una única nación, como los franceses o los ingleses?

Los otros dos oficiales se quedaron un rato meditando la pregunta.

–No –dijo Saffet–; por desgracia, en eso tiene razón. Tenemos setenta y dos naciones juntas. Cada cual con su religión, su lengua, su color, su identidad. Los viernes es fiesta para los musulmanes; los sábados, para los judíos; los domingos, para los cristianos. ¿Hay algún otro país en el mundo tan extravagante como nosotros?

–Pero ¿por qué no se han integrado después de seis siglos de vivir juntos? –intervino Nihat–. ¿Por qué no se han unido?

–De entrada, estamos dispersos en un territorio muy amplio –dijo el doctor–. ¿Es fácil unir el norte de África con el Cáucaso? ¿La península Arábiga con los Balcanes? Si no se parecen en nada, amigo. Hasta la pinta la tenemos diferente.

–Es verdad –contestó Nihat–. Mira, hasta nosotros tres somos distintos. El médico es rubio, Saffet tiene los ojos rasgados y yo, bueno, soy un poco más guapo que un mono.

Los tres se rieron con aquella ocurrencia.

–Por lo que veo –continuó Nihat–, empieza a caerte mejor. Al menos no lo odias tanto como antes.

–Me limito a transmitir lo que dice. Tiene tendencia a demostrar su inocencia en todo. En lo que respecta a la cuestión armenia, como en todas las demás, insiste en que él no mandó matar a nadie y pretende que me crea que era un sultán compasivo y amante de su pueblo.

–Por supuesto. No mató a nadie con sus propias manos y quizá tampoco lo ordenara, pero ¿quién puede negar que llevó a cabo una política de enfrentar a todos contra todos? ¿Quién creó los regimientos Hamidiye, quién lanzó a los kurdos contra los armenios? ¿Quién provocó tantas pérdidas de vidas? Ese tipo quiere engañarte, Atıf.

–¿Para qué me iba a engañar? ¿Qué va a conseguir?

–¿Qué va a conseguir? Tú mismo nos contaste que no le habían dado permiso para escribir sus memorias.

–Sí, es verdad.

–Pues quiere que pasen a la historia a través de ti, ¿no te das cuenta? En la práctica eres su cuaderno de memorias. Un cuaderno de memorias que limpiará su nombre ante las próximas generaciones.

El capitán estaba borracho y, de repente, se produjo cierta tensión en el ambiente cuando golpeó burlón la frente del médico con el dedo índice mientras le decía:

–Tenías escrito en la frente que te convertirías en un cuaderno...

El médico enrojeció.

–¿Yo? ¿Yo un cuaderno de memorias? –dijo y dejó el tenedor en la mesa con brusquedad–. ¿Cómo te atreves a decirme que soy un cuaderno? ¿No soy militar, como tú? Y médico, además. ¿Con qué derecho me lo dices?

Como estaban elevando la voz, los parroquianos de las otras mesas prestaron oídos a la disputa entre los oficiales. En aquella ciudad llena de revolucionarios y conspiradores no era insólito que los oficiales que discutían echaran mano a la pistola.

Por fortuna, aunque borracho, Nihat rebajó el tono:

–Me has malinterpretado, amigo. O puede que me haya explicado mal. Estaba hablando de las intenciones de Hamid. Al fin y al cabo, siempre le ha gustado la intriga.

–¿Y yo soy tan ingenuo como para dejarme engañar y meterme en ese papel de cronista suyo? ¿Como para no darme cuenta de sus intenciones? ¿O es que estás sugiriendo que ahora trabajo en secreto para el sultán o que le defiendo?

–Tampoco es eso –lo interrumpió Saffet porque comprendió que el doctor se lo había tomado demasiado a mal–. Ese maldito, ¿no va a saber que Atıf lo odia y que nunca hablaría a su favor? Claro que lo sabe. Es un tipo retorcido y, como está muerto de miedo, intenta engatusar al médico que tiene su vida en sus manos.

–Discúlpame, Atıf –dijo Nihat–. Parece que me he dejado llevar por la excitación. ¿Quién podría dudar de que eres un buen unionista? –E intentó cambiar de tema–: ¿Habéis oído que ahora rezan en albanés en la Iglesia albanesa? Y eso que hace poco el patriarca ortodoxo dijo que Dios no entendía las oraciones en ese idioma. ¡Qué tontería! Como si Dios solo supiera una lengua.

–¿Y no rezamos nosotros en árabe? –preguntó Saffet–. Eso querría decir que Dios tampoco entiende turco.

–¡Blasfemia, blasfemia! –exclamó Nihat riéndose–. Pero tienes razón. Uno nunca se ve a sí mismo. Aunque no pinta nada bien que se hayan unido las iglesias de los Balcanes. Me temo que nos van a atacar todos a la vez.

–¿Te lo temes? –dijo Atıf–. Decir que te lo temes sí que es una ingenuidad, más que ingenuidad. La guerra está a punto de estallar. Y

no va a ser una guerra de guerrillas, sino de ejércitos regulares apoyados por Rusia.

–¿Y qué crees que hacen nuestros camaradas? ¿Es que no ven el peligro? –preguntó Saffet.

–Claro que sí –replicó Nihat–. Tanto Enver, como Niyazi, como Talat Bey son hijos de esta región. Conocen estos montes palmo a palmo, pero, por desgracia, el gobierno no está del todo en sus manos. Hacen todo lo que pueden para influir en él y en el sultán. Y no olvides a los moderados.

Saffet levantó la copa de raki:

–En ese caso, estad listos para nuevos disturbios. El Enver que yo conozco no lo aguantará y hará lo que sea para acaparar todo el poder.

Los tres oficiales entrechocaron las copas y se tomaron el último trago. «Ya veremos», se dijo para sí el médico, sintiendo que no le quedaba demasiada confianza en la nueva administración y, por otro lado, lamentándolo. Todavía no se le había pasado el enfado con Nihat mientras regresaba a casa. «Menudo cretino –pensó–. No sabe de nada pero opina de todo con ese valor que tienen los ignorantes. De verdad que es difícil aguantarlo. No vuelvo a sentarme con él y a permitirle que me ponga nervioso.» Pero también a Saffet lo encontraba bastante bruto. «No son capaces de salir de sus diminutos mundos ni de los límites de su vida cotidiana», murmuraba. Fuera como fuese, para bien o para mal, el anciano del palacete conocía a los emperadores del mundo y sus secretos y, como actor de la política internacional durante más de treinta años, contaba cosas interesantes. Él prestaba atención, era todo oídos cada vez que se veían. Sin embargo, sus compañeros oficiales no sentían la menor curiosidad, no preguntaban, no querían saber nada. «¿Habré tenido una reacción exagerada con Nihat? –dudó–. Quizá no fuera para tanto.» Pero entonces se repitió: «¡Cuaderno de memorias!». ¿Quizá se había puesto tan nervioso porque creía que insinuaban que estaba haciéndose amigo íntimo del sultán? Sin embargo, ni íntimo ni nada parecido de ese dictador, seguía odiándolo. ¿Cómo era posible que sintiera la menor simpatía por el hombre que había malogrado tantas generaciones? ¿No? Puede que sí fuera posible. El doctor sintió el zarpazo de la duda. ¿Estaba tan airado como el primer día, la furia de su corazón era igual de fuerte? «Sí, sí –se dijo mientras abría por fin la puerta de su casa–. Nada ha cambiado en lo que siento hacia ese demonio. Simplemente cumplo con mi deber de médico, eso es todo.» Seguía tan furioso como el primer día, de eso estaba seguro. Al quitarse el uniforme se tambaleó ligeramente y comprendió que esa noche se le había ido un poco la mano con el raki. Sobre todo, había bebido demasiado rápido después de lo que le dijo Nihat y, aunque no

estaba borracho, sí se encontraba un poco achispado. Le gustaba aquella palabra: achispado, achispado... Hasta era agradable cómo sonaba. Sacó el cuadernito de donde lo tenía escondido y escribió las notas de aquel día. Luego sacó de la estantería los poemas de Mehmet Âkif y leyó los siguientes versos en voz alta:

> Todo está tan mal, todo es un embrollo
> La lechuza de Yıldız, así se vaya al hoyo

Repitió un par de veces lo de «lechuza» riéndose. De verdad que parecía una lechuza. Âkif había hecho una buena metáfora.

> Llevaba tiempo con un dolor,
> quería contárselo al opresor.
> Hamid, como una vieja,
> se escondía tras las rejas.
> ¿Quién tanta cobardía habría esperado
> de la gran casa de los otomanos?

Ahora las carcajadas del doctor se alzaron a tal volumen que temió despertar al dueño de la casa, que vivía en el piso de abajo. De verdad que el poeta cargaba duro contra él. Los versos siguientes le hicieron reír hasta darle calambres en el vientre y no se preocupó de si despertaba al dueño o no.

> ¡Ay, amigo, qué animal, qué pollino!
> ¡Ay, amigo, ese infiel rojo, qué tipo!
> Te hundiste en lo más hondo, puerca monarquía absoluta,
> en el corazón del pueblo dejaste una memoria sucia.
> A lo más heroico de la nación sumiste en la pena,
> tan ruin que el mismo demonio de menos se echa.
> Hasta de su sombra se asusta el muy gallina,
> y treinta y tres años asustándonos con la *sharía*.

Tanta risa debía de reflejar un estado psicológico nuevo, porque en los días en que apareció la lechuza no había lugar, no ya para reírse a carcajadas, sino ni siquiera para una ligera sonrisa. Estaba nervioso, tenso, agitado y le quemaba por dentro el odio que sentía. Pasados tres años el doctor se había ablandado, relajado y casi se había convertido en compañero de la lechuza. Las carcajadas eran irresistibles. Y los sentimientos que tenía por aquel hombre y su familia eran confusos. Por una parte estaba Müşfika Hanım y por otra todos los demás. La respetaba sobre todo a ella.

«¿Sería verdad lo que dijo el capitán Mustafa Kemal hace tres años en el congreso clandestino del partido?», se preguntó a sí mismo.

Aquel joven oficial, rebelde e independiente y a quien no le gustaban nada los dirigentes del partido, una noche había tomado la palabra en una sesión y, demostrando un gran valor, pronunció acusaciones muy graves en contra de la intervención de los militares en la política. Según él, era un gran peligro que los militares se comportaran como políticos porque no solo destruirían el orden interno del ejército, sino que también dañarían la administración debilitando la estructura del Estado. Por eso proponía que los cuadros dirigentes del partido, que habían conseguido un éxito tan extraordinario como el destronamiento de Abdülhamid, dimitieran del ejército y continuaran su vida como políticos civiles. Según hablaba aquel delgado oficial rubio, el cuadro de dirigentes se iba poniendo tremendamente tenso, algunos se retorcían el bigote y se podía ver que Enver, calzado con botas de montar y sentado con las piernas cruzadas, sacudía el pie, tenso como un arco, y todo ello tenía como consecuencia que los miembros de aquella organización revolucionaria se pusieran en guardia, con la mano en la culata de la pistola, dispuestos a liarse a tiros en cualquier instante. Atıf sabía que Kemal Bey, a quien no conocía muy de cerca, pero por quien sentía simpatía, no era muy querido en círculos militares, y que, aparte de sus tres o cuatro amigos más cercanos, intentaban excluirle por su forma de vida, por su comportamiento y por su actitud de lobo solitario que no cede ante nadie, pero nunca se habían tensado tanto los hilos como esa noche. Además, como todos los miembros del partido, él también sabía que se enviaba a «soldados» como Yakup Cemil tras cualquiera que cayera en desgracia. Y, a decir verdad, era muy difícil poder escapar de aquellos «soldados». Eran asesinos juramentados, audaces, dispuestos en todo momento a matar o morir, y Mustafa Kemal, puede que por su juventud o por su inexperiencia, se estaba arriesgando a sabiendas a morir a sus manos. El doctor no tenía mucha más información sobre él aparte de que había estudiado en el liceo militar de Manastir, que se había quedado huérfano de padre siendo aún niño y que su madre era una mujer muy religiosa llamada Zübeyde Molla. Era un oficial delgado, rubio, con los ojos azules y las puntas del bigote rizadas hacia arriba. El bigote de Enver seguía la misma moda, pero por lo demás no se parecían en nada. El rostro de Enver era más otomano; el del rubio y delgado Kemal, más europeo. Pero lo que sí estaba claro era que no se soportaban. De hecho, se contaba por aquí y por allá que, después del congreso, el partido había enviado a uno de sus pistoleros para matar a Mustafa Kemal y que este había logrado escapar gracias a una hábil maniobra. El doctor no sabía hasta qué punto era cierta la historia porque Salónica estaba llena de rumores, pero, según decían, cuando el pistolero entró en su cuarto, Kemal comprendió de inmediato lo que ocurría. El asesino exclamó con

rudeza: «¿Quién eres tú para oponerte a los cuatro vientos a las ideas de Enver?», a lo que Kemal le contestó señalándole la silla que había ante la mesa a la que estaba sentado: «Pase, siéntese, déjeme explicarle, pero antes permítame que le ofrezca un café», suavizando así la situación y convenciéndole de que escuchara lo que tenía que decir. A regañadientes, el otro se sentó y entre café y cigarrillos la conversación fue avanzando. Kemal le explicó con detenimiento los peligros de que los militares se inmiscuyeran en política: «La patria se nos está yendo de las manos; piense ahora en un coronel que sea miembro del partido y en un general que no lo sea; en tiempos de guerra ¿quién obedecería las órdenes de quién? ¿El general las del coronel o el coronel las del general? Es algo que crearía confusión en el ejército y que nos debilitaría». El pistolero quedó satisfecho con aquellas explicaciones y le contestó: «Me alegro de que me lo haya explicado. Después de oír sus ideas le doy toda la razón. Tengo que confesarle algo. En realidad, me mandaron para matarle y, de no haber tenido esta conversación, ahora estaría muerto». Mustafa Kemal se rio y le mostró la pistola que sostenía por debajo de la mesa: «Es usted quien se ha librado de una muerte segura –dijo–. Le estoy apuntando desde el momento en que entró. De no haber aceptado mi invitación a café, le habría metido una bala entre ceja y ceja en cuanto echara mano a la pistola».

«No es porque lo diga yo –pensó el doctor–, pero lo cierto es que ya se están empezando a tejer pequeñas leyendas en torno a este delgado oficial. Un oficial extraño, solitario y orgulloso. Y además, su vida no se adecúa a la del tipo de oficial musulmán otomano. Los que son como él no viven tanto como para contarlo.»

Inglaterra – La reina Victoria

El emperador le impuso a mi tío la orden de la Legión de Honor. Era la más alta condecoración de Francia. Algo así como nuestra Mecidiye. A pesar de la muerte del pobre Maximiliano, dejaron el luto para más adelante y no descuidaron agasajarnos con banquetes y ceremonias. Una noche, en una cena, vi que el alcalde de París, el barón Haussmann, le preguntaba algo a nuestro Ömer Faiz Efendi y sentí curiosidad por lo que hablaban. Ömer Faiz Bey nos contó luego a mi hermano y a mí que se había interesado por cómo se regaban las calles de Estambul. Las de París se limpiaban todas las noches con mangueras hasta dejarlas impolutas. ¿Era posible que nosotros tuviéramos algo parecido? Ömer Faiz Efendi, tan inteligente y siempre con una respuesta lista, le contestó: «El ayuntamiento no riega las calles. De eso se encargan artesanos y comerciantes. Los tenderos tiran a la calle el líquido de las latas de queso y de aceitunas y los barberos, el agua de afeitar. Así se limpian». Pensé que con razón al barón se le había puesto cara de sorpresa y me eché a reír. Pero, como pasó a lo largo de todo el viaje, la nuestra era una risa amarga. «Si estuviera en el poder –dijo mi hermano Murad–, me llevaría a ese barón y pondría en sus manos el urbanismo de Estambul. Una vida civilizada solo puede surgir en ciudades así de hermosas.» Y luego le dijo a Ömer Faiz Efendi que, en cuanto encontrara la oportunidad, le contara también al sultán aquella conversación. En las recepciones de París veíamos que mi difunto tío, de quien, como siempre, no se nos escapaba ninguna mirada, ningún gesto, ningún talante, cada vez estaba más abstraído, jugando a veces con el pañuelo y otras meditando profundamente. Pero otra cosa de la que nos dábamos cuenta también era de que el sultán le echaba disimuladas miradas a la emperatriz. En tres ocasiones vi incluso que las miradas de ambos se cruzaban y Eugenia inclinaba la cabeza. Estaba claro que entre mi tío, tan aficionado al bello sexo, y la hermosa emperatriz había algo. Sucesos posteriores demostrarían que no me equivocaba en mi apreciación, pero ya contaré esa interesante historia de amor cuando llegue el momento. Se lo prometo, se la contaré, hijo mío.

Al día siguiente nos dirigimos al puerto de Boulogne, de nuevo en medio del entusiasmo, para embarcarnos en *La Reine Hortense* con destino a Inglaterra. En el canal de la Mancha el barco se sacudía como un cascarón de nuez. Mi tío se sentó y nos indicó con gestos que lo hiciéramos nosotros también; menos mal que poco después el mar se calmó y todos nos libramos de llevarnos una buena regañina.

Los extraordinarios preparativos del puerto de Dover no

resultaron menos que los de Tolón. El príncipe de Gales y el duque de Cambridge, en representación de la reina Victoria, subieron a bordo para dar la bienvenida a su majestad imperial. También vino Müzürüs Bajá, nuestro embajador en Londres, un rumí. Luego le contaré las calamidades que sufrió tan valioso personaje, uno de los más distinguidos representantes de nuestro país.

Nunca en mi vida podré olvidar lo que vimos mientras íbamos en tren hacia Londres después de almorzar en Dover. Saltaban a la vista las chimeneas de las fábricas y las factorías industriales. El aire olía a carbón y el cielo estaba prácticamente cubierto de nubes de hollín. Era como si, allí donde miraras, todo el mundo estuviera trabajando con ahínco. En Londres nos llevaron con un enorme cortejo oficial, presidido por el coche del rey Jorge III, que habían sacado de un museo para uso de nuestro soberano, hasta el palacio de Buckingham, donde nos hospedaríamos. En Londres quizá no llamara tanto la atención como en París el imperio de la luz deslumbrante, pero era evidente que estaban más avanzados en cuestiones como la industria, la técnica y la ciencia. En sus astilleros vimos cómo construían aquellos magníficos barcos y nos maravillaron los milagros que creaban en sus fábricas. Sería justo decir que nos dejaban boquiabiertos. De hecho, no cerramos la boca en todo el bendito viaje.

La poderosa reina Victoria pasaba la mayor parte de su tiempo en Escocia, en el castillo de Balmoral. Tras la muerte de su marido Alberto se había retirado de la vida pública. Se entrevistó con mi tío en el palacio de Windsor. Se la veía desmejorada y, aunque no había cumplido los cincuenta años, tras la muerte de su marido no quedaba nada de su apariencia anterior. Parecía enferma, marchita y agotada. No tenía nada que ver con la emperatriz Eugenia, aunque Victoria también era una gran reina, por supuesto.

Los ingleses son muy inteligentes. Desde esa isla brumosa y lluviosa han conseguido dominar el mundo entero. En toda mi vida, nadie me ha provocado tantos recelos como ellos. Se lo voy a decir sin tapujos, doctor Bey, hijo mío. Me dan miedo los ingleses y las ratas. No, no, no se ría, le juro que no es una broma. No piense que las ratas son inofensivas, he visto a muchos hombres a los que esos extraños animales les han comido las orejas y las narices sin que se dieran cuenta. Por la noche, se acercan a la gente dormida, les anestesian la oreja, la nariz o lo que sea y se lo comen. Cuando uno se levanta por la mañana ve que se ha quedado sin labios o sin nariz sin haberlo notado. Bueno, pues ahora me preguntará qué tiene eso que ver con los ingleses. Se lo explico: como las ratas, los ingleses se meten en un sitio y sin que nadie se dé cuenta, lo drogan, lo atontan y luego se hacen sus dueños. Ni te enteras mientras tu país se desliza bajo tus pies. De verdad que me asustan mucho. Durante mi reinado le presté

una atención exagerada a la política británica. No se limitan a apoderarse del mundo, sino que hacen que el resto del mundo sirva a su propio país. Han levantado una enorme civilización. Cuando lo veíamos se nos partía el corazón y podía notar que a menudo se le humedecían los ojos hasta a mi tío, tan orgulloso y siempre con la cabeza tan alta. Había que ver dónde estaban ellos y dónde estábamos nosotros. Y según aumentaba el fasto de las recepciones, también aumentaba nuestra amargura. Aunque no nos lo confesáramos unos a otros, a todos nos rondaba la misma pregunta en la mente: ¿En qué nos hemos equivocado?

El doctor pudo sentir la tristeza palpable de aquel anciano que guardó silencio un rato tras decir aquellas palabras dando sucesivas caladas a su cigarrillo y expulsando el humo por aquella inmensa nariz. Estaba triste de verdad, era evidente que el recuerdo aún le apenaba aunque hubieran pasado tantos años. Bien, entonces, si había visto esa realidad con tan solo veinticuatro años, ¿por qué no aprovechó la oportunidad cuando la tuvo en sus manos, por qué no llevó el imperio al nivel de esas otras naciones? Sabía qué le respondería si se lo preguntaba. Le diría que no lo dejaron. Le explicaría que el monarca no podía hacer todo lo que quería y que su poder tenía un límite y les echaría la culpa a los visires, al gobierno y a los ulemas que siempre lo estaba presionando.

Y quizá tuviera razón. Como el tiempo que habían pasado juntos le había dado la oportunidad de conocer de cerca al sultán, se decía: «Y quizá tuviera razón», se sorprendía de cómo era posible que lo pensara siquiera.

Un día el sultán no pudo ocultar sus sentimientos y, a punto de llorar, le contó cómo se había visto obligado a humillarse ante el gran duque Nicolás, tío del zar de Rusia, para las conversaciones de paz. No le era posible describir el tormento que había sufrido ese día y esa noche. Nada menos que el gran sultán otomano embarcó en el caique imperial, fue hasta el palacio de Beylerbeyi y allí tuvo que negociar el acuerdo de paz con el gran duque, un monstruo de hombre de dos metros de altura y cargado de medallas que le esperaba con el aire de un comandante vencedor y jactancioso. Si sus ejércitos le hubieran obsequiado una victoria, sin duda que su propia actitud habría sido arrogante y majestuosa, como la de sus antepasados. Sin embargo, el ejército ruso había vencido en el Cáucaso y en los Balcanes, se había adueñado de todo, incluido el valle del Danubio, y había apoyado su daga en el cuello de Estambul llegando hasta Yeşilköy. ¿Qué podía hacer un sultán cuyo ejército había sufrido tal derrota excepto arrojarse a los pies de aquel gran duque, aunque no fuera su par? De hecho, en el palacio de Beylerbeyi, en el que puso el pie con el

corazón herido, no se limitó a firmar unas condiciones de rendición difíciles, duras y vergonzosas, sino que, ante aquel monstruoso general ruso, se sintió un vulgar mortal, despojado de toda la majestuosidad imperial.

Maldijo en su interior a los bajás y políticos que le habían dejado entre manos una guerra colosal con Rusia en cuanto ascendió al trono. Conducían el país a su destrucción por problemas que habrían podido resolverse mediante la diplomacia. Esa asamblea de traidores, ese nido de corrupción llamado Parlamento, en el que la mayoría de los diputados en realidad no eran turcos, había apoyado aquel craso error dando palmadas de contento. Tenía que vengarse de quienes habían hecho caer al descendiente del glorioso Mehmet *el Conquistador* en una situación tan deshonrosa, había que cambiar el gobierno y clausurar ese Parlamento de víboras. Comprendió que solo después de hacerlo podría llegar a ser un verdadero monarca. No mandaría matar a nadie porque no le agradaba la pena de muerte, pero desterraría a los cabecillas de la oposición a los más remotos rincones del imperio. Cuando regresó a su palacio después de aquellas horas pasadas con el gran duque que se le habían clavado en el corazón como una daga, lo planeó todo y solo así su estremecido espíritu pudo calmarse en parte.

Se había dejado la vida tratando de descubrir quiénes eran espías, reclutando a decenas de miles de informadores, recibiendo millones de soplos. Ahora ya no necesitaba darle vueltas a la cabeza ni investigar porque sabía que todos eran espías y enemigos. El médico, los oficiales al mando, incluso su propia gente. Todos redactaban informes a toda máquina: cada vez que respiraba, qué comía, cuántos cigarrillos fumaba, cuántas veces iba al baño, cuántas tosía, su relación con sus esposas e hijos, a qué hora se acostaba, a cuál se levantaba... Suspiró profundamente. Por fin, al término de su vida, podía relajarse. Todos eran espías, todos enemigos. ¿Qué mayor tranquilidad podía haber que esa? Con todo placer aspiró el humo de su cigarrillo liado con fuerte tabaco color ámbar.

La orden de la jarretera – El doloroso final de madame Müzürüs

–En Londres nos pasaron cosas cómicas y también tristes, doctor Bey, hijo mío. En aquellos tiempos la mayor marina de guerra la tenían los ingleses y la segunda, nosotros. La reina quiso ofrecernos un fastuoso espectáculo para deslumbrarnos mostrándonos la fuerza de la marina británica, pero el día anterior el tiempo empeoró sobremanera, estalló una tormenta tal que pensaron incluso en cancelarlo. Y lo habrían hecho de no ser porque la reina dio una orden directa. Con aquel clima fuimos hasta el puerto de Portsmouth en el barco *Osborn*. Nos recibieron con salvas. Poco después llegó la reina y fuimos al yate *Victoria y Alberto*. Mientras, la tormenta había arreciado tanto que era imposible maniobrar. Los buques de guerra eran invisibles hasta la altura de los mástiles por la niebla y el humo. De no haber estado anclados habrían chocado unos con otros haciéndose pedazos. Por lo tanto, se les ordenó que se limitaran a disparar. La flota, dividida en dos, disparó sus cañones más pesados montando un pandemonio durante una hora más o menos.

»A ambas familias imperiales les parecía que sería imposible aguantar esa tormenta que se lo llevaba todo por delante y permanecer en la cubierta del *Victoria y Alberto*. A pesar de todo, la reina Victoria había planeado concederle a mi tío la orden de la jarretera justo ese día, que es una especie de liga, la mayor condecoración británica, y, como siempre hacía lo que se le metía entre ceja y ceja, su graciosa majestad la reina no renunció a su plan. La ceremonia se llevó a cabo en la cubierta del barco en el peor momento de la tormenta, por lo que salió manga por hombro. En cierto momento creí que la tempestad iba a lanzar al mar a la nobilísima reina Victoria, pero consiguieron sujetarla a duras penas. Volaban las faldas y los sombreros de las nobles. En fin, mal que bien, superamos aquella aventura. En principio, la noticia de que íbamos a recibir la condecoración más honorable de Inglaterra nos gustó. Después de la Legión de Honor francesa sería la mayor distinción que se nos hacía. La noticia, como todos los demás detalles del viaje, se publicó en la prensa de Estambul. La gente estaba contenta. Pero yo, por mi carácter, decidí investigar el fondo del asunto. Y aunque me enteré de que la condecoración no tenía un origen muy honorable decidí guardarme la información para mí, de nuevo porque así es mi carácter. Tampoco era necesario incomodar a nadie. Fue el rey Eduardo quien creó la orden de la jarretera, y fue de la manera siguiente. Una noche, su majestad el rey inició el baile con su amante,

la condesa de Salisbury, de quien todos se burlaban con desprecio, y a ella se le rompió una liga y se le cayó la media hasta el pie. Los cortesanos se reían envidiosos y cotilleaban con sarcasmo refugiándose tras sus abanicos, pero Eduardo se inclinó, recogió la liga y la alzó diciendo: "¡A partir de ahora esta es la mayor distinción de Inglaterra! ¡Malditos sean los malpensados!". Y, por supuesto, la corte entera, que hasta ese momento se había burlado de la amante del rey, se inclinó con una reverencia ante aquella simple liga para medias. Pienso mucho en ese tipo de cosas, doctor Bey, hijo mío. No entiendo por qué la gente hace cosas así. En tiempos, cuando los beyes y bajás me felicitaban las fiestas, besaban la borla final de un cordón dorado que se extendía desde el trono. Y no me resultaba nada raro porque era la costumbre. No obstante, ahora, al pensarlo, sí que me parece extraño.

–En esos tiempos lo miraba desde otro punto de vista –respondió el doctor sin poder contenerse–. Sin embargo, ha acabado convirtiéndose en una persona normal como nosotros, mi sultán.

El sultán se rio con amargura.

–Es verdad –dijo–. Incluso he caído más bajo que los súbditos normales, me han arrebatado todos mis derechos, soy un pobre preso.

«Reza por no acabar como tu gran visir –pensó el doctor para sí mismo– y que no te estrangulen rodeándote la garganta con una soga grasienta, que no te partan el cuello.» De haber dicho aquello el otro habría vuelto a protestar y a enlazar promesas de que él no había mandado matar a nadie, pero, por supuesto, todo el mundo sabía quién había dado la orden de ejecutar a aquel visir reformista.

–Quizá –dijo el anciano, que al parecer había estado reflexionando mientras el médico pensaba lo anterior– el respeto que se le tiene al rey no es mundano, sino sobrenatural. No se pueden explicar ese temor y esa reverencia simplemente con el miedo y el deseo de ascender.

–Sí. Antes de que la decapitaran, Ana Bolena rezó por la salud del rey. Delante del verdugo, instantes antes de que le cayera el hacha, ¿por qué rezar por su marido, el rey que la manda ejecutar?

–Para tener un lugar en el Paraíso –respondió el sultán.

–Eso parece. Todos aceptan que el monarca es una extensión de Dios ya que gobierna en su nombre. Allí y aquí.

–Cierto, pero yo sigo siendo el mismo hombre. Ya que el Todopoderoso me dio ese poder, yo era la sombra de Dios en la tierra. ¿Qué ha cambiado ahora? No he sufrido una maldición divina, han sido mortales quienes me han destronado.

–Quizá sí la ha sufrido, mi sultán –dijo el doctor–. Quizá fue Dios quien le destronó.

–También lo he pensado. Todos los días le doy gracias a Dios por

haberme librado de un destino peor. Estoy contento de haberme alejado de los asuntos del gobierno. Rezo por mi hermano, nuestro nuevo sultán. Que Dios Todopoderoso le ayude en todas sus iniciativas.

El doctor comprendió en ese momento que se había acabado la conversación sincera y que el otro había vuelto a encerrarse en sí mismo, a retirarse a ese caparazón en el que urdía sus retorcidos planes. En esos momentos le cambiaba la expresión de la cara. Era imposible adivinar qué estaba pensando.

–Ya le he hablado de Müzürüs Bajá, nuestro embajador en Londres, doctor Bey, hijo mío. La familia Müzürüs, rumíes otomanos, habían servido al Estado en múltiples ocasiones y a este hombre tan notable se le concedió el título de bajá. Representó al Estado otomano en Londres de una manera impecable durante treinta y cinco años. Sabía ocho lenguas. Tradujo al turco y al griego *La Divina comedia* del famoso literato italiano Dante. Su esposa, madame Müzürüs, llegó a convertirse en una mujer muy famosa y querida en la alta sociedad londinense. Por lo que he oído, era muy buena amiga de la reina Victoria hasta el punto de que la propia monarca iba a visitarla a su casa y cogía en brazos a sus hijos.

»Un día organizaron un banquete en honor de mi tío en el espléndido palacio llamado India House. Mientras subía las altas escalinatas de mármol, me llamó la atención una señora muy gorda. Estaba toda arrebolada, sin aliento y trepaba los escalones con dificultad. Recuerdo haber pensado que alguien debería ayudarla. Y la señora resultó ser madame Müzürüs. Por fin pudimos llegar al salón, y vaya salón. Una decoración extraordinaria, camareros ofreciendo champán, una orquesta, aristócratas. La orquesta tocaba piezas de baile. Creo recordar que fue el príncipe de Gales quien se dirigió a madame Müzürüs, que apenas estaba recobrando el aliento, para sacarla a bailar. Así que el honor de iniciar el baile se le otorgaba a aquella mujer tan apreciada. Pero no solo no estaba en condiciones, sino que tenía la cara con grandes manchas rojas y el pecho le subía y le bajaba a toda velocidad. Nadie parecía percatarse, pero yo sentía curiosidad por ella. Empezaron a bailar, el príncipe le daba vueltas y revueltas por la pista y la pobre trataba de acompasarse a él. Y además, obligada a hacerlo ante la mirada del sultán otomano. Apenas pasó un minuto que vi que iba a caerse redonda. El príncipe no consiguió sostener tan abultado cuerpo y la mujer se desplomó. Rápidamente acudieron los lacayos y los médicos de palacio y se la llevaron en camilla. Aquel suceso tan desagradable fue olvidado en un par de minutos y todos continuaron con la diversión.

»Voy a contarle una historia divertida. Mi hermano Murad y yo

estábamos juntos en aquel baile. Éramos jóvenes, claro, y no podíamos apartar los ojos de las hermosas londinenses, vestidas con tanto atrevimiento. En cierto momento atrajo nuestra mirada una belleza que tocaba el piano cerca de donde estábamos. Empezamos a alabarla diciendo lo guapa que era y cosas parecidas. Le pregunté a Murad: "¿Te gustaría acostarte con ella esta noche?". "Por Dios que sí" me contestó, y en ese instante se nos acercó un hombre que nos dijo: "Príncipes, la damita que toca el piano es mi hija. Yo soy de Chíos y hablo turco muy bien. Les pido que no sigan hablando así". Fue un jarro de agua fría y nos alejamos de allí de inmediato. Menos mal que mi tío no oyó nada de aquello, con el mal genio que tenía.

»Cuando la velada estaba terminando llegó la noticia de que madame Anna Müzürüs había fallecido. Aquello no debió de apenarnos solo a nosotros, sino también a la alta sociedad londinense porque los periódicos publicaron la noticia de la repentina muerte de madame Müzürüs y hasta la reina asistió al funeral. A pesar de todo, Müzürüs Bajá ni por un momento descuidó sus funciones mientras estuvimos allí. Continuó sirviendo a su sultán tragándose su dolor y su duelo. Era un hombre muy fiel. Durante una misión en Atenas, los griegos, que no aceptaban que un rumí de Creta sirviera a los otomanos, atentaron contra él y le dispararon cinco balazos. Gracias a Dios, reaccionó con rapidez y pudo salvarse, solo lo hirieron de un tiro en el brazo derecho. Treinta y cinco años sirvió como embajador en Londres, que Dios lo tenga en su gloria. Uno de los embajadores más valiosos de mi época.

»La reina Victoria no quería ocuparse de invitados "orientales" como nosotros alegando: "Soy una mujer enferma. Que no se le ocurra a nadie turbar mi vida en el castillo de Balmoral", pero cuando vio que el gobierno aceptaba el consejo del embajador en París, que les escribió informándoles de la magnífica recepción ofrecida en Francia y que Inglaterra no debía ser menos, se vio obligada a venir al castillo de Windsor. Siempre la vi con la cara larga, enlutada y triste. Un día nos mostró los pendientes de brillantes que llevaba y nos explicó que se los habían hecho extrayendo las piedras de un collar de diamantes que mi tío le había enviado como regalo hacía tiempo y mi tío, riendo, replicó: "Me alegro. De esa manera siempre estaremos susurrándole al oído; por ejemplo, con la cuestión de Creta y Montenegro".

»En ese momento comprendimos por qué y para qué un "oriental" tan dado a la comodidad como mi tío había emprendido aquel viaje que no le apetecía en absoluto y por qué soportaba tantas molestias. Quería resolver los principales problemas del imperio con ayuda de las grandes potencias, atraerlas a nuestro campo. De hecho, él era el único sultán que había puesto el pie en Egipto siglos después de que nuestros antepasados lo conquistaran.

»Mientras, Murad le había caído muy bien a Victoria. Hechizaba a las jóvenes con sus maneras europeas, sus valses ágiles y elegantes y su francés perfecto. Por las miradas que Victoria le echaba a Murad yo podía comprender que pensaba: "Qué bien estaría que llegara al trono otomano un joven tan europeo como él". E incluso un día se llegó a hablar de que la reina tenía la increíble idea de casar a Murad con una joven de la casa real inglesa. No sé si era verdad o se trataba solo de un rumor, pero, por supuesto, cabía la posibilidad de que la reina de Gran Bretaña urdiera un plan similar. ¿Qué emperador no habría querido atraerse a los musulmanes del mundo consiguiendo un yerno que llegaría a ser califa?

»Desde ese momento me ha estado royendo el seso la idea de que la mano de los ingleses participó en la conspiración contra mi tío y el ascenso al trono de Murad. La boda no se llevó a cabo, pero en aquel viaje hicieron masón a Murad. A mí nunca me ha interesado la masonería, no se me ha perdido nada con ellos. Y al final consiguieron hacer sultán a Murad. Si no hubiera perdido el juicio y no lo hubieran depuesto noventa y tres días después, ¿quién sabe cuántos años habría gobernado?

»Puede que para mí hubiera sido lo mejor. Me habría dedicado a mis negocios y habría podido ir y venir a mi gusto. No habría cargado con tanto peso sobre los hombros ni habría sufrido miedo a morir a cada momento. Es el destino, doctor Bey, hijo mío. En este palacete he tenido mucho tiempo para pensar. Pienso continuamente en qué soy. ¿Un siervo de Dios elegido por Él, una prolongación de Su voluntad, o un ser humano cualquiera? A lo largo de mi reinado siempre tenía presente la respuesta. Por supuesto, era un representante de Dios elegido por Él y heredero de nuestro señor el Profeta. Pero ahora se me agolpan las preguntas en la mente. Si Dios me eligió, ¿cómo pudieron arrebatarme de las manos ese poder divino mediante un decreto del Parlamento? ¿O es que todo era un sueño, algo de lo que estábamos convencidos todos a la vez? Por favor, no me malinterprete, estoy satisfecho con mi situación porque el poder ante todo es responsabilidad. El Estado administra un país que se extiende por tres continentes. El gran visir, los ministros, los directores generales, los gobernadores de las provincias, los jeques del islam... Esos miles de personas dirigen el Estado, pero, en cuanto lo más mínimo va mal, la responsabilidad es de un solo individuo. Es una carga que no se puede traspasar a otro. Ahora se han olvidado de todo mi servicio al Estado. Me culpan de todos los males del imperio, la carga de siglos recae sobre mis espaldas, en todas partes se me maldice.

Por mucho que al doctor le atrajeran aquellas historias, le aburrían tan

largas explicaciones. Sí, en el viaje habían tenido lugar acontecimientos curiosos; por ejemplo, había sido especialmente dramático que madame Müzürüs de repente se desplomara, muerta, en medio de todos. Era obvio que su corazón, ya enfermo, no había podido soportar una emoción tan grande. Bailar a la europea delante del sultán, con todas las miradas puestas en ella... «Descanse en paz», se dijo.

–La prensa extranjera no solo ha escrito cosas malas de usted –comentó como si quisiera sacar al sultán del mundo de recuerdos en el que se había sumido mientras echaba anillos de humo–. Por ejemplo, el embajador americano Terel lo colma de elogios.

–¡Ah! –dijo el anciano–, me acuerdo de él, un hombre muy agradable. Mis relaciones con Estados Unidos siempre fueron buenas. Y las de mi difunto padre. Tenemos en el archivo cartas de agradecimiento de Abraham Lincoln. Durante la guerra civil apoyamos a Washington. Y Terel era un hombre cortés, como los demás embajadores. Me regaló unas magníficas sillas de montar y unos revólveres fabricados especialmente para mí por la factoría Colt. Y, aunque le resulte extraño, un traje de piel roja.

–¿Un traje de piel roja?

–Sí, sí, sabía que me interesaban mucho.

El doctor iba a preguntarle «¿Y se lo puso?», pero renunció a la idea al imaginarse la extravagante imagen de Abdülhamid correteando de acá para allá con la cabeza cubierta de plumas.

–Mire, le voy a contar una historia muy curiosa sobre camellos –dijo el sultán riendo–. Es muy divertida. Durante la guerra civil americana, un oficial pensó que los camellos, aunque no existen en todo el continente, les podían ser útiles y escribió un informe al respecto. El gobierno de Estados Unidos aprobó la propuesta e hizo una solicitud a mi padre, que en paz descanse, pidiéndole que mandara algunos de esos resistentes animales. En fin, no quiero alargarme. Se enviaron a América dromedarios de los alrededores de Esmirna con sus cuidadores. Por lo que he oído, los animales no se acostumbraron bien al clima de allí y no sirvieron para nada, pero le gustaron mucho al pueblo americano. A un cuidador de camellos llamado Hacı Ali le cambiaron el nombre por el del Hay Coli. E incluso se creó una fábrica para producir cigarrillos con tabaco turco y le pusieron de nombre «Camel».

Al llegar a la mañana siguiente el sultán estaba un poco preocupado.

–Müşfika Hanım está enferma –dijo–. No se queja, pero yo me doy cuenta. Es mi esposa más querida. Fíjese, aunque su hija se ha

marchado a Estambul, ella no ha querido dejarme. Es la luz de mis ojos. Por Dios, no le ponga morfina, doctor Bey, hijo mío.

–Ya lo sé. Me lo ha contado. Una de sus esposas murió por la morfina.

–Sí, sí.

Mandé aviso a Müşfika Hanım con un mayordomo. Y cuando subí y entré en su habitación, no la encontré en la cama, sino en un sillón y vestida de diario. Su delicada cara se veía demacrada y con ojeras. Era evidente que la situación la ponía muy nerviosa.

–¿Qué le ocurre, señora? –le pregunté.

–Perdone que le haya molestado.

–Por favor, sultana, es mi trabajo.

–No puedo dormir por las noches –me dijo.

–¿Por qué motivo?

–Me duele mucho –dijo con voz casi inaudible señalándose el brazo izquierdo–. No me deja dormir.

–¿Se ha dado algún golpe o le ha empezado a doler de repente?

–No me he dado golpe alguno ni me he caído –dijo tras pensarlo un poco–. Es como si me doliera por dentro.

–Le voy a dar algo para el dolor. Tómese uno ahora y otro por las noches antes de dormir. Luego ya veremos.

Saqué un analgésico del maletín y se lo entregué.

–Voy a darle esto también, por si acaso. Tómeselo antes de acostarse, pero no de día.

–¿Cómo se llama este medicamento? –me preguntó.

–Es un invento nuevo de un médico alemán. Lo cura todo. Se llama heroína.

–Dios lo bendiga –dijo Müşfika Hanım.

La verdad es que la heroína es un derivado de la morfina, pero se usa en el mundo entero y no presenta ningún peligro. Esa delicada joven se sentiría mucho mejor. No vi la necesidad de decirle al sultán que le había recetado un derivado de la morfina. Sospecha hasta del agua que bebe. Además, es muy aficionado a automedicarse. Es como si no creyera en la ciencia médica. La mayor parte de las veces me describe sus enfermedades y luego me da instrucciones: «Prepáreme tal jarabe» o «Encárgueme cual ungüento». Aparte de su estado psicológico, los males más serios de su viejo cuerpo son los problemas del estómago y del sistema digestivo, las hemorroides y los habituales enfriamientos.

¿A quién habrá querido este hombre aparte de a sí mismo? Más exactamente, ¿ha sido o es capaz de amar a alguien?

El doctor no podía responder a aquella pregunta porque por primera vez era incapaz de ver del todo a un paciente. A pesar de que conocía

cada detalle de su cuerpo, solo podía ver su espíritu en la medida en que el otro se lo permitía. Claramente se intuía una turbia corriente de fondo a partir de cierta profundidad, pero no podía distinguirse nada. O era una característica de su personalidad o a todos los emperadores los educaban así desde la infancia. El doctor se rio ligeramente. Él no conocía a ningún otro emperador como para poder comparar...

En el hospital el trabajo había aumentado mucho; heridos, soldados con los miembros destrozados, gente devastada por la tisis, la disentería, el cólera, niños muertos de hambre o enfermedades, desplazados que enfermaban por el camino, niños de pecho envueltos en pañales que abandonaban en la cuneta, civiles a los que los guerrilleros balcánicos les habían sacado los ojos o les habían cortado las orejas... Era insoportable. De forma que así era como se desplomaba un imperio. Era como si al país se le empezaran a saltar las costuras. Primero los italianos habían tomado Trípoli, Bengasi y el Dodecaneso; luego los ejércitos búlgaro, griego y serbio se habían unido y habían lanzado violentas ofensivas para acabar con el dominio cinco veces centenario de los otomanos sobre los Balcanes. Y, por supuesto, detrás tenían a Rusia. Rusia, el eterno adversario mortal. Por alguna extraña razón el Tercer Ejército estaba aletargado. Los viejos generales de largas barbas, cuyos uniformes no se veían de tantas medallas y condecoraciones, soberbios y malhumorados, con la mente siempre en los gloriosos días del imperio, no se entendían con los oficiales jóvenes, que con el fuego de la revolución y al lema de «Libertad, igualdad, fraternidad» se habían convertido en auténticos Robespierre, y entre todos cometían grandes errores entregando puntos estratégicos al enemigo. Aquello solo podía acabar en desastre, todos lo veían, pero en Estambul la impotente marioneta del sultán y sus propios camaradas revolucionarios, enajenados por la ambición hasta el punto de sospechar unos de otros, habían abandonado el territorio otomano a la tempestad y, además, conducían el país al hundimiento como si fuera un barco viejo y destartalado en manos de aficionados sin que nadie supiera quién era el capitán. «Como un trompo dormido –pensó por enésima vez el médico–. Parece que nada ha cambiado, pero el suelo se nos está escurriendo bajo los pies.»

El anciano había perdido primero su fortuna personal y ahora perdía pedazo a pedazo el patrimonio familiar, pero el pobre –«¿El pobre? ¿El pobre? ¿Acabo de llamarle pobre?», y él mismo se estremeció de lo extraña que le resultaba la idea– veía pasar los años en ese palacete del que no se le permitía salir siquiera al jardín, ajeno a todo. Podía ser que algún día se muriera sin enterarse de nada. En realidad, sería lo mejor para él.

Müşfika Hanım – Heroína

Ese día el viejo estaba ensimismado, muy ensimismado. Como si su cuerpo estuviera allí, pero él se hubiera ido a otros mundos. Estaba y no estaba. Ni siquiera se dio cuenta de la llegada del médico. «¿Estará dormitando?», pensó el doctor. Era imposible saberlo por sus párpados entornados. Se sentó silenciosamente en un sillón. Entrecerró los ojos con un extraño placer y empezó a estudiar al anciano, que, abstraído, parecía tan indefenso, con los párpados caídos, la arrugada piel llena de manchas oscuras, la barba con las raíces canas porque se le había ido el tinte y con las partes próximas a las comisuras de la boca amarillentas por el tabaco. Como médico, sabía que la especie humana estaba sometida a las mismas leyes biológicas. Las leyes básicas eran las mismas para hombres y para animales. Y, a pesar de todo, adoraban a uno de ellos, a un mortal, afirmando que poseía poderes divinos. «A este hombre –pensó el médico–, a este viejo que se retuerce de dolor por las hemorroides, próximo a la muerte. ¿Qué tiene de sagrado?» Le apetecía encender un cigarrillo, pero no quería despertar al sultán.

En eso vio que movía los labios, oyó que susurraba algo, pero no pudo distinguir las palabras. Se levantó y se acercó al anciano pisando con cuidado para que no crujiera la tarima. Decía algo como «flor». «¿Flor? ¿Será un nombre de una medicina? ¿Floralis? ¿Un elixir de flores? ¿Una colonia?» Escuchó con más atención y por fin pudo oír la palabra que salía de sus labios: Flora, decía, Flora, Flora... «¿Quién sería esa Flora? ¿Alguien de su harén? ¿Una mujer que conoció en el viaje a Francia?» Él nunca había conocido a ninguna Flora. Mientras salía despacio, de puntillas para no despertar al sultán, vio a Abid Efendi. Se llevó el índice a los labios para pedirle silencio y el niño asintió con la cabeza. En verdad era un niño bueno. Tranquilo, no le daban ataques de mal genio como a sus hermanas. Quizá influía que podía salir al jardín e ir al colegio. A veces se quedaba tan contento con los lápices de colores que le permitían comprar y otras se dedicaba a mirarse al espejo con la ropa de príncipe, como si quisiera recordar una identidad por la que no era capaz de decidirse del todo. En esos ojos tristes que miraban por debajo del elegante gorro negro había algo enternecedor. La diminuta guerrera negra con bandas rojas en las bocamangas y en el cuello y adornada con cordones dorados, el pantalón gris de sarga que le envolvía las piernas y las botas de montar también negras no correspondían a su mirada de niño asustado. De haber estado en palacio llevaría una pequeña espada al cinto para completar la estampa, pero ahora no se lo permitían. El

doctor, interesado por la psicología humana, no dejaba de preguntarse: «¿Qué sentirá este niño? No recuerda el palacio, por supuesto, abrió los ojos a la vida en esta prisión. No sabe nada, qué es ser emperador, ser destronado, ni siquiera qué es el trono, qué es el poder, qué es el destierro... ¿Verá a su padre como a cualquier padre? Pero ni eso puede porque no conoce a ninguna otra familia, a ningún otro padre. Un niño criado en este palacete cerrado sin tener ni la más remota idea sobre el mundo. ¿Tiene la posibilidad un crío así de ser feliz en el futuro? Pero si no sabe nada de la vida, ¿qué puede pretender de ella?...».

En la piel pálida y los ojos tristes del niño el doctor percibía la sombra de una sensación de encierro que le duraría toda la vida, y le daba pena. Luego aparecía ante sus ojos su propia niñez, las vidas desdichadas transcurridas bajo la sombra pesada y oscura del dictador. La modesta casa en Unkapanı; su padre siempre inquieto, viviendo, como todos los funcionarios, con el miedo al destierro; la gente, denunciándose unos a otros; un sultanato en el que el temor era palpable; las nubes de sospecha que se extendían en oleadas desde el palacio de Yıldız; susurros nerviosos, miradas temerosas; el «periodo de la autocracia». ¿Había creado ese terrible entorno el patético anciano que dormitaba en un sillón viejo de tela desgastada y que mascullaba algo sobre una mujer llamada Flora?

El doctor acarició la cabeza del taciturno niño y estaba a punto de salir por la puerta principal cuando se detuvo de repente. Puede que no estuviera durmiendo. Nunca había visto así al sultán. Dejarlo en aquel estado y marcharse no era lo correcto. Le habían hecho responsable de su vida y de la de su familia. Regresó de inmediato. El anciano seguía en la misma postura. El doctor llamó a los criados y les dijo que se lo trasladaran a la cama. Preocupados, dos hombres intentaron llevarlo a rastras cogiéndolo de las axilas, pero debió de parecerles irrespetuoso porque lo volvieron a sentar y lo transportaron a su dormitorio agarrando el sillón por los brazos de madera. Luego, con mucho cuidado y mil y una precauciones lo acostaron boca arriba. A decir verdad, era extrañísimo que todavía no se hubiera despertado. Aquello no podía ser dormitar, menos mal que no había llegado a irse y había decidido volver. Tanto el pulso como la respiración eran bastante regulares. Solo tenía la tensión un poco baja, pero eso estaba muy lejos de justificar su estado. El médico les pidió a los criados que avisaran a la dama Müşfika. ¿Podría acudir a la habitación?

El doctor primero oyó las voces preocupadas en la escalera y luego se quedó mirando la expresión de temor en los ojos de la bella mujer, que entró en el cuarto exclamando: «¿Qué le ha pasado? ¿Qué tiene? ¡Dígamelo, por el amor de Dios!». Posiblemente fuera la joven más hermosa que había visto en su vida. La dama Müşfika se acercó a

la cama y empezó a acariciar la cabeza del sultán al tiempo que lloraba y le decía con un dolor sincero: «¿Qué ha pasado, mi señor? ¿Qué ha pasado, mi sultán? ¡Por favor, no me asuste!». El doctor contemplaba la escena admirado y quizá con un poco de celos también. Posiblemente esa mujer fuera la única persona que quería con una pasión tan ardiente al sultán derrocado. Besaba la mano huesuda, de venas salientes y llena de manchas marrones de ese hombre agotado, la humedecía con sus cálidas lágrimas y de vez en cuando dirigía una implorante mirada al médico y le preguntaba: «¿Qué le ha ocurrido a mi señor, a mi soberano, a la razón de mi vida, a mi sultán?».

–¿Le habrá sentado mal algo que ha comido? –preguntó el médico–. ¿Qué cenó y qué ha desayunado?

–Lo de siempre, nada distinto. A ver... Cenó un poco de calabacín, yogur y compota de manzana; y ha desayunado un trozo de queso blanco, pan, café y un poquito de mermelada de rosas. Nada fuera de lo habitual.

–De todas formas, piense un poco, señora. ¿Ha hecho algo distinto a lo habitual?

–No ha comido nada más, pero por la noche le dolía mucho el brazo, me mandó llamar, se retorcía de dolor; incluso en cierto momento pensé en avisarle.

–Ojalá me hubiera llamado. Y luego, ¿qué pasó?

Un gesto de perplejidad apenas perceptible cruzó el rostro de Müşfika Hanım, pero el doctor lo captó.

–¿Qué ocurrió? ¿Qué pasó luego? ¿Le dio algún medicamento?

La dama Müşfika se acercó al doctor y le dijo con una expresión avergonzada:

–El dolor se le volvió tan insoportable que me acordé de las medicinas que me había dado a mí. Si se lo hubiera dicho a su majestad no lo habría aceptado aunque se muriera de dolor, pero yo no podía soportar verle sufrir. Por eso, disolví en leche caliente una de las tabletas que usted me dio y se la di a beber poco antes del amanecer. Y menos mal que lo hice porque al poco rato se le pasó el dolor, se encontró más tranquilo y se sumergió en un profundo sueño. Yo me fui a mi cuarto y recé dos oraciones de gracias. Pero lo de ahora... ¿Hice algo malo? ¿Ha sido por mi culpa?

–Tranquilícese, señora –le dijo el médico a la mujer, que no dejaba de verter lágrimas–. Por favor, tranquilícese, al sultán no le pasa nada. ¿Me puede enseñar qué medicamento le dio?

La pobre mujer salió de la habitación murmurando: «¡Ay, Dios; ay, Dios!», subió al piso superior a la carrera y regresó al instante. El doctor examinó cuidadosamente las medicinas que le había traído y le preguntó:

–Le di un frasco con cuatro píldoras. Aquí hay tres, ¿ha tomado usted la que falta?

–Me tomé la otra que me dio para el dolor, pero como dijo que estas calmaban mucho se la di a mi señor. ¿He hecho mal, Dios no lo quiera?

El doctor se echó a reír.

–No, no, señora sultana. Si fuera algo malo, ¿se lo habría prescrito yo a usted? Solo que le dije que lo tomara por la noche y usted se lo dio de madrugada. No se preocupe, el sultán volverá en sí dentro de unas horas.

Las lágrimas asaltaron de nuevo los ojos de aquella joven de cuyos labios no se caía el nombre de Dios.

–Que Dios le bendiga, doctor Bey, me tranquiliza. Sabe que tengo en usted una confianza absoluta. Y mi señor también está muy satisfecho. Siempre le menciona en sus oraciones.

El médico le dio las gracias.

–Con su permiso, me voy a quedar un poco con él.

–Claro, claro, por supuesto. –Ella salió del cuarto, pero antes de cerrar la puerta se volvió a mirar al médico–: Muchísimas gracias, doctor Bey. Pero, por favor, no me llame sultana. No soy de la dinastía. Sultana es mi hija. Ayşe Sultana.

«Qué extrañas costumbres tienen en palacio –pensó el médico–. No sabía que en ese ambiente los títulos fueran tan importantes.»

Había tranquilizado a la bella mujer, la había convencido de que no había hecho nada malo, pero lo que no le había confesado era que le había suministrado un narcótico a su marido. Al darle de madrugada la heroína que él le había dicho que solo se tomara antes de acostarse, había provocado que su esposo se diera un paseo por nubes oníricas. El efecto de la heroína había sido potente en el sultán, que bebía muy poco y de forma muy comedida, limitándose a alguna cerveza o un ron, y esa mañana, aunque había encontrado las fuerzas para levantarse, se había sumido en el letargo en el sillón. Y ahora dormía pacíficamente.

«Bien –sonrió el doctor–, hemos dejado contento a nuestro hombre. Ya que él me recuerda en sus oraciones, yo he pagado mi deuda presentándole este medicamento milagroso.»

Poco antes del mediodía el sultán se despertó tosiendo, miró a su alrededor, vio al médico y le preguntó: «¿Qué me ha pasado?». Como le aterrorizaba la morfina, el médico optó por no decirle la verdad para no crear problemas.

–Anoche no podía dormir, el calmante le ha relajado y se ha quedado un poco dormido, no hay nada de qué preocuparse.

–Pero me levanté a la hora de la oración y... ¿Recé o no recé? No me acuerdo. Qué extraño. ¿Habré perdido la memoria?

–No, no, señor, es algo temporal. Le ocurre a todo el mundo.

–¿Está seguro? Dígame la verdad, por el amor de Dios. ¿Me ha dado un ataque de neuralgia? ¿He sufrido un desplome de mi capacidad mental? Ah, hemorragia cerebral, ¿no? Seguro que ha sido una hemorragia cerebral.

El hipocondríaco sultán temblaba como si realmente le hubiera dado un ataque y al mismo tiempo enumeraba todas las enfermedades que se le venían a la cabeza. El doctor pensó que mejor sería no dejar solo a su paciente en aquel estado, del que en parte era culpable. Se quedaría con él todo el día para que se calmara. Solo él sabría todo lo que tuvo que contar y los ejemplos que tuvo que dar al anciano para convencerle de que no estaba enfermo.

Le hizo extender los brazos, unir las manos sobre la cabeza, que juntara las puntas de los índices de ambas manos, que se tocara la nariz; luego le pidió que siguiera con los ojos su propio índice y comprobó sus reflejos dándole con el martillo en las rodillas.

–No tiene nada, alabado sea Dios –dijo por fin–. No se preocupe.

–Pero –protestó el paciente– me encontraron sentado en el salón y no me acuerdo ni de cómo me vestí ni de cómo llegué allí.

–Le vistieron los criados, usted les pidió que lo llevaran al salón y ellos obedecieron sus órdenes. Pierda cuidado, esas cosas pasan.

–Diga mejor que caí en una especie de enajenación.

–Sí, señor. Y no dejaba de repetir «Flora». ¿Es el nombre de algún medicamento?

–Flora, Flora, Flora –repitió varias veces en un murmullo el sultán y se desvaneció de nuevo, como si el esfuerzo lo hubiera agotado.

Pero la única lágrima que se deslizó de su ojo cuando pronunció aquel nombre no pasó desapercibida al doctor. Salió de la habitación de puntillas y les dijo a los criados, que esperaban inquietos, que dejaran tranquilo un rato al paciente.

–Cuando se despierte y les llame, llévenle una comida ligera. Sopa, verdura, o algo así. Nada pesado –les advirtió.

El mayor secreto del sultán: Flora Cordier

Al joven príncipe le encanta montar a caballo, pero ese día toma un landó tirado por dos caballos y pide ir a Pera. Le resulta refrescante pasar entre los elegantes restaurantes, cabarets, teatros y las sucursales de las tiendas de moda de París que se alinean a ambos lados de la «Calle Grande» que los extranjeros llaman *Grand Rue de Pera*. La avenida, en la que no se ve a nadie mal vestido, irradia un brillante ambiente de civilización. Le levanta el ánimo ver señoras con todo tipo de sombreros y sombrillas multicolores con fruncidos ya que se trata de un barrio europeo. Baja por la avenida sin saber que poco después se encontrará con la más hermosa de aquellas mujeres; a su lado pasan como deslizándose escaparates, toldos de color, sombreros de fieltro, gente elegante. Al príncipe le gusta pasear sin llevar consigo lacayos ni guardias con cordones dorados. Así se siente más libre. En la parte baja de la calle entra en una tienda sin saber aún el papel que interpretará en su destino. Le llaman la atención unos guantes de cuero que supone que han llegado de Francia. Mientras los examina siente que se le acerca una dependienta por detrás del mostrador, levanta la cabeza y solo ve dos ojos que mezclan el verde y el azul. «Fascinantes –piensa–, fascinantes.» Se queda mirándolos. La joven le dice algo en mal turco y entonces aprecia, después de los ojos, el largo pelo rubio, la piel blanca, los labios...

–*Bonjour, mademoiselle* –dice.

La joven sonríe como si quisiera mostrar lo mucho que le satisface que el cliente sepa hablar francés. «Como el sol –piensa el príncipe–, como si el sol se desprendiera de las nubes.»

–*Bonjour, Monsieur* –responde ella–. *En quoi puis-je vous aider? Intéressé par les gants?*

«Ay, Dios –suspira el príncipe–. Ay, Dios» y siente que sería capaz de cualquier locura con tal de poder estar con ella en ese momento. Como si tuviera unos luchadores a su espalda empujándole hacia la muchacha tras el mostrador. Le da vueltas la cabeza. Su pálida piel empalidece aún más, se le acelera la respiración. Oye que la muchacha le pregunta «¿Está usted bien?» y señala un sillón a un lado: «Por favor, siéntese».

En ese instante recuerda quién es él y, respirando profundamente, le responde que se encuentra perfectamente.

–Sí, sí, quería comprar esos guantes, parecen muy bonitos.

Por indicación de la muchacha coge dos pares, unos grises y otros *beige*, son muy suaves.

–¿Cómo se llama, *mademoiselle*? –le pregunta en turco.

–Flora, Flora Cordier.

–*Êtes-vous française?*

–*Non, monsieur, je viens de Belgique*.

Mientras sube al coche, que le espera en la esquina, todavía puede sentir en su mano la calidez de la de la muchacha, que rozó al probarse los guantes, esa piel sedosa, blanda y con la frescura de la juventud y en ese momento no puede pensar ni en que es príncipe, ni en la corte, ni en su tío el emperador, ni en sueños de ser sultán, ni en dinero ni posesiones, en nada, ebrio de amor, en un extraño estado va hasta Tarabya mirando pero sin ver las calles de Estambul, sin ser consciente de la gente que le saluda, y a partir de ese día ya no puede pensar sino en Flora.

Sabe tan bien como su propio nombre que va a ir cada día a la tienda, mañana a comprar un fular de seda; pasado mañana, un redingote; luego, una estambuleña; después, zapatos a la moda de París... Y va, va todos los días, piensa en ella cada hora, va cada día. El dueño de la tienda está muy satisfecho, claro, y le recibe frotándose las manos. No obstante, la muchacha sigue sin tener noticia de su identidad, al parecer. Se comporta con el príncipe como con un buen cliente. Como si no percibiera las lánguidas miradas de sus ojos parecidos a aceitunas negras.

Un día le pregunta a la vendedora si podrán enviarle a domicilio el traje gris que ha comprado.

–Por supuesto, señor mío. Como usted ordene, voy a tomar nota de la dirección.

Coge un cuaderno y un lápiz.

–No es necesario que la escriba, *mademoiselle* –contesta el joven Hamid–. Es muy breve.

Y luego le dice «Palacio de Çırağan» a la muchacha, que le observa admirada. Para impresionarla no ha nombrado su pabellón de Tarabya, sino el palacio.

Ella no le entiende y le mira con ojos interrogantes:

–*Palais de Çırağan? Palais Imperial?*

En ese momento se le acerca el dueño de la tienda y le susurra algo al oído.

–*Pardon, majesté, pardon* –dice la sorprendida joven haciendo una airosa reverencia.

Esa noche Hamid piensa en aquella grácil inclinación que se asemejaba a la pluma blanca de un cisne deslizándose hacia el suelo y no para de reconcomerse cavilando si ha hecho lo correcto desvelándole su identidad. «¿Y si ahora se aleja de mí? ¿Y si se asusta?»

Al día siguiente no va a la tienda. Próxima la hora del cierre espera en el coche, que ha hecho detener en una esquina cercana. Van

saliendo los empleados uno a uno. ¡Y ahí está! El milagro que esperaba. Lleva un abrigo con el cuello de pieles y guantes en sus delicadas manos. Flora se separa de los demás y echa a andar hacia el Liceo Imperial. El joven Hamid corre tras ella.

–¡Ay! –exclama–. ¿He llegado tarde? Han cerrado ya, ¿no?

–Sí, alteza –responde la muchacha, sorprendida–. Pero la abro ahora mismo para usted. –Y da un par de pasos como si intentara regresar a la tienda.

–No, no. Vendré mañana, no pasa nada.

–Pero se ha molestado en venir hasta aquí.

–Da igual. ¿Qué importancia tiene eso comparado con la felicidad de verla?

No sabe si la joven se ha ruborizado un poco o solo se lo parece a él.

–Me gustaría pedirle algo. Mi coche está esperando ahí. ¿Puedo llevarla a su casa?

Ve que ella duda.

–Vamos, no me desaire. ¡Cuánto tiempo llevo buscando la oportunidad de charlar con usted de algo que no sean las compras!

Flora sonríe y le responde al príncipe, que le implora con la cabeza inclinada:

–*D'accord, votre grâce.*

Lo que sigue le parece un sueño a Hamid: la dulce voz de la joven le produce una felicidad como nunca ha conocido mientras van hasta Pangaltı bamboleándose a causa de los adoquines y acompañados por el golpeteo de los cascos de los caballos.

Al día siguiente vuelve a llevarla a su casa. Después otra vez, y otra.

Pero al mismo tiempo no deja de reflexionar con pesimismo. El hecho de ser príncipe es un gran obstáculo para conseguirla. Ningún heredero del trono puede casarse con una cristiana que no se haya convertido al islam. No puede tener hijos. Si, Dios no lo quiera, llegara a oídos de su irascible tío, le desterraría a Fezán. El príncipe está dispuesto a renunciar al trono y la corona por Flora, de hecho, no tiene pretensiones, pero de todas maneras no se lo permitirían, se lo impedirían.

Una tarde reunió todo su valor y, en lugar de llevar a Flora a su casa, le propuso ir a la suya. Era una invitación a cenar.

–No me decepcione, *mademoiselle*, por favor, por favor.

El hombre que yace en su cama de Salónica intoxicado por la heroína siente ahora en su anciano cuerpo la piel de Flora, el fuego que se extiende desde su ingle, el perfume a rosa de sus labios intentando fundirse con los suyos. Y gime: «¡Flora!».

¡Ah, Flora! Esa hermosa mujer con la que se casó en secreto, ese

hermoso año transcurrido en el pabellón de Tarabya escondiéndola como un tesoro, sin enseñársela a nadie, que vivieron día y noche piel contra piel, alma con alma, como alguien con sed ardiente que bebe ansioso del manantial que le sale al paso de repente pero que sigue sin poder saciarse, ese hacer el amor, esas fogosas promesas... Un año como no cree que nadie haya podido vivir ni vivirá nunca.

El sultán mueve sus manos huesudas como si se pusiera unos guantes y sonríe, quizá por primera vez desde que le llevaron al palacete, con una expresión dulce y cariñosa, como si reviviera aquellos días.

Por desgracia, al igual que regresará a la amarga realidad cuando se le pasen los efectos de la heroína, su destino no le permitió prolongar su «felicidad eterna» con Flora.

Un día se vio obligado a tomar la decisión más difícil de su vida cuando llegaron Mithat Bajá y sus compañeros y le comunicaron que habían decidido deponer a su hermano Murad V porque había perdido el juicio y que querían nombrarle sultán a él a condición de que promulgara una Constitución. Por un lado, la corona del imperio, que estaba convencido de no querer, pero que le llena de emoción cuando aparece la posibilidad de hacerse realidad, y por otro ese amor desesperado que continúa haciendo que le dé vueltas la cabeza. No podían ser ambas cosas al mismo tiempo. Si se desvelara, su matrimonio secreto podría ser un obstáculo para su sueño de alcanzar el sultanato. Quizá la única solución fuera que Flora aceptara convertirse al islam y formar parte de su harén, pero también aquello resultaría extraño. Además, una mujer libre como ella nunca lo consentiría. El joven príncipe se retorcía entre dudas. Lo cierto era que había ejemplos entre sus antepasados, como Mehmet *el Conquistador*, de sultanes con madres y esposas que nunca se habían convertido, pero eso había sucedido en épocas pasadas.

Entre lágrimas y corazones rotos por fin se puso punto final a aquella aventura, con él ascendiendo al trono y ella descendiendo de un coche ante la embajada de Bélgica donde dijo: «Me llamo Flora Cordier y soy de nacionalidad belga. Me gustaría regresar».

El matrimonio que Abdülhamid creía haber mantenido oculto había sido descubierto hacía tiempo por los servicios secretos extranjeros, e incluso, tal y como aparecía en un informe redactado por una delegación a Estambul que Benjamin Disraeli le envió a lord Salisbury, se presentaba a Flora como una nueva Roxelana. De la misma manera que la cautivadora Roxelana había manejado a Solimán *el Magnífico*, Flora marcaría el rumbo del sultanato de Hamid. Pero todo aquello se quedó en una fantasía que nunca se haría realidad porque habían pasado siglos desde entonces y ni Hamid era Solimán ni Flora, Roxelana.

Así fue como acabó la vida monógama de Hamid y empezó su vida de auténtico sultán oriental con las muchachas de su harén. Tuvo muchas esposas y cientos de concubinas. Además, según iba envejeciendo, empezó a disminuir la edad de las bellezas que se le presentaban para incorporarlas a su harén.

Aumenta la preocupación del doctor

El doctor estaba muy preocupado mientras volvía a casa esa noche por las calles adoquinadas, vacías como era habitual después de que hubieran regresado a su hogar los que volvían de la última oración del día, y solo recibía el saludo de los serenos que le deseaban buenas noches. En los periódicos no se le daba mucha importancia, e incluso se contaba justo lo contrario, pero las conversaciones del hospital y las noticias que llegaban del frente no dejaban mucho lugar a la esperanza en cuanto al desarrollo de la guerra.

Se sentó a la mesa, tomó un papel y, con su letra más funcional, escribió una carta que comenzaba: «¡Bella entre las bellas! ¡Vida de mi vida, alma de mi corazón!».

> Parece inconcebible, pero el imperio mundial que creíamos que duraría mientras girara el mundo, concluye ante nuestros ojos como una vela que se derrite y se consume. Llegan noticias terribles del frente. Después de abandonar Rumelia oriental, nos estamos retirando totalmente de los Balcanes. Se teme que incluso nos arrebaten Salónica. Los ejércitos búlgaro y griego avanzan directamente hacia aquí.»

Por primera vez no le salía de dentro engarzar palabras de amor en una carta a Melahat y la dejó a medias. Era como si los problemas del imperio que se estaba hundiendo le oprimieran el pecho y le aplastaran el corazón día y noche. Le resultaba difícil hasta respirar. Era evidente que sus camaradas unionistas, jóvenes, inexpertos y de sangre ardiente, que entendían más de conspiraciones, de matonismo y de asaltos que de cualquier otra cosa lo habían arruinado todo. Estaba enfadado con Enver, pero no se atrevía a comentarlo con nadie. Su vida correría peligro. Si era verdad lo que decía el sultán, que en sus treinta y tres años de reinado solo había aprobado la ejecución de cuatro o cinco presos, que además eran asesinos monstruosos, los propios camaradas del doctor habían matado a muchos más, sin comparación. Y sin procesos ni juicios. Por desgracia, habían empezado a funcionar como una organización criminal. Después de destronar a ese hombre que deliraba con el nombre de Flora, el gobierno otomano se había fragmentado en distintos grupos políticos. A los gobiernos se les saltaban las costuras. Por eso las rebeliones que estallaban en los Balcanes los habían pillado desprevenidos. Y ahora había dimitido el gobierno de Gazi Muhtar Bajá. El partido liberal moderado, creado en oposición a los

unionistas, había ganado las últimas elecciones, pero la pugna continuaba con uñas y dientes. Para ambos partidos la victoria no consistía en derrotar al enemigo en la guerra, sino en aplastar al adversario político. El ejército estaba dividido en dos.

«Quizá no en dos facciones, sino en más –pensó el médico–. Oficiales unionistas, liberales, conservadores, jóvenes y viejos, generales que se ponen la zancadilla unos a otros. Cuánto odio se ha acumulado en este país, todos odian al vecino, todos están tratando de cavar la tumba del prójimo. Antes les unía el odio que todos sentían por Abdülhamid. Pensar que la única razón de que todo fuera mal era él resultaba una especie de engaño, de consuelo. Pero no era verdad. Los problemas continuaron después de derrocarlo y dejaron claro que el equilibrio anterior solo era fruto de haber encontrado un objeto común de odio.»

El doctor se estremeció de repente. ¿Acaso había empezado a pensar positivamente del dictador? Su acercamiento a él en la mansión Alatini, ¿había llegado al punto de hacerle cambiar su forma de pensar? De ser así, debería avergonzarse de tener un carácter tan débil. «¿Y el 31 de marzo? –pensó–. ¿No fue ese viejo retorcido quien organizó el alzamiento de esos soldados reaccionarios que bañaron en sangre Estambul?» Cada vez que sacaba a relucir el asunto el viejo empezaba a jurar por Dios, por el Corán y por su honor que no había tenido ninguna culpa. Aquello se había desbocado hasta ese límite por la incompetencia de unos generales inútiles. ¿Por qué motivo habría provocado él de la noche a la mañana una rebelión en su propia capital, cuál habría sido la razón de haberlo permitido? Por el amor de Dios, ¿qué lógica tenía?

El doctor encendió un cigarrillo con la colilla del otro y, para aliviar aunque solo fuera un poco el dolor de corazón, se sirvió una buena cantidad de coñac búlgaro. Dio un profundísimo suspiro, casi como si se arrancara los pulmones.

¿Quién podía saber lo que le ocurriría a esa fascinante, embriagadora, cosmopolita y bellísima Salónica «de calles de enchinado»?

El festival de las manos cortadas – Aprender de Occidente sobre el islam

Cuando el doctor fue a la mansión a la mañana siguiente se encontró al antiguo sultán descansado, afeitado y bien vestido. No quedaba huella de su estado del día anterior. De hecho, ninguno de ellos lo mencionó. Lo mejor era considerar ese extraño día como si no hubiera existido.

–¿Estamos en guerra? –preguntó de repente el anciano mientras se tomaban el café–. Doctor Bey, por favor, dígame la verdad. ¿Está nuestro país en guerra? Creo que tengo derecho a saber eso, por lo menos.

–No –contestó el doctor–. ¿De dónde lo ha sacado? ¿Se lo ha dicho alguien?

–No, no me lo ha dicho nadie, pero llevo un tiempo notando algo. Cuando miro por la ventana veo que los oficiales conversan muy preocupados. El otro día uno señalaba algo en un mapa. Y además...

–Diga, además ¿qué?

–No sé si estará bien que lo cuente. Los lápices que le compraron a mi hijo el otro día estaban envueltos en papel de periódico. En cuanto lo vi se lo quité de las manos. La verdad es que no entendí nada de aquel pedazo de periódico hecho jirones, pero se hablaba de la situación del ejército y de escasez de armas y municiones. Entonces caí en la cuenta y me pregunté si no estaríamos en guerra.

–No, no, no estamos en guerra. Y sabe perfectamente que, aunque lo estuviéramos, no estoy autorizado a decírselo. Además, tenemos un ejército de veinticinco mil hombres en Salónica.

–Si hablamos de tener, lo tenemos, sí –dijo el sultán. Meditó un momento y continuó–: ¿Sabe?, me da mucho miedo la guerra. Ganes o pierdas, agota a la nación y hunde en la miseria al país, la guerra es algo terrible. Muchos han criticado esa actitud mía, pero ninguno de ellos es consciente del desastre que supone la guerra. Yo soy partidario de resolver los asuntos entre países por la vía de la diplomacia en la medida de lo posible. Si el nuevo gobierno se mete en guerras, que Dios nos proteja.

El sultán le ofreció un cigarrillo al médico. Mientras fumaban sentados uno frente al otro, el viejo se inclinó hacia delante, clavó sus ojos negros como aceitunas en los del doctor y le hizo una pregunta inesperada.

–¿Cree usted que soy un asesino?

–¿Qué? Perdón, no le he entendido –tartamudeó el médico desconcertado.

–O sea, ¿soy el sultán rojo, como me llama la prensa extranjera? ¿Tengo las manos manchadas de sangre como esa tal lady Macbeth? Veo que incluso usted duda en contestarme, doctor Bey, hijo mío. De entre todas las innumerables calumnias que se lanzan contra mí hay dos que me molestan mucho. Una es la de que he perjudicado a nuestra religión y al Corán, como dice la fetua redactada por el jeque del islam. ¿He sido un sultán que se pueda destituir con semejante alegato? Si fueran temerosos de Dios no lo habrían hecho. Que el Todopoderoso los juzgue.

El médico se agitaba inquieto en su sillón, le apetecía intervenir en aquel discurso convertido en monólogo, pero cada vez que lo intentaba se veía obligado a callar cuando el anciano levantaba la mano derecha como un escudo para impedírselo.

–¿Ha oído hablar del rey de Bélgica, Leopoldo II? ¿No se supone que es un rey europeo, civilizado? Bien, ¿sabe lo que ha hecho en el Congo? Por supuesto que no, porque la prensa europea estaba ocupada presentándome como un asesino sediento de sangre y no hablaba de la opresión a la que este rey sometía al pobre pueblo congoleño. Por órdenes del rey, mataron allí a diez millones de personas. ¿Puede imaginárselo? Diez millones de almas, niños, mujeres, hombres. Asesinados sin distinguir entre viejos y jóvenes. ¿Y sabe lo que hicieron? Además, les cortaron las manos a millones de ellos. Me enseñaron fotografías. Un espectáculo inconcebible, no hay corazón que aguante ver a niños con las manos cortadas. A un hombre como yo, que teme la guerra y que se resiste a matar a nadie, lo proclaman sultán rojo y a Leopoldo lo llaman civilizado. ¿Y qué opina del zar ruso? Son incontables los que ha enviado a Siberia, a la muerte. Pero se le tolera, por supuesto, porque es cristiano. Yo he sido el único criminal de este siglo, el que ha puesto dificultades a las potencias que querían repartirse su país.

Justo en ese punto el doctor levantó la mano.

–Lo comprendo, pero permítame un momento.

El sultán, que no estaba acostumbrado a que lo interrumpieran, lo miró con ojos llenos de sorpresa, pero guardó silencio.

–Disculpe, pero usted también ha desterrado aquí y allá a mucha gente, ha separado familias. Algunos han muerto en el extranjero sin volver a ver sus hogares.

–Espere, espere un instante. Sí, lo que dice es verdad. Me vi obligado a mandar al exilio a muchos para responder a las amenazas que dirigían contra el Estado y contra mi persona. No obstante, nunca toqué ni la vida ni las pertenencias de ninguno. Incluso les asigné una pensión en su destierro para estar seguro de que vivirían con comodidad. ¿Puede compararse eso con cortar manos y cabezas? Vamos, contésteme, ¿es comparable?

–Por supuesto que no –respondió confundido el médico–. Ha dicho diez millones de personas, es una cifra increíble.

–Por supuesto, por supuesto. Y se hizo traer a su palacio miles de manos negras cortadas porque le complacía verlas.

–De verdad que no me entra en la cabeza –dijo el doctor–. ¿Cómo puede alguien hacer eso?

–Con la mano en el corazón, dígame, ¿he hecho yo una milésima parte, lo he hecho alguna vez?

–No.

–Entonces escríbalo, cuéntelo, por el amor de Dios, que mis súbditos no me conozcan de forma equivocada, cuénteselo también a los países extranjeros. Yo ya estoy oyendo los pasos de la muerte. Necesito que se me conozca como es debido, que se me recuerde para bien antes de entregar el alma, con el espíritu en paz.

–Tranquilícese, señor, tanta excitación no es buena para usted.

–¿Cómo me voy a tranquilizar, doctor Bey, hijo mío? ¿Cómo me voy a tranquilizar? ¿Piensa que es fácil pasar a la historia como un asesino con las manos manchadas de sangre aunque no se tenga culpa de nada? Los armenios me siguen llamando asesino.

En ese momento el doctor se transportó a los años de su juventud en Estambul. Como decía el sultán, los terroristas armenios habían sido indultados, pero al día siguiente, masas de musulmanes, turcos, kurdos, bosniacos, armados con hachas, rompieron las puertas de sus vecinos armenios y los mataron a todos en sus casas, sin atender a su edad. Aquello se convirtió en una masacre.

Pero el doctor no quiso recordarlo para no alargar la conversación y no meterse en una discusión con el sultán. Era evidente que quería convencerlo de que escribiera en su defensa.

–Mire –continuó el sultán–, yo siempre me he portado bien con mis súbditos. Les he tratado como un padre trataría a sus hijos, igual. Gracias a mí muchos armenios se hicieron ricos, la familia Balyan siempre ha construido nuestros palacios y pabellones y en mis gobiernos había ministros armenios. En cuanto a los rumíes, lo mismo. Estimaba tanto al cambista Zarifi como para llamarle «tío», en la conferencia de Berlín me representó Karatodori Bajá, ya le he hablado de Müzürüs Bajá... ¿Quiere que abunde más? Y pregúntele al gran rabino cómo me he comportado con los judíos. ¿No les regalé un hospital en el Cuerno de Oro? Usted es médico, lo sabe. Mientras yo actuaba así, ¿qué hacían los monarcas europeos? Explotar los cuatro puntos cardinales, dedicarse al tráfico de esclavos.

El doctor empezaba a sentirse muy agobiado; mientras el viejo se defendía como si se encontrara ante un tribunal, él se iba sintiendo cada vez peor. Aprovechó que el sultán daba una calada al cigarrillo y se puso en pie.

–Con su permiso –dijo atropelladamente–. Tengo que marcharme, me esperan en el hospital.

–Muy bien –le concedió el sultán a regañadientes–. Vaya con Dios. Mañana nos vemos.

El doctor estaba llegando a la puerta cuando Abdülhamid le llamó a sus espaldas:

–Para no ser injusto, hay algo que tengo que admitir. Al emperador Francisco José lo pongo en otra categoría. Cuando enfermé en Viena, me cuidó como un padre afectuoso en su palacio durante tres semanas hasta que me recuperé. Nunca podré pagárselo. Espere, espere un minuto. Hace un momento me ha venido algo a la mente, cuando hablábamos de las manos. Yo soy capaz de reconocer a los asesinos por sus manos. Las tienen distintas. Quienes tienen el nudillo del pulgar más largo que el del índice son los que cometen asesinatos. Por eso siempre miro primero las manos.

El doctor respiró profundamente aliviado cuando salió al jardín. Estaba harto de tantos emperadores, zares, reyes y reinas. ¿Qué le importaba a él esa gente? El hospital estaba lleno de heridos y negros nubarrones se iban acercando a Salónica por el horizonte.

De manera inconsciente se miró el pulgar. Él no había matado a nadie personalmente, pero de vez en cuando le sangraba como una herida en la conciencia la preocupación de haber sido cómplice de asesinatos que sabía que habían cometido los unionistas. No, ese pulgar no pertenecía a un asesino. Se quedó más tranquilo.

Su infancia y su juventud habían transcurrido en Estambul, bajo el gobierno de aquel hombre. Por las calles pasaban todo tipo de vendedores: los albaneses vendían hígado; los rumíes, pescado; los serbios, leche y yogur; kurdos con hachas brillantes cortaban leña para el invierno. Y los vecinos armenios siempre eran las víctimas de la tiranía.

Era cierto que en las calles de Salónica se notaba preocupación, movimiento. Vehículos militares iban y venían, pasaban caminando generales con la cara larga sin que les importara que no los saludasen; en realidad, sin fijarse en nadie. No se podía caminar por el jardín del hospital de tantos heridos, agonizantes, muertos. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo el gobierno de Estambul. El enorme imperio parecía incapaz de mover piernas ni brazos, como si hubiera sufrido un ataque, una parálisis. Mientras tanto, los periódicos, como siempre, no publicaban más que mentiras tratando de mostrarlo todo de color de rosa.

El doctor, ahogado en aquellos negros pensamientos, con un pertinaz dolor de cabeza que se le había instalado entre ceja y ceja, todavía no sabía que iba a recibir de los compañeros con quienes iba a reunirse esa noche una de las noticias más amargas de su vida.

Al día siguiente fue al palacete sin que se le hubiera pasado el dolor de cabeza a pesar de los medicamentos que había tomado. Lo cierto era que no estaba como para soportar al sultán, pero no le quedaba más remedio. El sultán enloquecía por la necesidad de hablar, de confesarse, y prácticamente ya no había quien lo callara. La charla con el doctor se había convertido en una parte irrenunciable de su rutina diaria, como la ducha fría matutina, la media hora de paseo en el salón, los rezos, el tabaco o el café que le llevaban en dos tazas.

Una noche de amor en Estambul – Mujer, ¿no tienes marido?

Ese día el médico tiene la mente en otro sitio y, ensimismado, solo oye a medias a aquel viejo que habla sin parar. El astuto sultán, tan pronto como se da cuenta del desinterés del médico, trata de llamar su atención con una ligera sonrisa que se extiende por todo su rostro:

–Hoy –dice– le voy a contar una cosa con la que se va a quedar patidifuso. Un secreto que nadie más conoce.

Lo quiera o no, el médico se anima y presta oídos.

–Cuénteme, por favor –dice.

El sultán mira a su alrededor para asegurarse de que ningún criado ha entrado en el salón, luego se inclina hacia el doctor, baja la voz y, con un brillo extraño en los ojos, susurra:

–Esta vez lo que le voy a contar no es una historia de política, sino de amor.

Una sonrisa pícara se extiende por sus labios, seguro de haber atraído su atención.

Y ciertamente el médico espera con impaciencia. El sultán enciende un nuevo cigarrillo y, con la misma actitud de un abuelo que le cuenta un cuento a su nieto, comienza:

–En París yo intuí que mi tío se había enamorado de la emperatriz Eugenia, pero lo que no sabía era hasta dónde iba a llegar el asunto. Pues un año después del viaje Eugenia vino a Estambul, y además sin su marido. Llegó en el yate *Aigle*, con sus damas y funcionarios de palacio. ¡Qué no hizo mi tío cuando recibió la noticia de que venía! Preparó el palacio de Beylerbeyi para ella. Hizo traer nuevas vajillas y cuberterías de París, encargó cientos de metros de telas valiosísimas y ordenó a los cocineros de palacio que fueran preparando lenguas de vacuno de Bulgaria, terneras lechales de Tracia y delicioso pescado del Bósforo. La excitación del sultán debió de contagiarse al pueblo de Estambul porque la ciudad entera comenzó a prepararse y adornarse para la emperatriz. Eugenia y su séquito se quedaron en el palacio de

Beylerbeyi. Es natural que las familias reales se visiten unas a otras, pero de aquel viaje surgieron ciertos rumores.

»El primero de los sucesos de interés se vivió en la recepción del palacio de Dolmabahçe. Mi tío quiso seguir las costumbres de las cortes europeas y entró llevando del brazo a Eugenia. Al verlo, su madre, Pertevniyal Hanım, los separó exclamando: "Mujer, ¿no tienes marido?". Fue algo muy singular.

»El segundo suceso fue así: Un día mi tío acudió en secreto al palacio de Beylerbeyi, sin llevar el correspondiente séquito, y regresó a su palacio al amanecer y completamente agotado. Hay quienes juran haberlo visto con sus propios ojos, pero yo no puedo asegurarlo; si lo dicen... El pueblo de Estambul no dejaba de hablar del "amor imperial".

La posibilidad de que el rumor fuera cierto animó al doctor porque lo que él sí sabía y el sultán no, era que ese mismo año, es decir, cuarenta y dos después de su primera visita, la emperatriz había viajado de nuevo a Estambul con el objetivo de refrescar sus recuerdos y visitó de nuevo el palacio de Beylerbeyi y al hijo del difunto sultán.

Ahora el sultán le estaba hablando de una reunión que tuvo lugar después de que regresaran del viaje a Europa, en la que participaron el gran visir, los ministros y el jeque del islam. En ella se comentó el viaje y todos estuvieron de acuerdo en que era necesario seguir por el camino de los europeos ya que la brecha se había ensanchado y era necesario que el imperio se desperezara y volviera en sí. De hecho, nadie podría estar en posición de negarlo después de lo que habían visto. A todos les había impresionado profundamente que en Europa las mujeres trabajaran con los hombres. No se les iban de delante de los ojos aquellos luminosos edificios, trenes, fábricas. Lo más curioso fue lo que dijo el alcalde de Estambul, Ömer Faiz Efendi, volviéndose hacia el jeque del islam: «Señor mío, tenemos que tomar de Europa hasta el islam», y luego se explicó: «Ellos se comportan de acuerdo con lo que nos enseñaron que era el islam verdadero, mientras que nosotros nos hemos desviado. Tenemos que volver a aprender el islam de ellos, empezando desde el principio».

Ni siquiera aquella frase pronunciada medio en broma medio en serio provocó una reacción en contra ni pudo dispersar la nube de amargura que se había desplomado sobre la comisión. Contándole todo aquello al doctor, el sultán pretendía demostrar que el imperio ya estaba en una situación lamentable cuando él tomó el mando.

¿Habría notado algo? Muchos malos pensamientos debían de estar aflorando dentro de aquel hombre cuya comunicación con el mundo se había interrumpido por completo para que tratara de justificarse y terminar sus historias con tanta premura como si no le quedara tiempo. El doctor no sabía si estaba enojado con él o si le

apenaba porque ya no podía dedicarle todo su pensamiento. No obstante, en algunas zonas de su mente sobrevolaba la impresión de que aquel soberano, reconocido como panislamista, en realidad era un admirador de la civilización europea. ¡Qué cosa más extraña! Hasta profería disparates como que tendríamos que aprender el islam de Europa.

Al salir del palacete el doctor decidió caminar un poco por la orilla del mar para despejarse. Los oficiales y guardias del jardín estaban cada vez más nerviosos. Grupos de dos o tres oficiales conversaban en susurros, pero cuando el doctor se acercaba guardaban silencio, lo saludaban y continuaban hablando tan pronto como se alejaba. Estaban a finales de octubre, refrescaba y desde el mar soplaba un viento medianamente violento.

El doctor salió del jardín por la puerta principal y se encaminó hacia la fábrica Alatini. Cuando llegó a la orilla del mar vio anclado un yate muy bonito, blanco, de dos mástiles y, calculando a ojo, de unos sesenta o setenta metros de eslora. Se llamaba *Lorelei*. El capitán le pareció alemán. «Entonces debe de ser un barco alemán de observación –pensó–. ¿Qué hará en Salónica en un momento en que la guerra está arrasándolo todo?»

Una orden sorprendente en plena noche Solo Dios sabe por qué se esperaron a medianoche para informar al antiguo sultán de la orden que había dado el actual, o, como la llamaban ellos, «el decreto imperial». Quizá fuera a causa de las complejas normas de la burocracia militar; o quizá el desconcierto –enajenamiento según el diagnóstico del doctor–, que poco después resultaría evidente, impedía que la mente de los generales funcionara como era debido. Fuera por el motivo que fuese, no se puede decir que los oficiales que llegaron a la mansión cuando estaban todos dormidos y le pidieron a la guardia que despertaran al sultán se comportaran de la mejor manera con aquel anciano paranoico y excitable. Al doctor, preocupado por su paciente, le alegró que lo convocaran a él también: «Con lo poco que quedaba para el amanecer, ¿qué prisa había?».

El sultán, a quien había despertado el mayordomo, entró en el salón con aspecto grave. Llegó hasta el centro de la habitación con ayuda del bastón. En su semblante no se intuían inquietud ni miedo. El doctor recordó que presumía de mantener la sangre fría ante los mayores peligros. Así que pensaba que ahora se encontraba en peligro.

–Majestad –le saludaron aquellos oficiales de alto rango.

–¿Qué ocurre? –preguntó Abdülhamid–. ¿Cuál es ese motivo tan urgente que les trae aquí en plena noche?

En ese momento el doctor comprendió que la impasibilidad del anciano tenía su origen en la falta de esperanzas ante la muerte. El sultán, a quien veía todos los días desde hacía tres años y medio, estaba absolutamente convencido de que le había llegado la hora y de que cualquier resistencia sería inútil, y con el valor que le proporcionaba dicha certeza se había investido de una actitud imperial, tranquila e impasible. El doctor prestaba atención a todos los detalles para no perderse ni un segundo de aquel momento histórico.

–Majestad –dijo el comandante del ejército de Vardar con tono y actitud de respeto–, se nos ha ordenado que lo conduzcamos a Estambul.

Entonces fue cuando el doctor vio que Abdülhamid sufría una

conmoción.

–¿Qué? ¿A Estambul? ¿Para qué? Lo que tengan que hacer allí pueden hacerlo aquí.

–Así lo ordena el decreto imperial –contestó el general.

–¿A qué se debe esa orden? Llevo en esta mansión tres años y medio y ya me he instalado. Mi familia, mujeres e hijos están aquí. No tengo ninguna intención de ir a Estambul.

–Pero es peligroso que permanezca aquí.

–¿De qué peligro me habla?

Los generales se miraron unos a otros con expresión preocupada.

–Paso la vida tranquilamente en este palacio ocupado en mis oraciones y rodeado por una compañía de soldados. ¿Qué peligro puede haber?

Entonces el doctor comprendió la situación. Le iban a explicar al antiguo sultán que el imperio había perdido los Balcanes, que los ejércitos búlgaro y griego avanzaban hacia Salónica, que los búlgaros atacaban Edirne, que habían cortado la vía férrea entre Salónica y Estambul. Sería un golpe muy duro para un hombre que llevaba tres años y medio sin noticia alguna y viviendo en un mundo de ensueño. Quizá se desvaneciera y el médico empezó a pensar qué podría hacer en caso de que ocurriese.

No se desmayó, pero sí abrió los ojos como platos; aturdido, empalideció y fue incapaz de ocultar el temblor de la mano que sostenía el bastón, de sus labios y de su voz: –¿Qué me están diciendo? ¿Cómo puede ser?

Los generales guardaron silencio.

–Dejé el Tercer Ejército en perfecto estado. Lo doté de todo lo que podía necesitar. ¿Qué ha pasado con nuestro ejército? ¿No estamos combatiendo al enemigo?

–Estamos en guerra, señor –dijo un general anciano con entorchados en el uniforme y el pecho cargado de medallas–. Luchamos, pero nos enfrentamos a muchos ejércitos a la vez.

–O sea, que están perdiendo. ¿Qué ejércitos son? Yo derroté al ejército griego en treinta horas. ¿Cómo no pueden hacerlo ustedes?

–Entonces los Estados balcánicos no eran aliados, majestad.

–¿Y ahora sí?

–Por desgracia, sí.

–¿Qué ejércitos son los que están de camino?

–El griego y el búlgaro, también el serbio, pero sobre todo los otros dos.

–¿Cómo es posible? ¿Cuándo dejaron de pelear esas provincias enemistadas entre sí? No, no me lo creo, no me creo nada. Este mundo y el otro se aliarían antes que esos países. Entonces todo... Todo es por una política errónea...

Se calló de repente, pero todos entendieron lo que quería decir. A ese hombre que a lo largo de los muchos años en el poder había aplicado el principio de «divide y vencerás» provocando que los distintos pueblos del imperio se enfrentaran unos con otros, le habría gustado poner en evidencia la impericia del nuevo gobierno que le había destronado y de su hermano, que ostentaba la corona; habría querido culparlos, pero, con su cautela habitual, prefirió el silencio.

Luego tomó el bastón con ambas manos y adoptando una arrogante actitud de emperador, dijo: –Yo no voy a ningún lado. Me quedo en Salónica.

–Pero es cuestión de momentos que el enemigo entre en la ciudad. Ya se oyen los cañonazos.

–¿Desde qué frente?

–Desde Karaferye.

–¿Por qué no los oigo entonces? No me llega ningún estampido de cañonazos.

El médico iba a decir «Porque es usted duro de oído», pero se contuvo.

–Y aunque fuera así –continuaba el anciano–, antes que irme preferiría quedarme a defender esta ciudad, herencia de mis antepasados. Denme un fusil.

–¿Qué? Pero ¿qué dice?

–Que me den un fusil, un fusil.

Poco a poco iba irguiendo la espalda, la voz empezó a salirle más plena y, como un jefe militar que se hace cargo de la situación, preguntó: –General, general, ¿a qué distancia están esos ejércitos?

–A unos días.

–¿Cuál está más cercano?

–El griego, señor.

–¿Quién es ahora el comandante de Salónica?

–Hasan Tahsin Bajá, señor.

–Ah, es albanés. Id y decidle que venga a verme. Ya que vienen dos ejércitos, es necesario presentar resistencia al primero para asegurarnos de que le damos tiempo de llegar al segundo y luego arrastrar al ejército griego y al búlgaro a que combatan entre ellos.

El médico, viendo el cambio en aquel hombre que conocía tan de cerca y lo majestuoso de su postura, su mirada y su voz, pensó: «Así que esto es lo que llaman un emperador. Es otro hombre. Aquel enfermo quejoso se ha desvanecido».

Con la amenaza del enemigo que se aproximaba y con la pérdida de contacto con los ejércitos de Strumica, del Oeste y de Ioánina, los generales habían perdido por completo la confianza en sí mismos y se habían quedado paralizados. No obstante, todavía eran capaces de comprender que el hombre que tenían delante y les hablaba con tono

de sultán se expresaba con lógica y que, con la experiencia de décadas, les pedía que pusieran en marcha la estrategia más adecuada. Si la ciudad resistía unos días podrían conseguir que los dos ejércitos enemigos se enfrentaran entre ellos, pero aquella decisión estaba más allá de su competencia. Solo podían decidirlo el ministro de la Guerra o Hasan Tahsin Bajá, pero era totalmente imposible comunicarse con Estambul. Estaban solos ante el destino.

–Que a nadie se le ocurra pretender salvarse entregando Salónica –vociferó entonces el sultán–. Si cae Salónica, perderemos también Estambul. –Y, golpeando el suelo dos veces con el bastón, continuó–: Fijaos en lo que os digo y grabáoslo en la cabeza: ¡Si cae Salónica, perderemos Estambul!

Se produjo un momentáneo silencio. Los generales se sentían aplastados por la mirada penetrante de Abdülhamid. Luego volvieron en sí de repente, se rehicieron y le recordaron al sultán, que hacía un momento los había desconcertado, que él no tenía ninguna autoridad. Por muy lógico que fuera lo que decía, era un sultán depuesto que ya no disponía de ningún título, que se encontraba en arresto domiciliario y al que ahora debían trasladar a Estambul.

–Señor –le dijeron–, nuestra misión es asegurarnos de que regresa a Estambul. Eso es lo que ordena el decreto imperial.

Pero por mucho que insistieron no lograron quebrantar la obstinación del sultán. Los generales se marcharon y en ese momento, en una maniobra totalmente inesperada que dejó atónito a Abdülhamid, entraron su yerno y el yerno de Abdülaziz, a quienes creía en Estambul. Ambos se inclinaron en una reverencia, le besaron la mano y él besó en los ojos a aquellos inesperados visitantes.

–Qué sorpresa, no os esperaba –dijo–. Si la línea férrea está cortada, ¿cómo habéis llegado desde Estambul?

–Hemos venido por mar para ver a su majestad. El peligro acecha por todas partes, todo es un campo de batalla. Para poder llevarlo a Estambul sano y salvo, el gobierno ha recurrido al emperador alemán, Guillermo. Y él, teniendo en cuenta la gran amistad que les une, le ha enviado su yate *Lorelei* a Salónica. Nosotros hemos venido a acompañar a su majestad.

Entonces el doctor vio por un breve instante una luz que brillaba en los ojos del depuesto sultán. Fue un momento brevísimo, una chispa que se apagó instantes después de haberse encendido. Como ya lo conocía bien, se dio cuenta de que estaba a punto de dejarse llevar por el optimismo y lo interpretó como que consideraba la posibilidad de recuperar el sultanato. Estaba seguro de que pensaba que era posible que depusieran a su hermano, por otro lado incapaz de manejar la situación, y que le invitarían a él a ocupar el trono para beneficiarse de su experiencia. Como posible, lo era; todo dependía de

los designios del Todopoderoso. Cada cual tiene su destino.

Preparativos para la retirada de Salónica

Los compañeros del doctor estaban en el Olimpo, bebían despacio su raki con los hombros caídos por la atmósfera de amargura casi palpable que flotaba en el ambiente y se contaban sus penas en voz baja. En el escenario no había música, se había acabado la diversión. Todas las tabernas de Salónica, los restaurantes, las tiendas, incluso los hogares, se habían sumido en el silencio envueltos por una oscuridad de luto. Era como si un manto negro cubriera aquella alegre ciudad. Las calles, avenidas y plazas estaban completamente desiertas. Sus habitantes, encerrados en sus casas, temblaban con los cañonazos, que se iban acercando. Entre ellos estaban también los soldados y oficiales de la guarnición. Tampoco ellos sabían qué hacer, incapaces de adivinar qué órdenes les llegarían de arriba.

–No lo entiendo –decía el comandante Saffet–, no entiendo qué está pasando. ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué no nos unimos a las tropas que están luchando contra el enemigo? ¿Por qué estamos aquí sentados, atados de pies y manos como si no pasara nada?

–Nadie lo entiende –contestó Nihat–. Supongo que nunca se ha visto nada semejante en toda la historia.

–Espera un poco. El doctor vendrá dentro de nada de la reunión en la Torre Blanca. Nos contará lo que está ocurriendo.

–¿Qué hay en la Torre Blanca?

–Se han reunido los notables de la ciudad. El gobernador, el comandante de la guarnición, empresarios y dueños de fábricas y hoteles, tanto judíos como rumíes y turcos, en suma, la crema y nata de Salónica.

–Parece como si le hubieran echado un somnífero al agua potable o como si la mosca tsé-tsé hubiera picado a la ciudad entera. No hay manera de quitarse este letargo de encima.

–¿Cómo vamos a quitárnoslo nosotros, hermano? Obedecemos órdenes. ¿Cuándo se ha visto que un soldado actúe por propia iniciativa?

–¿Se habrán olvidado de Salónica?

–Dios no lo quiera. ¿Quién se atrevería a semejante traición?

–Uf, no lo sé, pero este silencio va a volvernos locos.

–Habéis visto el *Lorelei*, ¿no? Dicen que ha venido para llevarse a Abdülhamid.

–¿Por qué mandan un barco alemán? ¿Acaso no quedan en nuestro país?

–La marina griega lo controla todo y los buques otomanos no pueden esquivarla. Y los búlgaros han tomado la estación de Bük; o

sea, que por tierra los caminos también están bloqueados. Estamos cercados por tierra y por mar, de hecho.

–¿Cómo es posible que todo haya acabado así? A veces me da la impresión de que estoy soñando y de que no me funciona la cabeza. Según me contó un oficial que volvió de permiso antes de que cerraran los caminos, en Estambul en lo único en que piensan unionistas y moderados es en devorarse unos a otros. Los unionistas prácticamente rezan para que gane el enemigo y que así salga perjudicado el gobierno de los liberales. Nazım Bajá, el comandante en jefe, ha perdido la comunicación con algunos ejércitos. Nada es seguro. Y los ejércitos del este y del oeste retroceden ante el enemigo.

–Di mejor que la política está destruyendo el país. Ay, esas luchas internas... Ojalá odiaran tanto al enemigo como se odian unos a otros. ¿No estamos viendo la política incluso entre nosotros? ¿Estamos de acuerdo con todos los demás oficiales de la compañía? Los moderados nos miran como si fuéramos el enemigo.

La conversación era frecuentemente interrumpida por profundos silencios y en esos momentos había quien se dedicaba a trazar formas imaginarias en el mantel con el tenedor y quien levantaba la copa a la luz y trataba de ver algo en la blancura del raki.

Todos estaban atentos a las noticias que el doctor les pudiera proporcionar. Él era quien sabía lo que pasaba en la mansión y quien había acudido a la reunión en la Torre Blanca.

Sin embargo, lo que en breve les contaría el médico solo serviría para aumentar sus angustias y quebrantaría sus esperanzas. Estaba ocurriendo lo que nunca debería haber ocurrido, Salónica se rendía oficialmente. Al principio eran los representantes judíos quienes se oponían a que la guerra destruyera aquella bella ciudad, que la quemara y la devastara. Como era natural, los rumíes pensaban lo mismo y presionaban al bajá comandante para que entregara la ciudad sin luchar contra el ejército griego. En la reunión se había expuesto con toda claridad que la marina otomana ni siquiera había podido levar anclas, que los ejércitos de tierra estaban inmersos en una confusión absoluta y que Edirne estaba a punto de caer, por lo que a los compañeros del médico no les quedó nada que decir. Salónica estaba rodeada por los cuatro costados, como una isla sin salvación. Era cuestión de horas que el ejército griego entrara en la ciudad.

Tras esa deprimente información el tema pasó a Abdülhamid. ¿De verdad el barco *Lorelei* había llegado para llevarse al sultán?

El doctor les contaba cosas aún más sorprendentes. El antiguo sultán se había resistido bastante para que no se lo llevaran a Estambul y, con un valor inesperado, había insistido: «Dadme un fusil. Tengo derecho a defender la tierra de mis antepasados. No me lo podéis impedir». Su yerno vino de palacio para convencerlo, como

también el comandante del ejército de Vardar. Todos le demostraron gran respeto, como si aún estuviera en el trono. Y él se revistió de una gran majestad y se comportó como un poderoso emperador.

–Pero lo principal es mucho más importante que todo eso –dijo el doctor a sus compañeros–. Sigo odiando a ese hombre por la tiranía y el régimen de terror a que sometió al país, pero tengo que darle la razón en lo que la tiene. No os enfadéis conmigo. El viejo ha llevado una vida de reclusión en el palacete sin enterarse de nada y cuando recibió esas noticias, que le cayeron como golpes, al principio se quedó desconcertado, claro, y parecía que iba a ser presa del pánico. Pero pocos minutos más tarde se rehízo, empezó a preguntar sobre la situación, meditó un poco y le dijo al bajá, como si fuera una orden, la estrategia militar más correcta a seguir. «No les pido que resistan hasta el fin, sino que entretengan al ejército griego hasta que lleguen los búlgaros, e incluso los serbios. Luego estallará entre ellos la discusión de quién se quedará con la ciudad y podremos aprovecharnos de ello», le dijo.

–Pues es verdad –comentó Saffet–. Es el único plan posible. En realidad, les dijo la táctica que lleva años empleando. Prolongar la vida de la presa para que los cazadores caigan unos sobre otros.

–Bueno, ¿y qué le contestó el bajá?

–Que las órdenes del sultán eran que lo trasladara a Estambul y que no tenía autoridad más allá de eso.

Los oficiales estaban abatidos. Lo que todos pensaban, pero no se atrevían a reconocer, era que el mismo ejército que había conseguido la revolución de 1908 se había dejado llevar por la soberbia. Después de aquella gran victoria los mandos se habían creído que tenían el mundo a sus pies, se consideraban por encima de todo y de todos y habían descuidado la disciplina y la preparación del ejército. No pensaban ni en las raciones de campaña ni en los uniformes de la tropa. Se había malogrado la red de comunicaciones, las relaciones entre superiores e inferiores estaban heridas de muerte y la política se había puesto por delante de los objetivos militares. Habían sido incapaces de recuperarse de la embriaguez de la victoria y cumplir con sus funciones como militares. Sin duda que la política les había parecido muy dulce. Quizá esa antigua sede del sultanato llamada Estambul producía ese efecto en la gente. Al fin y al cabo, era la heredera de Bizancio.

Los tres oficiales recordaron para sí mismos los avisos de aquel joven capitán en el congreso. Por desgracia, había acabado teniendo razón.

Esa noche el doctor regresó a casa sin comprender del todo si había visto un cierto desprecio en los ojos del mesonero rumí que siempre les había servido tan sonriente o si el desastroso estado

psicológico en que se encontraban le había producido esa impresión. Decidió no volver a poner el pie allí. Luego se rio amargamente para sí, ¿acaso la ciudad seguía siendo de los turcos como para decidir si iba a volver al casino o no? Muy posiblemente también él debería tomar el camino de Estambul.

A veces en la mente del doctor se agolpaban extrañas ideas. «En realidad, habíamos ocupado las tierras de todos los demás, las dominamos con la fuerza de la espada y ahora decimos que las hemos perdido, pero lo cierto es que no teníamos derecho a ellas. Ni tenemos la misma lengua ni la misma religión. Esta gente está combatiendo una guerra de independencia, están liberando sus países de siglos de invasión.» Se dejaba llevar por ese tipo de perniciosas ideas y luego volvía en sí recordando que un oficial honorable no debía pensar de esa forma.

Una vez en casa sacó el cuadernito y trató de encontrar consuelo pasando al papel los hechos históricos de los que había sido testigo ese día. Los acontecimientos le superaban de tal manera que en los últimos tiempos ni siquiera había podido escribir sus cartas de amor. Pero si regresaba a Estambul lo primero que haría sería buscar a Melahat Hanım.

Y el milagro de Estambul En Estambul hasta el olor es diferente al de Salónica. Allí también había mar, pero quizá por las agitadas aguas del Bósforo, o por los vientos del sur o de levante, o por el pescado característico de la ciudad, el caso es que tenía un aroma seductor. El sultán aspira ahora ese aire placentero como si quisiera absorberlo por los anchos agujeros de la nariz hasta el hundido pecho. Estambul, Estambul después de tantos años. La ciudad de Estambul, deseada por el mundo entero, por una piedra suya sacrificaba el poeta todo el país de los persas. El *Lorelei* cruza el mar de Mármara y, después de pasar ante el palacio de los antepasados que conquistaron la ciudad, entra en las milagrosas aguas del Bósforo y en ese mismo momento empieza el clamor ensordecedor del pueblo reunido a ambas

orillas: «¡Viva el sultán! ¡Viva el sultán! ¡Viva el sultán!». Qué eco más dulce, qué voces más sinceras. El pueblo de Estambul recibe a su sultán, al mismo que hace tres años y medio secuestraron a medianoche de forma abominable, subieron a un tren, encarcelaron en una casa y lo insultaron como un miserable canalla. Y, como califa heredero del enviado de Dios, que se vio obligado a emigrar de La Meca a Medina y luego regresó a La Meca benditamente victorioso, siente con gozo y orgullo que comparte el mismo destino que el Profeta. Sabe que el pueblo confía en él, que cree que salvará el Sublime Estado Otomano estremecido por los desastres y sumido en la estupefacción ante los ejércitos enemigos; que no pulverizará el territorio, como hacen el inútil de su hermano y esos bandoleros macedonios que son los revolucionarios. Mientras se acerca al palacio el blanco barco, en cuya proa han izado la bandera del sultanato, suenan las salvas de saludo. Firmes, el capitán alemán y los oficiales saludan con sus sables la magnífica sede imperial. Los cañonazos se mezclan con los vivas al sultán Hamid. La banda comienza a tocar el Himno Hamidiye, que compuso para él Necip Bajá.

> Larga vida a nuestro sultán; y a su nación, larga vida
> Larga vida a nuestro sultán; con toda su majestad, larga vida
> En el muelle del palacio esperan alineados para presentar sus respetos los notables del Estado. Por el suelo se han extendido valiosas alfombras y el gran visir, los ministros, los diputados, el jeque del islam, el patriarca rumí, el gran rabino judío, el patriarca armenio y los embajadores esperan con profunda reverencia a la sombra de Dios en la tierra. Tienen las manos juntas y la cabeza gacha porque está prohibido cruzar la mirada con el emperador, nadie puede hablar mirándole a la bendita cara al Sagrado Amparo de los Fieles, con el Reflejo del Todopoderoso, con su majestad. Al

poner el pie en Estambul, le viene a la mente: «Has sufrido mucho, Hamid, pero al final ha prevalecido la justicia y, por la gracia de Dios, has recuperado el puesto que te merecías». Le da las gracias al Creador por haberle mostrado este día.

Las autoridades se apartan a los lados y él echa a andar con el ánimo del Himno Hamidiye interpretado por la banda y el orgullo de ser el señor de tres mares. La marcha, compuesta por Ahmet Necip Bajá, deja emocionado y con los ojos llenos de lágrimas al pueblo reunido a ambas orillas, que agita banderas. Su padre ha vuelto, por fin.

Oh, padre del mundo,
oh gran rey de reyes,

que al trono otomano
gloria y fama añadiste.

Cuando la banda de palacio entona aquellas palabras, miles de gargantas responden como el rugido de un león: Larga vida a nuestro sultán; y a su nación, larga vida

> Larga vida a nuestro sultán; con toda su majestad, larga vida
> De repente la multitud se parte en dos. Sobre la alfombra roja avanza hacia él con los brazos abiertos el káiser Guillermo con su uniforme blanco, como un caballero teutón de inmaculado casco. «Así que también me recibe el káiser», piensa, qué gran alegría después del sufrimiento del destierro en Salónica.

De lejos parece llegar la voz del mayordomo Şöhrettin Agá. ¿Qué pinta él aquí? «Mi sultán. Mi sultán.» La voz de Şöhrettin se va elevando; casi aplastando el coro de la renombrada banda.

–¡Traidor! –le grita el sultán irritado–. ¿Cómo te atreves a interrumpir el himno?

–Por favor, vuelva en sí. Mi sultán, está a salvo. Por favor, vuelva en sí.

El sonido de la banda se aleja.

En ese momento le asalta un agudo olor a sen y oye que Şöhrettin le dice: –Mire, le he traído infusión de sen, le calmará los nervios, por favor, mi sultán, tómesela.

Salida de la mansión – Adiós, Salónica

Cuando Abdülhamid II salió por primera vez por la puerta principal de la mansión Alatini, su celda de tormento, en la que había pasado noches de insomnio y días oscuros, tristes, angustiosos, sin poner un pie en el exterior durante tres años y medio, se detuvo un instante apoyado en su bastón. Aspiró el aire fresco del otoño. Miró largamente el jardín, los árboles, a los bajás, a los oficiales, a los soldados, los landós que los esperaban al pie de la escalinata de mármol. Era como si quisiera despedirse de todo y de todos. Se marchaba definitivamente de Salónica, pero en realidad no había llegado a ver la ciudad. Lo habían traído en un landó cerrado y lo habían arrojado a esa mansión a medianoche, y ahora se lo llevaban al barco, de nuevo en coche.

En silencio, Salónica esperaba ese momento. Era como si el sultanato cinco veces centenario sobre la ciudad de mezquitas, alminares, hamames, almuédanos y morabitos fuera a pasar a la historia tan pronto como el vapor que se llevaba al sultán se alejara de la bahía con una última despedida de su sirena.

El *Lorelei* esperaba en mar abierto con su donaire de cisne, pero los oficiales habían bajado a tierra para recibirle. La respetuosa actitud de los alemanes comandados por su capitán y ataviados con el uniforme de ceremonia, reforzaba un poco las esperanzas que había comenzado a albergar.

Habían ido a despedirle el gobernador de Salónica, los comandantes del Tercer Ejército y del Ejército de Vardar, el cónsul alemán y los notables de la ciudad. Mezclado entre ellos y un poco atrás, el doctor observaba la ceremonia con sentimientos encontrados.

Mientras el capitán le leía el mensaje de bienvenida al barco de parte del emperador Guillermo, sintió que una cálida sensación de alegría que no había experimentado en tres años y medio le recorría las venas. Con un arrogante saludo militar, transmitió su agradecimiento a su majestad el emperador.

Los alemanes subieron a las chalupas con mil y un cuidados al sultán y una treintena de personas más y los llevaron al *Lorelei*, cuya pasarela había sido cubierta con tela roja. La verdad era que todo estaba perfecto: se habían tomado todo tipo de medidas para que pudieran comer, descansar y rezar, en cada detalle podía notarse la eficiencia alemana, que tanto admiraba. La parte de estribor se reservó para el sultán y la de babor para su familia. La primera noche el sultán cenó con el capitán. Allí volvió a presentarle su agradecimiento al emperador.

Lo único que le molestó fue que el capitán se le acercara y le

recordara la importancia de avisar cuando quisiera salir a la cubierta, de no abandonar demasiado su camarote ya que iban a pasar entre flotas enemigas, y había que evitar que su majestad cayera en sus manos, y de que en los controles ni él ni su familia hicieran acto de presencia. O sea, que su vida como preso aún no había terminado, ¿quién sabía lo que le esperaba en Estambul?

No obstante, la felicidad del pequeño príncipe, que subía por primera vez a un barco y daba saltos y correteaba lanzando carcajadas, se transmitió a toda la familia y sirvió para que recuperara un poco su buen humor.

Sus gritos de «¡Nos vamos, nos vamos, nos deslizamos por el agua!» cuando el vapor se puso en marcha despertaron la alegría del sultán, pero al mismo tiempo dieron lugar a que susurrara: «Quién sabe adónde vamos, hijo mío».

Esa noche apreció lo compasiva que había sido la decisión de su hermano reinante y del gobierno de Estambul de no dejarle en manos del enemigo. Porque en una situación así lo más lógico habría sido que el antiguo sultán desapareciera sin dejar rastro. Embarcándolo en un buque alemán habían corrido un gran riesgo. Si Abdülhamid desobedecía la orden y hacía saber a su viejo amigo Guillermo que deseaba ir a Alemania, muy probablemente el *Lorelei* cambiaría su rumbo hacia Hamburgo, allí el sultán podría vivir como un hombre libre en cualquier castillo y los políticos que todavía le eran fieles podrían pelear en su nombre. Pero ¿y si en Estambul le esperaba el trono, y si la suerte le sonreía de nuevo?

En ese punto su mirada se clavó en una figura del techo de caoba y esta vez no pudo enviar de nuevo a la oscuridad de una mazmorra del Yemen al espíritu de Mithat Bajá, a quien siempre conseguía apartar de su mente.

–Sí, bajá –dijo–, yo tampoco quería que acabaras así, pero trataste de dirigir el Estado, de presionarme. Eras inteligente, pero nunca supiste hacerle tascar el freno a tus pasiones. Cualquier otro monarca en mi lugar habría hecho lo mismo.

Luego recordó por qué se le había venido a la mente el bajá precisamente en aquel barco y continuó diciéndole al espíritu que sentía vagar por el camarote:

–Además, no te creas que no sabía que eras el hombre más fiel que tenían los ingleses.

El *Lorelei* era un barco muy marinero y el viaje resultaba cómodo porque habían coincidido con esos días del otoño sin viento y sin oleaje. Cuando se veían buques de la marina griega enseguida avisaban al sultán y a su familia para que se quedaran en sus camarotes. Según el manifiesto, el *Lorelei* había llevado suministros de la Cruz Roja desde Estambul hasta Salónica y ahora regresaba. Como

era un barco asignado a la embajada alemana, los griegos se veían obligados a aceptar esas explicaciones. No obstante, en un punto de control griego antes de entrar en los Dardanelos vieron que se les acercaba el famoso crucero acorazado *Georgios Averof*. El capitán se dejó llevar por el nerviosismo y ordenó al sultán y a su séquito que se encerraran en sus respectivos camarotes. Además, todos tenían que quitarse el fez. Aguantando la respiración angustiados pasaron junto al crucero *Averof*, que estuvo a punto de abordarlos. Después ya no quedó ningún impedimento entre ellos y Estambul.

Mientras cruzaban el mar de Mármara la emoción del sultán aumentaba visiblemente; el pecho le subía y bajaba a toda velocidad y le daban palpitaciones. La última noche mandó llamar al capitán de Salónica Salih Efendi y trató de tirarle de la lengua, pero este se limitó a decir que pronto serían recibidos por la cúpula del Estado. Era una respuesta que no bastaba para tranquilizar al antiguo gobernante, que iba y venía entre la esperanza y la desesperación, el miedo y la osadía, la tristeza y la alegría. Más bien todo lo contrario, esa noche fue poseído por un ataque nocturno de los que incrementaban su paranoia de forma insoportable: estaba seguro de que cuando llegaran a Estambul le prepararían una trampa en plena oscuridad, lo subirían en una chalupa y luego lo eliminarían. ¿Qué podía ser más fácil que un barco chocara con una chalupa y la hundiera? Se podía justificar como un accidente y su hermano el sultán se limitaría a expresar su pesar. A fuerza de pensarlo acabó convenciéndose, así que invitó a su camarote a Şerif Bajá y le comunicó que no tenía intención de desembarcar de noche. Su entrada en Estambul debía ser de día, se negaba a desembarcar en plena oscuridad. Tenía que ser por la mañana. Şerif Bajá hizo saber a las autoridades su insistente petición.

El sultán esperó inquieto el amanecer junto al ojo de buey y se calmó un poco con las primeras luces del día, pero cuando estaban entrando en la ciudad de sus antepasados poco antes de mediodía el extraño desasosiego de no saber qué sería de él empezó a dificultarle la respiración como si un cordón le rodeara el cuello.

El *Lorelei* se detuvo cerca de la Torre de Leandro, donde se le aproximó una lancha a vapor. ¿Irían en ella miembros del gobierno y de la dinastía para recibirle?

Sin embargo, en cuanto el bote se acercó y vio que en él iban el comandante de la guardia de Estambul y su ayudante, el sultán comprendió de repente que a partir de ese momento pasaría el resto de su vida de nuevo como prisionero y que la suerte no le había sonreído.

El general que subió a la cubierta era sordo y el ayudante tenía que repetirle, no se sabía muy bien cómo, todo lo que no entendía.

–Se me ha ordenado por decreto imperial que le acompañe al

palacio de Beylerbeyi –dijo el bajá.

Abdülhamid se resistía a ir a ese lugar que odiaba, en el que cuando era un niño pequeño había visto desvanecerse día a día a su madre tuberculosa a causa de la humedad, del frío y del viento helado que soplaba de un extremo al otro del palacio.

–Llévenme al palacio de Çırağan. Se lo ruego, llévenme al Çırağan. Preséntenle mis respetos a mi hermano y díganle que solicito que cambie la orden.

–¡Ah, lo siento mucho! –exclamó con tono insolente y una sonrisa sarcástica que se extendió por su cara de bajá, que, curiosamente, sí había entendido la petición del sultán–. El Çırağan ya no existe. Ardió y se convirtió en cenizas. Ahora allí no hay más que lechuzas.

Aquellas palabras que salían de los labios del bajá sonaron como una alarma en los oídos del antiguo sultán que estuviera avisándole de que Estambul, el Estado otomano y la dinastía habían cambiado para siempre, que a aquel mundo nuevo él no le importaba un comino y que los ambiciosos políticos que estaban cavando sus propias tumbas estaban tan enfrentados unos con otros como para no ver el barril de pólvora sobre el que se sentaban todos ellos. Así que había desaparecido aquel precioso palacio que su abuelo y su padre habían hecho construir a Sarkis Balyan y del que él se sentía tan orgulloso tras haber colgado de sus muros cuadros de Rembrandt y Aivazovski e instalado su colección privada, y el comandante de la guardia de Estambul se lo contaba con una sonrisa, como si quisiera fastidiarle.

Deslizándose por las aguas del Bósforo, la lancha a vapor llevó al sultán al palacio de Beylerbeyi, que tenía abiertas de par en par las puertas que daban al mar y en cuyo muelle le esperaban una compañía de soldados y un oficial de mirada dura. El sultán Hamid creyó recibir un golpe tan pronto como vio las columnas de mármol del funesto palacio. Se dio cuenta de que se habían puesto en movimiento los poderosos músculos del tigre, que pensaba dormido desde hacía tiempo y de cuya existencia casi se había olvidado. Y era razonable que se hubiera olvidado del tigre porque creía haberse librado de él cuando lo destronaron y asumía que, siendo un antiguo sultán que desaparecía entre las sombras, estaría alejado del peligro y por fin habría arribado a puerto seguro. Pero, por desgracia, la magnífica y cruel criatura se había despertado.

Mientras el sultán Hamid se aproximaba a aquel palacio de mármol que le producía escalofríos con la intuición de que sería allí donde se bajaría de lomos del tigre, creyó ver por un instante deslizándose por detrás de una ventana la sombra de una delicada joven circasiana. Así que, fueras sultán, sah o rey, ser huérfano era algo que nunca te abandonaba.

–Por fin nos encontramos, madre –murmuró–. Por fin nos

encontramos.

Personajes de *A lomos del tigre*

Sultán Abdülhamid II

Ascendió al trono en la época más difícil del Imperio otomano. Trazó un retrato de sultán distinto al de sus predecesores. Distante de la poesía y la caligrafía, pero interesado en la ebanistería y el taraceado. Famoso por su amor a los libros, la ópera y la música. Después de treinta y tres años en el trono, fue depuesto en 1909 y enviado al destierro en Salónica. En 1912 fue llevado a Estambul, al palacio de Beylerbeyi, donde pasó el resto de su vida. Murió el 10 de febrero de 1918. Su cortejo fúnebre fue seguido por una gran multitud y fue enterrado en el mausoleo de su abuelo Mahmud II.

Müşfika Hanim

Estuvo junto a Abdülhamid II en el momento de su muerte. Permaneció en Estambul cuando la dinastía fue exiliada en el extranjero. Poco antes de morir escribió una carta al presidente del gobierno Adnan Menderes pidiendo que le subieran la pensión que le había concedido el gobierno de İnönü. Müşfika Hanım falleció el 17 de julio de 1961 y fue enterrada en el cementerio de Yahya Efendi.

Saliha Naciye Hanim

Madre del príncipe Mehmed Abid Efendi. Acompañó junto con su hijo a Abdülhamid II en el destierro y después en el palacio de Beylerbeyi. Tras la muerte del sultán, continuó viviendo en el palacete de Erenköy. Murió un mes antes de que la dinastía saliera al exilio y fue enterrada en el mausoleo de Mahmud II.

Fatma Pesend Hanim

Fue con el sultán Abdülhamid al destierro de Salónica, pero un año después regresó a Estambul y se instaló en una mansión costera en Vaniköy. Cuando la dinastía fue exiliada se encontraba enferma y pasó a mejor vida el 5 de noviembre de 1925, ocho meses después de salir al exilio. Enterrada en el cementerio de Karacaahmet.

Sazkâr Hanim

Madre de Refia Sultana. En el destierro estuvo con su hija junto a Abdülhamid II, pero regresó a Estambul un año después. Se instaló junto a una de las esposas del sultán, Peyveste Hanım, en su mansión de Şişli. Cuando en 1924 la dinastía fue enviada al exilio, marchó a Beirut (Líbano). Falleció en 1945. Su tumba se encuentra en la mezquita del Sultán Selim (Damasco, Siria).

Peyveste Hanim

Madre del príncipe Abdürrahim Hayri Efendi. En el destierro ella y su hijo acompañaron a Abdülhamid II, pero regresó un año más tarde. Vivió en Estambul hasta que se exilió a la dinastía. Peyveste Hanım vivió con su hijo en París, donde falleció en 1944. Fue enterrada en el cementerio musulmán de dicha ciudad.

Ayşe Sultana

Partió con su padre al destierro en Salónica. Regresó a Estambul un año después, pero tuvo que exiliarse con el resto de la dinastía en 1924. Vivió veintiocho años en París. Falleció el 10 de agosto de 1960. Fue enterrada en el cementerio de Yahya Efendi. Antes de morir publicó un libro de memorias titulado *Mi padre el sultán Abdülhamid*, que es una de las fuentes más importantes sobre la vida en el imperio. En el momento de la publicación de *A lomos del tigre*, su nieta Mediha Hanım era la esposa del embajador de México en Ankara.

Şadiye Sultana

Estuvo con su padre en el destierro en Salónica. Tras su regreso a Estambul tuvo que exiliarse en Francia en 1924 con los demás miembros de la dinastía. En 1953 regresó y se instaló en un piso en Cihangir. Şadiye Sultana falleció el 20 de noviembre de 1977 a los noventa años de edad. Está enterrada en el mausoleo de Mahmud II.

Refia Sultana

Acompañó a su padre Abdülhamid II en el destierro de Salónica. Tras cerca de un año de destierro, volvió a Estambul con sus otras hermanas. En 1924 se exilió en Francia con el resto de los miembros de la dinastía y posteriormente se afincó en Beirut. Murió en 1938, con solo cuarenta y siete años. Está enterrada en la mezquita del Sultán Selim (Damasco, Siria).

Hijos

Mehmed Abîd Efendi

El hijo menor de Abdülhamid II. Tenía cuatro años cuando fue al destierro de Salónica. Cuando regresaron a Estambul vivió con el sultán en el palacio de Beylerbeyi. Recibió formación militar, convirtiéndose en oficial. Exiliado con los demás miembros de la dinastía en 1924. Falleció el 8 de diciembre de 1973 en Beirut (Líbano). Enterrado en la mezquita del Sultán Selim (Damasco, Siria).

Abdürrahîm Hayrî Efendi

Acompañó a su padre Abdülhamid II al destierro de Salónica. Después de aproximadamente un año regresó a Estambul. En 1924 partió al exilio junto con los demás miembros de la dinastía y fue a Viena. Posteriormente vivió en distintos lugares, como Roma o El Cairo. Se suicidó mediante una sobredosis de morfina el 1 de enero de 1952 en el hotel de París en el que se hospedaba.

Mehmed Abdülkâdir Efendi

No se encontraba entre los príncipes que fueron al destierro de Salónica con Abdülhamid II. Pasó a la historia otomana como «el príncipe socialista». Conocido por sus ideas opuestas a su padre y su actitud distante con respecto a él. Exiliado en 1924 con el resto de la dinastía, marchó a Bulgaria. Durante el viaje en tren perdió a su hijo pequeño. Este niño fue la primera pérdida de la dinastía en el exilio. Posteriormente trató de ganarse la vida en Budapest tocando el violín. Regresó a Sofía durante la Segunda Guerra Mundial y allí el rey de Bulgaria, que había conocido a su abuelo, le consiguió un empleo de inspector municipal de mercados. Murió el 16 de marzo de 1944.

Dinastía

Murad V

Admirador de Europa, que tuvo la oportunidad de conocer de cerca en el viaje que hizo acompañando a su tío el sultán Abdülaziz. Estableció buenas relaciones [muy próximas] especialmente con el Imperio británico. Tras el asesinato del sultán Abdülaziz perdió la salud mental. Permaneció noventa y tres días en el trono.

Mehmed V Reşad

Ocupó el trono al ser depuesto Abdülhamid II. Sin embargo, su [avanzada] edad y su falta de experiencia provocaron que dejara el gobierno en manos de los principales oficiales del Comité para la Unión y el Progreso. Sus nueve años de sultanato finalizaron cuando

murió de insuficiencia cardíaca.

Doctor Atif Hüseyin

Cuando el sultán Abdülhamid fue desterrado le encargaron que se ocupara de su salud y de la de su familia. No se dispone de muchos datos sobre su vida. No obstante, a lo largo de los años del destierro mantuvo un diario sobre Abdülhamid. Estos diarios, que en total suman doce cuadernos, son una fuente de información extraordinaria sobre la época. Después de que el sultán fuera trasladado a Estambul continuó cuidando de él hasta su fallecimiento en el palacio de Beylerbeyi. Nunca se casó. Murió joven.

Ali Fethi (Okyar)

Uno de los nombres principales del Comité para la Unión y el Progreso. Dirigió la operación del traslado de Abdülhamid y su familia a Salónica y fue el primer jefe de su guardia. Con la proclamación del nuevo régimen republicano fue presidente del Congreso y diputado, entre otros cargos: elegido presidente de la Gran Asamblea Nacional entre 1923 y 1924 y vicepresidente en 1924. Se ganó el respeto de todos con su personalidad moderada y racional. Fue el propio Atatürk quien le concedió el apellido «Okyar». Falleció el 7 de mayo de 1943 en su casa de Nişantaşı (Estambul) y fue enterrado en el cementerio nuevo de Zincirlikuyu.

Reina Victoria

Con sus más de sesenta años de reinado, fue la monarca que permaneció más tiempo en el trono del Reino Unido hasta la recientemente fallecida Isabel II. Se casó con su primo hermano el príncipe Alberto. Tuvo nueve hijos. El principal acontecimiento de su reinado fue la guerra de Crimea (1854-1856), en la que el Reino Unido luchó junto con Francia y el Imperio otomano contra Rusia. Incluso en nuestros días muchas de las monarquías europeas son regidas por descendientes de la reina Victoria. Murió el 4 de febrero de 1901.

Arthur Conan Doyle

Escritor inglés de novela policial, Arthur Conan Doyle es sobre todo conocido por sus famosas obras protagonizadas por Sherlock Holmes. Fue con estas obras con las que llamó la atención de Abdülhamid II. Según sus memorias, viajó a Estambul en la luna de miel de su segundo matrimonio y solicitó una audiencia con Abdülhamid II. Parece ser que la entrevista no se llevó a cabo, pero el sultán le honró con la Orden de Mecidiye.

Louis Pasteur

Abdülhamid II siguió de cerca los trabajos de Louis Pasteur. Le envió científicos otomanos con el objetivo de que participaran en sus estudios sobre bacteriología. Donó diez mil piezas de oro (o francos) al instituto creado por Pasteur y le concedió la Orden de Mecidiye.

Zarifi El Cambis

Uno de los nombres más conocidos de la Bolsa de Gálata. Prestaba dinero a la dinastía otomana en época del sultán Abdülhamid. Además, ofrecía consejos comerciales al sultán.

Müzürüs Bajá

Konstantin Musurus, rumí otomano, realizó funciones de embajador otomano en Londres durante treinta y cinco años. Reconocido diplomático y hombre de Estado, además tradujo *La Divina comedia* de Dante del italiano al griego. Su nieta, Anna de Noailles, se convirtió en una famosa poeta en Francia y Marcel Proust la describió como «poseedora del espíritu de la delicadeza y dueña de un alto sentido moral». La condesa Anna de Noailles ocupa un lugar importante en la historia de la literatura francesa y Proust la menciona en *En busca del tiempo perdido*.

Emperatriz Eugenia

En el año 1867 el sultán Abdülaziz y los príncipes fueron a París por invitación de Napoleón III. Este acontecimiento pasó a la historia por ser la primera visita que un sultán otomano hacía a otro país. Eugenia, esposa de Napoleón III, recibió a los recién llegados. Se dice que el sultán Abdülaziz quedó muy impresionado la primera vez que vio a Eugenia, hasta el punto de que se ocupó personalmente de ella en el viaje que hizo a Estambul un año más tarde.

Napoleón III

Entre 1848 y 1852 fue presidente de la República Francesa. Tras un golpe de Estado organizado por él mismo, abolió la república, proclamó el imperio y gobernó como último emperador de Francia hasta 1870. En ese año fue derrocado por el movimiento revolucionario que instituyó la Tercera República Francesa y enviado al exilio. Murió el 5 de mayo de 1871.